# GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

## III.-Fase política. IV.-Victoria y compromiso.

32

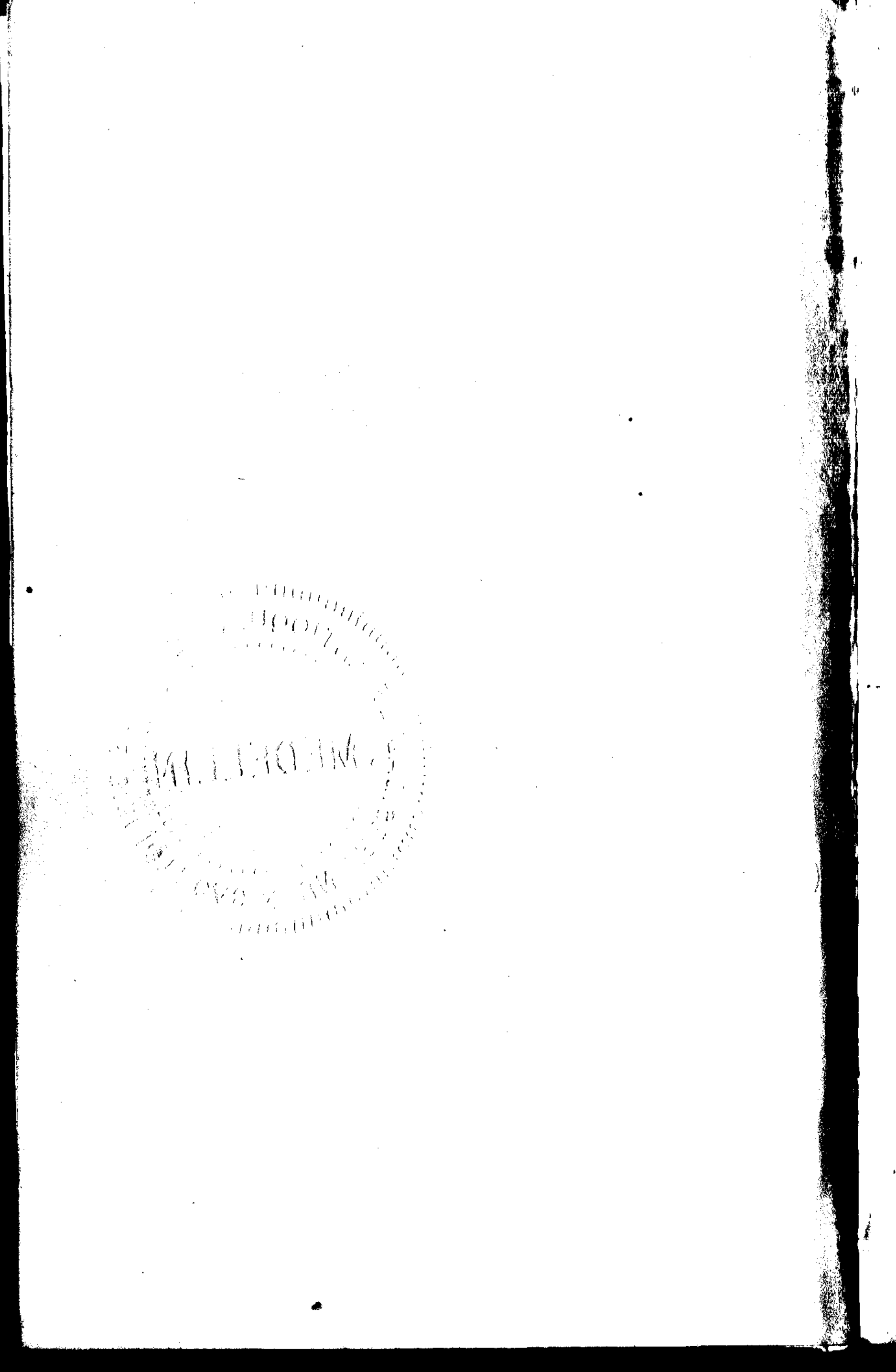
COLECCION



CARLOS MARX

FEDERICO ENGELS

# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS



Carlos Marx/F. Engels

# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS




México, D. F., 1973

Carlos Marx/F. Engels

# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

traducción del francés.
Paulino García Moya


Plan de Ayala, 4, México 17, D. F.

Primera edición




IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

# INDICE

# NOTA EDITORIAL

*En este número de Colección "R", así como en el siguiente, se recogen una serie de artículos periodísticos de la época y otros trabajos de Marx y Engels sobre la guerra civil en los Estados Unidos de Norteamérica. Todos ellos tienen la virtud de haber sido escritos sobre la marcha de los propios acontecimientos y expresar la más inmediata reacción de los autores en cuanto a las noticias recibidas del conflicto que cambió la fisonomía y la vida del hoy coloso imperialista del norte del continente americano. No puede decirse que estos dos volúmenes de Colección "R" constituyan una "historia completa" de la guerra civil norteamericana; sí puede afirmarse que resultaría muy difícil escribir esa historia e interpretar objetivamente las causas y el alcance de esa lucha, sin tener en cuenta los conceptos que acerca de la misma dieron en su hora Marx y Engels.*

*Estos trabajos de Marx y Engels constituyen un capítulo ilustrativo acerca de la evolución general de la sociedad y completan el estudio de las revoluciones burguesas europeas. Para ellos estaba claro que no se trataba exclusivamente de la lucha por o contra la abolición de la esclavitud, sino que bajo estas dos banderas se debatían caminos históricos de desarrollo a seguir ampliamente divergentes. No cabe duda de que el "Norte" pretendía conscientemente constituirse en una gran nación y terminar para siempre con el carácter colonial*

incluso de su industria. Marx subrayó las afirmaciones de la "sudista" prensa londinense de que "los yanquis quieren ocupar un lugar enorme en la escena mundial", lo que no viene sino a subrayar a su vez la claridad de juicio con que Marx sabía analizar los hechos contemporáneos.

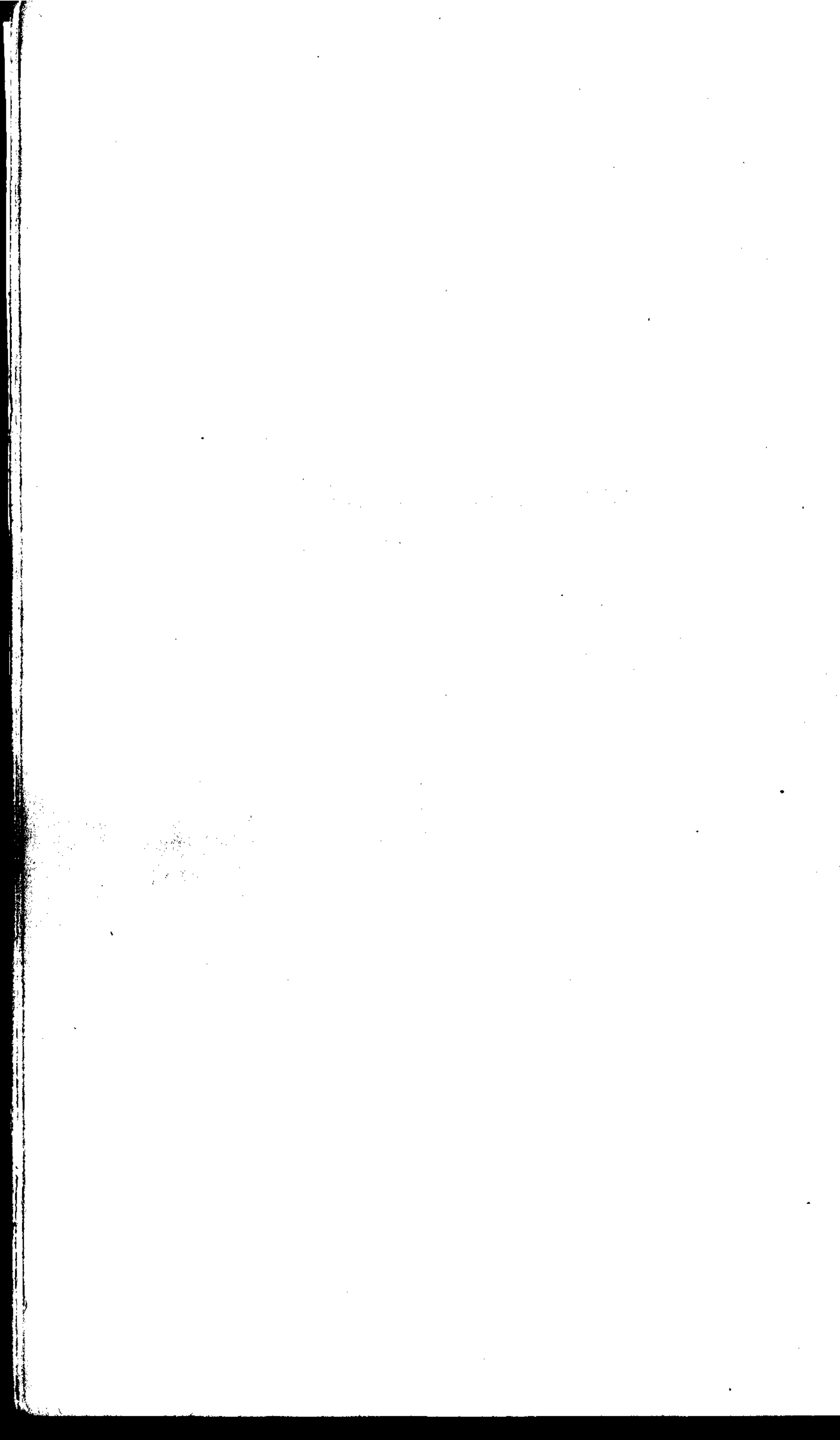
Marx y Engels analizaron sistemáticamente la guerra civil norteamericana en función de su evidente contenido revolucionario. El conjunto de sus trabajos evidencia este análisis sistemático si se agrupan según un orden lógico, y aún más: si este orden lógico sigue a su vez un orden cronológico. El agrupamiento de los trabajos de Marx y Engels sobre la guerra civil norteamericana que componen los números 31 y 32 de Colección "R" sigue este doble orden lógico y cronológico. Las notas que ilustran el texto, pocas de ellas debidas a los autores, constituyen una especie de marco histórico sobre el que discurrió la lucha, y se deben principalmente al traductor francés, a otros traductores de versiones europeas y al traductor español.

El orden lógico de que hacemos mención más arriba ha llevado a agrupar los trabajos que integran la obra completa en cuatro partes: "Economía de las fuerzas en presencia"; "Fase militar"; "Fase política", y "Victoria y compromiso". En este volumen se incluyen las dos partes primeras; en el siguiente número de Colección "R" se completa la publicación con la tercera y cuarta partes.

Si ocasionalmente algunos de estos trabajos de Marx y Engels han podido aparecer en lengua española, en algunas revistas o publicaciones especializadas, lo cierto es que integrados en una obra aparecen hoy como una primicia que Ediciones Roca ofrece con toda satisfacción a sus lectores.

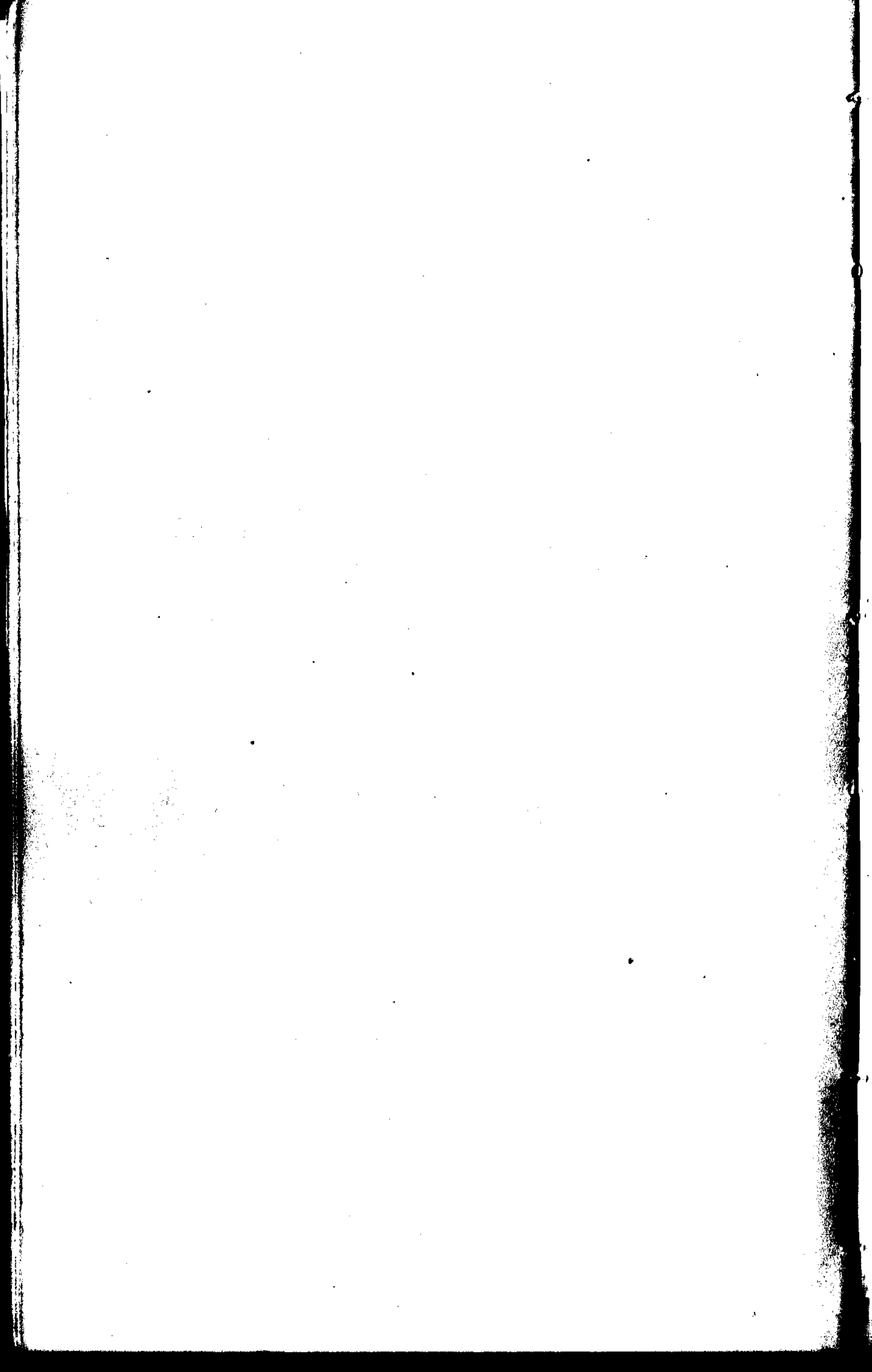
Ediciones Roca

# I. ECONOMIA DE LAS FUERZAS EN PRESENCIA



"Acabo de leer en el *New York Tribune* que se ha producido un levantamiento de esclavos en Misuri. Naturalmente, ha sido aplastado, pero la señal ha sido dada. Si las cosas se ponen serias paulatinamente, ¿qué pasará con Manchester?"

*Marx a Engels. 11 de enero de 1860*



**Carlos Marx**

# LA CUESTION AMERICANA EN INGLATERRA

*New York Daily Tribune*
11 de octubre de 1861
*Londres, 18 de septiembre de 1861*

Cualesquiera que puedan ser sus cualidades intrínsecas, la carta de Mrs. Beecher-Stowe a lord Shaftesbury[1] ha tenido el gran mérito de forzar a los órganos antinordistas de la prensa londinense a exponer al gran público las pretendidas razones de su hostilidad hacia el Norte y de sus simpatías mal disimuladas por el Sur. Señalemos de pasada que es ésta una actitud extraña en gentes que fingen el mayor horror por la esclavitud.

La actual guerra americana causa un buen tormento a esta prensa, ya que "éste no es un conflicto por la abolición de la esclavitud", de donde se sigue que no se puede pedir al ciudadano británico, alma noble avezada a librar sus propias guerras y a no interesarse por las de otros pueblos si no es desde el ángulo de los "grandes principios hu-

[1] La escritora norteamericana H. Beecher-Stowe (1811-1896) participó activamente en el movimiento por la emancipación de los esclavos. Escribió la novela *La cabaña del Tío Tom*, que logró una enorme difusión y resonancia: en el primer año de su edición se vendieron más de 300.000 ejemplares. En septiembre de 1861 dirigió una carta abierta a lord Shaftesbury para denunciar a los confederados y expresar su indignación ante la actitud de Inglaterra, a la que invitaba a tomar posición por la causa de la Unión.

manitarios", que sienta la menor simpatía por sus parientes del Norte.

Es así que el *Economist* afirma: "Por de pronto, es tan imprudente como falso pretender que el conflicto entre el Norte y el Sur sea una querella por la libertad de los negros, de una parte, y por la esclavitud de los negros, de la otra". La *Saturday Review* declara que el Norte "no proclama la abolición ni ha pretendido jamás luchar contra la esclavitud. El Norte nunca ha inscrito en sus banderas el símbolo sagrado de la justicia para los negros. Su grito de guerra no es la abolición incondicional de la esclavitud". En fin, el *Examiner* escribe: "Si estuviésemos equivocados sobre la significación real de este sublime movimiento, ¿quiénes serían los responsables de ello, sino los propios federales?".

Hemos de reconocer en cuanto al primer extremo que el punto de partida es justo. Pues la guerra no empezó aboliendo la esclavitud, y el propio gobierno de los Estados Unidos ha hecho cuanto ha podido para rechazar cualquier idea de este género. Pero, entonces, habría que recordar que no fue el Norte, sino el Sur quien comenzó esta guerra, no haciendo el primero otra cosa que defenderse. En efecto, el Norte, después de largas vacilaciones y tras haber dado pruebas de una paciencia sin parangón en los anales de la historia europea, acabó desenvainando la espada no para romper la esclavitud, sino para preservar la Unión.[2] El Sur,

[2] Ciertamente, Lincoln, en la campaña para el Senado en 1859, se había manifestado como antiesclavista decidido y en los debates de controversia contra su contrincante Douglas se consagró como dirigente nacional de esa tendencia. No obstante, siempre dejó claro que sobreponía a éste el problema de la unidad nacional. De acuerdo con ello, en su discurso inaugural manifestó que no era necesaria la secesión, pues tanto él como su partido político no tenían "directa o indirectamente ningún propó-

en cambio, comenzó la guerra proclamando bien alto que la "institución particular" era el único y principal fin de la rebelión; mas con ello confesaba al mismo tiempo que estaba luchando por la libertad de reducir a otros hombres a la esclavitud, libertad que pese a las denegaciones del Norte pretendía ver amenazada por la victoria del Partido Republicano[8] y por la elección de Lincoln

sito de intervenir en la institución de la esclavitud, en los Estados donde ya existía". A pesar de que en el sentir de la gente en general el problema de la permanencia o no del esclavismo se hallaba implicado en la guerra civil con carácter fundamental, Lincoln durante el primer año de la misma se manifestó como un celoso guardián de las leyes federales y la Constitución que protegían la esclavitud. Algunas medidas que subordinados suyos tomaron al encuentro de las leyes y en favor de los negros, fueron severamente sancionadas por el Presidente. Solamente en la segunda mitad del año 1862, cuando nadie duda de que la suerte de la guerra está ligada al problema del esclavismo, y ante la irresistible presión de abajo, el presidente Lincoln empezó a tomar iniciativas tendientes a la solución de ese problema.

[8] La lucha entre la abolición y la extensión de la esclavitud, que se venía sosteniendo con diversa suerte desde la independencia de los Estados Unidos, adquiere su mayor agudeza a mediados del siglo XIX. Cada vez se hacía más evidente que la esclavitud suponía un estorbo al pleno desarrollo económico y social del país, al tiempo que repugnaba cada vez más a la población. La cuestión empezó a ponerse a la orden del día y en primer plano con motivo de las elecciones de 1852, la anulación del Compromiso de Misuri (1854) y el problema de Kansas-Nebraska (1854-56). El partido whig o nacional-republicano, con su ambigüedad y vacilaciones ante esta cuestión, ya no respondía a las necesidades de la situación y por ello entra en crisis. Era necesario adoptar una posición más clara y decidida. Aprovechando la enorme agitación que se produjo en el país con motivo de esos problemas, así como la de la indignación levantada ante el "Manifiesto de Ostende" (ver más adelante), dos políticos radicales, Summer y Stevens, tomaron la iniciativa de organizar el Partido Republicano, que inicialmente agrupó a antiguos whigs y algunos demócratas del Norte. Se produce, pues,

a la Presidencia. El Congreso de los confederados se ha jactado de que la nueva Constitución[4] —a

al mismo tiempo que la radicalización de las fuerzas republicanas, la escisión del Partido Demócrata. El Partido Republicano representaba los intereses de la burguesía industrial del Norte y gozaba del apoyo de las masas trabajadoras. Tomando posición claramente antiesclavista, se enfrentó a posiciones también, evidentemente, más decididamente esclavistas: se perfilan, por tanto, dos movimientos cada vez más definidos y resueltos a dar solución a la contradicción: uno proesclavista, del que era exponente el Partido Demócrata en su fracción sudista y otro antiesclavista en torno del Partido Republicano. En cuanto al problema de la extensión hacia el Oeste, complementario al de la esclavitud, el Partido Republicano sostenía también una posición más radical y popular: la atribución gratuita de las tierras a granjeros libres. En torno a estos dos capitales problemas, el Partido Republicano desarrolló una intensa campaña de propaganda en todo el país, consolidándose como partido nacional. En 1854 tiene su primera reunión en Jackson (Michigan) y dos años después en Pittsburgo, ésta de cara a las elecciones presidenciales en las que apoyó como candidato a Frémont, que consiguió ya una lucida votación. Cuatro años más tarde, tuvo como candidato a Lincoln, bajo la consigna "libertad de expresión, libertad de acceso a la tierra, libertad de trabajo, libertad humana", éste había dicho: "No podemos mantener la casa dividida en esclava y libre; tiene que definirse y ser lo uno o lo otro".

[4] El 10 de diciembre de 1860, Carolina del Sur se separa de la Unión, convocando a una Convención de Estado el 17 de diciembre. En ésta, celebrada en Charleston, se acuerda por unanimidad la ordenanza de Secesión que derogaba la del 23 de mayo de 1788, por virtud de la cual se había ratificado la Constitución federal, y añadía: "La unión que hoy existe entre Carolina del Sur y los demás Estados bajo el nombre de Estados Unidos de América queda por la presente disuelta". Dos meses después se le unen cinco Estados: Alabama, Florida, Georgia, Luisiana y Mississipi, que tienen un Congreso el 4 de febrero de 1861 en Montgomery (Alabama), creando entre ellos, como nuevo Estado,, la Confederación del Sur y dándose una Constitución provisional. Es curiosa la contradicción entre el derecho a la separación que se pregona por los secesionistas y la cláusula de la Constitución de Montgo-

diferencia de la de Washington, Jefferson y Adams[5]— ha reconocido por primera vez el esclavismo como una cosa buena en sí y para sí, amparo de la civilización e institución divina. En tanto el Norte proclama que combate simplemente para preservar la Unión, el Sur se gloria de hallarse en rebelión a fin de hacer que triunfe la esclavitud. Aun cuando la Inglaterra antiesclavista e idealista no se sienta atraída por la declaración del Norte, ¿cómo es posible que no haya sentido la más viva repulsa ante las cínicas confesiones del Sur?

La *Saturday Review* se zafa de este cruel dilema negándose pura y simplemente a creer en las declaraciones de los Estados sudistas. La revista mira más lejos y descubre "que el esclavismo no tiene gran cosa que ver con la secesión"; en cuanto a las declaraciones en contrario de Jefferson Davis y compañía, no serían más que "lugares comunes", tan desprovistos de sentido, sobre poco más o me-

mery por la cual se declara permanente la Confederación, es decir que rechaza expresamente la vigencia de aquel principio. La Confederación eligió como Presidente provisional de la misma a Jefferson Davis. Texas se unió a la Confederación al mes siguiente y a principios de mayo los Estados fronterizos de Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee.

[5] La Constitución federal de los Estados Unidos se promulga en la convención nacional de Filadelfia el 17 de septiembre de 1787. Esta, así como las diez primeras enmiendas aprobadas en el Congreso de Nueva York en 1789, proclaman por primera vez en la historia la vigencia de los derechos humanos, pero ello fue el resultado de un compromiso en virtud del cual no se hace mención de la existencia de la esclavitud que afectaba ya a buena parte de la población del país que nacía y lo hacía con esta contradicción: libertad civil para el blanco, esclavitud para el negro. Actualmente, la Constitución dedica algunas de sus 23 enmiendas —entre ellas la 13, 14 y 15 como importantes— al problema de la equiparación legal del negro con el blanco.

nos, como los de rigor en las proclamas, "cuando llega el momento de los altares profanados y los hogares mancillados".

El arsenal de argumentos de los periódicos antinordistas es extremadamente reducido, y se advierte que todos ellos toman una y otra vez, con pocas diferencias, casi las mismas frases, como ocurre con las fórmulas de una serie matemática, que reaparecen a intervalos regulares con leves variaciones o combinaciones.

El *Economist* exclama: "Ayer todavía, en el instante en que el movimiento de secesión comenzaba a adquirir una forma seria ante el anuncio de la elección de M. Lincoln, el Norte ofreció al Sur, si aceptaba permanecer en la Unión, todas las seguridades posibles para que sus odiosas instituciones continuasen funcionando inviolables. ¿No proclamó solemnemente el Norte que renunciaba a inmiscuirse en sus asuntos, mientras los dirigentes nordistas proponían al Congreso compromiso sobre compromiso, basados todos ellos en la concesión de que no se mezclarían en la cuestión de la esclavitud?".

"¿Cómo interpretar —dice el *Examiner*— que el Norte estuviese dispuesto a realizar un compromiso haciendo al Sur las más amplias concesiones en materia de esclavismo? ¿Cómo entender que algunos hayan propuesto en el Congreso una zona geográfica, en cuyo seno el esclavismo habría de reconocerse como una institución necesaria? Los Estados del Sur no por ello se sintieron satisfechos".

Lo que el *Economist* y el *Examiner* hubieran debido preguntarse no es tanto por qué habían sido *propuestos* al Congreso el compromiso Crittenden [6] y otros, sino por qué no fueron aproba-

[6] Al mismo tiempo que se fueron polarizando las fuerzas tomando como problema esencial el del esclavismo,

dos. En realidad, fingen creer que el Norte haya aceptado esas proposiciones de compromiso y que el Sur las haya rechazado, cuando la verdad es que fueron condenadas al fracaso por el partido del Norte, que había asegurado la elección de Lincoln.[1] No habiéndose convertido jamás en resoluciones, ya que esas propuestas permanecieron en estado de deseo piadoso, el Sur nunca tuvo ocasión, por lo tanto, de rechazarlas o aceptarlas. La siguiente observación del *Examiner* nos lleva al corazón del problema:

"Mrs. Stowe pretende que el partido esclavista decidió terminar con la Unión cuando comprobó que no podría utilizarla más para sus fines. Admite, pues, que hasta entonces el partido esclavista había utilizado a la Unión para sus fines; pero sería bueno que Mrs. Stowe indicase claramente cuándo el Norte comenzó a levantarse contra el esclavismo".

Cabría creer que el *Examiner* y demás oráculos

surgía una tendencia o partido del compromiso, que incesantemente proponía soluciones conciliadoras. En los momentos álgidos de la crisis antes de la secesión, se desarrollaron maniobras parlamentarias en el Congreso, tratando de prevenir el conflicto. Uno de los campeones de esta "tercera fuerza" era el miembro del Congreso Crittenden, representante por Kentucky, quien en diciembre de 1860 propuso: 1) el voto de una enmienda constitucional que restablecería "la línea del Compromiso de Misuri", y 2) la promulgación de una ley que garantizaría la protección del esclavismo en la región de Columbia. Abriendo ampliamente el amplio Sudoeste a la extensión del esclavismo y protegiéndolo en el seno de la capital federal, este plan daba satisfacción —al menos en gran parte— a los esclavistas. Pero los partidarios de la distribución general de la tierra libre a los colonos, sobre todo, se opusieron a esta propuesta de Crittenden. Finalmente, privado del sostén necesario de este grupo decisivo del Norte, el proyecto fracasó. Las propuestas de compromiso hechas por Corwin, Weed y McKean, conocieron la misma suerte.

de la opinión pública en Inglaterra estuviesen lo bastante familiarizados con la historia más reciente como para no recurrir a las informaciones de la señora Stowe en extremos de tan grande importancia. La usurpación creciente de la Unión por las potencias esclavistas, a raíz de su alianza con el Partido Demócrata del Norte[7] es, por así decirlo, la fórmula general de la historia de los Estados Unidos desde comienzos de este siglo. A las sucesivas medidas de compromiso, ha correspondido una enajenación progresiva de la Unión, transformada de esta suerte en esclava de los propietarios del Sur. Cada uno de estos compromisos marca una nueva pretensión del Sur y una nueva concesión del Norte.

De la misma forma, ninguna de las victorias sucesivas del Sur fue alcanzada sin una empeñada batalla previa contra alguna de las fuerzas adversarias del Norte, que aparecen bajo el nombre de diversos partidos, con múltiples divisas y bajo toda suerte de colores. Si el resultado efectivo y final de cada uno de estos combates singulares favoreció al Sur, un observador atento de la historia

[7] El Partido Demócrata era, al fundarse hacia el año 1828, el exponente de ciertos grupos de la burguesía, así como de buena parte de los granjeros y pequeños burgueses de las ciudades. Con el tiempo la esfera de intereses que representa fue desplazándose, de modo que en la década de los años 1840 puede considerarse como el portavoz de los dueños de grandes plantaciones del Sur y de la gran burguesía financiera norteña, ambos intereses vinculados al mantenimiento y extensión del esclavismo. Al ponerse al rojo vivo esta cuestión en la década de los años 1850, con motivo del problema de Kansas-Nebraska en 1854, el Partido Demócrata atravesó una grave crisis: parte de sus miembros del Norte desplazaron su apoyo hacia el Partido Republicano y ante las elecciones de 1860 presentó dos candidatos frente a Lincoln, lo que favoreció la victoria de éste: uno, moderado, Douglas, del Norte, y otro, rabiosamente pro-esclavista, Breckinridge, por el Sur.

no podía dejar de percibir que cada nuevo avance de la potencia esclavista era un paso más hacia su derrota final. Incluso en los tiempos del compromiso del Misuri,[8] las fuerzas en liza se contra-

[8] Entre los diversos episodios que se dieron en la lucha entre esclavistas y antiesclavistas desde la independencia americana hasta la guerra de Secesión, se halla el llamado "Compromiso de Misuri". En 1820, el Sur esclavista se encuentra en una situación delicada. En la Cámara de Representantes, los norteños superaban a los sudistas, puesto que, designándose los representantes por el número de habitantes, el crecimiento del Norte superaba con mucho al del Sur y fue aventajándole en cuanto a representantes a los del Sur, a pesar de que éstos contabilizaban en parte algunos votos por la población negra, aunque ésta carecía de derechos ciudadanos. En aquel momento, los antiesclavistas tenían 105 representantes, frente a 85 los proesclavistas. Esta situación les parecía intolerable a los del Sur, que centraron sus esfuerzos en el Senado, donde cada Estado tenía dos miembros, tratando de sacar ventaja a los del Norte o, al menos, mantener la paridad. Solamente dominando en el Senado podían evitar en el futuro que se legislase contra la esclavitud. En ese momento había 22 Estados, por mitad esclavistas. Al plantearse la entrada de Misuri en la Unión exigieron que lo hiciera como Estado esclavista. El Norte cedió en este punto, pero forzando al mismo tiempo la admisión de Maine como Estado no esclavista. Después de mucho forcejeo, los dos Estados fueron admitidos, adoptándose el acuerdo de que el límite del esclavismo se fijaba en los 30°30' de latitud norte. Este acuerdo se mantuvo hasta la aprobación de la ley de Kansas-Nebraska de 1854, por virtud de la cual se adoptaba el criterio de la soberanía popular de cada Estado para decidir sobre el problema de la esclavitud. La gravedad de esta lucha a nivel parlamentario fue plenamente comprendida en la época. El 7 de febrero de 1820, Jefferson escribía a Hogh Nelson a propósito de la cuestión de Misuri: "Es lo más importante que haya nunca amenazado a nuestra Unión. Incluso en los más negros momentos de la guerra revolucionaria, jamás he abrigado temores semejantes a los que me produce este incidente".

El aspecto contradictorio de esta lucha de tendencias se revela por el hecho de que en esta transacción misma, los sudistas tuvieron que aceptar, en cambio, el proyecto

pesaban tan estrechamente, que Jefferson temía —como se deduce de sus Memorias— que la Unión se hallase bajo amenaza de desintegración después de este fatal antagonismo.

Las pretensiones de las potencias esclavistas no cesaron de ir en aumento cuando el *Kansas-Nebraska bill*[9] destruyó por primera vez en la his-

de ley según el cual el tráfico de esclavos se definía como acto de piratería, que debía ser castigado con la pena de muerte. Esta medida venía a complementar la prohibición legal de la trata que se había adoptado en 1808 y que se había mantenido en el terreno puramente teórico, y se aceptó por la razón de que, entre los Estados esclavistas, había algunos que se dedicaban especialmente a la lucrativa industria de la "cría de negros", quienes se sentían dañados en sus intereses por el intenso tráfico de contrabando que introducía cada año muchos millares de esclavos. De todos modos, aunque siempre fuera una amenaza que pesaba sobre los traficantes y en alguna medida los frenaba en sus ansias, lo cierto es que los tribunales no mostraron gran celo en su aplicación y despachaban con lenidad los asuntos que llegaban a su conocimiento. Solamente hubo un caso en el que tuvo aplicación real esa ley, el del capitán Gordon, quien apresado poco antes de la guerra civil fue juzgado en Nueva York poco tiempo después de iniciarse ésta y hallándole culpable lo condenaron y ejecutaron.

[9] El *Kansas-Nebraska bill* adoptado por el Congreso norteamericano en 1854 establecía la creación de dos territorios, previando que Nebraska entraría como Estado libre en la Unión, contrariamente a Kansas. De este modo, las fuerzas en el Senado seguirían estando equilibradas. Esta ley sin embargo, entrañaba la derogación del Compromiso de Misuri, con lo que en lo sucesivo no habría separación fija entre Estados esclavistas o no; quedaba, pues, admitida la posibilidad de la extensión de la esclavitud a cualquier Estado de la Unión, reemplazando a la limitación que se suprimía y para reducir la oposición intransigente de los demócratas del Oeste. Se adoptaba la doctrina de la soberanía popular en cada Estado para decidir acerca de la introducción o no de la esclvitud en el mismo. Esta ley determinó, por lo pronto, una encarnizada lucha y hasta guerra en Kansas —conflicto que es prólogo de la guerra civil general— y seguidamente una polarización definida y radical de las tendencias

toria de los Estados Unidos —como el propio M. Douglas ha reconocido— cualquier barrera legal a la extensión del esclavismo en los territorios de los Estados Unidos; cuando un candidato del Norte[10] logró su nombramiento presidencial prometiendo que la Unión se sometería, o que compraría Cuba, para hacer de ella un nuevo campo de dominación de los esclavistas; cuando, tras la decisión de Dred Scott,[11] proclamó que la extensión del

opuestas que inevitablemente desembocó en la lucha civil general de la Secesión.

10 El episodio del llamado "manifiesto de Ostende" hay que encuadrarlo en la encarnizada e incoercible ansia de los esclavistas por extender su hegemonía a territorios cada vez más vastos. A la misma necesidad responden tanto la guerra de expoliación contra México, como las tentativas de filibusteros y bandidos de penetrar por la fuerza en países centroamericanos o insurreccionar la población cubana. En cuanto a la conquista de Cuba, era una obsesión de los esclavistas, que lo intentaron por diversos medios. El gobierno norteamericano, proclive generalmente a favorecer los intereses esclavistas, encargó a su embajador en España, Soulé, que gestionase con el gobierno español la adquisición de Cuba, llegando a ofrecer más de cien millones de dólares. Como la oferta fuera rechazada, los embajadores norteamericanos acreditados en Madrid, Londres (el que había de ser poco después presidente de los Estados Unidos, Buchanan) y el de Bélgica, en la ciudad de Ostende hicieron pública una declaración en la que, entre otras cosas, decían: "Si España, movida por un terco orgullo y un falso sentido del honor rechaza la oferta (de 120 millones de dólares), entonces todas las leyes divinas y humanas justifican que nosotros se la arrebatemos a España, si poseemos la fuerza". Esta manifestación, que coincidía con la efervescencia producida con motivo de la lucha en Kansas citada en la nota anterior, contribuyó a caldear los ánimos y el gobierno se vio forzado a desautorizarla, también porque como nota "diplomática" dejaba bastante que desear.

11 El esclavo Dred Scott fue llevado por su dueño, el Dr. Emerson en un traslado de domicilio al territorio de Luisiana libre de la esclavitud, pues se hallaba por encima de la línea de los 30°30'. Allí vivieron amo y esclavo varios años, volviendo al cabo de ellos al territorio esclavista

esclavismo por el poder federal era la ley de la Constitución americana [12] y que, en fin, el comer-

de Misuri. A la muerte del dueño, Scott fue vendido a un neoyorkino, a quien le entabló proceso por creerse con derecho a la libertad ya que había residido varios años en territorio libre. El asunto llegó hasta la Corte Suprema, donde de sus nueve miembros, cinco eran proesclavistas y el más decidido, su presidente, Taney. Este aprovechó la oportunidad para hacer que la Corte Suprema sentara para siempre una doctrina que anulaba todas las medidas constitucionales limitativas de la esclavitud. Se sentó como principio que el esclavo no era un ciudadano con derecho a justicia, sino era una forma de propiedad como la de cualquier animal cuyo dueño puede llevarla consigo o transportarla a cualquier punto del país, debiendo el gobierno proteger su uso y disfrute como el de toda propiedad y, por último, que el gobierno no se hallaba facultado para excluir la esclavitud de las tierras de dominio público. Quedaba, pues, legalmente reconocida y protegida la esclavitud en todo el territorio de la Unión, incluso en los territorios todavía no incorporados como Estados y que lo fueran en el futuro. Este fue, quizás, el golpe legal más duro favorable a los esclavistas y que iba al encuentro del sentimiento general de la población —y país— que se extendía a ojos vistas y se templaba en la lucha por la abolición de la esclavitud.

[12] En el primer Congreso continental de las 13 colonias insurgentes contra Inglaterra celebrado en octubre de 1774, se tomó la decisión de no comprar ningún esclavo "que haya sido importado después del día primero del próximo mes de diciembre, a partir de cuya fecha deseamos interrumpir totalmente el tráfico de esclavos; nos comprometemos a no participar en este tráfico de esclavos, ni alquilar nuestros barcos ni vender nuestros productos a los que se dediquen a ello". Este acuerdo se denominó "Asociación de Supresión del Tráfico", pero, sin embargo, no fue posible incorporarlo a la nueva Constitución que fue promulgada en la Convención Nacional de Filadelfia del 17 de septiembre de 1787 debido a la intransigente oposición de Carolina del Sur y Georgia. Unicamente pudo llegarse al compromiso de que el tráfico no se prohibiría por el Congreso antes de 1808. Basado en esto, el Presidente Jefferson dispuso que la trata quedaría abolida a partir del primero de enero de 1808, coincidiendo con otra medida similar adoptada por el gobierno inglés. Sin embargo, se hizo un contrabando in-

cio de esclavos africanos se había reanudado *de facto* a escala más vasta que en la época de su existencia legal.[13]

Pero, juntamente con estas condenables flaquezas del Partido Demócrata del Norte frente a las peores usurpaciones del Sur, se comprueba, a través de signos innegables, que el combate de las fuerzas opuestas se hacía tan intenso, que la correlación de fuerzas bien pronto habría de modificarse. La guerra de Kansas,[14] la formación del

tenso de esclavos después de esa fecha, sin que los jueces se mostraron nunca muy severos.

[13] A pesar de que el gobierno federal había prohibido el tráfico de negros a partir del 1 de enero de 1808; de que Inglaterra desde ese mismo año empieza a tomar medidas reales para perseguirlo —creación de una flota antitráfico—, el contrabando de esclavos se desarrolla grandemente. La enorme extensión que adquieren las plantaciones algodoneras en Estados Unidos, la de caña de azúcar en Cuba y la de caña y café en el Brasil exigen apremiantemente más y más mano de obra barata. A pesar de que las medidas legales de persecución de la trata hacen encarecer el precio del esclavo, su tráfico sigue siendo un enorme negocio. Por eso, el ansia de ganancia hace que se salten todas las barreras o se corran riesgos, por lo demás no demasiado graves, y el tráfico continúa. Muchos de los años del contrabando son al mismo tiempo de record de transporte, registrándose a veces cifras de 125.000 negros transportados en un año en la década de 1830.

[14] Cuando la ley Kansas-Nebraska se votó, una agrupación antiesclavista del Norte, dirigida por Thayer, de Massachusetts, funda una sociedad de ayuda a los emigrados. Esta programó el envío de partidarios de la tierra libre para velar porque ese territorio entrara en la Unión en calidad de Estado libre. Mientras tanto, los esclavistas organizaron bandas de maleantes reclutados en el hampa de Misuri occidental. Estas bandas invadieron Kansas en octubre de 1854, pero fueron rechazadas por la población de colonos. No obstante, volvieron reforzados e impusieron mediante el "terror" organizado la "elección" de un delegado proesclavista al Congreso. En iguales condiciones fueron "elegidos" magistrados favorables a los esclavistas, pero los partidarios de la tierra libre se negaron a reco-

Partido Republicano y los cuantiosos votos a favor de M. Frémont en las elecciones presidenciales de 1856[15] eran otras tantas pruebas tangibles de que el Norte había acumulado energía suficiente para corregir las aberraciones que la historia de los Estados Unidos ha conocido de medio siglo a esta parte por culpa de los esclavistas, y para encauzarla de nuevo hacia los auténticos principios de su desenvolvimiento.

Fuera de estos fenómenos políticos hay un hecho manifiesto, de orden estadístico y económico, el cual indica que la usurpación de la Unión federal en provecho de los esclavistas había alcanzado el punto a partir del cual tendrían que retroceder

nocerlos. Entonces crearon su propia asamblea, redactaron una constitución y pidieron ser admitidos en la Unión. Entretanto, Shanon, sirviente de los intereses esclavistas fue nombrado gobernador del territorio. La guerra civil estalla en 1856: los partidarios de la tierra libre (*free soilers*), conducidos por el abolicionista John Brown, organizaron secciones militares y se propusieron desarticular las fuerzas esclavistas. El gobernador Shanon fue reemplazado por un cierto Woodson, aún más furioso partidario de la esclavitud, quien llamó a todos los "buenos ciudadanos" para aplastar la "insurreción". Todo el hampa se sintió aludido en este llamamiento y, aprovechando la oportunidad, invadieron el territorio de nuevo y sometieron al pillaje y el saqueo todo el país hasta Ossawattomie. Los partidarios de la tierra libre se dirigieron entonces sobre Lecompton, cuya ocupación no consumaron gracias a la intervención de las tropas federales. Entre tanto, fue designado nuevo gobernador en la personalidad de Geary de Pennsylvania, quien se decidió a hostigar y expulsar del territorio a los hampones y a los bandidos.

[15] El candidato republicano Frémont logró en las elecciones de 1856 la lucida votación de 1.341.264, frente al candidato demócrata Buchanan —el del "manifiesto de Ostende"— que logró 1.838.169. Que en estas elecciones al poco de organizarse el Partido Republicano éste alcanzara tanta audiencia, revelaba la amplitud que estaba adquiriendo la tendencia antiesclavista de la que se hacía portaestandarte.

de grado o por fuerza. Este hecho es el desarrollo del Noroeste, los inmensos esfuerzos realizados por su población desde 1850 hasta 1860,[16] y la influencia nueva y revitalizadora que de ello resulta para los Estados Unidos.

¿Representa todo esto un capítulo secreto de la historia? ¿Hacía falta la "confesión" de Mrs. Beecher-Stowe para que el *Examiner* y otras lumbreras políticas de la prensa londinense descubriesen la verdad oculta, a saber: que hasta aquí "el partido esclavista había utilizado a la Unión para sus fines? ¿Tiene la culpa el Norte americano de que los periodistas ingleses se hayan visto sorprendidos por el choque violento de unas fuerzas antagónicas cuya lucha había sido la fuerza motriz de la historia de medio siglo a esta parte?[17] ¿Son culpables los americanos de que la prensa inglesa tome por un capricho lucubrado en un día lo que es el resultado llegado a su sazón luego de largos años de lucha? El simple hecho de que la formación y el desarrollo en América del Partido Republicano apenas hayan sido advertidos por la prensa londinense muestra con toda evidencia que sus

[16] En 1850, Illinois, Indiana, Iowa, Ohio, Michigan y el territorio de Minnesota agrupaban a una población de 4.721.551 almas. Diez años más tarde en esa región había ya 7.773.820 habitantes.

[17] En *Miseria de la Filosofía*, Marx criticaba a Proudhon que en toda categoría histórica tratase de separar el lado bueno del malo a fin de retener solamente el lado bueno, cuando "lo que constituye el movimiento dialéctico es precisamente la coexistencia de los dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una categoría nueva: sólo con proponernos, el problema de eliminar el lado malo, se corta el movimiento dialéctico". Así, en el presente caso, se muestra que la lucha fecunda entre el esclavismo y el trabajo libre da nacimiento a una categoría nueva: el trabajo asalariado (libre y forzado), que permite la industrialización en una escala inmensa y la lucha por el socialismo.

andanadas contra el esclavismo no son más que humo.

Tomemos, por ejemplo, los dos antípodas de la prensa londinense, el *Times* de Londres y el *Reynolds's Weekly Newspaper*, el más grande órgano de las clases respetables y el único órgano que actualmente subsiste de la clase obrera. Poco antes de que M. Buchanan terminase su carrera, el primero publicó una apología pormenorizada de su administración, acompañada de una polémica difamatoria, contra el movimiento republicano. Por su parte, el *Reynold's* durante la estancia en Londres de Buchanan hizo de él su blanco favorito y desde entonces no ha dejado pasar una sola ocasión de sentarlo en el banquillo y denunciar en él a un adversario.[18]

¿Cómo explicar la victoria en el Norte del Partido Republicano, cuyo programa se basa en la oposición abierta a las usurpaciones del sistema esclavista y a la utilización abusiva que hacen de la Unión los defensores del esclavismo? Por otra parte, ¿cómo es que la gran mayoría del Partido Demócrata del Norte vuelve la espalda a sus vínculos tradicionales con los jefes del esclavismo, abandona tradiciones que datan de medio siglo y sacrifica grandes intereses comerciales y prejuicios políticos aún mayores para acudir en ayuda

[18] En el texto publicado por el *New York Daily Tribune* leemos esta frase que contradice directamente la oposición que establece Marx entre la actitud del *Times* y del *Reynold's* en lo que a Buchanan concierne: "Por su parte, *Reynold's* durante la estancia de Buchanan en Londres, era uno de sus favoritos, y desde entonces no ha perdido una sola ocasión para ponerlo en el pedestal y denunciar a sus adversarios".

Es sabido que el *New York Daily Tribune* no reparaba en modificar párrafos enteros o en suprimirlos, tanto que Marx hubo de interrumpir su colaboración en este diario progresista en marzo de 1862. (*N. del T.*)

de la actual administración republicana y ofrecerle con generosidad hombres y dinero?

En vez de responder a estas preguntas, el *Economist* exclama:

"¿Podemos olvidar que los abolicionistas sean de ordinario perseguidos y maltratados tan ferozmente en el Norte y en el Oeste como en el Sur? ¿Se puede negar que la obstinación y la indiferencia —por no decir la mala fe— del gobierno de Washington hayan sido durante años el principal obstáculo a nuestros esfuerzos para suprimir de manera efectiva el comercio de esclavos en la costa africana; que una parte considerable de los *clipers* actualmente dedicados a este comercio se construya con los capitales del Norte y se explote por los mercaderes del Norte con tripulaciones del Norte?".[19]

He aquí en verdad una obra maestra de lógica. La Inglaterra antiesclavista no puede simpatizar

[19] Los Estados Unidos intervinieron tardíamente en el tráfico negrero, recibiendo antes esta mercancía de transportes europeos. Constituidos como país independiente en 1783 empiezan modestamente a intervenir en ese comercio, pero es solamente después de su prohibición cuando la flota negrera norteamericana se incrementa. Y además alcanza su mayor perfección, pues, teniendo que burlar la vigilancia, se construyen los famosos *clippers,* que son los barcos más veloces dedicados a este negocio. Aunque el gobierno había prohibido el tráfico en 1808 y en dos ocasiones (1831 y 1842) se había unido por acuerdos a Inglaterra para perseguir prácticamente ese comercio, lo cierto es que, salvo algunas capturas inevitables, los Estados Unidos no se emplearon a fondo en la persecución de la trata. Destinando pocos barcos, viejos y lentos a esta tarea, siendo por ello fácilmente burlados. De otro lado, mostrándose siempre celoso de su soberanía el gobierno norteamericano nunca aceptó llanamente que barcos extraños —en este caso ingleses— tuvieron derecho de visita sobre los suyos en la averiguación de que se dedicaban al tráfico de negros. Por este medio, incluso muchos barcos de otras nacionalidades se libraban de ser perseguidos, haciendo simplemente enarbolar la bandera americana.

con el Norte, que la emprende con la influencia nefasta de los esclavistas, porque no puede olvidar que el Norte —mientras se hallaba sometido a la influencia esclavista y sus instituciones democráticas se veían bastardeadas por los prejuicios de los verdugos de esclavos— mantenía el comercio de esclavos y denigraba a los abolicionistas. ¡Inglaterra no puede simpatizar con la administración de M. Lincoln, porque éste ha desaprobado la administración de M. Buchanan! En buena "lógica", debe fustigar el actual movimiento de renovación del Norte y alentar a aquellos que en el Norte simpatizan con el comercio de esclavos estigmatizado por la plataforma republicana, debe flirtear con la camarilla esclavista del Sur, que edifica un imperio separatista, ¡porque Inglaterra no puede olvidar que el Norte de ayer no es el Norte de hoy! Si se ve en la necesidad de justificar su actitud mediante efugios a lo *Old Bailey*,[20] ello demuestra, ante todo, que la fracción antinordista de la prensa inglesa está impulsada por motivos ocultos, es decir, demasiado bajos y demasiado infames para ser expresados abiertamente.

Puesto que una de las maniobras favoritas de la prensa inglesa es reprochar a la actual administración republicana los actos de las precedentes, que eran proesclavistas, se esfuerza, en la medida de lo posible, en persuadir al pueblo inglés de que el *New York Herald* es el único órgano que expone la auténtica opinión del Norte. Después de que el *Times* de Londres hubiese abierto la vía en esa dirección, el núcleo esclavista de los demás órganos antinordistas, sean éstos grandes o pequeños, le pisa los talones. Así, el *Economist* pretende: "En lo más acalorado de la guerra civil, no

[20] "*Old Bailey*", nombre dado a la ciudadela de la prisión de Newgate en Londres, donde residía el tribunal criminal central.

faltan en Nueva York periódicos y políticos que exhortan a los combatientes a luchar, ahora que hay grandes ejércitos en campaña, no los unos contra los otros, sino contra la Gran Bretaña; a deponer toda querella interior —incluida la cuestión esclavista— para invadir sin previo aviso el territorio británico con fuerzas de una superioridad aplastante".

El *Economist* sabe perfectamente que los esfuerzos del *New York Herald*, que se ven vivamente alentados por el *Times* de Londres y se orientan a arrastrar a los Estados Unidos a una guerra con Inglaterra, tienen por única finalidad asegurar la victoria de la secesión y arruinar el movimiento renovador del Norte.

Sin embargo, la prensa antinordista de Inglaterra hace una concesión. Y la *snob Saturday Review* anuncia: "Lo que es objetable en la elección de Lincoln y ha precipitado la crisis es, pura y simplemente, la *limitación del esclavismo a los Estados donde ya existía*". Y el *Economist* remacha: "En efecto, es verdad que el objetivo del Partido Republicano, que ha elegido a Lincoln, es impedir la extensión del esclavismo a los territorios aun no colonizados... Acaso sea cierto que un éxito completo e incondicional del Norte le permitiría limitar el esclavismo a los quince Estados en los cuales ya existe, cosa que podría eventualmente conducir a su desaparición, pero esto es más probable que cierto".

En 1859 —con motivo de la expedición de John Brown a Harper's Ferry [21] el propio *Economist*

[21] El 16 de octubre de 1859, John Brown, un antiesclavista resuelto, a la cabeza de un grupo de veintidós hombres, entre ellos cinco negros, organizó un comando contra el arsenal federal Harper's Ferry, en Virginia, reteniendo 60 personas como rehenes. Su plan consistía en armar a los negros y promover una insurrección ge-

publicó una serie de artículos detallados a fin de probar que, en virtud de una *ley económica,* el esclavismo americano estaba destinado a extenderse gradualmente hasta el momento en que ya no se encontrase en condiciones de crecer más. Esta *ley económica* fue perfectamente comprendida por los esclavistas: "Si de aquí a quince años no nos beneficiamos de un inmenso acrecentamiento de tierras de esclavos —dice Toombs— habremos de permitir a los esclavos huir de los blancos, a menos que los blancos no huyan antes de los esclavos".

La limitación del esclavismo a su territorio legal, tal como fue proclamada por los republicanos, constituye el punto de partida evidente de la amenaza de secesión formulada por vez primera en la Cámara de Representantes el 19 de diciembre de 1859. M. Singelton (Mississipi) preguntó entonces a M. Curtis (Ioawa) "si el Partido Republicano no admitiría que el Sur obtuviese una pulgada más de territorio esclavista nuevo mientras la Unión subsistiese". Habiendo respondido M. Curtis que no, M. Singelton le replicó que *en esas condiciones la Unión se disolvería.* M. Singelton aconsejó a la administración de Mississipi abandonar lo antes posible la Unión: "Estos señores deberían recordar que Jefferson Davis ha condu-

neral de esclavos, que era una de las cosas que más temía el Sur, especialmente después del levantamiento dirigido por Nat Turner en 1831. Fue reducido por fuerzas de infantería de marina al mando del coronel Roberto Lee —futuro jefe militar de las fuerzas sudistas—, siendo John Brown y algunos de sus hombres hechos prisioneros. En medio de una gran agitación popular, fueron juzgados por traición y declarados culpables. En diciembre de 1859, John Brown fue ahorcado. El Norte protestó con vehemencia contra esta ejecución. Brown alentó a los negros en su lucha contra el esclavismo y favoreció el reagrupamiento de las fuerzas abolicionistas del Norte.

cido nuestras fuerzas armadas en México; ahora bien, Jefferson aún vive y muy bien podría mandar los ejércitos del Sur".

Abstracción hecha de la *ley económica* según la cual la extensión del esclavismo es condición vital para que se mantenga en su territorio legal, los líderes del Sur jamás se han hecho ilusiones en cuanto a la necesidad absoluta de mantener su hegemonía política en los Estados Unidos. Para justificar sus proposiciones en el Senado, John Calhoun declaró sin ambages el 19 de febrero de 1847 que "el Senado era el único medio para asegurar el equilibrio de poder que se había acordado al Sur en el gobierno", y que la formación de nuevos Estados esclavistas se había hecho necesaria "para conservar el equilibrio de fuerzas en el Senado". Por lo demás, la oligarquía de los trescientos mil propietarios de esclavos no podría conservar su poder sobre la plebe blanca sin el incentivo de futuras conquistas y de la ampliación de sus territorios tanto en el interior como en el exterior de los Estados Unidos. Si el Norte tiene —según el oráculo de la prensa inglesa— la firme decisión de confinar el esclavismo de ahora en adelante en sus límites actuales, y de liquidarlo así por vía legal, ¿no debería bastar esto para asegurarle las simpatías de la Inglaterra "antiesclavista"?

Parece como si los puritanos ingleses no pudieran contentarse con menos que una guerra abolicionista expresa. El *Economist* afirma: "Como quiera que no se trata realmente de una guerra por la emancipación de la raza negra, ¿sobre qué bases se quiere que simpaticemos tan calurosamente con la causa de los federados?".

"Hubo un tiempo —dice el *Examiner*— en que nuestras simpatías estaban con el Norte, porque pensábamos que se oponía seriamente a las usur-

paciones de los Estados esclavistas y defendía la emancipación como una medida de justicia en pro de la raza negra".

Pero, en los mismos números en que estos periódicos charlan acerca de que no pueden simpatizar con el Norte porque su guerra no tiende a una verdadera abolición, leemos: "El medio radical para proclamar la emancipación de los negros consiste en llamar a los esclavos a una insurrección general". Ahora bien, es ésta una cosa, "cuya simple idea resulta repugnante y horrorosa"; por lo cual, "es preferible un compromiso a un éxito conquistado a tal precio y *manchado por tal crimen*".

Como se ve, los ardores ingleses por una guerra abolicionista son puramente hipócritas. Pero se advierte la pata hendida del diablo en las frases siguientes: "Finalmente —dice el *Economist*— la *tarifa Morrill* merece nuestra gratitud y nuestra simpatía; pero la certidumbre de que en caso de un triunfo del Norte la *tarifa* se extenderá a toda la república, ¿es una razón para que ayudemos ruidosamente a su éxito?".

"Los americanos del Norte —dice el *Examiner*— lo único que toman en serio es su tarifa aduanera, que les protege egoístamente [...]. Los Estados del Sur están hartos de verse despojados de los frutos del trabajo de sus esclavos por las tarifas proteccionistas del Norte".

El *Examiner* y el *Economist* se complementan el uno al otro. Este último es lo bastante honesto para reconocer finalmente que, para él y los suyos, la simpatía sólo está determinada por una simple cuestión de tarifa aduanera, en tanto que el primero reduce la guerra entre el Sur y el Norte a un simple conflicto de tarifas, a una guerra entre sistema proteccionista y sistema librecambista. Tal

vez el *Examiner* no sepa que incluso aquellos que intentaron abrogar el acta de Carolina del Sur en 1832 —como testimonia el general Jackson— sólo se valieron del proteccionismo como pretexto.[22] Como quiera que sea, hasta el *Examiner* de-

[22] La cuestión del proteccionismo o libre cambio era otra contradicción existente entre el Norte y el Sur, en cierto modo ligada a la más general y fundamental del trabajo libre y esclavismo. En el Norte predominan las tendencias proteccionistas que tienden a favorecer el desarrollo industrial (aunque también los azucareros del Sur se benefician de ello, dividiendo a las fuerzas esclavistas). Pero en el Sur predominan las tendencias librecambistas, que favorecen los intereses de los grandes plantadores esclavistas, especialmente dedicados al algodón. Con el primer gobierno de la independencia, Hamilton en la Secretaría de Hacienda, establece una tasa del 10% *ad valorem* sobre los artículos manufacturados, que poco después se eleva a 15%. En 1816, se eleva de 15% a 20%; en 1824, de 20 a 36%. En 1828, bajo la presidencia de Quincey Adams, una maniobra política de los sudistas elevaron mucho más y generalizaron estos derechos, queriendo llevar al absurdo el sistema y tratando de hacerlo inviable. No obstante, y en medio de diversas protestas, el sistema funcionó y favoreció grandemente el desarrollo industrial del Norte. Carolina del Sur organizó una primera ofensiva para su anulación: sus asambleas nombraron un comité de siete miembros para impugnar la constitucionalidad de la tarifa proteccionista de 1828. Este comité presentó un informe redactado por John C. Calhoun, entonces vicepresidente de los Estados Unidos. Este documento, conocido con el nombre de Declaración de Carolina del Sur, proclamaba que la ley sobre las tarifas de 1828 era anticonstitucional y pedía al Congreso que la anulase. Ante esta situación, en 1832 el Presidente Jackson se propuso aligerar las tasas y, sobre todo, racionalizarlas. Sin embargo, Carolina del Sur cogió el asunto por los pelos para plantear el problema de la secesión. Una sesión especial de los magistrados de Carolina del Sur se reunió y convocó a una convención en Columbia, decretando en ella el 24 de noviembre de 1832 la anulación de la ley arancelaria en el Estado. Se prohibió pagar derechos sobre las mercancías que se importasen por la aduana de Charleston. Se declaró que, si el gobierno federal hacia uso de la fuerza, Carolina del Sur consideraría roto su

bería saber que la actual rebelión no esperó la adopción de la tarifa Morrill[23] para estallar. En realidad, los sudistas no podían quejarse de que les despojasen de los frutos del trabajo de sus esclavos por el sistema proteccionista del Norte, ya que el sistema librecambista estuvo en vigor desde 1846 hasta 1861.

En su último número, el *Spectator* caracteriza de una manera sorprendente el pensamiento secreto de cierto número de órganos antinordistas: "¿Qué desean verdaderamente estos órganos antinordistas para justificar la pretensión de que ellos sólo han de apoyarse sobre la inexorable lógica? Afirman que la secesión es deseable porque es la única forma posible de poner fin a este «conflicto fratricida que no tiene razón alguna de ser». Mas he aquí que muy pronto descubren otras razones adecuadas a las exigencias morales del país, ahora que el desenlace de los acontecimientos es

vínculo con la Unión y opondría resistencia armada. El presidente Jackson anunció su intención de hacer aplicar por la fuerza todas las leyes federales en Carolina del Sur y tomó medidas para ello enviando tropas y navíos a Charleston. Mientras tanto, en el Congreso, movido por la política conciliadora, se aprobó a toda prisa un nuevo arancel disponiendo que los derechos se bajarían gradualmente en el trancurso de los nueve años hasta que en 1842 volvieran al nivel de 1816. Carolina del Sur, que habia cogido como pretexto a su política secesionista esta cuestión de los derechos de aduanas, se apresuró a acoger esta actitud conciliadora y depuso su actitud, porque además, entre tanto, había comprobado que su gesto quedaba aislado y ningún otro Estado se habia solidarizado con ella.

[23] La "tarifa Morrill" es un derecho aduanero de carácter proteccionista, presentado al Congreso por el republicano Morril (1810-1898) y adoptado en mayo de 1861. Las tasas aduaneras aumentaron sensiblemente después de esta tarifa. Pero no tuvo que ver nada con el estallido de la secesión, pues los delegados de los seis Estados sudistas se concertaron el 4 de febrero de 1861 para formar la Confederación del Sur.

claro. Naturalmente, estas razones no se mencionan, pensándolo bien, sino como humilde apología de la Providencia y «justificación de los designos del Señor hacia el hombre», una vez que la necesidad ineluctable se ha hecho manifiesta a los ojos de todos. Se descubre así que sería una gran ventaja para los Estados Unidos escindirse en dos grupos rivales. Cada uno tendría en jaque las ambiciones del otro y neutralizaría su fuerza. Si Inglaterra entrase en conflicto con uno de ellos, la simple desconfianza de cada grupo adverso le supondría una gran ayuda. Y es de señalar que de ello se seguiría una situación muy favorable, que nos liberaría del miedo y alentaría la «concurrencia» política, esta gran salvaguardia de la honestidad y la franqueza entre Estados.

"Tal es la situación que pone de relieve de manèra expresa la teoría de aquellos que entre nosotros comienzan a simpatizar con el Sur. Traducido a buen inglés —y deploramos que un argumento inglés haya menester de traducción en asunto como éste—, ello significa que si lamentamos que «esta guerra fratricida» haya adquirido tal extensión, es para esperar que en el futuro continúe suscitando temibles convulsiones y una serie de pequeñas guerras crónicas, de pasiones y rivalidades entre los grupos de Estados adversarios. La verdad verdadera —y precisamente este modo no inglés de percibir oculta esta verdad, si bien la cubre con fórmulas decentes— es, sin embargo, muy neta: los grupos rivales de Estados americanos no podrían vivir juntos, en paz y buena armonía. La situación de enemistad, debida a las propias causas que han suscitado el conflicto actual, se haría crónica. Se ha afirmado que los diferentes grupos de Estados tenían intereses aduaneros diferentes. No sólo serían estos diferentes intereses adua-

neros la fuente de pequeñas guerras permanentes, una vez que los Estados estuviesen separados unos de otros, sino que la esclavitud —raíz de todo el conflicto— aun agravaría las incontables rencillas, discordias y maniobras. En resumen, no sería ya posible restablecer un equilibrio estable entre los Estados rivales. Y, no obstante, se afirma que la perspectiva de un conflicto largo e ininterrumpido sería la salida más favorable al gran problema que está en trance de decidirse actualmente. En el fondo, lo que se juzga más favorable en el vasto conflicto actual, conflicto que podría establecer una unidad política nueva y más pujante, es la alternativa de un gran número de pequeños conflictos y de un continente dividido y debilitado, al que Inglaterra ya no tendría que temer.

"No negamos que los mismos americanos hayan sembrado los gérmenes de esta situación lamentosa y deplorable con la actitud hostil y fanfarrona que tan a menudo adoptan frente a Inglaterra; como quiera que fuere, hemos de reconocer que nuestros propios sentimientos son viles y despreciables. Bien vemos que no existe para América esperanza alguna de paz profunda y duradera dentro de una solución manca, pues ésta significaría involución y disgregación de la nación americana en pueblos y países hostiles, y, no obstante, elevamos los brazos al cielo como si estuviésemos horrorizados ante la actual «guerra fratricida», cuando la verdad es que encierra la perspectiva de una solución estable. Deseamos a los americanos un porvenir cuajado de innumerables e incesantes conflictos que serían asimismo fratricidas, pero, ciertamente, mucho más desmoralizadores: se lo deseamos tan sólo para vernos libres del aguijón de la competencia americana".

Carlos Marx

# LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA

*Die Presse*
25 de octubre de 1861
*Londres, 20 de octubre de 1861*

Hace meses que los cotidianos y semanarios que dan el tono al resto de la prensa londinense repiten la misma letanía sobre la guerra civil americana. Aunque insultan a los libres Estados del Norte, se defienden inquietamente de ser sospechosos de simpatizar con los Estados esclavistas del Sur. En realidad, todo el tiempo escriben dos tipos de artículos: el uno para atacar al Norte, el otro para excusarse de sus ataques al Norte. *Qui s'excuse s'accuse.*

Sus argumentos son por esencia letitivos: la guerra entre el Norte y el Sur es un simple conflicto de tarifas. Nada tiene que ver con los principios ni con la cuestión del esclavismo; en realidad se trata de la sed de poder que experimenta el Norte. Además, incluso si la razón estuviese del lado de los nordistas, sería inútil que se intentara por la violencia poner el yugo a ocho millones de anglosajones. Finalmente, su separación del Sur ¿no liberaría al Norte de toda relación con la esclavitud de los negros y le aseguraría —cuenta habida de sus veinte millones de habitantes y de su inmenso territorio— un desarrollo superior, cuya amplitud él mismo no imagina? En consecuencia, el Norte debería saludar la secesión como un acon-

tecimiento venturoso, en lugar de intentar domeñarla mediante una guerra civil sangrienta e ineficaz.

Vamos a considerar punto por punto el contencioso de la prensa inglesa.

El conflicto entre el Norte y el Sur —tal es la primera excusa— no es más que una simple guerra de tarifas, una guerra entre los sistemas proteccionista y librecambista, en la que Inglaterra se pone, evidentemente, del lado de la libertad comercial. ¿Puede el propietario de esclavos gozar plenamente de los frutos del trabajo de sus esclavos o debe ser parcialmente despojado de ellos por los proteccionistas del Norte? Tal es la cuestión que se plantea en esta guerra.

Le estaba reservado al *Times* hacer este brillante descubrimiento, aplicándose el *Economist*, el *Examiner*, la *Saturday Review* y *tutti cuanti* a exponer el tema en su detalle. Merece la pena señalar que este descubrimiento no ha sido hecho en Charleston, sino en Londres. Naturalmente, en América todos saben que el sistema de libre cambio prevaleció desde 1846 hasta 1861, y que fue preciso esperar hasta 1861 para que el representante Morrill lograse la aprobación por el Congreso de su sistema de protección aduanera, después de que la rebelión había estallado. No ha habido, pues, secesión porque el Congreso hubiera votado el sistema de tarifas de Morrill, sino que, en el mejor de los casos, este sistema fue adoptado en el Congreso porque la secesión había estallado.

Cuando Carolina del Sur experimentó en 1831 su primera crisis de secesión, las leyes proteccionionistas de 1828 le sirvieron ciertamente de pretexto, pero sólo de pretexto, como se ha sabido por la declaración del general Jackson. En realidad, esta vez no se ha vuelto a hacer uso del viejo pretexto. En el Congreso de la secesión de Mont-

gomery, se evitó cualquier alusión al problema de las tarifas, ya que el cultivo azucarero de Luisiana —uno de los Estados más influyentes del Sur— depende enteramente de la protección aduanera.

Por otra parte, la prensa londinense sostiene en su pliego de defensa que la guerra de los Estados Unidos apunta exclusivamente al mantenimiento de la Unión por la fuerza. Los nordistas no pueden avenirse a borrar quince estrellas de su bandera. Los yanquis tratan de acotarse una plaza enorme en la escena mundial. ¡Ciertamente, todo sería muy distinto si esta guerra se librase por la abolición del esclavismo!, pero, como declara categóricamente la *Saturday Review*, esta guerra nada tiene que ver con la cuestión del esclavismo.

Ante todo, hace falta recordar que la guerra no ha sido provocada por el Norte, sino por el Sur. El Norte se encuentra a la defensiva. Durante meses, ha visto sin rechistar cómo los secesionistas se apoderaban de fuertes, arsenales militares, instalaciones portuarias, edificios aduaneros, oficinas de tesorería, buques y depósitos de armas de la Unión; ha visto cómo se ofendía a su bandera y se hacía prisioneros a cuerpos enteros de tropas. Finalmente, los secesionistas decidieron forzar al gobierno de la Unión a salir de su pasividad mediante un acto de guerra resonante, y fue *por esta sola razón* por lo que bombardearon Fort Sumter, cerca de Charleston. El 11 de abril (1861), su general Beauregard se enteró en el curso de una entrevista con el comandante de Fort Sumter, mayor Anderson, de que la plaza sólo disponía de víveres para tres días y que, pasado este plazo, tendría que rendir las armas. A fin de acelerar la rendición, a primeras horas del día siguiente (12 de abril) los secesionistas iniciaron un bombardeo que debía conducir a la caída de la plaza en unas horas. Apenas llegó la noticia por telégrafo a Mont-

gomery, sede del Congreso de la secesión, el ministro de la Guerra, Walter, declaró públicamente en nombre de la nueva Confederación: "Nadie puede decir donde terminará *la guerra comenzada* hoy".[1] Al mismo tiempo, profetizó "que antes del 1o. de Mayo la enseña de la Confederación del Sur flotará sobre la cúpula del viejo Capitolio de Washington y, dentro de poco, sin duda, también sobre el Faneuil Hall de Boston".[2] Solamente después

[1] Aunque en general los políticos americanos aludían al conflicto que les amenazaba con cierta aprensión, al principio de la guerra civil se inclinaban a creer en un final rápido. El gobierno federal deja pasar muchos meses después de la proclamación de la secesión en Carolina del Sur para tomar medidas efectivas, y cuando lo hace, es tímidamente: llama a filas a 75,000 voluntarios y adopta previsiones para tres meses de guerra. Los sudistas estaban poseídos de un gran triunfalismo y habían adoptado previsiones para una guerra relámpago, con unos cuantos golpes de efecto y decisivos. Lo cierto, sin embargo, es que la guerra que se da por iniciada con la captura del Fuerte Sumter por los sudistas en abril de 1861, acaba por la rendición del general sudista Lee en Appomotox, en abril de 1865, tras cuatro años largos de combates, algunos sumamente sangrientos. Mientras tanto, se habían movilizado más de dos millones de soldados entre ambos bandos y en conjunto tuvieron más de medio millón de bajas. En la primavera de 1861, el país se hallaba desgarrado en dos bandos: 21 Estados con la Unión y 21 millones de habitantes y 11 Estados por la Confederación y 9 millones de habitantes; la desigualdad era mayor, pues el Norte con relación al Sur tenía un desarrollo industrial de 12 a 1. Aunque inicialmente la mayor parte del ejército profesional se mantuvo junto a la Confederación, a la larga su suerte estaba echada. Solamente una guerra-relámpago decisiva podía permitirles ganar. Al final de los cuatro años de guerra, la unidad se restablece bajo la hegemonía del Norte industrial, dándose al mismo tiempo los pasos más decisivos para la solución del gran problema del esclavismo que dividía al país.

[2] *Faneuil Hall,* conocido con el nombre de "cuna de la libertad", era el lugar de cita y encuentro de los revolucionarios de Boston en el curso de la guerra de la In-

de esto tuvo lugar la proclama en la que Lincoln llamaba a quince mil hombres para proteger a la Unión. El bombardeo de Fort Sumter cortó la única vía constitucional posible, a saber: la convocatoria de una asamblea general del pueblo americano, como Lincoln había propuesto en su mensaje inaugural.[8] A Lincoln no le quedaba otra alternativa que huir de Washington, evacuar Maryland y Delaware, abandonar Misuri y Virginia, o responder a la guerra con la guerra.

A la pregunta de cuál es el principio de la guerra civil americana, responde el propio Sur con el grito de guerra lanzado en el momento de la ruptura de la paz. Stephene, vicepresidente de la Confederación del Sur, declaró en el Congreso de la secesión que lo que distinguía esencialmente la Constitución nuevamente tramada en Montgomery de la de Washington y Jefferson era que, en lo sucesivo y por primera vez, la esclavitud quedaba reconocida como una institución buena en sí y como fundamento de todo el edificio del Estado, en tanto que los padres de la revolución, trabados como estaban por los prejuicios del siglo XVIII, habían tratado el esclavismo como un *mal importado de Inglaterra* y al que había que eliminar progresivamente. Otro matamoros del Sur, M. Speed, gritó: "Para nosotros se trata de defender una gran república esclavista (*a great slave re-*

dependencia. Lo había regalado a la villa el rico comerciante Peter Faneuil.

[8] En su discurso inaugural, Lincoln declaró precisamente que tenía la opinión de que el pueblo podía enmendar la Constitución si lo deseaba: "Sin recomendar que se hagan enmiendas —dijo—, yo reconozco sin ninguna reserva que el pueblo ejerza plenamente el control sobre toda esta cuestión [...] Me arriesgaría incluso a añadir que a mis ojos el sistema convencional es preferible, justamente por la razón de que permite al pueblo hacer enmiendas".

*public)*". Como se ve, el Norte ha sacado la espada simplemente para defender la Unión, y el Sur, ¿no ha declarado acaso que el mantenimiento de la esclavitud ya no era compatible por mucho tiempo con la existencia de la Unión?

Así como el bombardeo de Fort Sumter fue la señal de apertura de las hostilidades la victoria electoral del Partido *Republicano* del Norte— la elección de Lincoln para la Presidencia— fue la señal para la secesión. Lincoln fue elegido el 6 de noviembre de 1860. El 8 de noviembre de 1860, llegó este telegrama de Carolina del Sur: "La secesión se considera aquí como un hecho consumado". El 10 de noviembre, la Asamblea legislativa de Georgia puso en marcha sus planes de secesión, y el 15 de noviembre se convocaba una sesión especial de la Asamblea legislativa de Mississipi para debatir la secesión. A decir verdad, la propia victoria de Lincoln no era sino el resultado de una escisión en el campo *demócrata*. Durante la batalla electoral, los demócratas del Norte habían concentrado sus votos en *Douglas* y los del Sur en *Breckinridge*, y esta dispersión de los votos demócratas permitió la victoria del Partido *Republicano*. ¿De dónde proviene la superioridad, por un lado, del Partido *Republicano* en el Norte [4] y, por otro lado, la división *en el seno* del Partido *Demócrata*, cuyos miem-

[4] Los sufragios expresados en la elección de 1860 se repartieron como sigue:

| | No. total de votos | Votos en el colegio electoral |
|---|---|---|
| Lincoln | 1.866,452 | 180 |
| Douglas | 1.376.957 | 112 |
| Breckinridge | 849.781 | 72 |
| Bell | 588.879 | 39 |

Por lo tanto, si se añaden los votos de Douglas a los de Breckinridge se obtienen 360,286 más que los de Lincoln.

bros, en el Norte y en el Sur, operaban concertadamente hacía más de medio siglo?

La presidencia de Buchanan representó el punto culminante del dominio sobre la Unión, que el Sur había acabado por usurpar gracias a su alianza con los demócratas del Norte. El último Congreso continental de 1787, y el primer Congreso constitucional de 1789-1790, habían proscrito legalmente la esclavitud de todos los territorios de la República al noroeste de Ohio. (Como se sabe, territorio es la denominación que reciben las colonias situadas en el interior de los propios Estados Unidos, en tanto que no alcancen el nivel de población constitucionalmente prescrito para la formación de Estados autónomos.)

El compromiso llamado de Misuri (1820), a raíz del cual Misuri entró en las filas de los Estados Unidos como tal Estado esclavista, excluyó la esclavitud de todos los territorios más allá de los 36° 30′ de latitud norte y al oeste del Misuri. Este compromiso hizo que la zona de la esclavitud avanzase en muchos grados de longitud, mientras, de otro lado, se asignaban límites geográficos muy precisos a su propagación futura. Esta barrera geográfica fue a su vez derribada en 1854 por lo que se llama el Kansas-Nebraska bill, cuyo promotor fue Stephen A. Douglas, a la sazón líder de la democracia del Norte. El *bill* adoptado por las dos cámaras del Congreso abolió el compromiso de Misuri, puso en pie de igualdad esclavismo y libertad, ordenó al gobierno de la Unión tratarlos con la misma indiferencia y dejó a la soberanía popular el cuidado de decidir si era menester o no introducir el esclavismo en un territorio. Se abolía así, por vez primera en la historia de los Estados Unidos, toda limitación geográfica y legal a la extensión de la esclavitud en los territorios. Por esta nueva legislación, todo el territorio hasta entonces libre de

Nuevo México, cinco veces mayor que el Estado de Nueva York, fue transformado en país de esclavitud, y la zona esclavista se extendió de la frontera de la República Mexicana a los 38° de latitud norte. En 1859, se dio a Nuevo México un Código esclavista que rivalizaba en barbarie con las legislaciones de Texas y Alabama. Sin embargo, como indica el censo de 1860, Nuevo México cuenta apenas con una cincuentena de esclavos sobre una población de cien mil habitantes. Bastó, pues, al Sur enviar al otro lado de la frontera a un puñado de aventureros con unos cuantos esclavos, para obtener con la ayuda del gobierno central de Washington, de sus funcionarios y de sus proveedores de Nuevo México, una apariencia de representación popular, a fin de que se otorgara a este territorio la esclavitud y de imponer por doquier la dominación de los esclavistas.

No obstante, este método cómodo no acreditó su eficacia en los demás territorios. Es por esto por lo que el Sur dio un paso más y el Congreso apeló al Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Este Tribunal, compuesto por nueve magistrados de los que cinco pertenecían al Sur, era de antiguo el instrumento más dócil de los esclavistas. Fue él quien sentenció en 1857, en ocasión del memorable caso de Dred Scott, que cada ciudadano americano tenía derecho a llevar con él, a no importa qué territorio, toda propiedad reconocida por la Constitución. Ahora bien, la Constitución reconocía la propiedad de esclavos; se obligó así al gobierno de la Unión a proteger dicha propiedad. En consecuencia, sobre una base constitucional, los esclavos podían ser forzados por sus dueños a trabajar en todos los territorios, y a cualquier esclavista en particular se le permitía introducir la esclavitud —incluso contra la voluntad de los colonos— en todos los territorios hasta entonces libres. Se denegaba así a las

asambleas legislativas locales el derecho a prohibir la esclavitud y se imponía al Congreso y al gobierno de la Unión el deber de favorecer a los promotores del esclavismo.

Al mismo tiempo, en 1850, bajo el gobierno de Buchanan, se endurecieron las leyes de extradición de los esclavos fugitivos y se aplicaron despiadadamente en los Estados del Norte.[5] Parecía como si la vocación constitucional del Norte consistiese en atrapar a los esclavos para los dueños del Sur. De otra parte, a fin de frenar cuanto fuese posible la colonización de los territorios por colonos libres, el partido esclavista puso en jaque toda la legislación sobre la libertad del suelo, es decir, las disposiciones que aseguraban a los colonos una cantidad determinada de tierras del Estado, libres de cargas.[6]

[5] La ley sobre los esclavos fugitivos adoptada por el Congreso en 1850 completaba la de 1793 sobre la extradición de los esclavos fugados. La ley de 1850 preveía efectivamente que todos los Estados dispusieran de funcionarios encargados de capturar y entregar los esclavos huidos. El gobierno federal debía emplear todos los medios de que disponía para recapturar los esclavos en fuga y negaba a los esclavos el derecho a ser juzgados por un jurado o de testimoniar en su defensa. Por cada negro capturado y devuelto a la esclavitud, se daba una recompensa de diez dólares. Se citan ejemplos de que la operación de captura de un esclavo llegó a costar cien dólares. La ley preveía una pena de mil dólares a seis meses de prisión a quienquiera que se opusiera a la aplicación de la ley. Las masas populares fueron exasperadas por esta ley y el movimiento abolicionista se vio reforzado. La ley se volvió prácticamente inaplicable desde el principio de la guerra civil y fue abolida definitivamente en 1864.

[6] Los Apalaches constituyen la barrera montañosa a 250-350 kilómetros de la costa atlántica hasta la que habían llegado las colonias inglesas en el momento de su independencia. En menos de un siglo después, la avalancha hacia el Oeste recorrería los 5.000 kilómetros que distaba el Pacífico. La política agraria de los Estados Unidos se inicia

La política interior, al igual que la exterior, de los Estados Unidos se puso al servicio de los esclavistas. De hecho, Buchanan había accedido a la dignidad presidencial gracias al manifiesto de Ostende, en el que proclamaba que la adquisición de Cuba, bien a título oneroso o bien por la fuerza de las armas, era la gran tarea de la política nacional.[7] Bajo su gobierno, el norte de México ya fue distribuido entre los especuladores americanos de tierras, que esperaban con impaciencia la señal para invadir Chihuahua, Coahuila y Sonora.[8] Las

con la ley de 1785 que impone la venta de tierras públicas en forma de granjas de tipo y extensión familiar. La atribución gratuita de parcelas de tierra libre en el Oeste considerado como dominio del Estado era la reivindicación esencial de los *free soilers*, miembros de un partido abolicionista fundado en 1848 que exigía la libertad de tierras. Estos *free soilers*, que se hallaban naturalmente en competencia con los esclavistas en la colonización de los territorios nuevos, debían exigir la prohibición del esclavismo en las regiones a colonizar y la anulación de la venta de tierras a los grandes propietarios y especuladores. El Congreso y el gobierno de Washington opusieron una viva resistencia a estas reivindicaciones. En 1854 se presentó a discusión en el Senado una ley sobre la libertad del suelo; los demócratas del Sur se opusieron inmediatamente porque estaba "impregnada" de abolicionismo. Aun habiendo sido aprobada por la Cámara de Representantes, el Senado se negó a ratificar esta ley. No fue votada hasta 1860 y ello con esta importante restricción: la tierra no se atribuía gratuitamente, sino contra el pago de 25 dólares por acre. Con todo, el presidente Buchanan le puso el veto. Ya hasta después de la victoria de los republicanos y en plena guerra civil no pudo adoptarse definitivamente esta ley.

[7] Para asegurarse nuevos territorios para esclavos, el Sur busca expandirse no solamente en dirección Oeste, sino también hacia el Sur después de haber expoliado a México de ciertas regiones, los esclavistas se dirigieron hacia España, con vistas a comprar Cuba o a apoderarse de ella por las armas.

[8] Entre 1857 y 1859 capitalistas americanos, bajo la dirección de Charles P. Stone, manifestaron gran interés por las minas y las muy fértiles tierras de Sonora. Co-

continuas expediciones de piratas y filibusteros contra los Estados de América Central [9] estaban dirigidas, si bien les parece, desde la Casa Blanca de Washington. En íntima ligazón con esta política exterior, que se proponía abiertamente conquistar territorios nuevos a fin de introducir allí la esclavitud y la dominación de los esclavistas, se sitúa la *reapertura del comercio de esclavos*, secretamente apoyada por el gobierno de la Unión.[10] El propio

menzaron por instalar sociedades de ayuda a los emigrantes: era el primer paso para la anexión. La política mexicana del presidente Buchanan servía perfectamente estos intereses económicos particulares. En cuanto entró en funciones, Buchanan autorizó el pago a México de una suma de doce a quince millones de dólares por la Baja California y una amplia porción de Sonora y Chihuahua y estableció puestos militares. En su artículo sobre la *Intervención en México,* Marx evoca el hecho de que Palmerston expropia a los acreedores ingleses el Estado mexicano e hizo ceder Texas a los esclavistas norteamericanos. Así aclara los verdaderos móviles de la expedición a México de 1860 y el contenido real de la colusión imperialista entre los sudistas e Inglaterra.

[9] En el curso de los años 1850, las potencias esclavistas no solamente ambicionan apoderarse de Cuba y el norte de México, sino también América Central. Con estos propósitos se organizaron expediciones de filibusteros especialmente contra Nicaragua, para hacer de ella la base de un gran imperio esclavista. William Walker juega un papel esencial en esta empresa. En 1855 se apodera de Granada; los esclavistas del Sur apoyaron su proclamación, instaurando y legalizando el esclavismo en estos países. Pero la ayuda de los esclavistas no fue bastante fuerte para mantenerlo contra la coalición de los Estados de América Central. En 1857, Walker fue derribado y sus tentativas ulteriores de reconquista fracasaron.

[10] Como ya hemos dicho antes, la Constitución americana de 1787 legaliza la esclavitud de los negros en los Estados donde ya existía y permitió el tráfico de negros entre Estados. En 1807, por iniciativa del presidente Jefferson, el Congreso acordó prohibir la importación de esclavos de Africa y el tráfico entre Estados por una ley que entró en vigor el primero de enero de 1808, que preveía medidas contra la trata de negros y especial-

Stephen A. Douglas declaró el 20 de agosto de 1859 en el Senado americano: "El año pasado hemos importado más negros de Africa que nunca con anterioridad en el curso de un año, incluida la época en que el comercio de esclavos todavía era legal. El número de esclavos importados el año pasado se habría elevado a quince mil".

Propagación de la esclavitud en el exterior mediante la fuerza armada, tal era la meta confesada de la política nacional. De hecho, la Unión se había convertido en la esclava de trescientos mil esclavistas que dominaban en el Sur. Este resultado se derivaba de una serie de compromisos que el Sur debía a su alianza con los demócratas del Norte. Todas las tentativas, renovadas periódicamente desde 1817, de resistir a las usurpaciones crecientes de los esclavistas fracasaron ante esta alianza. Finalmente, llegó el punto de viraje.

Desde que fue aprobado el *Kansas-Nebraska bill,* que borraba la línea fronteriza de la esclavitud y sometía su aplicación a la voluntad de los colonos en los territorios nuevos, los emisarios armados de los esclavistas —bribones de las regiones fronterizas de Misuri y Arkansas— se precipitaron sobre Kansas, con el cuchillo de monte en una mano y

mente la confiscación de los navíos y cargamentos que transportaban negros. Naturalmente, esta ley fue continuamente burlada. El comercio de esclavos, aunque prohibido, floreció de contrabando con diversas alternativas, pero alcanzando un auge en torno a los años de 1850. Pese a los esfuerzos de la Convención comercial del Sur en 1859, sin embargo, la trata no fue legalizada; todas las leyes en este sentido fracasaron incluso en Georgia, Alabama, Luisiana y Texas. El fracaso se debió en gran parte a una contradicción en el mismo seno de la clase esclavista: los Estados fronterizos y orientales que practicaban la "cría de negros" para la venta en los Estados esclavistas en expansión temían la concurrencia africana y una depresión de los precios de los esclavos, como resultado de una "oferta" demasiado abundante.

el revólver en la otra, a fin de expulsar a los colonos, tratándolos con una crueldad sin nombre. Estas incursiones de bandidaje encontraban apoyos cerca del gobierno central de Washington. De ahí la inmensa reacción. En todo el Norte, y especialmente en el Noroeste, se formó una organización de auxilio para aportar a Kansas ayuda en hombres, armas y dinero.[11] De esta organización de auxilio nació el *Partido Republicano,* que debe así su existencia a la lucha en defensa de Kansas. Una vez fracasada la tentativa de convertir a Kansas por la fuerza en un *territorio de esclavos,* el Sur se esforzó en obtener los mismos resultados por medio de intrigas políticas. El gobierno de Buchanan, en particular, hizo cuanto pudo para incluir a Kansas entre los Estados esclavistas de los Estados Unidos, imponiéndole una Constitución proesclavista. De ahí una nueva lucha, librada esta vez en lo esencial en el Congreso de Washington. Incluso M. Stephen A. Douglas, jefe de los demócratas

[11] En los años 1854-55 se crearon "organizaciones de ayuda a los colonos" de Kansas en una serie de Estados del Norte y Noroeste (Massachusetts, New York, Pennsylvania, Ohio, Illinois, etc.). La primera apareció en abril de 1854 en Massachusetts. Estas organizaciones se proponían luchar contra la expansión del esclavismo e instalar pequeños colonos en Kansas. Se ocupaban del reclutamiento de colonos, del sostén financiero, del transporte de aparatos agrícolas a Kansas, del alojamiento de los colonos y de su aprovisionamiento. Finalmente enviaron armas a Kansas. Este movimiento adquirió su apogeo en el verano de 1856 con la guerra de Kansas. En julio de 1856, el Congreso de Buffalo decidió la creación de un Comité nacional de ayuda a Kansas, que no logró, a pesar de muchos esfuerzos, unificar la ayuda a escala nacional, a causa de algunas divergencias. Con todo, esta actividad tuvo una gran influencia sobre la opinión pública y contribuyó a sostener las fuerzas que crearon el Partido Republicano. Al final de la guerra civil, esta organización se ocupó en la colonización de Oregón y Florida. Existió hasta el año 1897.

del Norte, intervino entonces (1857-1858) contra el gobierno y sus aliados del Sur, ya que el otorgamiento de una Constitución esclavista contradecía el principio de soberanía de los colonos garantizada por el *Nebraska bill* de 1854. Douglas, senador por Illinois, un Estado del Noroeste, habría, naturalmente, perdido toda su influencia si hubiese intentado conceder al Sur el derecho a desposeer, por la fuerza de las armas o por los actos del Congreso, los territorios colonizados por el Norte.[12] Después de haber creado el *Partido Republicano*, la lucha por Kansas provocaba ahora la primera *escisión en el seno del Partido Demócrata* mismo.

El Partido Republicano se proveyó de una primera plataforma con ocasión de las elecciones presidenciales de 1856. Si bien su candidato —John Frémont— no salió victorioso, el número considerable de votos que obtuvo probó en todo caso que el Partido crecía rápidamente, de manera especial en el Noroeste.[13] Con motivo de su segunda Convención nacional para las elecciones presidenciales (17 de mayo de 1860), los republicanos enriquecieron su programa de 1856 con sólo algunas adiciones. Esencialmente, contenía los siguientes puntos: no hay que ceder ni la menor pulgada de tierra a los esclavistas; es preciso que cese la política de bandidaje frente al exterior; hay que es-

[12] De este modo, el senador Douglas, bajo la presión de sus electores, el 9 de diciembre de 1857 hizo la siguiente declaración en el Senado: ..."si esta Constitución ha de sernos impuesta por la fuerza, violando los principios fundamentales del libre gobierno y de una manera que sería un simulacro y un insulto, yo resistiría hasta el fin [...]. Yo me atengo al gran principio de la soberanía popular [...] y me esforzaré por defenderlo contra los asaltos de quienquiera que sea".

[13] De los 1.341.264 votos conseguidos por Frémont en 1856, 559.864 provenían de los Estados del Noroeste (Ohio, Michigan, Indiana, Illinois, Wisconsin y Iowa), o sea, el 41.7 por ciento del total.

tigmatizar la reapertura del comercio de esclavos; hay, en fin, que dictar leyes sobre la libertad de la tierra, a fin de promover la libre colonización.

El punto decisivo y vital de este programa era el de no ceder en lo sucesivo una pulgada de terreno nuevo al esclavismo; se le debía, por el contrario, mantener acantonado en los límites de los Estados donde ya existía legalmente.[14] Así, la esclavitud debería quedar formalmente confinada. Ahora bien, la ampliación progresiva del territorio y del dominio del esclavismo más allá de los antiguos límites es una ley vital para los Estados esclavistas de la Unión.

El cultivo de artículos de exportación del Sur —algodón, tabaco, azúcar, etc.—, practicado por los esclavos, es remunerativo por tanto tiempo, solamente, como se siga efectuando con amplias aportaciones de esclavos, en gran escala y con inmensas extensión de tierras naturalmente fértiles, que no exigen más que un trabajo simple. El cultivo intensivo, que no depende tanto de la fertilidad del suelo como de las inversiones de capitales y de la inteligencia y la energía del trabajador, es contrario a la naturaleza de la esclavitud.

Se asiste a una rápida transformación de Estados tales como Maryland y Virginia, que antaño utilizaban esclavos para producir artículos de ex-

[14] La plataforma republicana de 1860 se manifestaba sobre este asunto en la siguiente forma: "La condición normal sobre todo el territorio de los Estados Unidos es la de la libertad; nuestros antepasados republicanos, cuando han abolido la esclavitud sobre todo nuestro territorio nacional, han establecido que nadie pudiera sin proceso legal y juicio ser despojado de su vida, su libertad o su propiedad. Tomamos como nuestro deber [...] mantener esas estipulaciones de la Constitución contra todas las tentativas de la violación. Negamos al Congreso, a las asambleas o quienquiera que sea, el derecho de dar una existencia legal a la esclavitud en cualquier territorio de los Estados Unidos".

portación en Estados que producen esclavos para exportarlos después hacia los Estados situados más al sur. Incluso en Carolina del Sur, donde los esclavos representan las cuatro séptimas partes de la población, la producción algodonera ha permanecido enteramente estacionaria desde los años del agotamiento del suelo. Y, efectivamente, por la fuerza misma de las cosas, Carolina del Sur ya se ha transformado parcialmente en un Estado de cría de esclavos, puesto que cada año vende esclavos a los Estados del extremo Sur y del Sudoeste por valor de cuatro millones de dólares. Tan pronto como se alcanza este punto, resulta indispensable adquirir territorios nuevos para que una parte de los dueños de esclavos ocupen nuevas franjas de tierras fértiles, transformándose la parte abandonada tras ellos en territorio de cría de esclavos destinados a la venta en el mercado. No cabe duda alguna, pues, de que sin la adquisición de Luisiana, Misuri y Arkansas por los Estados Unidos, el esclavismo se habría extinguido hace ya tiempo en Virginia y Maryland. En el Congreso secesionista de Montgomery, uno de los portavoces del Sur —el senador Toombs— formuló de una manera diáfana la ley económica que rige la expansión continua del territorio de la esclavitud: "Si de aquí a quince años no nos beneficiamos de un inmenso acrecentamiento de tierras de esclavos, habremos de permitir a los esclavos huir de los blancos, a menos que los blancos no huyan antes de los esclavos".

Como es sabido, los mandatos de los distintos Estados a la Cámara de Representantes del Congreso dependen del número de habitantes de su respectiva población. Como la población de los Estados libres crece infinitamente más aprisa que la de los Estados esclavistas, el número de representantes del Norte bien pronto habrá de sobrepasar

con mucho al de representantes del Sur. La verdadera sede del poderío político del Sur se desplaza continuamente hacia el Senado americano, donde cada Estado —ya sea fuerte o débil su población— dispone de dos escaños senatoriales. Para mantener su influencia en el Senado y, mediante este trujamán, su hegemonía sobre los Estados Unidos, el Sur ha menester de crear incesantemente nuevos Estados esclavistas. Ahora bien, esto sólo es posible conquistando países extranjeros —por ejemplo Texas— o transformando los territorios pertenecientes a los Estados Unidos, primero en territorios de esclavos, y luego en territorios esclavistas, como es el caso de Misuri, de Arkansas, etc. John Calhoun —adulado por los esclavistas y considerado como su hombre de Estado por excelencia— declaraba en el Senado el 19 de febrero de 1847, que sólo esta Cámara ponía en manos del Sur la balanza del Poder; que la expansión del territorio esclavista era indispensable para preservar en el Senado ese equilibrio entre el Sur y el Norte, y que las tentativas de creación por la fuerza de nuevos Estados esclavistas quedaban así justificadas para el Sur.

En fin, el número de los actuales esclavistas en el Sur de la Unión alcanza apenas a trescientos mil, o sea, una oligarquía muy exigua, a la que se enfrentan millones de "pobres blancos" (*poor whites*), cuya masa crece sin cesar en virtud de la concentración de la propiedad de la tierra, y cuyas condiciones únicamente son comparables a las de los plebeyos romanos de la época del declive extremo de Roma. Tan sólo mediante la adquisición —o la perspectiva de adquisición— de territorios nuevos, o mediante expediciones filibusteras, es posible concertar los intereses de estos "pobres blancos" con los de los esclavistas y dar a su turbulenta necesidad de actividad una dirección que no

sea peligrosa, puesto que haría espejear ante sus ojos la esperanza de que ellos mismos podrían convertirse un día en propietarios de esclavos.

Un estricto confinamiento de la esclavitud en su antiguo dominio debería, pues —por las leyes *económicas* del esclavismo—, conducir a su extinción progresiva; después —desde el punto de vista *político*—, a arruinar la hegemonía ejercida por los Estados esclavistas del Sur gracias al Senado, y por fin, a exponer a la oligarquía esclavista en el interior mismo de sus Estados a unos peligros cada vez más amenazantes del lado de los "pobres blancos". En resumen, los republicanos atacan la raíz de la dominación de los esclavistas cuando proclaman el principio de que se opondrán con la ley a toda extensión futura de territorios de esclavos. La victoria electoral de los republicanos debía, pues, empujar a la lucha abierta entre el Norte y el Sur. No obstante, esta misma victoria estuvo condicionada por la escisión dentro del campo demócrata, en la forma que ya hemos mencionado.

La lucha por Kansas ya había provocado un corte entre el partido esclavista y sus aliados demócratas del Norte. Durante la elección presidencial de 1860, el mismo conflicto estalló de forma aún más general. Los demócratas del Norte, con su candidato Douglas, hacían que la introducción de la esclavitud en los territorios dependiese de la voluntad de la mayoría de los colonos. El partido esclavista —con su candidato Breckinridge— sostenía que la Constitución de los Estados Unidos —como había declarado el Tribunal Supremo— llevaba legalmente la esclavitud en su estela; en sí y por sí, la esclavitud era ya legal sobre todo el territorio, y no exigía ninguna naturalización particular. Así, pues, en tanto que los republicanos negaban toda ampliación de los territorios esclavistas, el partido sudista pretendía que todos los

territorios de la República eran sus dominios privados. Y, de hecho, por ejemplo en Kansas, intentó imponer la esclavitud por la fuerza a un territorio, gracias al gobierno central y contra la voluntad de los colonos. En pocas palabras, ahora hacía de la esclavitud la ley de todos los territorios de la Unión. Sin embargo, hacer esta concesión no estaba en manos de los jefes *demócratas*: ello habría determinado, simplemente, que sus huestes desertaran al campo republicano. Por otra parte, la "soberanía de los colonos" a lo Douglas no podía satisfacer al partido de los esclavistas. Lo que éstos pretendían hacer debería realizarse dentro de los cuatro años siguientes, bajo el nuevo presidente y por medio del gobierno central: no se podía permitir demora alguna.

No se les escapaba a los esclavistas que había nacido una nueva potencia: el Noroeste, cuya población casi se había duplicado de 1850 a 1860 y que era ahora sensiblemente igual a la población *blanca* de los Estados esclavistas. Ahora bien, esta potencia no estaba inclinada, por sus tradiciones, su temperamento y su modo de vida, a dejarse arrastrar de compromiso en compromiso, como habían hecho los viejos Estados del Nordeste. La Unión sólo tenía interés para el Sur si aquélla le entregaba el poder federal para realizar su política esclavista. Si no era este el caso, valía más romper ahora, antes de asistir todavía durante cuatro años al desarrollo del Partido Republicano y al auge del Noroeste, para entablar la lucha bajo auspicios más desfavorables. El partido esclavista se jugaba *el todo por el todo*. Cuando los demócratas del Norte se negaron a seguir desempeñando por más tiempo el papel de "pobres blancos" del Sur, el Sur dio la victoria a Lincoln dispersando sus votos; a continuación desenvainó la espada tomando aquella victoria como pretexto.

Como se ve, todo el movimiento reposaba —y todavía reposa— sobre el *problema de los esclavos.* Es cierto que no se trata directamente de emancipar —o no— a los esclavos en el seno de los Estados esclavistas existentes; se trata, antes bien, de saber si veinte millones de hombres libres del Norte van a dejarse dominar más tiempo por una oligarquía de trescientos mil esclavistas; si los inmensos territorios de la República servirán de invernaderos al desarrollo de Estados libres o de Estados esclavistas; si, en fin, la política nacional de la Unión tendrá por divisa la propagación armada de la esclavitud a México y América central y meridional.

En otro artículo examinaremos qué valor tiene la aserción de la prensa londinense, según la cual el Norte debería aprobar la secesión como la solución más favorable y, en definitiva, como la única posible del conflicto en curso.*

* Ver más adelante, FASE MILITAR, el capítulo "La guerra civil en los Estados Unidos".

Carlos Marx

# EL COMERCIO BRITANICO DEL ALGODON

*New York Daily Tribune*
14 de octubre de 1861
*Londres, 21 de septiembre de 1861*

El alza continua de los precios del algodón en bruto comienza a tener efectos serios sobre la industria algodonera, cuyo consumo ha disminuido ahora en el veinticinco por ciento con relación al normal. Este resultado significa que la tasa de producción disminuye diariamente, que las fábricas no trabajan más que tres o cuatro días por semana y que una parte de las máquinas está parada, ya sea en las empresas que practican la jornada reducida de trabajo, ya en aquellas que hasta aquí trabajaban a pleno empleo, pero que están cerradas temporalmente. En ciertas localidades, por ejemplo, en Blackburn, la jornada de trabajo reducida va acompañada de una reducción de salarios. Como quiera que sea, la tendencia a disminuir la jornada de trabajo sólo está en sus inicios, y podemos predecir con certeza que de aquí a algunas semanas se pasará, en la totalidad de esta rama de producción, a tres días de trabajo por semana, al mismo tiempo que parará gran parte de las máquinas en la mayoría de las empresas. En general, las fábricas y los negociantes ingleses sólo han tenido conocimiento de manera muy lenta y con reticencias del precario estado de sus aprovisionamientos de algodón. Estos señores dicen:

"Toda la última cosecha americana ha sido ya encaminada hacia Europa hace tiempo. El trabajo en la nueva cosecha está justamente empezando. No habríamos podido obtener ni una bala más de algodón, aunque no hubiésemos oído hablar de guerra y de bloqueo. La temporada de navegación no comienza antes de finales de noviembre, y generalmente hay que esperar hasta fines de diciembre para que tengan lugar grandes exportaciones. Hasta entonces, no tiene gran importancia que el algodón permanezca en las plantaciones o se encamine hacia los puertos tan pronto como sea embalado. Si el bloqueo se levanta en un momento cualquiera *antes de fin de año,* estaremos ciertamente abastecidos de algodón de manera normal en marzo o abril, como si el bloqueo no hubiese existido".

En lo más íntimo de su alma de tenderos, los fabricantes acarician la esperanza de que antes de fin de año habrá terminado toda la crisis americana y con ella el bloqueo, o bien que lord Palmerston forzará el bloqueo por la violencia. Sin embargo, esta última idea ha sido más o menos abandonada cuando en Manchester han advertido, entre otras circunstancias, que si el gobierno británico tomase la ofensiva sin haber sido provocado, chocaría con la fuerza unida de dos gigantescos grupos de intereses, a saber: los capitalistas de las finanzas que han invertido un enorme capital en las empresas industriales de América del Norte, y los mercaderes de cereales, que encuentran en América del Norte su principal fuente de suministro. La esperanza de que el bloqueo será levantado a tiempo para satisfacer las exigencias de Liverpool y de Manchester, o de que la guerra americana acabará con un compromiso con los secesionistas, ha dejado paso a un fenómeno desconocido hasta aquí en el mercado algodonero inglés, a

saber: las operaciones algodoneras americanas en Liverpool, que se manifiestan bien sea a través de especulaciones, bien de reexpediciones hacia América. Como consecuencia, el mercado algodonero de Liverpool experimentó una agitación febril en el curso de las dos últimas semanas, al verse sostenidas las inversiones especulativas de capitales de los negociantes de Liverpool por las inversiones especulativas de capitales de los fabricantes de Manchester y de otros lugares, que tratan de proveerse de reserva de materias primas para el invierno. Se comprueba cuál es, al por mayor, la amplitud de estas transacciones en el hecho de que una parte considerable de los depósitos de almacenamiento de Manchester se encuentran ya atestados de tales reservas, y en que en el curso de la semana del 15 al 22 de septiembre la variedad del algodón de calidad media ha subido en tres octavos de dólar por libra y la variedad mejor en cinco octavos de dólar.

Desde el inicio de la guerra americana, el precio del algodón no ha cesado de subir, pese a que el desequilibrio fatal entre el precio de las materias primas y el del hilo y el tejido sólo se puso de manifiesto en el curso de las últimas semanas de agosto. Hasta entonces, cada subida del precio del algodón manufacturado, que debería derivarse de la considerable disminución de la oferta americana, se había compensado con un aumento de las reservas acumuladas en primeras manos y con las consignaciones especulativas hacia China y la India.

Pero estos mercados asiáticos muy pronto se vieron obstruidos. Así, en *Calcutta Price Current* del 7 de agosto de 1861 escribe: "Las reservas en *stock* se acumulan; desde nuestro último número, los arribos no ascienden a menos de veinticuatro millones de yardas de algodón liso. Informes provenientes de la metrópolis nos hacen saber que

los suministros por barco van a proseguir bastante más allá de nuestras necesidades. Mientras esto dure, no podremos esperar una mejor [...]. El mercado de Bombay está también ampliamente saturado".

Otras circunstancias contribuyeron también a la contracción del mercado indio. La última hambrina en las provincias del Noroeste fue seguida de los estragos del cólera, mientras en toda la Bengala inferior las lluvias ininterrumpidas dañaron gravemente la cosecha de arroz. Cartas de Calcuta, llegadas a Inglaterra esta semana, nos informan de que las ventas arrojaron un precio neto de nueve dólares y cuarto por libra de hilo No. 40, mientras en Manchester no se encuentra por menos de once dólares y tres octavos; asimismo, las ventas de tela de cuarenta pulgadas y tres octavos; asimismo, las ventas de tela de cuarenta pulgadas experimentaron pérdidas de siete y medio, nueve y doce dólares por pieza, en relación con los precios vigentes en Manchester.

Incluso en el mercado chino asistimos a una depresión de los precios, debida a la acumulación de *stocks* de mercancías importadas. En estas condiciones, y con la demanda de algodón inglés manufacturado en baja, los precios no pueden, ciertamete, ir a la par del aumento creciente de los precios del algodón en bruto; por el contrario, en muchos casos, la hilatura, el tejido y el estampado del algodón dejan de compensar los gastos de producción. Tomemos como ejemplo el caso siguiente, que nos comunica uno de los mayores fabricantes de Manchester, por lo que concierne a la hilatura en bruto:

| 17 de Sept. de 1860: | Por libra | Margen de venta | Coste del hilado por libra |
|---|---|---|---|
| Coste del algodón: | 6¼ $ | 4 $ | 3 $ |
| Trama 16 vendida a: | 10¼ $ | — | — |

Ganancia: 1 $ por libra

| 17 de Sept. de 1861: | | | |
|---|---|---|---|
| Coste del algodón: | 9 $ | 2 $ | 3 ½ $ |
| Trama 16 vendida a: | 11 $ | — | — |

Pérdida: 2½ $ por libra

El consumo de algodón indio aumenta rápidamente. Si los precios continúan subiendo, los suministros indios aumentarán. Sin embargo, es imposible cambiar, en unos meses, todas las condiciones de producción y modificar el curso de los intercambios comerciales. Inglaterra está así en vías de pagar muy cara su larga y odiosa administración del vasto imperio indio.

Los dos principales obstáculos con que tropiezan sus tentativas de reemplazar el algodón americano por el indio son la falta de medios de transporte y de comunicación en todo el territorio indio, y la situación mísera del campesino hindú, que le hace inapto para aprovechar estas condiciones favorables. En el origen mismo de estas dos dificultades están los ingleses.

La industria moderna de Inglaterra reposa en general sobre dos ejes igualmente míseros. Uno es la patata, que era el medio exclusivo de alimentación de la población irlandesa y de una gran parte de la clase obrera inglesa. Este eje quedó roto durante la enfermedad de la patata y la catástrofe que ello supuso para Irlanda.[1] Ahora hay

[1] Referencia a la escasez de patatas en Irlanda de 1845-

que hallar una base más amplia para la reproducción y conservación de millones de trabajadores.

El segundo eje de la industria inglesa era el algodón cultivado por los esclavos de los Estados Unidos. La actual crisis americana fuerza a la industria inglesa a extender su campo de aprovisionamientos y a dejar el algodón de las oligarquías productoras y consumidoras de esclavos. En tanto los fabricantes ingleses de algodón dependan del algodón cultivado por esclavos, se podrá afirmar que, en verdad, se apoyan en una doble esclavitud: la esclavitud indirecta del hombre blanco en Inglaterra, y la esclavitud directa del hombre negro al otro lado del Atlántico.

47, producida por una plaga de ese tubérculo. A consecuencia de esta catástrofe, los pequeños campesinos irlandeses, incapaces de pagar sus arriendos, fueron lanzados en masa por los propietarios de tierras. La cólera campesina estalló en ocasión de la revuelta de 1848. La represión de esta insurrección dio lugar a una emigración masiva hacia los Estados Unidos. En el capítulo IV, inédito, de *El Capital,* Marx prueba que esta emigración ha tenido un doble efecto: en Inglaterra, la producción aumenta más lentamente que la población; América se beneficia de una fuerza vital que le permite sobrepasar pronto a Inglaterra por lo que respecta a producción económica. En dicha obra se desarrolla y comprueba la idea de que el capitalismo es un modo de producción social históricamente transitorio; siguiendo la trayectoria del modelo inglés se ve cómo el capital nace, se desarrolla, declina y muere. Esta ley se ilustra con el estudio de la emigración irlandesa, que suscita la creación de un rival capitalista en América y marca la decadencia del capital inglés en el mundo: "La población irlandesa ha descendido de ocho a cinco millones y medio aproximadamente en el curso de los últimos quince años. Con todo, la producción ganadera ha crecido algo y los Dufferin, que quieren convertir Irlanda en un simple pastizal para ovejas, se encuentran confirmados en sus puntos de vista cuando afirman que los irlandeses son aún demasiados. *Entre tanto, no transportan solamente sus huesos a América, sino también su carne: su venganza será terrible al otro lado del Atlántico*".

Carlos Marx

# LA CRISIS EN INGLATERRA

*Die Presse*
6 de noviembre de 1861
*Londres, 1o. de noviembre de 1861*

Igual que hace quince años, Inglaterra está ahora enfrentada a una crisis económica que amenaza atacar de raíz todo su sistema económico. Como se sabe, la *patata* representaba la alimentación exclusiva de Irlanda y de una parte considerable de la clase obrera inglesa, cuando la enfermedad de la patata de 1845 y 1846 golpeó de muerte la fuente de la vida irlandesa. Los resultados de esta catástrofe son conocidos. La población irlandesa disminuyó en dos millones, de los cuales la mitad pereció de hambre y la otra huyó al otro lado del Océano Atlántico. Al mismo tiempo, esta horrosa desgracia contribuyó a la victoria del partido librecambista inglés; la aristocracia terrateniente fue obligada a ceder uno de sus monopolios más lucrativos, y la abolición de las leyes cerealistas aseguró una base más amplia y más sana para la reproducción y la vida de millones de trabajadores.

El *algodón* es para la rama dominante de la industria de la Gran Bretaña lo que la *patata* era para la agricultura irlandesa. La subsistencia de una masa de población superior a la de Escocia entera, o igual a dos tercios de la actual población de Irlanda, depende del trabajo de transformación del algodón. En efecto, según el empadro-

namiento de 1861, la población de Escocia se eleva a 3.061.117 habitantes y la de Irlanda a 5.764.543, en tanto que más de cuatro millones de personas viven directa o indirectamente de la industria algodonera en Inglaterra y Escocia. Esta vez, ciertamente, no es la planta del algodón la que está enferma. Su producción no es un monopolio de ciertas regiones del mundo. Al contrario, no existe una sola planta proveedora de fibras para el vestido que germine en tan variados lugares de América, Asia y Africa.

El monopolio algodonero de los Estados esclavistas de la Unión Americana no es un producto de la naturaleza, sino de la historia. Nació y se desarrolló paralelamente al monopolio de la industria algodonera inglesa sobre el mercado mundial. En 1793 —hacia la época en que se hicieron los grandes descubrimientos mecánicos en Inglaterra— un cuáquero de Connecticut, Ely Whitney, inventó el *cotton gin*, una máquina para separar la fibra de la semilla de algodón. Antes de este invento, toda una jornada del más intenso trabajo de un negro no bastaba para despepitar un libra de borra. Después del invento de la máquina despepitadora del algodón, una vieja mujer negra puede fácilmente producir cincuenta libras de borra de algodón al día, y mejoras progresivas pronto harían que se doblase el rendimiento de esta máquina. Desde entonces, ya no hubo trabas para el cultivo del algodón en los Estados Unidos.[1] Este medró rápidamente, mano a mano con la industria algodonera inglesa, que se convirtió en una gran potencia comercial.

[1] En menos de 20 años después del invento de Eli Whitney, el cultivo algodonero se expandió tan enormemente que pasó de una producción de 140 mil libras a 89 millones y de 138 mil libras de exportación, a 17 millones.

En el curso de esta evolución, hubo momentos en que Inglaterra pareció asustarse del peligro que pudiera representar este monopolio americano del algodón. Tal fue el caso, por ejemplo, cuando se compró la emancipación de los negros de las colonias británicas por veinte millones de libras inglesas. Se cobró conciencia de que la industria de Lancashire y Yorkshire reposaban en la soberanía del látigo esclavista en Georgia y Alabama, en el momento mismo en que el pueblo inglés se imponía grandes sacrificios para abolir la esclavitud en sus propias colonias. Sin embargo, la filantropía no hace la historia, y menos aún la historia comercial. Tales dudas surgían cada vez que había penuria de algodón en los Estados Unidos, tanto más cuanto que esta calamidad natural era explotada por los esclavistas para elevar al máximo el precio del algodón valiéndose de toda clase de artificios. Los hiladores de algodón y los tejedores ingleses amenazaban entonces con la revuelta al "rey del algodón". Se barajaron distintos proyectos para proveerse de algodón en los países de Asia y Africa, por ejemplo, en 1850. Sin embargo, bastaba siempre que una escasez fuese seguida de una buena cosecha en los Estados Unidos para hacer añicos esas veleidades de emancipación. Es más, el monopolio algodonero de América alcanzó en el curso de estos últimos años una amplitud hasta entonces insospechada, en parte a causa de la legislación librecambista, que abolió el derecho complementario de aduana que gravaba el algodón cultivado por esclavos, y en parte a causa de los gigantescos progresos efectuados simultáneamente por la industria algodonera inglesa y por el cultivo del algodón de América en el curso del último decenio. Ya en 1857, el consumo de algodón se había elevado en Inglaterra a cerca de mil quinientos millones de libras.

Y he aquí que, en el presente, la guerra civil americana amenaza de pronto a este gran pilar de la industria inglesa. La Unión bloquea los puertos de los Estados sudistas, a fin de cortar la principal fuente de ingresos de la secesión, impidiendo la exportación de su última cosecha de algodón; pero la Confederación ha imprimido a este bloqueo su verdadera fuerza coactiva cuando decidió no exportar ni una bala de algodón, a fin de obligar a Inglaterra a ir directamente en busca de su algodón a los puertos del Sur. Se trataba de impulsar a Inglaterra a romper el bloqueo por la fuerza y a declarar después la guerra a la Unión, arrojando su espada en la balanza a favor de los Estados esclavistas.

Desde el comienzo de la guerra civil americana, el precio del algodón no ha cesado de subir en Inglaterra, aunque durante mucho tiempo en grado menor al que se esperaba. En su conjunto, el mundo inglés de los negocios parecía considerar con mucha flema la crisis americana. La razón de esta actitud de sangre fría es evidente. Hace ya tiempo que se encuentra en Europa la última cosecha americana. El producto de la nueva cosecha nunca se embarca antes de finales de noviembre, y es sólo a fines de diciembre cuando las expediciones adquieren realmente amplitud. Hasta entonces, es relativamente indiferente que las balas de algodón sigan en las plantaciones o que se expidan hacia los puertos del Sur inmediatamente después de que el algodón se embale. De esta suerte, si en cualquier momento antes de fin de año se levanta el bloqueo, Inglaterra puede estar segura de que recibirá en marzo o abril su provisión normal de algodón como si jamás hubiese habido bloqueo.

El mundo inglés de los negocios, engañado en gran medida por la prensa inglesa, se mecía en la loca ilusión de que el espectáculo de una guerra

de seis meses acabaría con el reconocimiento de la Confederación por parte de los Estados Unidos. Hacia finales del mes de agosto, sin embargo, vieron aparecer americanos en el mercado de Liverpool a fin de comprar allí algodón, ya sea con vistas a la especulación en Europa, ya con vistas a reexpedirlo para América del Norte. Este hecho extraordinario abrió los ojos a los ingleses. Comenzaron a comprender la seriedad de la situación. Después, el mercado de Liverpool entró en un estado de excitación febril. Bien pronto el precio del algodón subió en un ciento por ciento sobre su nivel medio. La especulación algodonera adquirió el mismo carácter frenético de la especulación ferroviaria de 1845. Las fábricas de hilaturas y tejidos de Lancashire y de otros centros de la industria británica del algodón redujeron su horario de trabajo a tres jornadas por semana, una parte paró por completo sus máquinas y la inevitable reacción de otras ramas de la industria no se hizo esperar. Toda Inglaterra tiembla en estos momentos ante la proximidad de la mayor catástrofe económica que la haya amenazado hasta este día.

El consumo del algodón indio se halla, naturalmente, en vías de aumentar, y los altos precios aún aseguran un crecimiento ulterior de las importaciones desde la patria original del algodón. No obstante, es imposible revolucionar las condiciones de producción y el curso de los intercambios en unos cuantos meses, por así decirlo. Inglaterra paga ahora su larga y catastrófica administración en la India. Sus tentativas desordenadas de reemplazar el algodón americano por el algodón indio tropiezan con grandes obstáculos: la falta de medios de comunicación y de transporte en la India y la mísera condición del campesino indio, que le impide aprovechar con ventaja las circunstancias

favorable del momento. Además, sería preciso que el cultivo del algodón indio pasara por todo un proceso de mejoras para ocupar el puesto del algodón americano. Incluso en las condiciones más favorables, se necesitarían *años* para que la India pudiese producir algodón en la cantidad requerida para la exportación. Pues bien, se ha establecido estadísticamente que el *stock* de algodón de Liverpool se habrá agotado de aquí a *cuatro meses.* Y durará hasta entonces sólo si se siguen aplicando las limitaciones del tiempo de trabajo a tres días por semana y la detención total de una parte aún más importante de las máquinas. Ahora bien, los distritos manufactureros sufren ya los peores males sociales. Y si el bloqueo americano prosigue después de enero, ¿qué ocurrirá entonces?

Carlos Marx

# EL COMERCIO BRITANICO

*New York Daily Tribune*
23 de noviembre de 1861
*Londres, 2 de noviembre de 1861*

A la hora actual, Inglaterra no sigue una línea política general. Todo el mundo, hasta el último ciudadano, está enteramente absorbido por sus asuntos y por la crisis americana. En un artículo precedente, llamaba su atención sobre el estado febril del mercado algodonero de Liverpool. En el curso de las dos últimas semanas, ha manifestado todos los síntomas de la moda de los caminos de hierro de 1845. Médicos, dentistas, abogados, cocineros, obreros, empleados, lords, comediantes, clérigos, soldados, marinos, periodistas, institutrices, hombres y mujeres, todos especulan con el algodón. A menudo, las operaciones de compra y venta, y de recompra y reventa, se hacen exclusivamente sobre una, dos, tres o cuatro balas de algodón. Las cantidades más considerables permanecen en el propio almacén, pero en ocasiones cambian veinte veces de propietario. Se puede comprar el algodón a las diez, revenderlo a las once y obtener un beneficio de medio penique por libra. Las mismas balas pasan así por varias manos en el espacio de doce horas.

Sin embargo, se ha producido esta semana una especie de reacción. Hay que atribuirla al hecho exclusivo de que el chelín constituye una cifra

redonda, ya que se compone de doce peniques, y a que la mayoría de los especuladores han decidido vender tan pronto como el precio de la bala de algodón llegue al chelín. En consecuencia, ha habido un aumento súbito de las ofertas de algodón y, por lo tanto, una reacción sobre su precio. Pero esto sólo puede ser un fenómeno pasajero.

Cuando los británicos se hayan hecho a la idea de que una libra de algodón puede costar quince peniques, este límite pasajero a la especulación habrá desaparecido y la fiebre especulativa redoblará su violencia. *Esta evolución contiene un momento favorable para los Estados Unidos y desfavorable para aquellos que quisieran romper el bloqueo.**

* En el artículo titulado "Notas económicas" (*Die Presse.* 3.11.1861), en el que Marx vuelve a manejar para el periódico vienés ciertos argumentos desarrollados en el *New York Daily Tribune,* llega también a la conclusión de que la evolución económica juega a favor de los Estados Unidos y reduce, en consecuencia, los medios de presión del imperialismo de la Inglaterra de Palmerston: "De las últimas estadísticas del comercio exterior inglés se deriva un hecho importante. Mientras que en el curso de los nueve primeros meses de este año las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos han descendido en más del 25 por ciento, el puerto de *Nueva York* [1] ha aumentado por sí solo en más de 6 millones de libras sus exportaciones a Inglaterra en el curso de los *ocho* primeros meses de este año. Durante el mismo periodo, la exportación de oro americano a Inglaterra se ha detenido prácticamente, mientras que, a la inversa, el oro inglés afluye a Nueva York. De hecho, el déficit americano se cubre con las compras de Inglaterra y de Francia, después de una mala cosecha en estos países. Por otro lado, la tarifa Morrill y las economías inseparables de una guerra civil han arruinado al mismo tiempo el consumo de productos ingleses y franceses en América del Norte. ¡Contrastan estos hechos estadísticos con las jeremiadas del *Times* acerca de la ruina financiera de América del Norte!".

[1] Nueva York constituye la encrucijada de compromiso entre el Sur y el Norte, por dos razones: es el centro de la trata de esclavos, del mercado de la moneda, de los capitales y los acreedores hipotecarios de las plantaciones

Ya los especuladores han publicado protestas, diciendo, no sin fundamento, que todo acto belicoso del gobierno británico sería un acto de injusticia hacia los hombres de negocios que, habiendo puesto su confianza en que será respetado el principio de no intervención, proclamado y reivindicado por el gobierno británico, han hecho sus cálculos sobre esta base, han especulado en el interior, abandonando sus pedidos en el exterior y comprando el algodón en base a la estimación de un precio que cuentan obtener en la evolución de procesos naturales, probables y previsibles.

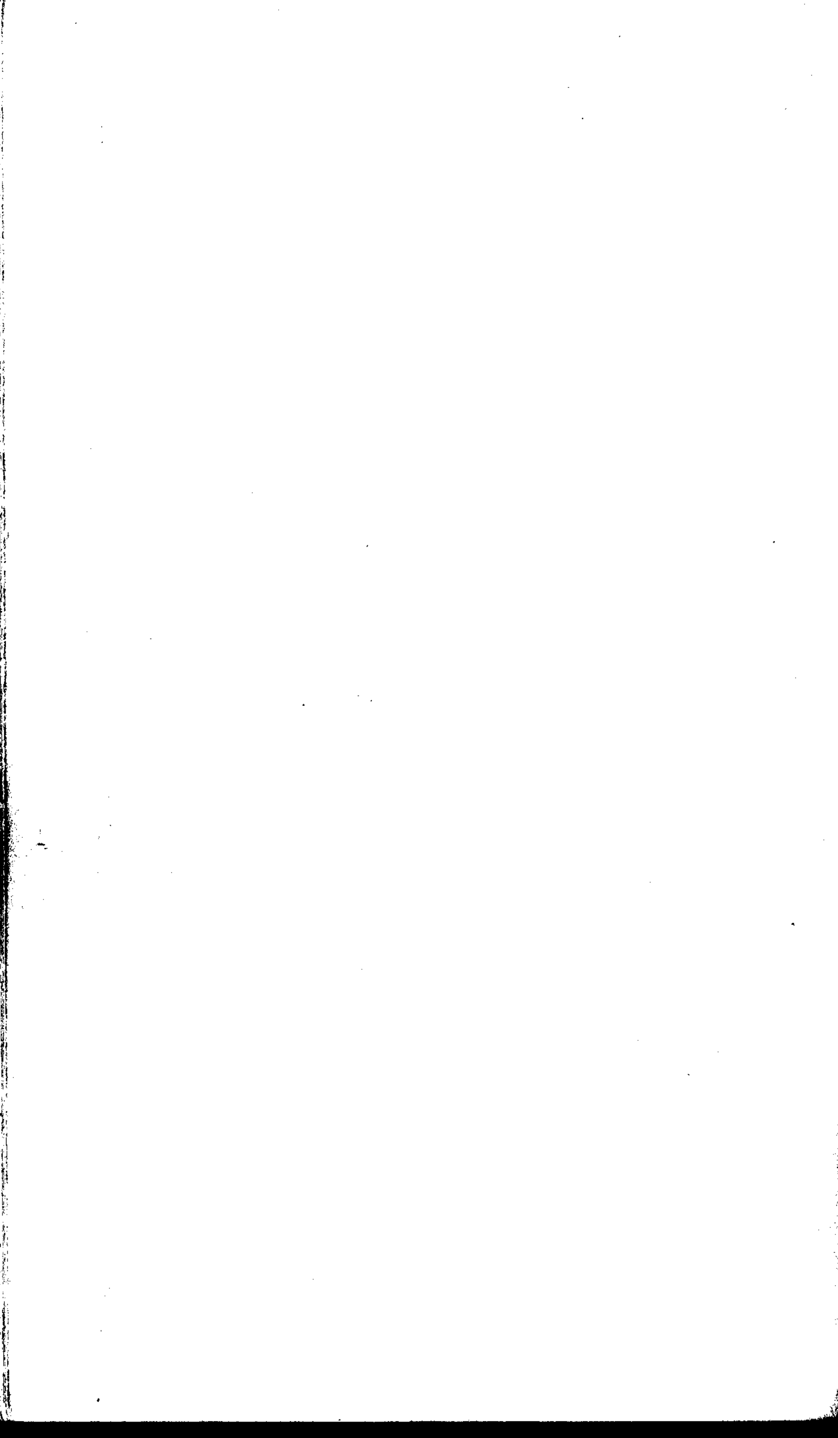
El *Economist* de hoy publica un artículo insensato en el que las estadísticas sobre la población y la extensión geográfica de los Estados Unidos le llevan a la conclusión de que existe bastante espacio para fundar al *menos siete* imperios gigantescos y que, en consecuencia, los unionistas deberían alejar de su corazón "el sueño de un dominio en el que reinaran sin límites". La sola conclusión racional que el *Economist* habría podido extraer de sus propios datos estadísticos, a saber: que los partidarios del Norte, aunque quisieran, no podrían abandonar sus reivindicaciones sin entregar al esclavismo Estados y territorios gigantescos, "donde la esclavitud sobreviviría artificialmente y no podría afirmarse como institución permanente", esta conclusión, la única racional, es incapaz de extraerla este periódico.

del Sur, plaza fuerte de los demócratas ligados al Sur. "El lord-alcalde de Londres no es un hombre de Estado más que en la imaginación de los escritores de vodevil y los gacetilleros de noticias parisienses. En cambio, el alcalde de Nueva York es una verdadera potencia. Al principio de la secesión, el siniestro Fernando Wood ha levantado un plan para proclamar la independencia de Nueva York como república urbana, de acuerdo seguramente con Jefferson Davis. Su plan fracasa debido a la oposición enérgica del Partido Republicano del Empire City" (Marx).

# II. FASE MILITAR

"A mi juicio, la moraleja de todo ello es que una guerra de este género debe hacerse revolucionariamente, y que los yanquis han tratado hasta ahora de hacerla constitucionalmente".

*Marx a Engels, 7 de agosto de 1862*



**Federico Engels**

# LAS LECCIONES DE LA GUERRA AMERICANA

*The Volunteer Journal*
*for Lancashire and Cheshire* *
No. 66 del 6 de diciembre de 1861

Hace algunas semanas hemos llamado la atención del público sobre el proceso de depuración que se impone en el ejército americano de voluntarios.[1]

* Los artículos de Marx y Engels, aunque aparecieran en la prensa burguesa, tienen un gran alcance práctico. En efecto, cada tema era elegido por dicha prensa, americana o europea, según los problemas locales e inmediatos que interesaban directamente a los actores del drama. Al intervenir así, con los medios de que disponían, en el curso palpitante de los acontecimientos, Marx y Engels hacían posible que "su campo" se beneficiase de su experiencia económica, social, política y militar.

El presente artículo fue redactado por Engels para el movimiento de voluntarios que se había creado en Inglaterra en 1859, en el momento de la amenaza bonapartista de invasión. Engels extrae para estos voluntarios la experiencia de la guerra civil americana. Es, pues, desde este particular ángulo, desde el que analiza aquí los problemas militares americanos.

Aun cuando fuese partidario del metodo radical, Engels explica que en los Estados Unidos era recomendable que las operaciones militares "se retrasaran al principio durante una temporada bastante larga, y ello por razones que no eran puramente técnicas. Cf. a propósito de este artículo la correspondencia Marx-Engels del 1.12.1861.

[1] Referencia a algunas noticias militares que menudeaban en la prensa americana del tiempo: "Teniente A.B., expulsado del ejército por conducta deshonesta; C. D., borrado de los cuadros; Capitán E. F., retirado del servicio de los Estados Unidos". Los Estados Unidos han

No agotamos entonces, ni mucho menos, las lecciones preciosas que esta guerra ofrece a los voluntarios de este lado del Atlántico. Nos permitimos, pues, volver sobre el tema.

La manera en que hasta aquí se ha llevado la

puesto en campaña un importante ejército de voluntarios en el curso de estos últimos ocho meses; no se ha ahorrado esfuerzo ni dinero para hacer combativo este ejército; además, este ejército tenía la ventaja de estar casi siempre en contacto con las posiciones avanzadas del enemigo, que jamás se atreve a atacar en masa ni explotar a fondo una victoria. Estas condiciones favorables compensan en realidad, en una larga medida, las dificultades que conoce la organización de los voluntarios americanos por el hecho de que no se benefician más que de un débil sostén por parte del pequeño núcleo del ejército regular y carecen de ayudantes experimentados y de instructores. Por suerte, en América hay muchos hombres que son a la vez calificados y dispuestos a ayudar a los voluntarios a organizarse. Se trata, bien de soldados y oficiales alemanes que han tenido un entrenamiento militar regular y han combatido ya durante las campañas revolucionarias de 1848-49, bien de soldados ingleses que han emigrado en el curso del último decenio. Si, en estas condiciones, ha sido necesario proceder a una verdadera depuración entre los oficiales, es porque existe una debilidad, no en el sistema mismo de voluntarios, sino en la forma de designación de los oficiales voluntarios, quienes, sin excepción, han sido escogidos por los soldados de entre sus propias filas. Solamente tras ocho meses de campaña frente al enemigo el gobierno de los Estados Unidos se decide a exigir que los oficiales voluntarios tengan cierta calificación para la tarea que se han comprometido a cumplir cuando han aceptado su función. Ahora bien, la consecuencia se traduce en estos numerosos licenciamientos, voluntarios o forzosos, sin hablar de muchas expulsiones por motivos más o menos deshonrosos. No cabe duda de que si el ejército del Potomac se enfrentase con una tropa bien organizada y reforzada con una cantidad adecuada de soldados profesionales, hubiera sido pronto derrotada, pese a su importancia numérica y al indudable coraje personal de sus soldados. Marx y Engels han defendido siempre la idea de que era preciso organizar las fuerzas espontáneas para vencer en una revolución, y la experiencia de decenas de revoluciones desafortunadas confirma este punto de vista.

guerra en América es algo, efectivamente, sin precedentes. Del Misuri a la bahía de Chesapeake, se encuentran frente a frente un millón de soldados, divididos casi en igual proporción entre ambos adversarios. Ahora bien, esta situación dura más de seis meses sin que haya habido una sola acción importante. En Misuri, los dos ejércitos avanzan por turnos, se retiran, libran una batalla, avanzan y reculan de nuevo sin llegar a resultados tangibles. Todavía hoy, después de siete meses de marchas adelante y atrás, con cuyo motivo el país habrá sido, sin duda, atrozmente devastado, las cosas parecen más lejos que nunca de una decisión. Después de un periodo bastante largo de aparente neutralidad —en realidad de preparación—, la situación parece análoga en Kentucky; en Virginia occidental asistimos constantemente a pequeños choques sin resultados notables, y sobre ambas orillas del Potomac, el grueso de los dos ejércitos está concentrado al alcance de la vista sin que nadie tenga intención de atacar, demostrando con ello que, dado el actual estado de cosas, carecería de interés lograr una victoria. De hecho, esta manera estéril de llevar la guerra aún puede durar meses, si ciertas circunstancias, que nada tienen que ver con esta situación, no provocan cambios mayores.

¿Cómo explicar esto?

En ambos bandos, los americanos sólo disponen, prácticamente, de voluntarios. El pequeño núcleo del ejército regular de los Estados Unidos o bien se ha disuelto, o bien es demasiado débil para actuar sobre las masas enormes de reclutas todavía sin formación que se han reunido en el teatro de guerra. Para hacer soldados de todos estos hombres no se dispone siquiera de suficiente número de sargentos instructores. Por eso el adiestramiento de las tropas es muy prolongado, y no se puede decir cuanto tiempo haría falta para que

el excelente material de tropa concentrado sobre las dos orillas del Potomac esté en condiciones de avanzar en masa, a fin de librar o de aceptar la batalla con fuerza combinadas.

Aun en el caso de que los soldados pudieran ser instruidos en el arte militar, no habría bastantes oficiales para mandarlos. Se carece en especial de mandos de compañía —que evidentemente no pueden salir preparados del medio civil— y hasta de oficiales para mandar los batallones, aunque se quisiera nombrar para esos puestos a los tenientes o portaestandartes. Hace falta, pues, un número considerable de comandantes del elemento civil; pero cualquiera que esté al corriente, por poco que sea, de la situación de nuestros propios voluntarios pensará en seguida que McClellan o Beauregard no dan pruebas de exagerada prudencia cuando renuncian a ordenar la ejecución de acciones ofensivas o maniobras estratégicas complicadas con mandos del elemento civil que no llevan más de seis meses en ese puesto.

Admitamos, sin embargo, que esta dificultad fuese en lo esencial vencida, que los mandos del elemento civil adquiriesen, al mismo tiempo que sus uniformes, los conocimientos, la experiencia y la seguridad necesarios para el cumplimiento de su servicio, al menos en lo que concierne a la infantería. Pero ¿qué hacer con la caballería? Encuadrar militarmente un regimiento de caballería requiere más tiempo y experiencia por parte de los oficiales instructores del que hace falta para formar un regimiento de infantería. Admitamos que todos los hombres que se incorporan al cuerpo sepan ya montar a caballo —es decir, sostenerse correctamente, dominar la montura, alimentarla y cuidarla—; lo único que ganamos es que esto reducirá apenas el tiempo necesario para instruirlos. La equitación militar, ese dominio necesario para que el caballo

se deje conducir en todos los movimientos que exigen las evoluciones de la caballería, difiere por completo de la equitación civil. La caballería de Napoleón, que sir William Napier (*History of the Peninsular War*) valoraba casi más que la caballería inglesa de hoy, estaba formada —como todos saben— por los caballeros más anodinos que hayan jamás ornado una silla. Ahora bien, muchos de nuestros jinetes de ocasión se encuentran con que todavía tienen que aprender ciertas cosas cuando entran en un cuerpo montado de voluntarios. No es sorprendente, pues, la comprobación de que los americanos sólo dispongan de una caballería muy mediocre, y de que lo poco de que disponen —algunas tropas irregulares (*rangers*) a la manera cosaca o india— sea inapto para un ataque en orden cerrado. En lo que concierne a la artillería y a las tropas de ingenieros, su situación es sin duda todavía peor. Estas dos armas tienen un carácter altamente científico y exigen una instrucción larga y minuciosa de los oficiales, así como de los suboficiales, instrucción aún más dilatada que en la infantería. Por añadidura, la artillería es un arma más compleja que la propia caballería, exige baterías de cañones y, por tanto, caballos adiestrados para maniobrarlas, y dos grupos de hombres experimentados, los artilleros y los conductores. Además, hacen falta muchos furgones de municionamiento, grandes laboratorios para la pólvora, fraguas y demás talleres; todo ello ha de estar equipado con máquinas complicadas. Se dice que los federados tienen seiscientas baterías de campaña, pero nos imaginamos como estarán servidas, ya que sabemos que a partir de cero es absolutamente imposible poner en pie, en seis meses, cien baterías completas, convenientemente equipadas y bien servidas.

Pero admitamos una vez más que todas estas dificultades hayan sido allanadas y que los elementos de combate de ambos bandos enemigos estén listos para entrar en acción. Aún será preciso que puedan desplazarse. Además, hay que abastecer el ejército, y en un país relativamente poco poblado como Virginia, Kentucky y Misuri, un gran ejército tiene que aprovisionarse esencialmente gracias al sistema de depósitos. Hay que constituir reservas de municiones; el ejército debe ir acompañado de herreros militares, guarnicioneros, carpinteros y otros artesanos, a fin de mantener el material de guerra en buen estado de funcionamiento. Ahora bien, todas estas cosas indispensables escasean en América; haría falta primero empezar organizando todo esto, y nada prueba que al menos la intendencia y los transportes de alguno de los dos ejécitos haya sobrepasado hoy el estadio preparatorio.

América —el Norte tanto como el Sur, la Federación tanto como la Confederación— no disponen, por así decirlo, de organización militar alguna. El ejército de línea era absolutamente insuficiente, aunque sólo sea desde el punto de vista cuantitativo, para entrar en campaña contra un adversario serio. Apenas existía la milicia. Las guerras precedentes de la Unión nunca exigieron un gran esfuerzo a los contingentes militares del país. En los años 1812 a 1814, Inglaterra apenas disponía ya de soldados, y México se defendió sobre todo a base de partidas carentes de disciplina. Es un hecho que América, en razón de su situación geográfica, no tenía enemigos que hubiesen podido atacarla, de donde quiera que fuese, con más de treinta o cuarenta mil soldados, y para esa fuerza numérica la inmensa extensión del país representaba un obstáculo bastante más temible que todo el ejército que América pudiera oponerles. Sin embargo, su ejército era suficiente como núcleo constitutivo para

unos cien mil voluntarios y para asegurarles una formación militar en el plazo apropiado.

Pero, desde el momento en que la guerra civil enfrenta entre sí a más de un millón de hombres, todo el sistema se desfonda y hay necesidad de empezarlo todo por el comienzo. La prueba está a la vista. Dos cuerpos de tropa, gigantescos y torpes, cada uno asustado del otro y temiendo casi tanto una victoria como una derrota, se hacen frente y tratan a toda costa de transformarse en una organización más o menos regular. Por terrible que sea el precio, debe pagarse, debido a la total ausencia de una base organizada sobre la que se pudiera edificar el ejército. ¡No puede ser de otra forma, dada la ignorancia y la experiencia que reinan en todos los dominios militares! Cierto, estos dispendios enormes sólo aportan una ventaja de eficacia y organización extremadamente débil, pero ¿puede ser de otra forma?

Los voluntarios británicos pueden dar gracias a su buena estrella, ya que disponen desde el comienzo, de un importante ejército profesional que les acoge bajo su ala. Abstracción hecha de los prejuicios propios de todo cuerpo profesional, este ejército ha acogido bien y tratado correctamente a los voluntarios. Esperamos que nadie pensará que una organización de voluntarios pueda, de una forma o de otra, hacer superfluo el ejército regular. Si algunos voluntarios lo creyesen, les bastará lanzar una ojeada al estado de ambos ejércitos americanos de voluntarios para convencerse de su ignorancia y su presunción. Ningún ejército recién formado por elementos civiles puede ser eficiente si no se ve sostenido y ayudado por los gigantescos recursos intelectuales y materiales que cuenta en sus manos un ejército regular relativamente fuerte, sobre todo en lo que concierne a la organización, principal fuerza de los ejércitos regulares.

Supongamos que Inglaterra se viese amenazada por una invasión y comparemos lo que aquí ocurriría con lo que pasa en América. En Inglaterra, todo el trabajo suplementario que supone la formación de un ejército de voluntarios de trescientos mil hombres, lo tomará a su cargo el ministerio de la Guerra, con la ayuda de algunos funcionarios que sería fácil encontrar entre los expertos militares bien preparados. Hay bastantes oficiales de la reserva que podrían sin duda tomar bajo su control tres o cuatro batallones de voluntarios y, con un pequeño esfuerzo, cada batallón podría estar flanqueado por un ayudante y un comandante. Naturalmente, la caballería no se podría organizar con tanta rapidez, pero una reorganización enérgica de los voluntarios de artillería, con oficiales y conductores de la artillería real, podría dotar a muchas baterías de campaña de hombres capaces. Los ingenieros del país sólo esperan una ocasión para recibir instrucción en el aspecto militar de su oficio, de modo que serían oficiales de zapadores de primera clase. Los servicios de Intendencia y transporte están ya en pie y pueden mejorarse para atender a las necesidades de cuatrocienos mil hombres, de igual manera que cubren las de cien mil. Nada ha de dejarse al azar, en desorden; en todas partes se ayudará y sostendrá a los voluntarios, que no deben caminar tanteando en la oscuridad. Desde el instante en que Inglaterra se precipitase a una guerra —abstracción hecha de insuficiencias que sean inevitables—, no vemos razón alguna para que la organización militar no estuviese dispuesta en el espacio de seis semanas.

Basta pensar en América para darse cuenta del valor de un ejército regular en la organización de un ejército de voluntarios.

**Federico Engels, Carlos Marx**

# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

*Die Presse*
26 de noviembre de 1861
*Londres, 19 de noviembre de 1861*

"¡Déjale correr, no merece tu cólera!". Una vez más y sin tregua, la sabiduría inglesa de Estado —por boca de lord John Russell— dirige al Norte de los Estados Unidos el consejo de Laporello a la amante abandonada por don Juan. Si el Norte deja el campo libre al Sur, se desembarazará de toda ligazón con la esclavitud —su pesado original histórico— y sentará las bases de un desarrollo nuevo y superior.*

De hecho, si el Norte y el Sur fuesen dos países tan netamente distintos como Inglaterra y Hannover, por ejemplo, su separación no sería más difícil que la de esos dos Estados.[1] Pero nos encontramos con que, en relación al Norte, el "Sur", ni forma un territorio geográficamente bien delimitado ni una unidad moral. Eso no es un país, sino una divisa de combate.

El consejo de separación amistosa implicaría la idea de que la Confederación del Sur, en lugar de ser quien tomó la ofensiva en la guerra civil, se bate por lo menos con un designio defensivo. Se

* Cf. a propósito de este artículo la correspondencia Marx-Engels del 3 y 1.12.1861.

[1] Con motivo de la muerte del último representante de la dinastía de Hannover en 1837, terminó la unión personal entre Inglaterra y Hannover, que subsistía desde 1714.

finge creer que para el partido esclavista sólo se trata de unificar los territorios que dominaba hasta ahora, a fin de formar un grupo de Estados independientes, sustrayéndolos a la autoridad de la Unión. Nada más falso. *"El Sur tiene necesidad de todo su territorio por entero.* Quiere y debe tenerlo". Ha sido éste el grito de guerra con el que los secesionistas han invadido Kentucky. Por "todo el territorio por entero" entienden, en primer lugar, todo lo que llamamos *Estados fronterizos* (*border states*): Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Kentucky, Tennessee, Misuri y Arkansas. A continuación, reivindican todo el territorio situado al sur de la línea que va desde el ángulo noroeste de Misuri hasta el Océano Pacífico. En consecuencia, lo que los esclavistas llaman el "Sur" son más de las tres cuartas partes del actual territorio de la Unión. Una amplia fracción del territorio así reivindicado se encuentra todavía en poder de la Unión y habría primero de ser conquistado a sus expensas. Pero todos estos territorios denominados Estados fronterizos —y aun aquellos que están en poder de la Confederación— jamás han sido *verdaderos Estados esclavistas.* Constituyen antes bien el territorio de los Estados Unidos, en el cual los sistemas de la esclavitud y del trabajo libre existen el uno al lado del otro y luchan por la hegemonía; de hecho es ahí donde se despliega la batalla entre el Sur y el Norte, entre la esclavitud y la libertad. La Confederación del Sur no lleva, pues, una guerra de defensa, *sino una guerra de conquista con vistas a extender y perpetuar la esclavitud.*

La cadena de montañas que comienza en Alabama y se extiende hacia el Norte hasta el río Hudson —verdadera columna vertebral de los Estados Unidos— divide el sedicente Sur en tres partes. La región montañosa, formada por los montes de

Alleghany con sus dos cadenas paralelas, el Cumberland Range al Oeste y las Blue Ridge Mountains al Este, separa como una cuña las llanuras bajas de la costa oeste del Atlántico de las de los valles meridionales del Mississipi. Las dos llanuras bajas separadas por la zona montañosa, con sus inmensos marjales de arroz y sus vastas plantaciones de algodón, representan actualmente el área del esclavismo propiamente dicha. La larga cuña de la zona montañosa hundida hasta el corazón del esclavismo —con el espacio libre que le corresponde, el clima vigorizador y un subsuelo rico en carbón, en sal, en calizas, en mineral de hierro, en oro; resumiendo, en todas las materias primas necesarias para un desarrollo industrial diversificado— es ya en su mayor parte una tierra de libertad. Por su naturaleza física, el suelo no puede aquí cultivarse con provecho sino por pequeños granjeros libres. Aquí el sistema esclavista sólo vegeta esporádicamente y jamás ha echado raíces. En la mayoría de los Estados fronterizos, los habitantes de las altas mesetas forman el núcleo de la población libre que toma partido por el Norte, siquiera sea con fines de autopreservación.

Consideremos en detalle los territorios disputados.

*Delaware*, el Estado fronterizo situado más al Noroeste, es de hecho y moralmente una posesión de la Unión. Todos los esfuerzos de los secesionistas para formar siquiera sea una fracción que les fuese favorable han fracasado desde el comienzo de la guerra, frente a una población unánime. La fracción esclavista de dicho Estado se halla hace mucho tiempo en decadencia. Solamente entre los años 1850 y 1860, el número de esclavos ha disminuido a la mitad; de una población total de 112,218 no se cuentan actualmente más que 1798. Pese a ello, Delaware es reivindicado por la Confedera-

ción del Sur y, de hecho, el Norte no podría seguir conservándolo militarmente si el Sur se apoderase de Maryland.

En *Maryland* se asiste al mismo conflicto entre las altas mesetas y las llanuras bajas. Sobre un total de 687,034 habitantes, hay 87,188 esclavos. Las elecciones generales más recientes han probado de manera evidente que la aplastante mayoría del pueblo está a favor de la Unión. El ejército, integrado por treinta mil hombres, que actualmente ocupa Maryland, no sólo debe servir de reserva al ejército de Potomac, sino tener en jaque la rebelión esclavista en el interior del país. Se comprueba aquí el mismo fenómeno que en los Estados fronterizos, en los que la gran masa del pueblo está al lado del Norte, en tanto que un partido esclavista numéricamente insignificante está por el Sur. El partido esclavista compensa esta debilidad numérica merced a los instrumentos de fuerza que le proporciona su prolongado ejercicio del poder en todos los servicios del Estado, sus hábitos hereditarios de intriga política y la concentración de grandes medios financieros en unas cuantas manos.

*Virginia* representa actualmente el mayor acantonamiento militar; el grueso de las fuerzas de la secesión y del ejército de la Unión se hacen frente allí. En las altas mesetas del noroeste de Virginia, la masa de esclavos se eleva a quince mil en tanto que la población libre, veinte veces más numerosa, está compuesta por campesinos autónomos. Las llanuras bajas del este de Virginia, en desquite, cuentan con alrededor de medio millón de esclavos. La cría y venta de negros en los Estados del Sur representa su principal fuente de ingresos. Apenas los jefes de facción de las llanuras bajas hubieron hecho aprobar el decreto de secesión en la asamblea legislativa del Estado de Richmond, y abierto a toda prisa las puertas de Virginia al ejército su-

dista, cuando el noroeste de Virginia se desgajó de la secesión, erigiéndose en Estado nuevo, que en el presente defiende su territorio con las armas en la mano bajo la bandera de la Unión, contra los invasores sureños.

*Tennessee*, con 1.109,847 habitantes, de los cuales 275,784 esclavos, se encuentra entre las manos de la Confederación del Sur, que aplica a todo el país la ley marcial y un sistema de proscripción evocador de la época del triunvirato romano. Cuando en el curso del invierno de 1861 los esclavistas quisieron convocar una asamblea popular para ratificar la secesión, la mayoría de la población rechazó esta convocatoria, a fin de privar al movimiento de secesión de cualquier pretexto.[2] Más tarde, cuando Tennessee fue conquistado militarmente por la Confederación del Sur y sometido a un régimen de terror, un tercio del cuerpo electoral continuó manifestándose en favor de la Unión.[3] Como en la mayoría de los Estados fronterizos, el verdadero centro de la resistencia contra el partido esclavista se encuentra en la región montañosa, en el *este* del país. El 17 de junio de 1861, una asamblea general del pueblo de Tennessee oriental se reunió

[2] Por 69.673 votos contra 57.798 el pueblo del Estado de Tennessee se opuso a principios de 1861 a la convocatoria de una asamblea que habría de deliberar sobre el problema de la secesión. El Tennessee oriental era un bastión de la Unión y en esta oportunidad votó contra el proyecto con una mayoría de 25.611 votos, mientras que el Tennessee central solamente reunió una débil mayoría y el occidental aceptó la propuesta por 15.118 votos.

[3] El 16 de junio de 1861, el pueblo de Tennessee votó del modo siguiente:

| | | | | |
|---|---|---|---|---|
| Tennessee oriental, | 14.780 | por y | 32.923 | contra |
| " central | 58.265 | " | 8.198 | " |
| " occidental, | 29.127 | " | 6.117 | " |
| Campos militares, | 2.741 | " | " | " |
| | 104.913 | " | 47.238 | " |

en Greenville, declarándose partidaria de la Unión. La asamblea delegó al Senado de Washington al antiguo gobernador Andrew Johnson, uno de los más fervientes partidarios unionistas, y publicó una *declaration of grievances,* un pliego de quejas, que ponía al descubierto todos los medios de fraude, de intriga y de terror utilizados para obligar a Tennessee a salir de la Unión durante las "elecciones". Desde entonces, el este de Tennessee ha sido puesto en jaque por las fuerzas armadas de los secesionistas.

En el norte de Alabama, el noroeste de Georgia y el norte de Carolina del Norte, encontramos las mismas condiciones que en el oeste de Virginia y en el este de Tennessee.

Mas al Oeste, en el Estado fronterizo de Misuri, con 1,173,317 habitantes y 114,965 esclavos —la mayoría de los cuales se concentran en la parte noroeste del Estado— la asamblea popular se ha pronunciado en favor de la Unión en agosto de 1861.[4] Habiéndose rebelado contra la asamblea legislativa de Misuri. Jackson —gobernador del Estado e instrumento del partido esclavista— fue declarado fuera de la ley y se encuentra ahora a la cabeza de las hordas armadas. Estas invadieron Misuri partiendo de Texas, Arkansas y Tennessee, a fin de obligarle a doblar la rodilla ante la Confederación

[4] Una convención de Misuri en marzo de 1861 se opuso a la secesión por 89 contra uno. Sin embargo, los esclavistas dominaron la administración del Estado hasta el punto de que Misuri fue lenta pero seguramente arrastrada hacia la órbita de la Confederación. Para reaccionar contra esta evolución, se reunió hacia fines de julio en Jefferson City una Convención que reflejaba los verdaderos sentimientos de la población. El gobernador Jackson, jefe del partido esclavista, fue depuesto y reemplazado por un partidario de la Unión, Gamble. De este modo, en agosto de 1861, el gobierno del Estado de Misuri pasa definitivamente al lado de la Unión.

y de cortar por la espada sus vínculos con la Unión. Al lado de Virginia, Misuri constituye actualmente el teatro principal de la guerra civil.

*Nuevo México* no es un Estado, sino un simple territorio. Bajo la presidencia de Buchanan, los sureños enviaron allá a veinticinco esclavos, a continuación de lo cual introdujeron una Constitución esclavista confeccionada en Washington. Como el propio Sur admite, este Estado nada le había pedido. Pero el Sur quería Nuevo México y vomitó al otro lado de sus fronteras, por consiguiente, a una banda de aventureros de Texas. Nuevo México imploró la protección del gobierno de la Unión contra estos "libertadores".

Se habrá advertido que hemos subrayado la correlación numérica entre esclavos y hombres libres en los distintos Estados fronterizos. De hecho, esta correlación es decisiva. Es el termómetro con el que hay que medir el calor vital del sistema esclavista. El alma de todo el movimiento secesionista es la *Carolina del Sur*. Esta cuenta con 402,541 esclavos contra 301,271 hombres libres. En segundo lugar viene *Mississipi*, que ha dado a la Confederación del Sur su dictador: Jefferson Davis. Este Estado cuenta con 436,695 esclavos contra 354,699 hombres libres. El tercero es *Alabama*, con 435,132 esclavos contra 529,164 hombres libres.

El último de los Estados fronterizos disputados que nos queda por mencionar es Kentucky. Su más reciente historia es particularmente característica de la política de la Confederación del Sur. Sobre 1.135,713 habitantes, Kentucky cuenta con 225,490 esclavos. En las tres elecciones generales sucesivas —en el invierno de 1861, para el Congreso de los Estados fronterizos; en junio de 1861, para el Congreso de Washington, y, en fin, en agosto de 1861, para las legislativas del Estado de Kentucky— una mayoría siempre en aumento se pronunció

por la Unión. En desquite, Magoffin, gobernador de Kentucky, y todos los dignatarios del Estado son fanáticos seguidores del partido esclavista, de la misma manera que Breckinridge, representante de Kentucky en el Senado de Washington, vicepresidente de los Estados Unidos con Buchanan y candidato del partido esclavista en 1860, durante las elecciones presidenciales. La influencia del partido esclavista, demasiado floja para ganar a Kentucky para la secesión, resultó, sin embargo, lo bastante fuerte para conducirlo a una declaración de neutralidad cuando la guerra estalló. La Confederación reconoció la neutralidad por cuanto que servía a sus intereses y porque le hacía falta vencer la resistencia de Tennessee oriental. Apenas alcanzado este objetivo, golpeó las puertas de Kentucky a culatazos, proclamando que *"el Sur ha menester de todo su territorio por entero.* ¡Quiere y debe obtenerlo!".

Desde el Suroeste y el Sudeste, sus cuerpos de francotiradores invadieron simultáneamente el Estado "neutro". Kentucky despertó así de su sueño de neutralidad; su asamblea legislativa tomó partido abiertamente por la Unión, rodeó al gobernador felón de un comité de salud pública, llamó al pueblo a las armas, declaró a Breckinridge fuera de la ley y ordenó a los secesionistas evacuar inmediatamente el territorio invadido. Esta fue la señal de guerra. Un ejército de la Confederación del Sur realizó un movimiento hacia Luisville, mientras afluían voluntarios de Illinois, Indiana y Ohio para salvar a Kentucky de los emisarios armados de la esclavitud.

Las tentativas de la Confederación para anexionarse Misuri y Kentucky, por ejemplo, contra la voluntad de la población, demuestran la inanidad del pretexto, según el cual aquélla lucha para defender los derechos de diversos Estados frente a

las usurpaciones de la Unión. Ciertamente, la Confederación reconoce a los diferentes Estados que forman —a su lado— el "Sur" el derecho a separarse de la Unión, pero les niega el de permanecer en ella.

Aunque la guerra contra el exterior, la dictadura militar en el interior y el esclavismo por doquier les prestan de momento una apariencia de armonía, los propios Estados esclavistas no carecen de elementos recalcitrantes. Un claro ejemplo de esto es *Texas*, con 180,388 esclavos contra 601,039 habitantes. La ley en virtud de la cual Texas entró en las filas de los Estados Unidos, en cuanto que Estado esclavista, le concedió el derecho a formar de su territorio no uno solo, sino cinco Estados. Con ello el Sur hubiese adquirido diez nuevos votos, en lugar de dos, en el Senado americano; ahora bien, el aumento del número de votos en el Senado era uno de los objetivos principales de su política por aquel entonces. Sin embargo, de 1845 a 1860, los esclavistas ni siquiera lograron dividir en dos el Estado de Texas, en donde la población alemana desempeña un papel importante; pues en el segundo Estado, el partido del trabajo libre habría prevalecido sobre el partido esclavista.[5] ¿Hay mejor

[5] Antes de 1848, un considerable número de alemanes, con la esperanza de llegar a instaurar un Estado independiente, llegaron a Texas, donde fueron bien acogidos por la administración. En 1848 y 1849, les siguieron millares de revolucionarios alemanes, hasta el punto de que hacia 1850 la población de origen alemán formaba alrededor de la quinta parte de la población blanca de este Estado. Evidentemente, los viejos revolucionarios alemanes eran en mayoría esclavistas. En 1853 organizaron una sociedad abolicionista, la *Frier Verein.* Un año más tarde, una convención reunida en San Antonio proclama el fin del esclavismo. El momento en que estalla la guerra civil, la mayor parte de los alemanes se separaron del Estado esclavista y se mantuvieron fieles al gobierno de la Unión.

prueba de la fuerza de la oposición contra la oligarquía esclavista en el propio Texas?

*Georgia* es el mayor y el más poblado de los Estados esclavistas. Cuenta con 462,230 esclavos sobre un total de 1,057,327 habitantes, o sea, cerca de la mitad de la población. Pese a esto, el partido esclavista no ha conseguido hasta aquí que la Constitución otorgada al Sur en Montgomery fuese sancionada con el voto general de la población.

En la asamblea del Estado de *Luisiana* que se reunió el 21 de marzo de 1861 en Nueva Orleáns, Roselius, un veterano político de aquel Estado, declaró: "La Constitución de Montgomery no es una Constitución, sino una conspiración. No instaura un gobierno del pueblo, sino una *oligarquía detestable que no conoce frenos.* Al pueblo no se le ha permitido intervenir en esta ocasión. La asamblea de Montgomery ha cavado la tumba de la libertad política y hoy se nos invita a asistir a sus exequias".[6]

De hecho, la oligarquía de los trescientos mil esclavistas no sólo utilizó la asamblea de Montgomery para proclamar la separación del Sur respecto al Norte, sino que la aprovechó además para trastocar la Constitución interna de los Estados esclavistas y completar el avasallamiento de la parte blanca de la población, que todavía intentaba conservar alguna independencia bajo la protección y la Constitución democrática de la Unión. Ya entre 1856 y 1860 los portavoces políticos, los juristas, las autoridades morales y religiosas del partido esclavista habían tratado de demostrar, no tanto que la esclavitud de los negros estaba justificada, *como*

[6] Para no correr el riesgo de un rechazo de la Constitución de Montgomery por la población, los esclavistas la sometieron a la asamblea del Estado para su ratificación. Esta última, bajo control esclavista, la acepta sin más ceremonia el 16 de marzo de 1861. Este método fue imitado por otros Estados del Sur.

*que el color de la piel nada importaba, ya que en todas partes la clase obrera había nacido para la esclavitud.*

Como se ve, la guerra de la Confederación del Sur es una guerra de conquista en el sentido más pleno, destinada a extender y perpetuar la esclavitud. La mayor parte de los Estados fronterizos y de los territorios no se encuentra aún en manos de la Unión, pese a que hayan tomado partido a su favor por medio de las urnas y luego de las armas. Sin embargo, la Confederación los incluye en el "Sur" y trata de arrancárselos a la Unión por la fuerza. En los Estados fronterizos que de momento ocupa, la Confederación tiene en jaque mediante la ley marcial a las regiones montañosas, favorables en gran parte al modo de vida libre. En el interior de los Estados esclavistas propiamente dichos, suplanta la democracia hasta aquí existente, instaurando el poder sin límites de la oligarquía de los trescientos mil esclavistas.

Si abandonara sus planes de conquista, la Confederación del Sur renunciaría a su principio vital y al objetivo de la secesión. De hecho, la secesión no se ha producido porque en el seno de la Unión la transformación de los Estados fronterizos y de los territorios en Estados esclavistas no parezca ser realizable indefinidamente. Por lo demás, si se cediese pacíficamente a la Confederación del Sur los territorios en litigio, el Norte abandonaría a la república esclavista más de las tres cuartas partes de todo el territorio de los Estados Unidos. El Norte perdería enteramente el Golfo de México, el Océano Atlántico a excepción de una estrecha franja de tierra que se extiende desde la bahía de Pensacola a la de Delaware, y él mismo se cortaría la salida al Océano Pacífico. Misuri, Kansas, Nuevo México, Arkansas y Texas arrastrarían a su vez

a California.[7] Incapaces de arrebatar a la república esclavista enemiga la desembocadura del Mississipi en el Sur, los grandes Estados agrícolas situados en la cuenca que se halla entre las Montañas Rocosas y las Alleghanys, en los valles del Mississipi, del Misuri y del Ohio, se verían obligados por sus intereses económicos a desgajarse del Norte y a entrar en la Confederación del Sur. A su vez, estos Estados del Noroeste arrastrarían, en esta misma ronda de secesión, a todos los Estados nordistas situados más al Este, a excepción tal vez de Nueva Inglaterra.[8]

De hecho, esto no sería la disolución de la Unión, sino *su reorganización sobre la base de la esclavitud,* bajo el control reconocido de la oligarquía esclavista. El plan de semejante reorganización ha sido abiertamente proclamado por los principales portavoces del Sur en el Congreso de Montgomery. Ello explica el parágrafo de la nueva Constitución, que abre las puertas de la nueva Confederación a todo Estado de la antigua Unión. El sistema esclavista apestaría a toda la Unión. En los Estados del Norte, donde la esclavitud es prácticamente irrealizable, *la clase obrera blanca se vería progresivamente rebajada a la condición del ilota.* Esto sería pura y simplemente la aplicación del principio, abiertamente proclamado, según el cual sólo ciertas razas serían aptas para ser libres: así como en el Sur el trabajo propiamente dicho

[7] En 1860-61, los partidarios de los Estados sudistas se esforzaron por separar California de la Unión americana creando una república "neutra" sobre la costa del Pacífico. El gobierno de Lincoln supo hacer fracasar estas maniobras.

[8] La Nueva Inglaterra, situada en el nordeste de Estados Unidos estaba constituida por un grupo de seis Estados fuertemente industrializados (Maine, Massachusetts, Conectitcut, Rhode Island, Vermont, New Hampshire). Este era el centro del movimiento abolicionista.

está reservado a los negros, en el Norte se reservaría a los alemanes y a los irlandeses o a sus descendientes directos.

La actual lucha entre el Sur y el Norte es, pues, en lo esencial un conflicto entre dos sistemas sociales, entre el sistema de la esclavitud y el del trabajo libre. La lucha ha estallado porque los dos sistemas no pueden coexistir en paz por más tiempo sobre el continente norteamericano. Esa lucha sólo puede terminar con la victoria de uno o del otro.

Si los Estados fronterizos y los territorios en litigio donde ambos sistemas luchan por la hegemonía son como una espina en la carne del Sur, no debemos desconocer que, por otra parte, han representado hasta ahora en el curso de la guerra el punto flaco del Norte. Por orden de los conjurados del Sur, una fracción de esclavistas de esos distritos ha simulado de manera hipócrita lealtad al Norte, mientras otra fracción descubría que sus intereses inmediatos y sus ideas tradicionales la aproximaban a la Unión. Estas dos fracciones han paralizado por igual al Norte. El miedo a alterar el estado de ánimo de los esclavistas "leales" de los Estados fronterizos y arrojarles en brazos de la secesión: en otros términos, los miramientos colmados de prudencia hacia los intereses, prejuicios y sentimientos de estos dudosos aliados, ha marcado a la Unión desde el comienzo de la guerra con el cuño de una flaqueza incurable, empujándola por la vía de las medidas a medias, llevándola a violar hipócritamente los principios inherentes a la guerra, preservando el punto más vulnerable del enemigo, la raíz del mal: *el esclavismo en sí.*

Si aun recientemente Lincoln ha desautorizado de manera pusilánime la proclama de Frémont en Misuri sobre la emancipación de los negros pertene-

cientes a los rebeldes,[9] lo hizo exclusivamente en razón de las violentas protestas de los esclavistas "leales" de Kentucky. Como quiera que sea, se ha llegado a un punto crítico en esta materia. Con Kentucky, el último Estado fronterizo ha ocupado su puesto en los campos de batalla entre el Sur y el Norte. Desde el momento en que se trata de una auténtica guerra por los Estados fronterizos en los Estados fronterizos mismos, su pérdida o su conquista queda sustraída a la esfera de los debates diplomáticos o parlamentarios. Una fracción de esclavistas arrojará a tierra la máscara de la lealtad, la otra se contentará con la perspectiva de una indemnización monetaria como la que Gran Bretaña entregó a los propietarios de las plantaciones en la India occidental.[10] Los propios acontecimien-

[9] En agosto de 1861, el general Frémont proclama la confiscación de los bienes de toda persona que, en Misuri, cogiera las armas contra el gobierno de Washington o ayudara al enemigo de alguna manera. El manifiesto declaraba además que los esclavos de estos traidores serían emancipados. Para aplicar estas decisiones, el general Frémont crea oficinas para la abolición de la esclavitud y las declaraciones de libertad. Lincoln ordena oficialmente a Frémont que ajuste su proclama a la ley de confiscación y que anule las decisiones relativas a la emancipación de los esclavos (la ley adoptada el 6 de agosto de 1861 por el Congreso no preveía más que la liberación de los esclavos que habían sido directamente utilizados por los rebeldes con fines militares). Como Frémont rehusara ejecutar las órdenes presidenciales, fue destituido de su puesto de comandante en jefe del ejército de Misuri en octubre de 1861.

[10] Los británicos arrebataron Jamaica a los españoles y la ocuparon en 1645. Aprovechando la lucha que se produjo, muchos negros se fugaron a las montañas logrando mantenerse con independencia conociéndoseles con el nombre de cimarrones. En todo momento constituyeron un incentivo para las sublevaciones de negros, que fueron haciéndose temibles, pues requiriendo el cultivo de la caña de azúcar mucha mano de obra esclava, llegaron los negros a ser diez veces más numerosos que los blan-

tos empujan a proclamar la consigna decisiva: *la emancipación de los esclavos.*

Hasta los más obstinados de entre los demócratas y los diplomáticos del Norte se sienten atraídos por esta fórmula, como demuestran diversas manifestaciones muy recientes. En una carta abierta, el general Cass, ministro de la Guerra con Buchanan y, hasta aquí, uno de los aliados más celosos del Sur, ha declarado que la emancipación de los esclavos era *conditio sine qua non* para la salvación de la Unión. En su última "revista" de octubre, el Dr. Browson —portavoz del partido católico del Norte y, según su propia confesión, el más decidido adversario de la emancipación de los esclavos desde 1836 hasta 1860— publica un artículo *en favor* de la abolición.

"Si hemos combatido la abolición, dice entre otras cosas, mientras estimábamos que amenazaba a la Unión, hoy hemos de luchar contra el mantenimiento de la esclavitud tanto más enérgicamente, cuanto más persuadidos estemos de que en lo sucesivo aquélla es incompatible con la continuidad de la Unión o de la nación como libre Estado republicano".

En fin, World, órgano neoyorkino de los diplomáticos del gabinete de Washington, concluye con estas palabras uno de sus últimos artículos de sensación contra los abolicionistas:

cos. Con ocasión de una de tales insurrecciones —la de 1833—, el gobierno británico creyó mejor ceder, cuando además se veía presionado por un creciente movimiento antiesclavista en la metrópoli. De aquí que el Parlamento inglés adoptase ese año la ley de abolición de la esclavitud en las indias occidentales británicas, ofreciendo a los propietarios la indemnización de dos libras por cada negro emancipado; invirtió en esta operación 22 millones de libras que, evidentemente, fueron recuperadas con creces a través de impuestos que gravaban a toda la población y principalmente a los mismos negros.

"El día en que se decida que o desaparece la esclavitud o desaparece la Unión, se habrá pronunciado la sentencia de muerte de la esclavitud. Si el Norte no puede vencer *sin* la emancipación, vencerá *con* la emancipación".

**Carlos Marx**

# LA DESTITUCION DE FREMONT

*Die Presse*
26 de noviembre de 1861
*Londres, 19 de noviembre de 1861*

La destitución de Frémont del puesto de comandante en jefe del Misuri marca un viraje histórico en el curso de la guerra civil americana. Frémont ha expiado dos pecados graves. Fue el primer candidato del Partido Republicano a la dignidad presidencial (1856), y es el primer general del Norte que (el 30 de agosto de 1861) amenazó a los esclavistas con la emancipación de los esclavos. Era, pues, un rival para los futuros candidatos a la Presidencia y un obstáculo para los actuales muñidores de compromisos.

Durante los dos últimos decenios se ha desarrollado en los Estados Unidos una práctica singular: la de evitar que sea elegido para la Presidencia un hombre que haya ocupado un puesto decisivo en su propio partido. Cierto que se utiliza el nombre de estas personalidades en el curso de la campaña electoral, pero tan pronto como se aborda el asunto en sí, se les deja caer para reemplazarlos por mediocridades desconocidas y de influencia puramente local. De esta manera fue como Polk, Pierce, Buchanan, etc., se hicieron presidentes. Lo mismo ocurrió con Lincoln. De hecho, el general Andrew Jackson fue el último presidente de los Estados Unidos que debió su dignidad a su importancia personal,

mientras que todos sus sucesores se la deben, por el contrario, a la insignificancia de su persona.

En el curso del año electoral de 1860, los nombres más distinguidos del Partido Republicano eran Frémont y Seward. Conocido por sus aventuras durante la guerra de México,[1] su audaz expedición a California y su candidatura de 1856, Frémont era un personaje demasiado representativo para ser tomado en consideración, tan pronto como se trató no de realizar una demostración republicana, sino de buscar una victoria republicana. Por eso no fue candidato.

Otra es la historia en lo que respecta a Seward, senador republicano en el Congreso de Washington, gobernador del Estado de Nueva York e, indiscutiblemente, desde el nacimiento del Partido Republicano, el mejor orador de éste. Hubo necesidad de toda una serie de reveses mortificantes para inducir a M. Seward a renunciar a su propia candidatura y a patrocinar con su verbo a quien a la sazón, todavía era poco más que un desconocido: Lincoln. Sin embargo, en cuanto se percató del fracaso

[1] Bajo la presión de los grandes plantadores esclavistas del Sur —que necesitaban constantemente más tierras para esclavos— y la burguesía financiera norteña, el gobierno de los Estados Unidos hizo una guerra de bandidaje imperialista a México desde 1846 a 1848. En esta guerra desigual, los Estados Unidos conquistaron gran parte de México e incluso llegaron a ocupar la capital. Los mexicanos se vieron forzados a firmar la paz de Guadalupe Hidalgo sometiéndose a las leoninas condiciones impuestas por los americanos. Estos arrebataron casi la mitad del territorio mexicano —más de dos millones de kilómetros cuadrados— con los que se constituyeron seis Estados —entre ellos Texas, California y Nuevo México— y parte de otros dos. Los Estados Unidos dieron a México una indemnización de quince millones de dólares. Posteriormente, en 1856, mediante la indemnización de diez millones de dólares, los americanos del Norte adquirieron de México un territorio de 76.800 kilómetros cuadrados al sur del río Gila, en Arizona.

de su propia candidatura, Seward se impuso a sí mismo, como Richelieu republicano, a un hombre a quien el mismo tenía por un Luis XIII republicano. Contribuyó, pues, a hacer de Lincoln el presidente a condición de que éste le hiciera secretario de Estado, dignidad que puede compararse en cierta medida a la de un primer ministro inglés. En efecto, apenas Lincoln fue elegido presidente, Seward fue confirmado en la secretaría de Estado. Se asistió en seguida a un curioso cambio de actitud del Demóstenes del Partido Republicano, que se había hecho célebre por haber profetizado un "conflicto irreprimible" entre el sistema del trabajo libre y el de la esclavitud. En verdad que, aunque elegido el 6 de noviembre de 1860, Lincoln no debía acceder a la función presidencial hasta el 4 de marzo de 1861. En el intervalo, durante la sesión de invierno del Congreso, Seward se convirtió en el centro de todas las tentativas de compromiso. Los órganos sudistas del Norte —por ejemplo, el *New York Herald,* para el que Seward había sido justamente hasta entonces la bestia negra— se pusieron de pronto a ensalzar sus méritos de estadista de la reconciliación y, efectivamente, no fue culpa suya si no se concluyó la paz a cualquier precio. Manifiestamente, Seward se valía de la secretaría de Estado como trampolín y se preocupaba menos del presente "conflicto irreprimible" que de la futura Presidencia. Seward demostró una vez más que los virtuosos de la lengua eran hombres de Estado peligrosos, en quienes no se podía confiar. ¡Lean sus despachos oficiales! Son una innoble mezcla de grandes frases y de mezquino espíritu, de fuerza aparente y de flaqueza real.

Para Seward, Frémont era un rival peligroso al que había de hundir. Esta empresa resultó tanto más fácil, cuanto que conforme a sus hábitos de abogado, Lincoln tiene aversión a todo lo genial,

se aferra ansiosamente a la letra de la Constitución y recela de cualquier paso que pueda desagradar a los "leales" esclavistas de los Estados fronterizos. El carácter de Frémont brindó otro pretexto. Es, manifiestamente, un hombre patético, algo extremoso e hiperbólico, dado a los impulsos melodramáticos. El gobierno le incitó primero a dimitir voluntariamente, abrumándole con toda suerte de argucias. Cuando este método fracasó, le quitaron el mando en el momento preciso en que el ejército que él mismo había organizado se encontraba frente al enemigo en el sudoeste del Misuri y en el que había que entablar la batalla decisiva.

Frémont es el ídolo de los Estados del Noroeste, que le festejan como *pathfinder* (explorador). Su destitución la consideran como un agravio personal. Si el gobierno de la Unión sufre algunos reveses como los de Bull Run y Balle Bluff,[2] él mismo habrá dado un jefe como John Frémont a la oposición, que se levantará entonces contra él y romperá el actual sistema diplomático de dirección de la guerra. Otro día volveremos sobre las acusaciones publicadas por el ministerio de la Guerra de Washington contra el general destituido.

[2] Junto al río Bull Run, cerca de la ciudad de Mannassas, al sudoeste de Washington, tuvo lugar el 21 de julio de 1861 la primera batalla importante de la guerra civil americana. El ejército del Sur derrotó a las tropas nordistas que, aunque más numerosas, estaban mal preparadas; entre ellas se produjo la desbandada. En el curso de la batalla de Balls Bluff, al noroeste de Washington, los ejércitos sudistas destrozaron el 21 de octubre de 1861 varios regimientos del ejército del general Stone, que habían atravesado el río Potomac sin refuerzos. Estas dos batallas pusieron en evidencia las serias lagunas que en orden a la organización y dirección se daban en los ejércitos nordistas.

**Carlos Marx**

# ASUNTOS AMERICANOS

*Die Presse*
26 de febrero de 1862
*Londres, 3 de marzo de 1862*

El presidente Lincoln no se arriesga a dar un paso adelante mientras el curso de los acontecimientos y el estado general de la opinión pública le permiten contemporizar. Pero, una vez que "Old Abe" se convence por sí mismo de que tal cambio se ha producido, sorprende tanto a sus amigos como a sus enemigos con una operación repentina, conducida con el menor ruido posible. Así, de la manera menos llamativa, acaba de asestar un golpe que seis meses atrás hubiera podido costarle el puesto de presidente y que, hace un mes todavía, habría suscitado una tempestad de protestas. Hablamos de la *eliminación de McClellan* del puesto de comandante en jefe de los ejércitos de la Unión.

Para empezar, Lincoln había reemplazado al ministro de la Guerra, Cameron, por un jurista enérgico e implacable, Mr. Edwin Stanton. Este lanzó inmediatamente una orden del día a los generales Buell, Halleck, Sherman y otros comandantes de servicios centrales o jefes de expedición, comunicándoles que en lo futuro debían prever que todas las órdenes públicas o secretas les llegarían directamente del ministerio de la Guerra y que responderían asimismo directamente a dicho ministerio. En fin, Lincoln dio algunas órdenes, que él mismo

firmó como "comandante en jefe del Ejército y la Marina", título que le pertenecía según la Constitución. De esta forma "tranquila", el "joven Napoleón"[1] fue despojado del mando supremo que hasta entonces ejercía sobre *todos* los ejércitos, y reducido al mando exclusivo del ejército del Potomac, pese a que conservase el título de "comandante en jefe".[2] Los éxitos conseguidos en Kentucky, en Tennessee y en la costa atlántica han inaugurado favorablemente la asunción del mando supremo por el presidente Lincoln.

El cargo de comandante en jefe ocupado hasta entonces por McClellan fue legado a los Estados Unidos por Inglaterra y corresponde más o menos a la dignidad de gran condestable en el ejército francés del antiguo régimen. Durante la guerra de Crimea, la propia Inglaterra descubrió que esta vieja institución era ya entonces inadecuada. Realizó, pues, un compromiso, gracias al cual una parte de las atribuciones del comandante en jefe fue transmitida al ministerio de la Guerra.

Para juzgar la táctica fabiana[3] de McClellan carecemos del material deseado. Pero no hay duda

[1] Nombre dado a McClellan por sus partidarios demócratas, porque había sido nombrado comandante en jefe de las tropas de la Unión a la edad de 34 años.

[2] En marzo de 1862, Lincoln dirigió al ejército la "orden del día general número 3" en la cual ordenaba a McClellan tomar "la dirección del ejército del Potomac hasta nueva orden" y le informaba que estaba "relevado del mando de otros departamentos militares".

[3] El general romano Quintus Fabius Maximus, sobrenombrado Cunctator (contemporizador), se esfuerza, en el curso de la segundo guerra púnica (218-201 antes de J.C.) por utilizar las inmensas ventajas y reservas de orden militar de que disponía para atraerse el aplauso del ejército. Su plan consistía en evitar toda batalla decisiva y defenderse en campos atrincherados. Cada error del adversario era utilizado para remontar la moral del ejército por pequeñas victorias y borrar el efecto deprimente de las derrotas precedentes.

de que su actuación estorbaba la dirección de las operaciones militares en general. Puede decirse de McClellan lo que Macaulay decía de Essex: "Los defectos militares de Essex se derivan esencialmente de sus sentimientos políticos timoratos. Cierto que es honesto, pero no se siente en absoluto ligado a la causa del Parlamento: fuera de una gran derrota, nada teme más que una gran victoria".

Como la mayoría de los oficiales formados en West Point y pertenecientes al ejército regular, McClellan se encuentra más o menos ligado por espíritu de cuerpo a sus antiguos camaradas que se encuentran en el campo enemigo. Siente celos también de esos advenedizos que son a sus ojos los "soldados civiles". Para él, la guerra debe conducirse de manera puramente técnica, como un negocio, con vistas siempre a restaurar la Unión sobre su *antigua* base, y por ello conviene ante todo mantenerse al margen de cualquier tendencia y principio revolucionarios. ¡Es ésta, en verdad, una curiosa concepción acerca de una guerra que es esencialmente guerra de principios! Los primeros generales del Parlamento inglés participaban del mismo error. "Pero —dice Cromwell en su mensaje del 4 de julio de 1653 al Parlamento corto—, ¡cómo cambió todo esto cuando la dirección fue asumida por hombres *penetrados del espíritu de religiosidad y de fe!*"

El *Star* de Washington, órgano particular de Mcclellan, declara en su último número: "El objetivo de todas las combinaciones militares del general McClellan es el restablecimiento de la Unión en forma exacta a la que tenía antes de que estallase la rebelión".

¡No ha de sorprendernos, pues, que en el Potomac el ejército se dedique, bajo la mirada del comandante en jefe, a la caza de esclavos! Muy

recientemente, McClellan hizo expulsar del campamento, por orden expresa, a la familia de músicos Kutchinson, que cantaba all canciones... ¡antiesclavistas!

Aparte de dichas manifestaciones "contra las tendencias", McClellan tomaba bajo su alta protección a los traidores del ejército unionista. Por ejemplo, ascendió a Maynard a un grado superior, pese a que éste era un agente de los secesionistas, como prueban los documentos oficiales del comité de investigación de la Cámara de Representantes. Del general Paterson, cuya traición provocó la derrota de Manassas, al general Stone, que organizó la derrota de Balle Bluff en directa connivencia con el enemigo, McClellan se las arreglaba para sustraer de los consejos de guerra a cualquier militar traidor y hasta, muy a menudo, para impedir que fuese destituido de su cargo. A este propósito, el comité de investigación del Congreso ha revelado los hechos más sorprendentes. Lincoln decidió demostrar mediante una medida enérgica que cuando él asumía el mando supremo, la hora de los traidores con charreteras había terminado, y que se había producido un *viraje* en la política de guerra. Por orden suya, el general Stone fue arrestado en su lecho el 10 de febrero, a las dos de la mañana, y conducido al fuerte Lafayette. Unas horas más tarde llegó la orden de detención, firmada por *Stanton* y conteniendo el cargo de alta traición, penada por el código militar. La detención de Stone y su procesamiento tuvieron lugar sin que el general McClellan fuese informado previamente de ello.

Mientras permanecía inactivo y lucía la corona de laurel trenzada antes de tiempo, McClellan estaba manifiestamente resuelto a impedir que otro general se le adelantase. Los generales Halleck y Pope habían preparado un movimiento combinado para forzar a una batalla decisiva al general Price,

que se le había escapado ya una vez a Frémont a consecuencia de una intervención de Washington. Un telegrama de McClellan les impidió llevar a buen término su empresa. Otro telegrama análogo, dirigido al general Halleck, "anuló la orden" de tomar el fuerte Columbus en un momento en que éste se encontraba en situación apurada. McClellan había prohibido expresamente a los generales del Oeste comunicarse entre sí. Todos ellos tenían que empezar dirigiéndose a Washington cuando trataban de coordinar una operación. El presidente Lincoln acaba de restituirles su indispensable libertad de acción.

Basta leer los panegíricos que el *New York Herald* consagra sin cesar al general McClellan para juzgar la calidad de su política militar. Es el héroe, en el sentir del *Herald*. El famoso Bennett, propietario y redactor jefe del *Herald*, reinaba en los tiempos de la administración de Pierce y de Buchanan por intermedio de sus "representantes especiales", alias corresponsales en Washington. Bajo la administración de Lincoln, trató de reconquistar este mismo poder dando un rodeo, gracias a su "representante especial", el Dr. Ives, notorio sudista y hermano de un oficial que desertó a la Confederación y que había logrado ganarse el favor de McClellan. Bajo el patrocinio de McClellan, parece ser que este Ives haya gozado de grandes confianzas, especialmente en la época en que Cameron estuvo al frente del ministerio de la Guerra. Ives esperaba, evidentemente, que Stanton le concediese los mismos privilegios y, en consecuencia, se presentó el 8 de febrero en el despacho militar donde el ministro de la Guerra, su secretario general y algunos miembros del Congreso deliberaban acerca de las medidas militares a adoptar. Se le puso en la puerta, pero él se estiró como un gallo y, mientras se batía en retirada, amenazó con hacer que

el *Herald* abriese fuego sobre el actual ministerio de la Guerra si éste le retiraba su "privilegio particular", a saber: acceder al secreto de las deliberaciones de gabiente, telegramas, informaciones generales y noticias de guerra. Al día siguiente, 9 de febrero, el Dr. Ives había reunido a todo el Estado Mayor de McClellan en una comida con champán. Pero la desgracia no tardó en llegar. Un suboficial seguido de seis hombres se hizo cargo del poderoso Ives y le condujo al fuerte MacHenry, donde —como dice expresamente la orden del ministro de la Guerra— se halla bajo estrecha custodia en calidad de *espía.*

**Federico Engels, Carlos Marx**

# LA GUERRA CIVIL AMERICANA

*Die Presse*
26 y 27 de marzo de 1862

## I

Desde cualquier ángulo que se la considere, la guerra civil americana ofrece un espectáculo sin parangón en los anales de la historia militar. La inmensa extensión del territorio en disputa; la amplitud de las líneas de operación y del frente; la potencia numérica de los ejércitos rivales, la creación de los cuales no ha podido, prácticamente, verse apoyada en ninguna base organizativa anterior; el coste fabuloso de estos ejércitos; sus modalidades de dirección y los principios generales de táctica y estrategia que rigen esta guerra: todo es nuevo para el observador europeo.

La conspiración secesionista, organizada, patrocinada y sostenida, mucho antes de que estallase, por la administración de Buchanan, ha dado al Sur una ventaja inicial gracias a la cual pudo concebir la esperanza de alcanzar sus fines. Para el Sur, amenazado por su población de esclavos[1] y por

[1] En 1860, Alabama, Georgia, Lusiana, Mississipi, Florida, Carolina del Sur y Texas tenían en total 4.969.141 habitantes, de los que el 46.5 por ciento o sea 2,312.350, eran esclavos. En dos de estos Estados —Carolina del Sur y Mississipi— los esclavos eran más numerosos que el conjunto de los blancos y los negros libres. Virginia, Tennessee, Carolina del Norte y Arkansas contaban con

fuertes elementos unionistas entre los blancos, disponiendo de un número de hombres libres tres veces inferior al del Norte, pero más prontos al ataque gracias a sus innumerables ociosos, ávidos de aventuras, todo dependía de una ofensiva rápida, audaz, hasta temeraria. Si los sudistas conseguían adueñarse de San Luis, Cincinnati, Washington, Baltimore y tal vez de Filadelfia, podían levantar un movimiento de pánico, mientras la diplomacia y la corrupción aseguräsen a todos los Estados esclavistas el reconocimiento de su independencia. Por el contrario, si esta primera ofensiva fracasaba —al menos en sus puntos decisivos—, su situación debía empeorar de día en día, paralelamente al desarrollo de las fuerzas del Norte. Esto es lo que comprendieron perfectamente los hombres que, con un espíritu auténticamente bonapartista, organizaron la conspiración secesionista y se pusieron luego en campaña. Sus bandas de aventureros anegaron Misuri y Tennessee, en tanto que las tropas organizadas más regularmente invadían la Virginia oriental y preparaban un golpe de mano en dirección a Washington. Al fracasar este golpe, la campaña sudista estaba perdida *desde el punto de vista militar.*

El Norte entró en guerra a regañadientes y semidormido, como era de esperar dado el más alto desarrollo de su industria y su comercio. El mecanismo social era aquí infinitamente más complejo que en el Sur y fue menester bastante más tiempo para imprimir a su aparato una dirección tan desusada. El alistamiento de voluntarios por tres meses testificó ser un grave error, aun cuando fuese sin duda inevitable.

4.134.191 habitantes en 1860, de los cuales el 29,2 por ciento eran esclavos, o sea, 1.208.758. Desde un punto de vista militar, una política radicalmente abolicionista habría golpeado duramente a los sudistas.

La política del Norte debía consistir al principio en mantenerse a la defensiva en todos los puntos decisivos a fin de organizar sus fuerzas, ejercitarlas y prepararlas para las batallas resolutivas por medio de operaciones de poca envergadura y poco riesgo; más tarde —cuando la organización se encontrase algo más fortalecida y los elementos felones hubiesen sido alejados más o menos de su ejército—, en pasar a una ofensiva enérgica e ininterrumpida, enfilada a reconquistar ante todo Kentucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. La transformación de los civiles en soldados debía costar más tiempo al Norte que al Sur. Pero una vez esto cumplido, se podía confiar en la superioridad individual del nordista.

En líneas generales, si hacemos abstracción de errores cuya fuente es más política que militar, el Norte ha actuado conforme a estos principios: la pequeña guerra en Misuri y en Virginia occidental, al tiempo que protegía las poblaciones unionistas, acostumbraba a las tropas al servicio de campaña y al fuego sin exponerlas a derrotas decisivas. La grave humillación de Bull Run fue, en cierta forma, la consecuencia de un error anterior: el alistamiento de voluntarios para tres meses. Es absurdo pedir a reclutas bisoños que ataquen de frente una posición poderosa, situada en un terreno difícil y ocupada por un adversario apenas inferior en número. El pánico que se adueñó en el momento decisivo del ejército unionista, y cuya causa aún no ha sido aclarada, no podía sorprender a nadie que estuviese siquiera un poco familiarizado con la historia de las guerras populares. Incidentes análogos se producían frecuentemente en las tropas francesas de 1792-1795,[2] pero no impedían de ma-

[2] En la carta que Engels dirige a Marx el 26 de septiembre de 1851 explica que la primera fase de una revolución implica siempre la espontaneidad y la anarquía, que

nera alguna a esos mismos soldados ganar las batallas de Jemappes y de Fleurs, de Montenotte, Castiglione y Rívoli. En su necedad, las chanzas de la prensa europea sobre el pánico de Bull Run no tienen más que *una sola* excusa: las fanfarronadas de una parte de la prensa norteamericana antes del comienzo de la batalla.

La tregua de seis meses, consecutiva a la derrota de Manassas, fue aprovechada con más eficacia por el Norte que por el Sur. Las filas nordistas no sólo engrosaron bastante más que las sudistas, sino que sus oficiales recibieron mejor instrucción; la disciplina y el entrenamiento de las tropas no chocaron con los mismos obstáculos que en el Sur. Los traidores y los ineptos fueron en gran parte separados: la época del pánico de Bull Run pertenece al pasado. Cierto que no hay que juzgar a estos dos ejércitos con los criterios propios de los principales ejércitos europeos e incluso del antiguo ejército regular de los Estados Unidos. De hecho, Napoleón consiguió completar en un mes el adiestramiento de batallones de nuevos reclutas en sus cuarteles, luego entrenarlos para las marchas en el segundo y conducirlos al combate en el tercero. Pero entonces cada batallón recibía un complemento suficiente de oficiales y suboficiales probados, y finalmente se destinaban a cada compañía viejos soldados, para que el día de la batalla las tropas

afectan y disuelven el viejo régimen: "Es evidente que la desorganización de los ejércitos y el relajamiento absoluto de la disciplina, fueron tanto la condición como el resultado de toda revolución que hasta aquí haya triunfado. Francia tuvo que esperar a 1792 para reorganizar un pequeño ejército de 60 a 80 mil hombres, el de Dumouriez, que, sin embargo, se descompone en seguida. Puede decirse, pues, que no hubo prácticamente ningún ejército organizado en Francia hasta finales de 1793". Cabe mostrar también que la disciplina depende de los objetivos políticos perseguidos y no de la dictadura militar, al menos en periodos revolucionarios.

bisoñas se hallasen rodeadas o, mejor aún, encuadradas por los veteranos. Ahora bien, en América todas estas condiciones están ausentes. Sin el caudal considerable de experiencia militar de los emigrados a América tras las convulsiones revolucionarias de 1848-1849, la organización de los ejércitos de la Unión hubiese requerido un plazo aún más largo.[3] El muy reducido número de muertos y heridos con relación al número total de las tropas participantes (lo habitual es el uno por veinte) demuestra que la mayoría de los choques, incluso los más recientes de Kentucky y Tennessee, se han

[3] Lo mismo que cuando la primera revolución americana, fuerzas progresistas de diversos países europeos ayudaron a los americanos en lucha durante la guerra antiesclavista. Entre los revolucionarios alemanes de 1848 que emigraron a Estados Unidos había burgueses liberales como Schurz y Kapp y amigos comunistas de Marx y Engels, como Weydemeyer y Anneke (éste informaba directamente a Engels de cuanto ocurría en el teatro de operaciones americano). Se estima en 200 mil el número de alemanes que se enrolaron voluntarios para ayudar al Norte a combatir a los esclavistas. Brindaron su experiencia a los ejércitos nordistas poco aguerridos y mal organizados al principio de las hostilidades. Algunos revolucionarios de 1848 organizaron sus propios destacamentos, por ejemplo, el 8o. regimiento de voluntarios alemanes. La acción de Marx y Engels en favor del Norte antiesclavista se incorpora a este movimiento concreto de ayuda a los Estados Unidos. Incluso, como es sabido, Marx había contemplado en algún momento la posibilidad de emigrar a los Estados Unidos.

Por comparación, he aquí las cifras en lo que concierne a la participación de los negros (o esclavos) en la lucha al lado del Norte: no se han contado más que 186.017 hombres de color que hayan servido en los ejércitos nordistas durante la guerra. Pero hay que señalar que durante la mayor parte de la guerra, los negros no fueron aceptados en las filas de los ejércitos del Norte, pese a que se debatía como problema esencial el de la abolición de la esclavitud. Prueba esto hasta qué punto tenían fuerza las ideas racistas. Los negros enrolados se batieron con un coraje extraordinario y, a pesar del escaso número de participantes, tuvieron 68.178 bajas.

efectuado principalmente utilizando armas de fuego de largo alcance, y que las raras cargas a la bayoneta o bien se interrumpían muy pronto ante el fuego enemigo, o bien ponían en fuga al adversario antes incluso de llegar al cuerpo a cuerpo. Entre tanto, la nueva campaña se ha abierto bajo auspicios más favorables, con el avance de Buell y Halleck a través de Kentucky y en dirección a Tennessee.

Después de haber reconquistado Misuri y la Virginia occidental, la Unión abrió la campaña avanzando en dirección a Kentucky.[4] Los secesionistas mantenían allí tres fuertes posiciones o campos for-

[4] Desde el punto de vista militar y político, la campaña de Kentucky de 1862 fue de una importancia decisiva. La línea de defensa de los confederados, de Columbus a Bowling Green, tenía dos centros vitales en Tennessee: Fort Henry y Fort Donelson. Estas plazas fuertes defendían dos importantes pasos al corazón del Sur: los ríos Cumberland y Tennessee. Su captura no solamente permitió a los nordistas abrir una profunda brecha en la Confederación sudista, sino también hacer indefendible la posición de los confederados en Kentucky. Por ello, esos dos fuertes fueron el objetivo inmediato de la campaña de la Unión, y Grant los ocupa el 6 y el 15 de febrero de 1862. La caída de Fort Donelson entraña la evacuación de las posiciones de Bowling Green, de Columbus y de Nashville (en Tennessee). Estas victorias de la Unión tuvieron grandes consecuencias militares. Por el río Tennessee, los nordistas pudieron penetrar hasta el norte de Alabama e incluso en Georgia. Fue la primera tentativa para penetrar una cuña hasta el Golfo de México y cortar la Confederación sudista en dos partes aisladas entre sí. Además, estos éxitos permitieron ocupar Kentucky, Estado fronterizo vital, y recuperar una parte de Tennessee. Los nordistas avanzaron en total doscientas millas. Por lo demás, estas victorias tuvieron una gran resonancia política. Mostraron a Europa —y especialmente a Inglaterra— que el Sur no era invencible en los campos de batalla. Finalmente, disiparon las últimas dudas que podían subsistir sobre el papel de Kentucky en el conflicto y permitieron emprender una guerra más revolucionaria contra los esclavistas.

tificados: Columbus sobre el Mississipi, a su izquierda; Bowling Green, en el centro; Mill Springs, sobre el río Cumberland, a su derecha. Sus líneas se extendían de Oeste a Este a lo largo de más de trescientas millas. La amplitud de esta línea privaba a los tres cuerpos participantes de toda posibilidad de apoyarse mutuamente y ofrecía a las tropas de la Unión la oportunidad de atacar a cada uno de ellos por separado y con fuerzas superiores. El gran error de los secesionistas consistió, al disponer sus fuerzas, en pretender tener todo el terreno ocupado. Kentucky se hubiese defendido con bastante más eficacia por medio de un solo campo poderosamente fortificado en el centro del país, dispuesto como campo de batalla para un choque decisivo y defendido por el grueso del ejército: ello o bien habría atraído al núcleo principal de las fuerzas unionistas, o bien las habría colocado en una posición peligrosa en caso de que hubiesen intentado atacar una concentración de tropas tan fuerte.

En las condiciones dadas, los unionistas resolvieron atacar los tres campos uno tras otro, con el propósito de forzar al enemigo a salir mediante una serie de maniobras que avistaban a obligarle a aceptar el combate a campo raso. Este plan, ajustado a todas las reglas del arte militar, fue ejecutado con decisión y rapidez. Hacia mediados de enero, un cuerpo de cerca de quince mil unionistas avanzó hacia Mill Springs defendido por veinte mil secesionistas. Los unionistas maniobraron tan bien, que hicieron creer a sus adversarios que sólo habrían de vérselas con un débil destacamento. El general Zollicoffer cayó inmediatamente en la trampa: salió de su campo atrincherado y atacó a los unionistas. Demasiado tarde, se dio cuenta de que tenía enfrente una fuerza superior. Fue muerto y sus tropas sufrieron una derrota tan completa

como la de los unionistas en Bull Run. Pero esta vez se explotó la victoria de muy distinta manera. El ejército vencido fue acosado estrechamente hasta que extenuado, desmoralizado, después de haber perdido su artillería de campaña y sus trenes de combate, alcanzó el campamento de Mill Springs. Habiendo sido edificado este campamento en el lado norte del río Cumberland, en caso de una nueva derrota la guarnición tenía cortado el camino de retirada, a no ser que lo hiciese por el río, con barcos de vapor o lanchas fluviales. Hemos notado que, en general, los campamentos secesionistas se edifican en la orilla *enemiga* de los ríos. No es sólo normal, sino también práctico alinearse de esta forma, pero a condición de tener un puente a la espalda. En este caso, el campamento sirve de cabeza de puente y concede a quienes lo poseen el privilegio de lanzar sus fuerzas a discreción sobre una u otra orilla del río, es decir, de dominar por completo el curso de agua. En cambio, un campo sobre el lado enemigo del río, sin puente a la espalda, corta toda vía de retirada después de un combate adverso y fuerza a las tropas a capitular o las expone a la matanza y a la sumersión, como fue el caso de los unionistas cerca de Ball's Bluff, en la orilla enemiga del Potomac, adonde la traición del general Stone los había enviado.

Cuando los secesionistas vencidos hubieron alcanzado su campamento de Mill Springs, comprendieron muy pronto que tenían que rechazar el ataque del enemigo contra sus fortificaciones o capitular sin tardar mucho. Ahora bien, después de la experiencia de la mañana habían perdido confianza en su capacidad de resistencia. Como consecuencia, cuando los unionistas avanzaron al día siguiente para atacar el campamento, advirtieron que el enemigo había aprovechado la noche para travesar el río, abandonándoles el campamento, los trenes de

combate, la artillería y las provisiones. De esta manera, el flanco derecho de la línea secesionista fue repelida hacia el Tennessee; y Kentucky oriental, donde la masa de la población es hostil al partido esclavista, fue reconquistado para la Unión.

En ese mismo momento —hacia mediados de enero—, los unionistas comenzaron los preparativos para desalojar a los secesionistas de Columbus y Bowling Green. Se había dispuesto una poderosa flotilla de buques artillados con morteros y de cañoneras blindadas, y se lanzó a los cuatro vientos la noticia de que se destinaría a convoyar un numeroso ejército a lo largo del Mississipi, desde el Cairo a Menfis y Nueva Orleáns. En realidad, todas estas demostraciones en el Mississipi no eran más que simples maniobras de diversión. En el momento decisivo, las cañoneras fueron encaminadas al Ohio y desde allí, al Tennesse, que remontaron hasta Fort Henry. Con Fort Donelson en el río Cumberland, esta plaza fuerte constituía la segunda línea de defensa de los secesionistas en el Tennessee. La posición se había elegido bien, pues en caso de retirada detrás del Cumberland, esta corriente de agua cubriría su frente de la misma manera que el Tennessee protegía su flanco izquierdo, quedando amparada suficientemente la estrecha franja de tierra entre ambos ríos por los dos fuertes antes mencionados. Sin embargo, gracias a una acción rápida, los unionistas rompieron la segunda línea antes incluso de atacar el ala izquierda y el centro de la primera.

En la primera semana de febrero, las cañoneras unionistas hicieron su aparición delante de Fort Henry, que fue tomado después de un corto bombardeo. La guarnición pudo huir y ganar Fort Donelson, ya que las fuerzas de tierra de que disponía la expedición no eran bastante numerosas para cercar la plaza. Las cañoneras volvieron a descender por el Tennessee hasta el Ohio y, desde allí, por

el Cumberland, remontaron hasta Fort Donelson. Una cañonera solitaria remontó osadamente el Tennessee, en pleno corazón del Estado del mismo nombre, rozando el Estado de Misuri; progresó hasta Florence, en el norte de Alabama, donde una serie de marjales y bancos de arena (conocidos con el nombre de Mussle Shoals) impiden proseguir la navegación. El hecho de que una sola cañonera haya podido realizar este largo crucero, de ciento cincuenta millas por lo menos, y regresar acto seguido sin haber sido objeto del menor ataque, demuestra que los sentimientos unionistas predominan a lo largo del río y serán muy útiles el día en que las tropas de la Unión avancen hasta allí.

Esta expedición fluvial por el Cumberland combinaba, sin embargo, sus movimientos con los de las fuerzas de tierra bajo el mando de los generales Halleck y Grant. Los secesionistas estacionados en Bowling Green fueron inducidos a error por la demostración de los unionistas. Permanecieron tranquilamente en su campamento durante la semana que siguió a la caída de Fort Henry, mientras cuarenta mil unionistas rodeaban Fort Donelson por tierra y una poderosa flota de cañoneras lo amenazaba por la parte del río. Como los campamentos de Mill Springs y Fort Henry, Fort Donelson tiene la corriente de agua a su espalda, sin disponer de un puente de retirada. Es la plaza más fuerte que los unionistas hayan atacado hasta ahora. Los trabajos de fortificación se habían realizado con el mayor cuidado; además, la plaza era bastante grande para contener y alojar a veinte mil hombres. El primer día de ataque, las cañoneras redujeron al silencio las baterías que dirigían su fuego hacia el lado del río y bombardearon el interior del perímetro fortificado, en tanto que las tropas de tierra rechazaban a las avanzadas enemigas y

forzaban al grueso de los secesionistas a buscar protección justamente bajo los cañones de sus propios recintos fortificados. El segundo día, las cañoneras, que habían sido muy castigadas la víspera, no parece que hiciesen gran cosa. En cambio, las tropas terrestres hubieron de librar una larga y ardiente batalla en algunos lugares con las columnas de la guarnición que intentaban perforar el ala derecha del enemigo para asegurarse una vía de retirada en dirección a Nashville. Sin embargo, un ataque enérgico del ala derecha unionista sobre el ala izquierda de los secesionistas, y la llegada de importantes refuerzos en ayuda del ala izquierda unionista decidieron la victoria de los asaltantes. Varios puestos exteriores fortificados fueron tomados por asalto. Arrinconada en su línea interior de defensa, sin vía alguna de retirada y sin encontrarse en situación de resistir un nuevo asalto, la guarnición se rindió sin condiciones al día siguiente.

## II

Con Fort Donelson, la artillería, el tren de combate y el material de guerra de la guarnición cayeron en manos de los unionistas. Treinta mil secesionistas se rindieron el día de la capitulación: otros mil al día siguiente y, tan pronto como las avanzadillas de los vencedores aparecieron ante Clarksville, esta ciudad, situada en el curso superior del Cumberland, les abrió sus puertas. Los secesionistas habían almacenado allí, igualmente, importantes reservas de víveres.

La toma de Fort Donelson oculta, no obstante, un pequeño *misterio*: la huida del general Floyd con cinco mil hombres, al segundo día de bombardeo. Estos huidos eran demasiado numerosos para desaparecer como por encanto durante la no-

che, en barcos de vapor. Algunas medidas de precaución por parte de los asaltantes hubiesen podido precaver su fuga.

Siete días después de la rendición de Fort Donelson, los federados ocuparon Nashville. La distancia entre estas dos localidades es de alrededor de cien millas inglesas. Necesitaron, pues, hacer quince millas al día, por caminos embarrados y durante la peor estación del año: ello hace honor a las tropas unionistas. Ante la nueva de la caída de Fort Donelson, los secesionistas evacuaron Bowling Green; una semana más tarde abandonaron Columbus y se retiraron a una isla del Mississipi, cuarenta y cinco millas más al sur.

La Unión había reconquistado así Kentucky por entero. Nos encontramos con que los secesionistas no podrán defender el Tennessee si no libran y ganan una gran batalla.[5] Parece que ya han concentrado más de sesenta y cinco mil hombres con este fin. Sin embargo, nada hay que impida a los unionistas oponerles una fuerza superior.

La conducción de las operaciones en la campaña de Kentucky merece los más vivos elogios. La reconquista de un territorio tan vasto, el avance en dirección a Ohio hasta el Cumberland en un solo mes, todo ello, en fin, revela una energía, una decisión y una rapidez de ejecución que los ejércitos regulares de Europa raramente han igualado. Compárese, por ejemplo, la lenta progresión de los

[5] En efecto, los confederados entablaron una doble campaña en Kentucky y Maryland en septiembre de 1862, pero fueron batidos. Cf. más adelante los artículos "La situación en América del Norte" y "Los acontecimientos de América del Norte". Como han evidenciado Marx y Engels, el Sur tenía que atacar en razón de la naturaleza misma de sus condiciones sociales, en tanto que el Norte, en virtud de sus vacilaciones esencialmente políticas, se mantenía a la defensiva pese a disponer de una superioridad social y militar indiscutible.

aliados desde Magenta a Solferino, en 1859, sin que fuesen en persecución del enemigo en retirada y sin que tratasen de aislar a los rezagados o de rebasar y cercar cuerpos enteros de tropas.

Halleck y Grant, en particular, están dando buenos ejemplos de conducta militar enérgica. Dejando de lado por completo Columbus y Bowling Green, concentraron sus fuerzas en los puntos decisivos —Fort Henry y Fort Donelson—, que atacaron rápidamente y con energía, dejando así Columbus y Bowling Green en situación insostenible. Después, se pusieron en marcha hacia Clarksville y Nashville, sin dar tiempo a los secesionistas en retirada a ocupar nuevas posiciones en el Norte del Tennessee. Durante esta veloz persecución, el cuerpo de ejército secesionista de Columbus quedó completamente cortado del centro y del ala derecha de su ejército. Diarios ingleses han criticado injustamente esta operación. Incluso si hubiese fracasado el ataque a Fort Donelson, los secesionistas podían ser retenidos cerca de Bowling Green por el general Buell: no habrían podido destacar una fuerza suficiente para permitir a la guarnición perseguir a los unionistas en campo abierto y amenazar su repliegue. Por otra parte, Columbus queda tan apartado, que no podía en ningún caso intervenir en las operaciones dirigidas por Grant. De hecho, cuando los unionistas hubiesen limpiado el Misuri de secesionistas, Columbus no sería para estos últimos sino una plaza desprovista de interés. Las tropas de su guarnición habrían tenido que retirarse a toda prisa hacia Menfis e incluso hacia Arkansas, a fin de no verse obligadas a rendir sus armas sin gloria.

Después de la limpieza del Misuri y de la reconquista de Kentucky, el teatro de guerra se ha reducido a tal punto, que los diferentes ejércitos pueden cooperar en alguna medida a lo largo de

toda la línea de operaciones y ayudarse para obtener ciertos resultados. En otros términos, es solamente ahora cuando la guerra toma un carácter *estratégico* y cuando la configuración geográfica del país reviste un interés nuevo. Corresponde en el presente a los generales nordistas descubrir el talón de Aquiles de los Estados algodoneros.

Hasta la toma de Nashville, no podía haber operaciones estratégicas comunes a los ejércitos de Kentucky y a los del Potomac, separados por muy grandes distancias. Ciertamente, se encontraban en una misma línea de frente, pero sus líneas de operación eran completamente distintas. Sólo con el avance victorioso en Tennessee, los movimientos de los ejércitos de Kentucky adquieren importancia para todo el teatro de operaciones por entero.

Los periódicos americanos influidos por McClellan han hecho gran ruido con la teoría "anaconda" de envolvimiento, que preconiza que una inmensa línea de ejércitos rodee a la rebelión, apriete progresivamente sus miembros y estrangule finalmente al enemigo. Esto es puro infantilismo. Es un refrito del llamado *sistema del cordón*, inventado en Austria hacia 1770, utilizado con tanta obstinación contra los franceses de 1792 a 1797 y jalonado con los ya conocidos e incesantes fracasos. En Jemappes, Fleurs, etc., y muy particularmente en Montenotte, Millesimo, Diego, Castiglione y Rívoli, el sistema de estrangulamiento siempre llegaba tarde. Los franceses cortaban en dos la "anaconda", concentrando su ataque sobre un punto con fuerzas superiores, luego hacían pedazos, uno tras otro, los anillos de la "anaconda".

En los Estados más o menos poblados y centralizados, siempre existe un centro cuya ocupación por el enemigo rompe las más de las veces la resistencia nacional. París es un ejemplo diáfano. Sin embargo, los Estados esclavistas no tienen tal cen-

tro. Están poco poblados y apenas poseen grandes ciudades, salvo en la costa aquí y acullá. No obstante, hay que preguntarse si existe al menos un centro de gravedad militar, cuya conquista rompería la espina dorsal de la resistencia; ¿o es que para conseguir la victoria —como fue el caso de Rusia hasta 1812— hay que ocupar cada aldea y cada localidad, ocupar, en una palabra, toda la periferia?

Lancemos una ojeada a la configuración geográfica de Secesia, con su larga franja costera del Atlántico y el Golfo de México. Durante el periodo en que los confederados disponían de Kentucky y Tennessee, su territorio formaba un conjunto compacto. La pérdida de estos dos Estados ha clavado en su territorio una cuña gigantesca, que separa los Estados situados en la costa norte del Océano Atlántico de los Estados situados en el Golfo de México. La ruta directa de Virginia y las dos Carolinas a Texas y Luisiana, a Mississipi y, en parte, incluso a Alabama, pasa por Tennessee, que los unionistas acaban de ocupar. La *única* ruta que después de la conquista total de Tennessee por la Unión comunica las dos secciones de los Estados esclavistas pasa por *Georgia. Ello demuestra que Georgia es la llave de Secesia.*

Al perder Georgia, la Confederación ha sido cortada en dos secciones que ya no disponen de ninguna comunicación entre sí. Ahora bien, es improbable que los secesionistas puedan reconquistar Georgia, pues las fuerzas militares unionistas se concentrarían allí en una posición central, en tanto que sus adversarios, divididos en dos campos, apenas dispondrían de fuerzas suficientes para realizar un ataque conjunto.

¿Será menester conquistar toda Georgia, incluida la costa sur de Florida, para llevar a buen fin dicha operación? De ninguna manera. En un país donde

las comunicaciones, especialmente entre los dos puntos alejados, dependen bastante más de los caminos de hierro que de las rutas terrestres, basta apoderarse de las vías férreas. La línea más meridional de los caminos de hierro entre los Estados del Golfo de México y los de la costa del Atlántico pasa por Macon y Gordon, cerca de Milledgeville. La ocupación de estos dos puntos cortaría pues Secesia en dos y permitiría a los unionistas batir a una parte después de la otra. Se deduce de lo que acabamos de decir que ninguna república sudista es viable sin la posesión de Tennessee. En efecto, sin Tennessee, el punto vital de Georgia sólo se encuentra a ocho o diez días de marcha desde la frontera. El Norte tiene, pues, de continuo agarrado al Sur por la garganta: a la menor presión de su mano, el Sur ha de ceder o reemprender la lucha para sobrevivir, en tales condiciones, que una sola derrota le arrebataría toda perspectiva de victoria.

De estas consideraciones se sigue:

**El Potomac *no es* la posición más importante del teatro de la guerra.** La toma de Richmond y el avance del ejército del Potomac hacia el Sur —difíciles a causa de los numerosos cursos de agua que cortan la línea de marcha— podrían causar un terrible efecto psicológico, pero desde el punto de vista puramente militar no deciden *absolutamente nada.*

La decisión de la guerra reposa sobre el ejército de Kentucky, que ocupa actualmente Tennessee, territorio sin el cual la secesión no puede vivir. Sería preciso, pues, reforzar este ejército a expensas de los otros, sacrificando todas las operaciones menores. Sus puntos de ataque inmediatos deberían ser Chattanooga y Dalton en el alto Tennessee, ya que estas ciudades son los nudos ferroviarios más importantes de todo el Sur. Después de su ocupa-

ción, los Estados del este y el oeste de Secesia sólo permanecerían unidos por las líneas de comunicación de Georgia. No habría más que cortar la línea ferroviaria que sigue desde Atlanta a Georgia y, finalmente, destruir el último lazo entre las dos secciones ocupando Macon y Gordon.

Por el contrario, si el plan "anaconda" prosiguiese, a pesar de todos los éxitos logrados localmente e incluso en el Potomac, la guerra podría prolongarse hasta el infinito, aparte de que las dificultades financieras y las complicaciones diplomáticas podrían crear un nuevo margen de maniobra para el Sur.

Carlos Marx

# LA PRENSA INGLESA Y LA CAIDA DE NUEVA ORLEANS

*Die Presse*
20 de mayo de 1862
*Londres, 16 de mayo de 1862*

Cuando corrieron los primeros rumores sobre la caída de Nueva Orleáns, el *Times*, el *Herald*, el *Standard*, el *Morning Post*, el *Daily Telegraph* y otros periódicos ingleses simpatizantes de los desolladores de esclavos del Sur, demostraron con argumentos de orden estratégico, táctico, filológico, exegético, político y moral, torpemente manejados, que ese rumor no era más que uno de los tantos bulos que Reuter, Havas, Wolff y sus agencias filiales tienen por costumbre deslizar periódicamente. Afirmaron que los medios naturales de defensa de Nueva Orleáns acababan de ser reforzados no sólo con nuevas fortificaciones, sino con toda suerte de diabólicos ingenios submarinos y de cañoneras blindadas. De pasada, subrayaron el espíritu espartano de la población de Nueva Orleáns y su odio feroz hacia los mercenarios a sueldo de Lincoln. En fin, ¿acaso Inglaterra no había sufrido ante Nueva Orleáns la derrota que puso un fin lamentable a su segunda guerra contra los Estados Unidos, en 1812-1814? Nada hacía, pues, prever que Nueva Orleáns no renovaría en la historia la epopeya de Zaragoza y Moscú.[1] Además,

[1] Referencia a las luchas de liberación del pueblo español contra los ejércitos de Napoleón durante los años 1808 a 1812. Zaragoza fue sitiada dos veces (junio-agosto

contaba con quince mil balas de algodón, gracias a las cuales sería fácil encender un inextinguible fuego autodestructor, abstracción hecha de que en 1814 las balas de algodón debidamente humectadas se habían revelado más resistentes al fuego de la artillería que los trabajos de fortificación de Sebastopol. En resumen, ¡la toma de Nueva Orleáns era un bonito ejemplo de las fanfarronadas yanquis!

Cuando los primeros rumores fueron confirmados por los vapores que arribaron dos días más tarde a Nueva York, el grueso de la prensa inglesa proesclavista seguía siendo escéptica. El *Evening Standard*, en especial, estaba tan seguro de lo que que en el mismo número publicó un primer editorial en el que demostraba, negro sobre blanco, que Nueva Orleáns era inexpugnable, mientras anunciaba a grandes titulares la caída de la inexpugnable ciudad en media luna.

Por su parte, el *Times*, para quien la discreción es la parte mejor del coraje, daba un giro. Aún ponía en duda la noticia, pero decía estar preparado a cualquier eventualidad, habida cuenta de que la ciudad en media luna era antes una urbe de pillos que de héroes. Esta vez el *Times* tenía razón. Nueva Orleán es el depósito de las heces de la bohemia francesa; es, en la acepción directa del vocablo, una *colonia penitenciaria francesa* y jamás en el curso del tiempo ha desmentido sus orígenes. Es el *Times* quien ha tardado algo en advertir este hecho, generalmente bastante conocido.

En fin, el hecho consumado se impone al Thomas más terco. ¿Qué hacer? La prensa proescla-

y diciembre de 1808) por fuerzas francesas numéricamente superiores; la ciudad no capituló hasta febrero de 1809. En lo que concierne a Moscú, la referencia es al incendio de la capital rusa en septiembre de 1812, para no dejar al ejército francés invasor más que cenizas.

vista inglesa demuestra en el presente que la caída de Nueva Orleáns es una ventaja para los confederados y una derrota para los federados.

La caída de Nueva Orleáns ha permitido al general Lovell y a sus tropas reforzar el ejército de Beauregard, que estaba tanto más necesitado de ese refuerzo cuanto que tenía frente a sí una concentración de ciento sesenta mil hombres (¡se exagera un poco!) bajo el mando de Halleck, y que, por añadidura, el general Mitchel había cortado las comunicaciones de Beauregard con el Este, interrumpiendo las líneas ferroviarias de Menfis a Chattanooga, es decir, las líneas en dirección a Richmond, Charleston y Savannah.[2] Después de este corte de las comunicaciones (cosa de la que habíamos dejado constancia, bastante *antes* de la batalla de Corinth, como movimiento estratégico previsible), Beauregard ya no disponía de ninguna comunicación ferroviaria con Corinth, fuera de la que lleva a Mobile y Nueva Orleáns. Tras la caída de Nueva Orleáns, sólo disponía de la línea de Mobile, de suerte que ya no podía abastecer convenientemente a sus tropas. Hubo entonces de replegarse sobre Menfis: según la prensa proesclavista inglesa, ¡su capacidad de avituallamiento ha mejorado por el hecho de unirse con las tropas de Lovell! De otra parte, estos oráculos advierten que la fiebre amarilla ahuyentará a los federados de Nueva Orleáns y que, en fin, si la ciudad no es Moscú, su alcalde bien pudiera ser Bruto. Baste leer (cf. el *New York Herald*) su epístola melodramáticamente animosa al comandante Farragut. "¡Nobles palabras, señor, hermosas palabras!" ¡Pero las palabras, por duras que sean, no quebrantan los huesos!

[2] A principios de abril, el general Mitchell ocupa Huntsville, situada a medio camino entre Chattanooga y Corinth.

No obstante, la prensa de los esclavistas del Sur no es tan optimista como sus consoladores ingleses, en lo que a la caída de Nueva Orleáns se refiere.

Así, el *Richmond Dispatch* escribe: "¿Qué ha sido de nuestras cañoneras blindadas, del *Mississipi* y la *Lousiane*, de las que esperábamos la salvación de la ciudad en media luna? Es como si hubiesen estado hechos de cristal en cuanto a su efecto sobre el adversario. Es inútil negar que la toma de Nueva Orleáns es para nosotros un golpe muy duro. A causa de él, el gobierno confederado se encuentra cortado de la Luisiana occidental, de Texas, de Misuri y de Arkansas".

El *Norfolk Day Book* señala: "Es la derrota más grave desde el comienzo de la guerra. Esta derrota permite augurar privaciones y restricciones para todas las clases de la sociedad y, aún peor, amenaza el abastecimiento de nuestro ejército".

El *Atlantic Intelligentzer* se lamenta: "Esperábamos otro resultado. El avance enemigo no era un ataque por sorpresa: había sido previsto hace mucho tiempo. Se nos había prometido que si el enemigo pasaba ante Fort Jackson, una artillería temible le obligaría a la retirada o aseguraría su destrucción. En todo esto nos hemos engañado, como siempre que las fortificaciones han de garantizar la seguridad de una plaza o de una ciudad. Parece como si las invenciones modernas hubiesen arruinado la capacidad de defensa de las fortificaciones. Las cañoneras blindadas las destruyen o pasan ante ellas sin más cumplidos. Tememos que Menfis comparta la suerte de Nueva Orleáns. ¿No sería insensato dejarse acunar por las ilusiones?"

Finalmente, el *Petersburg Express* escribe: "La toma de Nueva Orleáns por los federados es el acontecimiento más extraordinario y el más fatal de toda la guerra".

**Federico Engels, Carlos Marx**

# LA SITUACION EN EL TEATRO DE GUERRA AMERICANO

*Die Presse*
30 de mayo de 1862

La toma de Nueva Orleáns, tal como se ha relatado en los boletines que nos han llegado hasta aquí, se destaca como un acto de bravura prácticamente sin paralelo en la historia de la marina. La marina de guerra de los unionistas está compuesta únicamente por naves de madera: alrededor de seis navíos de guerra, armado cada uno de ellos con catorce a veinticinco cañones, apoyados por una numerosa flotilla de cañoneras y barcos artillados con morteros. Esta escuadra tenía que vérselas con dos fuertes que cerraban el paso al Mississipi. Al alcance del fuego de los cien cañones de estos fuertes, el río estaba cruzado por una fuerte cadena, detrás de la cual se había acumulado un gran número de minas, brulotes y otros ingenios destructores. Había, pues, que salvar estos primeros obstáculos antes de deslizarse entre los fuertes. No obstante, del otro lado de éstos había una segunda y poderosa línea de defensa, constituida por cañoneros blindados, entre ellos el *Manassas*, un acorazado blindado, y la *Louisiane*, una poderosa batería flotante.

Después de haber bombardeado durante seis días los dos fuertes que dominan el río, sin resultado alguno, los unionistas decidieron arrostrar su fuego, forzar con tres columnas la barrera de acero,

remontar el río y atacar las fortificaciones. Esta empresa temeraria tuvo éxito. Tan pronto como la flotilla desembarcó en Nueva Orleáns, la victoria quedó asegurada.

En adelante, Beauregard nada tiene que defender en Corinth. Sus posiciones sólo tenían sentido mientras cubrían el Mississipi, Luisiana y especialmente, Nueva Orleáns. Desde el punto de vista estratégico es tal la situación, que si pierde la más insignificante batalla no le queda otra alternativa que dispersar su ejército en guerrillas. En efecto, no puede mantener reunida por más tiempo a una gran masa de soldados si no hay una gran ciudad en la que se concentren, a la retaguardia de su ejército, las vías férreas y los suministros.

De manera irrefutable, McClellan se ha revelado como una nulidad en el plano militar. Efectivamente, llegado en virtud de circunstancias propicias a una posición de mando y de responsabilidad, no lleva una guerra orientada a vencer al enemigo, sino, al contrario, a no ser batido, cosa que le haría perder su prestigio usurpado. Se conduce como uno de esos viejos generales llamados "maniobreros" que, huyendo medrosamente de toda decisión táctica, se justifican obligando al enemigo a abandonar sus posiciones merced a un envolvimiento estratégico. Los confederados se le escapan una y otra vez porque en el momento decisivo jamás se arriesga a caer sobre ellos. Así, pese a que el plan de retirada de los confederados había sido ya anunciado diez días antes en los diarios neoyorkinos (por ejemplo, en el *Tribune*), les dejó retirarse tranquilamente de Manassas a Richmond. Después, dividió su ejército y flanqueó estratégicamente a los confederales, instalándose delante de Yorktown con un cuerpo de tropas: una guerra de fortalezas proporciona siempre pretextos para perder el tiempo y evitar la batalla. Tan luego

como hubo concentrado una fuerza superior a la de los confederados, los dejó retirarse de Yorktown a Williamsburg y aun más allá, sin forzarles a batirse. Jamás guerra alguna fue llevada de tan lamentable forma. Si el encontronazo con elementos en retirada cerca de Williamsburg, en vez de terminar en un segundo Bull Run, acabó con una derrota de la retaguardia confederada, McClellan es por completo ajeno a ese resultado.

Después de una marcha de casi doce millas (inglesas) bajo una lluvia diluviana que se prolongó veinticuatro horas, por caminos transformados en verdaderos barrizales, ocho mil unionistas bajo el mando del general Heintzelmann (de descendencia alemana, pero nacido en Pensilvania) llegaron a las cercanías de Williamsburg y chocaron con un débil destacamento enemigo. Pero éste, dándose cuenta en seguida de su inferioridad numérica, reclamó refuerzos a Wiliamsburg, desde donde le despacharon tropas selectas que bien pronto alcanzaban la cifra de veinticinco mil hombres.

Hacia las nueve de la mañana, la batalla se puso seria; hacia la una y media, el general Heintzelmann reparó en que se inclinaba a favor del adversario. Envió mensajero tras mensajero al general Kearny, que se encontraba a ocho millas a retaguardia, pero que a causa de los caminos enteramente "deshechos" por la lluvia no podía avanzar sino muy lentamente. Heintzelmann aún siguió sin refuerzos una hora entera y, habiendo agotado sus municiones los regimientos 7o. y 8o. de Jersey, comenzaron a huir a los bosques que bordean la carretera por ambos lados. Heintzelmann ordenó al coronel Menill y a un escuadrón de caballería pensilvano ocupar posiciones a ambos lados del bosque, a fin de disparar eventualmente sobre los fugitivos. Fue esto lo que les detuvo.

El orden fue restablecido además gracias al ejem-

plo de un regimiento de Massachusetts que, habiendo agotado sus municiones, caló al fusil la bayoneta y esperó al enemigo a pie firme. En fin, las vanguardias de Kearny, bajo el mando del general de brigada Berry (del Estado de Maine) se pusieron a la vista. El ejército de Heintzelmann acogió a los salvadores lanzando impetuosos hurras, él ordenó tocar la marcha del regimiento, el *Yankee Doodle,* y alinear delante de sus tropas extenuadas los refuerzos de Berry en un frente de media milla aproximadamente. Después de un breve tiroteo con armas de fuego, la brigada de Berry cargó a la bayoneta y desalojó del campo de batalla al enemigo, que se refugió en sus abrigos subterráneos, el mayor de los cuales fue ocupado por las tropas de la Unión después de varios ataques y contraataques. Así se restableció el equilibrio de la batalla. La llegada de Berry había salvado a los unionistas. Hacia las cuatro, la llegada de las brigadas de Jameson y de Birney les aseguró la victoria. Los confederados empezaron a evacuar Williamsburg hacia las nueve de la noche, y al día siguiente se replegaron a Richmond, en tanto que la caballería de Heintzelmann les perseguía con dureza. Inmediatamente después de la batalla, entre seis y siete de la mañana, Heintzelmann ordenó al general Jameson ocupar Williamsburg. La retaguardia del enemigo en fuga acababa de abandonar el lado opuesto de la ciudad justamente media hora antes.

Esta batalla conducida por Heintzelmann ha sido una batalla de infantería en el auténtico sentido de la palabra. La artillería apenas intervino. El fuego de los mosquetones y el ataque a la bayoneta fueron decisivos. Si el Congreso de Washington quisiera emitir un voto de reconocimiento, sería para el general Heitzelmann, que salvó a los yanquis de un segundo Bull Run, y no para Mc-

Clellan que, como de costumbre, evitó toda "decisión táctica" y dejó escapar por tercera vez a un enemigo inferior en número.

El ejército confederado de Virginia tuvo mejor fortuna que el ejército de Beauregard porque hacía frente a McClellan y no a Halleck, y también porque en su línea de retirada los ríos corren diagonalmente, de la montaña al mar. Sin embargo, para evitar que las tropas confederadas se dispersen en bandas *sin batirse siquiera*, sus generales se verán forzados a aceptar tarde o temprano una batalla decisiva, como los rusos hubieron de batirse en Smolensk y Borodino *contra* la voluntad de sus generales, que tenían una visión correcta de la situación. La lamentable dirección militar de McClellan, los continuos repliegues seguidos del abandono de la artillería, de la munición y del avituallamiento militar, así como los pequeños choques infortunados de retaguardia, han desmoralizado seriamente a los confederados, como se manifestará con evidencia el día de una batalla decisiva. La situación es, no obstante, la siguiente:

Basta con que Beauregard o Jefferson Davis pierdan una batalla importante para que sus tropas se disuelvan en bandas. Si uno de ellos gana una batalla importante —lo que es altamente improbable— la desbandada de sus ejércitos se aplazará para más tarde, en el mejor de los casos. Ya no están en condiciones de obtener la menor ventaja duradera, incluso aunque lograsen una victoria. Los ejércitos sudistas no pueden avanzar veinte millas inglesas sin empantanarse y ser objeto de una nueva ofensiva del adversario.

Queda todavía por examinar las posibilidades de una guerra de guerrillas. A decir verdad, salta a la vista que la población apenas participa, o mejor aún, no participa en absoluto en la guerra de los esclavistas. En 1813, las comunicaciones francesas

se vieron constantemente interrumpidas y hostigadas por Colomb, Lützow, Chernichev y por otros jefes de francotiradores y cosacos. En 1812, en Rusia, la población desapareció por completo de la línea de marcha francesa; en 1814, los campesinos franceses tomaron las armas y aniquilaron a los rezagados y las patrullas de los ejércitos aliados. Pero aquí no asistimos a nada semejante. Se someten a la *suerte de las grandes batallas*, y se consuelan diciendo: *Victrix causa diis placuit, sed Catoni.** Las jactancias sobre una guerra marítima se disipan como el humo. Pero no cabría dudar, en verdad, de que a la *white trash* (la "chusma blanca", como los propios amos de las plantaciones llaman a los "pobres blancos" del Sur) no le tiente una guerra de guerrillas o de bandolerismo. Mas esa tentativa sólo serviría para transformar rápidamente en unionistas a los poseyentes, que son los dueños de los plantíos. Ellos mismos llamarían en su auxilio a las tropas yanquis. Los pretendidos incendios de algodón, etc., en Mississipi, reposan exclusivamente en el testimonio de dos kentuckianos que afirmaron haber llegado de Luisville, pero sin pasar por Mississipi. El incendio de Nueva Orleáns era de fácil preparación. El fanatismo de los comerciantes de esta ciudad se explica por el hecho de que aceptaron como dinero contante una gran cantidad de bonos del Tesoro confederado. El incendio de Nueva Orleáns se reproducirá en otras ciudades; seguramente se encenderán fuegos también en distintos sitios, pero golpes tan teatrales no pueden sino alimentar y exacerbar las discordias entre plantadores y *white trash* y, en consecuencia, arruinar a Secesia.

* La causa del vencedor place a los dioses, la del vencido a Catón.

Federico Engels

# LA GUERRA CIVIL AMERICANA Y LOS BUQUES ACORAZADOS Y BLINDADOS

*Die Presse*
3 de julio de 1862

Hace algo así como tres meses y medio —el 8 de marzo de 1862—, la batalla naval entre el *Merrimac* y las fragatas *Cumberland* y *Congress*, en las Hampton Roads, cerró la larga era de los navíos de guerra de madera. El 9 de marzo de 1862, la batalla naval entre el *Merrimac* y el *Monitor* en las mismas aguas inauguró la era de la guerra de buques acorazados.[1]

De algún tiempo a esta parte, el Congreso de Washington viene consagrando importantes sumas a la construcción de varias naves acorazadas y a la terminación de las grandes cañoneras blindadas de M. Stevens (de Hoboken, cerca de Nueva York). Además, M. Ericsson está a punto de acabar la construcción de seis bu-

[1] La guerra civil americana propició las primeras apariciones de las fuerzas acorazadas, que tan decisivo papel habrían de jugar en las guerras siguientes. Eran en realidad barcos de madera a los que se les cubría con chapas de acero. El 8 de marzo de 1862, en la bahía de Hampton Roads hubo un primer encuentro naval entre el "acorazado" sudista *Merrimac* y barcos no blindados de la flotilla nordista. Las fragatas del Norte *Cumberland* y *Congress* fueron destruidas y las otras gravemente dañadas. A continuación, el "acorazado" nordista *Monitor* entra en acción e hizo huir al *Merrimac*. A diferencia de la de éste, la artillería del *Monitor* estaba concentrada en una torreta blindada en el centro del navío, de acuerdo con el modelo del ingeniero Ericsson.

ques, concebidos de acuerdo con los planos del *Monitor*, pero mucho mayores y provistos de dos torres móviles, flanqueada cada una de ellas por dos grandes cañones. La *Galena*, el segundo buque acorazado, se está construyendo en otro arsenal, según un modelo nuevo. Se acaba de botar y escoltará al *Monitor*, primero para vigilar al *Merrimac*, y después para limpiar de fuertes rebeldes las márgenes del río James; esta tarea ha sido ya cumplida hasta una distancia de siete a ocho millas de Richmond. El tercer buque acorazado de servicio en el río James es el *Bengaluche*, llamado primero *Stevens* en gracia a su inventor y anterior propietario.

El cuarto buque acorazado —el *New Ironsides*— se construye en Filadelfia y debe hacerse a la mar dentro de unas semanas. El *Vanderbilt* y otro gran barco de vapor se han transformado en buques blindados; otros muchos navíos de guerra, como el *Roanoke*, van a resucitar con un blindaje. El gobierno de la Unión ha hecho además construir en Ohio cuatro o cinco cañoneras dotadas de rieles, que prestaron grandes servicios en Fort Henry, Fort Donelson y Pittsburg Landing. En fin, el coronel Ellet y algunos de sus amigos se especializan en la colocación de blindajes. En Cincinnati y en distintos puntos del Ohio han aplanado antiguos vapores y les han revestido la propia de blindajes. No van armados de cañones, pero llevan una guarnición de tiradores de primera, muy numerosos en el Oeste. Más adelante volveremos sobre el primer hecho de armas de estas improvisadas naves blindadas.

Por su parte, los confederados no han permanecido inactivos. Comenzaron en Norfolk la construcción de nuevos buques metálicos y la reparación de viejos barcos. Pero, ya antes de que hubiesen acabado su obra, Norfolk cayó en manos de las tropas de la Unión y todas estas naves fueron

destruidas. Los confederados construían además tres buques blindados de acero, de tonelaje medio, en Nueva Orleáns; el tercer buque acorazado, de enorme tonelaje y superiormente armado, estaba a punto de terminarse cuando Nueva Orleáns fue tomada. De creer a los oficiales de la marina de la Unión, si este último hubiese sido terminado y metido en la guerra, habría puesto en el mayor peligro a toda la marina de la Unión, pues el gobierno de Washington no contaba con nada parecido para oponer a este monstruo. Su coste de construcción ascendió a dos millones de dólares. Como se sabe, los propios rebeldes destruyeron dicho buque.

En Menfis, los confederados no habían construido menos de ocho buques blindados, dotado cada uno de ellos de cuatro a seis cañones de gran calibre. Fue también en Menfis, en el río Mississipi, donde se desarrolló el 6 de junio la primera "batalla de los acorazados". Aunque la flotilla de la Unión, que descendía por el Mississipi, sólo contaba con cinco cañoneras blindadas, fueron, sin embargo, los dos blindados del coronel Ellet Widder —el *Queen* y el *Monarch*— los que decidieron el desenlace del combate. De los ocho barcos blindados enemigos, cuatro fueron destruidos, tres capturados y sólo uno logró darse a la fuga. Después de que las cañoneras de la flotilla de la Unión abriesen un violento fuego sobre las naves rebeldes, sin darles respiro, el *Queen* y el *Monarch* se introdujeron hasta el centro de la formación enemiga. El fuego de las cañoneras se interrumpió inmediatamente, dado que los barcos blindados del coronel Ellet Widder formaban con el adversario tal madeja, que la artillería ya no podía distinguir al amigo del enemigo.

Como hemos indicado líneas atrás, las naves construidas por Ellet Widder no disponían de ca-

ñones, sino de un gran número de tiradores de élite. Estos barcos de vapor habían sido protegidos, simplemente, por medio de un ensamblaje de hierro y madera. Poderosas máquinas de vapor y una proa armada de un afilado espolón de roble y hierro constituían todo el equipo de estos blindados. Hombres, mujeres y niños acudieron por miles de Menfis para seguir con ansiedad, desde lo alto de las abruptas márgenes del Mississipi, la "batalla de los blindados"; a veces, la muchedumbre estaba a menos de media legua inglesa del teatro de guerra. La batalla duró apenas una hora. Mientras los rebeldes perdían siete naves y cien hombres, cuarenta de ellos ahogados, solamente una nave de la Unión resultó seriamente dañada; no hubo más que un herido y ningún muerto en el bando nordista.

Aparte de la nave blindada que consiguió escaparse de la batalla naval de Menfis, los confederados apenas poseen otra cosa que un par de buques acorazados o blindados, en Mobile. Fuera de esto y de algunas cañoneras en Vicksburg, que amenazan a un tiempo a todo el que remonte el río más allá de Farragut y a quien lo descienda más acá de Davis, su flota ha dejado ya de arrastrar su bendita existencia.



**Federico Engels, Carlos Marx**

# CRITICA DE LOS ASUNTOS AMERICANOS

*Die Presse*
9 de agosto de 1862
*Londres, 4 de agosto de 1862*

La crisis que se enseñorea actualmente de la situación en los Estados Unidos obedece a una doble causa militar y política.

Si la última campaña hubiese sido ejecutada con arreglo a un plan estratégico *único*, el grueso del ejército nordista tendría que haber explotado los éxitos alcanzados en Kentucky y Tennessee —como hemos explicado en estas columnas hace ya algún tiempo— para penetrar por el norte de Alabama en Georgia, a fin de apoderarse de los nudos ferroviarios de Decatur, Milledgville, etc. Así, la comunicación entre los ejércitos secesionistas del Este y del Oeste se habría cortado, de suerte que les hubiese sido imposible apoyarse mutuamente. En lugar de esto, el ejército de Kentucky descendió a lo largo del Mississipi hacia el Sur, en dirección a Nueva Orleáns, y su victoria de Menfis tuvo como único resultado que Beauregard expidiese la mayoría de las tropas confederadas hacia Richmond de forma que se encontrasen súbitamente frente a McClellan, que no había explotado la derrota del adversario en Yorktown y Williamsburg y que, además, había dispersado sus fuerzas cuando disponía de un ejército superior en una posición superior. Como en otro lugar hemos explicado, la forma

en que McClellan ejerce el mando hubiese bastado por sí sola para arruinar al ejército más fuerte y disciplinado. En fin, el ministro de la Guerra, Stanton, cometió un error imperdonable. Para impresionar al extranjero, suspendió el reclutamiento después de la conquista de Tennessee, condenando al ejército a debilitarse progresivamente en el instante preciso en que más necesidad tenía de refuerzos de cara a una ofensiva rápida y decisiva. A despecho de los yerros estratégicos y de mando de McClellan, la guerra habría caminado rápidamente hacia un desenlace victorioso allí donde su curso aún no estaba decidido, si el ejército se hubiese beneficiado de una constante afluencia de reclutas. La medida tomada por Stanton era tanto más nefasta, cuanto que el Sur estaba justamente en vías de enrolar a todos los varones de dieciocho a treinta y cinco años, es decir, se lo jugaba todo a *esta* carta. Ahora bien, éstos son hoy soldados entrenados, que aseguran a los confederados en casi todas partes la ventaja y la iniciativa. Han conseguido inmovilizar a Halleck, desalojar a Curtis de Arkansas, batir a McClellan y, con Stonewall Jackson, han dado la señal a las incursiones de la guerrilla, que ahora ya llegan hasta el Ohio.

*Las causas militares de la crisis están en gran parte ligadas a causas políticas.* Es la influencia del Partido Demócrata, que ha elevado a un incapaz como McClellan al puesto de comandante en jefe de todas las fuerzas armadas del Norte, porque aquél era un viejo partidario de Breckinridge. Es el afán inquieto de tratar con miramientos los deseos, privilegios e intereses de los portavoces de los *Estados fronterizos esclavistas* lo que ha embotado el filo de hostilidad de los principios de la guerra civil y lo que ha privado a ésta, por así decirlo, de su alma. Los "leales" propietarios de esclavos de esos Estados fronterizos hicieron que

se mantuviesen las leyes sobre los esclavos fugitivos, promulgadas por el Sur, que las simpatías de los negros hacía el Norte fuesen reprimidas por la fuerza, que ningún general osara poner en pie una compañía de negros y meterla en campaña y que, en fin, la esclavitud, ese talón de Aquiles del Sur, se convirtiese en una piel dura como el cuerno e invulnerable a los golpes. ¡Gracias a los esclavos, que realizan todo el trabajo productivo, el Sur puede poner en pie de guerra a todos los hombres capaces de sostener un fusil!

En el momento en que las acciones de la secesión suben, los portavoces de los Estados fronterizos acrecientan sus pretensiones. Sin embargo, como indica el llamamiento de Lincoln,[1] que les amenaza con una marea alta abolicionista, la situación puede tomar un giro revolucionario. Lincoln sabe lo que Europa ignora; no es en absoluto la apatía ni el alejamiento bajo el peso de la derrota lo que hizo que su demanda de trescientos mil nuevos reclutas no encontrase sino un débil eco. Nueva Inglaterra y el Noroeste, que proporcionan el grueso del ejército, están decididos a imponer al gobierno una estrategia revolucionaria y a inscribir sobre la bandera estrellada la divisa de la "abolición de la esclavitud". Lincoln no hace más que retroceder y buscar efugios medrosamente, ante esta presión que les es exterior; pero sabe muy bien que no podrá resistirla por mucho tiempo. Esto es lo que explica su llamada suplicando a los Estados fronterizos que renuncien voluntariamente a la institución de la esclavitud en condiciones favorables fijadas por contrato. Sabe que únicamente

[1] Lincoln propuso el 12 de julio de 1862 a los representantes de los Estados fronterizos del Congreso americano liberar progresivamente los esclavos negros, mediante indemnización a los propietarios, a fin de terminar antes la guerra.

porque la esclavitud subsiste en los Estados fronterizos permanece intacta también en el Sur e impide al Norte utilizar su remedio más eficaz y radical. Lincoln se engaña si imagina que los "leales" propietarios de esclavos pueden conmoverse con discursos sentimentales o llamamientos a la razón. Sólo cederán ante la fuerza.

Hasta aquí no hemos asistido sino al primer acto de la guerra civil: la conducción *constitucional* de la guerra. El segundo acto, revolucionario, es inminente.

Entre tanto, el Congreso ha aprobado, durante su primera sesión, una serie de importantes medidas que queremos resumir aquí brevemente.

Abstracción hecha de una legislación financiera, ha votado el *homestead bill,* que las masas populares del Norte esperaban en vano hace mucho tiempo;[2] ha previsto que una parte de las tierras

[2] La ley de heredades o patrimonial (*homestead bill*) adoptada por el Congreso de los Estados Unidos el 20 de mayo de 1862 era una reivindicació nsentida por los pioneros del Oeste y todo el pueblo americano, por lo que se venía luchando sin cesar en contra de los grandes esclavistas del Sur que ansiaban para sí toda la tierra. Fue una de las medidas más acertadas del gobierno de Lincoln. Se prevé en ella que gran parte de las tierras de dominio público sean colonizadas con arreglo a las normas de esta ley que establece que todo ciudadano de los Estados Unidos o cualquiera que desee serlo puede conseguir 160 acres de tierra (65 hectáreas) prácticamente gratis, pues sólo se pagan los derechos insignificantes, pasando a gozar de plena propiedad siempre que la trabaje durante cinco años seguidos. Esta medida contribuye a dar un carácter revolucionario a la guerra civil, asegurando la colonización de las tierras nuevas para la agricultura. Pero también fueron favorecidos los intereses industriales, pues se concedieron paralelamente enormes extensiones a las compañías ferroviarias que tendieran vías a lo ancho del país. Estas dos medidas entraban en colisión en muchos puntos, atropellando los poderosos intereses de los financieros a los intereses adquiridos de multitud de colonos libres establecidos; estas luchas han dado baseargu-

del Estado se entregue gratuitamente, a fin de que sea cultivada por colonos de origen americano o emigrados. Ha abolido la esclavitud en Columbia y en la capital nacional, indemnizando a los antiguos propietarios de esclavos.[3] en todos los *territorios* de los Estados Unidos la esclavitud ha sido declarada "imposible para siempre".[4] El Acta mediante la cual es acogido en la Unión el nuevo Estado de Virginia occidental prescribe la abolición progresiva de la esclavitud y proclama que todos los niños nacidos de negros después del 4 de julio de 1863 serán niños libres. Las condiciones para la emancipación gradual se han tomado, en general, de una ley promulgada a este efecto en Pensilvania hacía setenta años.[5] Una cuarta ley emancipa a todos los esclavos rebeldes, tan pronto como cai-

mental a numerosos filmes del oeste americano. De ese modo se beneficiaron enormemente la Unión Pacific y la Central Pacific, compañías que construían la primera línea intercontinental partiendo desde ambos mares y que llegaron a operar la unión de vías en Ogden (Utha) el mes de mayo de 1869, con lo cual los mares Atlántico y Pacífico quedaban unidos.

[3] Washington formaba parte del distrito de Columbia y la abolición de la esclavitud en la capital americana había ya sido una de las principales reivindicaciones de los elementos antiesclavistas de la guerra de Independencia de 1775-1783. La ley del 6 de abril de 1862, por medio de compensación económica. libera a unos 3.000 esclavos. El gobierno invierte 300 dólares por cada esclavo emancipado, lo que representa más o menos la suma de un millón de dólares.

[4] En junio de 1862 Lincoln declara "que no habrá más esclavitud ni servidumbre involuntaria en cualquier territorio de los Estados Unidos existente actualmente o que se constituya en el porvenir..."

[5] En 1700 fue votada en Pennsylvania una ley para emancipar gradualmente los esclavos. Preveía que ningún niño nacido en un Estado esclavista podía convertirse en esclavo. Los niños esclavos podían, sin embargo, "servir hasta la edad de 21 años, no pudiendo después exigir de ellos este "servicio".

gan en manos del ejército republicano. Otra ley, aplicada hoy *por primera vez*, prevé que estos negros emancipados serán organizados militarmente y podrán ser puestos en campaña contra el Sur. Se reconoce la independencia de las repúblicas negras de Liberia y de Haití;[6] en fin, acaba de concluirse con Inglaterra un tratado para la abolición del comercio de esclavos.

Así, caigan como caigan los dados de la fortuna de las armas, se puede asegurar desde ahora que la esclavitud de los negros no sobrevivirá mucho tiempo a la guerra civil.

[6] Liberia fue fundada en 1847 por la Sociedad Americana de Colonización, a fin de poder hacer emigrar hacia este país los negros libres de Estados Unidos (¡en el momento en que el gobierno americano hacía grandes esfuerzos para acoger en América los blancos europeos!). En 1803, los negros de Haití (con Toussaint l'Ouverture a la cabeza) derrotaron al ejército francés. La revuelta, que se mantenía desde 1791, se corona con la independencia en 1804. La República fue instaurada en 1856. Los Estados Unidos (tras algunas otras potencias) establecieron relaciones diplomáticas con las repúblicas negras de estos países en junio de 1862. Este gesto tenía por objetivo, entre otros, facilitar la expedición de negros americanos hacia estos países. Los representantes del ala revolucionaria de los abolicionistas protestaron enérgicamente contra la creación en el exterior de los Estados Unidos de colonias para los negros libres, en el programa de Lincoln.

**Federico Engels, Carlos Marx**

# LOS ACONTECIMIENTOS DE AMERICA DEL NORTE

*Die Presse*
12 de octubre de 1862
*Londres, 7 de octubre de 1862*

La breve incursión de los sureños a Maryland[1] ha decidido la suerte de la guerra civil en América, incluso aunque la fortuna de las armas siga balanceándose durante un periodo más o menos largo entre ambos beligerantes. Como ya hemos expuesto en estas columnas, la lucha por la posesión de los Estados fronterizos esclavistas es también la lucha por el dominio sobre la Unión. Ahora bien, la Confederación del Sur ha sido vencida en esta lucha, que ella ha entablado en las más favorables condiciones posibles.

Se ha considerado a Maryland con razón como la cabeza y a Kentucky como como los brazos del partido esclavista en los Estados fronterizos. Si la capital de Maryland —Baltimore— ha permanecido "leal" hasta ahora, ha sido gracias al estado de sitio. Es un dogma —no sólo en el Sur, sino también en el Norte— que la aparición de los confederados en Maryland daría la señal para un levantamiento popular en masa contra los "satélites de Lincoln". No se trataba, pues, únicamente, de obtener un éxito militar, sino de hacer una demos-

[1] La campaña de Maryland comienza el 4 de septiembre de 1862 y se acaba el 17, con la derrota de los sudistas en el río Atietam.

tración moral que debía electrizar a los elementos sureños de todos los Estados fronterizos y atraerlos con una fuerza irresistible al torbellino sudista. La ocupación de Maryland significaba la caída de Washington, una amenaza para Filadelfia y la inseguridad para Nueva York.

La invasión simultánea de Kentucky [2] —el más importante de los Estados fronterizos por su población, su situación geográfica y sus recursos económicos— aparecía como un simple acto de diversión, considerado aisladamente. En conjunción con con un éxito decisivo en Maryland, debía conducir al estrangulamiento del partido unionista en Tennessee, al desbordamiento del Estado de Misuri, a la dominación sobre Arkansas y Texas, a una amenaza para Nueva Orleáns y, sobre todo, a trasladar la guerra a Ohio —el Estado nordista central cuya posesión asegura el dominio del Norte, como la posesión de Georgia asegura la del Sur—. Un ejército confederado en Ohio hubiese aislado a los Estados nordistas del Oeste de los del Este y permitido atacarles por turno a partir de un mismo centro. Después de fracasado el ataque del grueso del ejército rebelde en Maryland, la invasión de Kentucky, efectuada sin la energía precisa y privada del apoyo popular que se descontaba, se reduce a una operación insignificante de guerrillas. Incluso la toma de Luisville no hará otra cosa que congregar a los "gigantes del Oeste" [3] —los voluntarios de Iowa, Illinois, Indiana y Ohio— en un alud semejante al que se precipitó sobre el Sur

[2] Las tropas confederadas que habían invadido Kentucky el 17 de septiembre de 1862 fueron derrotadas el 8 de octubre cerca de Perryville.

[3] Los granjeros de los Estados occidentales de los Estados Unidos se calificaban a sí mismos en el siglo XIX de "gigantes del Oeste". Jugaron un papel decisivo en la lucha contra el esclavismo en el curso de la guerra de Secesión.

durante la primera y gloriosa campaña de Kentucky.

Así, la invasión de Maryland ha demostrado que las oleadas asaltantes de la secesión no tenían fuerza suficiente para rebasar el Potomac y alcanzar Ohio. El Sur ha sido puesto a la defensiva; *ahora bien, sólo puede triunfar si ataca.* Privado de los Estados fronterizos, arrinconado entre el Mississipi al Oeste y el Océano Atlántico al Este, nada ha conquistado, excepto su tumba.

No hay que olvidar ni un instante que los sureños poseían los Estados fronterizos y los dominaban políticamente en el momento de izar la bandera de la rebelión. Pues bien, han perdido tanto los territorios como los Estados fronterizos.

Y, no obstante, la invasión de Maryland se había emprendido bajo los auspicios más favorables para el Sur: una serie de derrotas lamentables de los nordistas, la desmoralización de los ejércitos federados, el prestigio del héroe del día, Stonewall Jackson, la política pueril de Lincoln y de su gobierno, el reciente reforzamiento del Partido Demócrata y la perspectiva de una presidencia "Jefferson Davis", el reconocimiento del gobierno esclavista por Francia e Inglaterra, ¡todas dispuestas a proclamar la legitimidad interior del Estado del Sur! *Eppur si muove.*[4] La razón triunfa, pese a todo, en la historia universal.

La proclama de Lincoln[5] es aún más importante

[4] Y, sin embargo, se mueve. Fórmula de Galileo, forzado a hacer público acto de contricción por haber afirmado que la Tierra no permanecía fija, como pretendían las Escrituras.

[5] El 22 de septiembre de 1862 Lincoln proclama que los negros en esclavitud en los Estados rebeldes de la Unión serían emancipados a partir del primero de enero de 1863. Al mismo tiempo, todos los negros tendrían derecho formal, si no real, de servir en la flota y el ejército. Sin embargo, Lincoln se guarda de distribuir las

que la campaña de Maryland. La figura de Lincoln resulta original en los anales de la historia. Ninguna iniciativa, ninguna fuerza idealista de persuasión, ninguna actitud ni pose históricas. Lincoln comunica siempre a sus actos más importantes la forma más anodina. Si cualquier otro, cuando se bate por una pulgada de tierra, proclama que "lucha por una idea", Lincoln, que se bate por una idea, habla de ella como de "una pulgada de tierra".

Con vacilaciones y reticencias, canta, de grado o por fuerza, el aria de lucimiento en el papel que le ha tocado como si pidiese perdón por verse obligado por las circunstancias a "hacer de tigre". Los más formidables e históricos decretos lanzados al rostro del adversario parecen, y se esfuerzan por parecer, los cargos de rutina que el abogado opone al tribunal, pleitos judiciales, querellas mezquinas y debidamente motivadas por tal artículo del código. Todo esto caracteriza exactamente su último mensaje, que es el documento más importante de toda la historia americana desde la fundación de la Unión, puesto que hace añicos la vieja Constitución americana: su manifiesto sobre la abolición de la esclavitud.

Nada más fácil que señalar, en los actos de Estado de Lincoln, rasgos inestéticos, insuficiencias lógicas, lados burlescos y contradicciones políticas: los píndaros ingleses de la esclavitud, tales como el *Times*, la *Saturday Review* y *tutti quanti*, no se

tierras de los esclavistas entre los antiguos esclavos. Por tanto, la vergonzosa explotación de los negros no podía cesar en tanto que los sudistas continuasen poseyendo los grandes dominios y plantaciones en propiedad absoluta. En su carta a Marx de 15 de julio de 1865, Engels esperaba aún que el Norte terminaría por conceder a los esclavos negros el derecho a convertirse en pequeños colonos libres como en Jamaica. Pero es evidente que el respeto burgués de la propiedad se detiene ante los grandes dominios y plantaciones del Sur.

hacen de rogar para mostrarlos en sus alfileres. Y pese a todo, Lincoln ocupará un puesto inmediatamente al lado de Washington en la historia de los Estados Unidos y de la humanidad. Hoy, en efecto, cuando el acontecimiento más insignificante asume en Europa un aire melodramático, ¿no es significativo que en el Nuevo Mundo los hechos importantes se arropen con los velos de lo cotidiano?

Lincoln no es el producto de la revolución popular: el juego trivial del sufragio universal, que desconoce por completo las grandes tareas históricas a resolver, lo ha aupado hasta la cumbre a él, el plebeyo que ha hecho un buen camino, de picapedrero que era a senador de Illinois en que se ha convertido; a él, que está desprovisto de brillo intelectual, que carece de grandeza notable de carácter y que no tiene ningún valor excepcional, ya que es un hombre medio de buena voluntad. La mayor victoria que el Nuevo Mundo haya jamás conseguido es la de haber demostrado que, dado el nivel avanzado de su organización política y social, es posible que gente corriente, animada de buena voluntad, realice las tareas para las que el Viejo Mundo tiene necesidad de héroes.[6]

[6] Marx expresa aquí la confianza que había adquirido, tras sus estudios económicos, en las posibilidades de éxito de los Estados nordistas. El papel de los grandes hombres decrece a medida que maduran las condiciones económicas de una sociedad. En los Estados Unidos, las condiciones materiales de la revolución burguesa estaban tan avanzadas que no necesitaban un Napoleón I, que en virtud de la relativa inmadurez de las condiciones económicas de su época había actuado sobre todo contra las fuerzas precapitalistas, utilizando las superestructuras del Estado, la policía, el ejército, etc. En los Estados Unidos, como Marx ha señalado, el desarrollo del modo de producción capitalista aseguraba ya en gran parte la ruina del sistema esclavista: la utilización sagaz y enérgica de las superestructuras de fuerza no era ya el único gran medio

Hegel ha señalado en su tiempo que en realidad la comedia está por encima de la tragedia, como el humor o la ironía de la razón están por encima de su *pathos*. Si Lincoln no posee el don de lo patético en la acción histórica, posee, en tanto que personaje popular medio, su humor. ¿En qué momento promulga Lincoln su manifiesto sobre la abolición de la esclavitud a partir del 1o. de enero de 1863 en los territorios de la Confederación? En el momento mismo en que la Confederación decide en el Congreso de Richmond negociar la paz a título de Estado independiente, en el momento mismo en que los esclavistas de los Estados fronterizos creen que la invasión de los sudistas en Kentucky les asegura tanto su "Institución particular" como la dominación sobre su conciudadano de Washington, el presidente Abraham Lincoln.

de lucha. Como quiera que fuere, el compromiso final fue resultado, en gran medida, de la ausencia de radicalismo en el dominio político. Por lo demás, toda revolución burguesa es —según la propia fórmula de Marx— una revolución parcial y se contenta con medidas a medias. Pese a que tenía confianza en el éxito de la revolución americana, Marx no ignoraba su carácter limitado. Cf. *Marx a Engels*, carta del 23.4.1866.

**Federico Engels, Carlos Marx**

# LA SITUACION EN AMERICA DEL NORTE

10 de noviembre de 1862
*Londres, 4 de noviembre de 1862*

En general Bragg, comandante del ejército sudista en Kentucky —las demás fuerzas armadas del Sur que allí hacen estragos no son más que grupos de guerrilla— lanzó, en el momento de invadir este Estado fronterizo, una proclama que arroja viva luz sobre el fracaso de las últimas operaciones llevadas por la Confederación. Dirigiéndose a los Estados del Noroeste, Bragg anuncia su victoria en Kentucky como algo evidente y especula de manera manifiesta acerca de la eventualidad de un avance victorioso en Ohio, el Estado central del Norte. En primer lugar, declara que la Confederación está dispuesta a garantizar la libertad de navegación por el Mississipi y el Ohio. Esta garantía sólo tiene sentido si los esclavistas entran en posesión de los Estados fronterizos. Así, se supone en Richmond que las incursiones simultáneas de Lee en Maryland y de Bragg en Kentucky les asegurarán de un solo golpe la posesión de los Estados fronterizos.

Bragg se cree en seguida en la obligación de justificar al Sur, que no lucharía sino por su independencia, pero que, por lo demás, desearía la paz. En realidad, el extremo más significativo de su proclama es el ofrecimiento de una paz sepa-

rada a los Estados del Noroeste, la invitación a abandonar la Unión y a unirse a la Confederación, por cuanto que los intereses económicos del Noroeste y del Sur son tan coincidentes, según él, como antagónicos serían los del Noroeste y el Nordeste. Se ve claro: apenas el Sur cree asegurada la posesión de los Estados fronterizos, cuando divulga muy oficialmente su intención de reconstruir la Unión excluyendo de ella a los Estados de Nueva Inglaterra.

Sin embargo, lo mismo que la invasión de Maryland, la de Kentucky ha fracasado ya: la primera con la batalla de Antietam Creek y la segunda con la de Perryville, cerca de Luisville. Como allá, los confederados se encontraban aquí en posición ofensiva, después de haber atacado las vanguardias del ejército de Buell. La victoria de los federalistas se debe al comandante de las vanguardias, general McCook, que resistió a fuerzas enemigas muy ampliamente superiores hasta dar tiempo a Buell para meter en combate al grueso de las tropas. No cabe la menor duda de que la derrota de Perryville acarreará la evacuación de Kentucky. El destacamento de guerrillas más importante, formado por los más fanáticos partidarios del sistema esclavista de Kentucky y mandado por el general Morgan, era aniquilado en aquellos mismos momentos cerca de Frankfort (entre Luisville y Lexington). Está, en fin, la victoria decisiva de Rosecrans en Corinth, que obliga al derrotado ejército de invasión del general Bragg a un repliegue precipitado.

Esto significa, pues, el fracaso completo de la campaña de los confederados encaminada a reconquistar los Estados fronterizos esclavistas perdidos. Y, sin embargo, la operación se había efectuado en una vasta escala, con gran destreza militar y bajo los más favorables auspicios.

Abstracción hecha de sus resultados militares

inmediatos, estos combates contribuyen de una u otra forma a allanar el obstáculo principal. Los Estados esclavistas propiamente dichos se apoyan, por supuesto, en los elementos esclavistas que existen en los Estados fronterizos, es decir, en esos mismos elementos que imponen al gobierno de la Unión consideraciones diplomáticas y constitucionales en su lucha contra la esclavitud. En los Estados fronterizos —principal teatro de operaciones de la guerra civil—, estos elementos se hallan prácticamente reducidos a la nada por la propia guerra civil. Un amplio sector de los dueños de esclavos emigra constantemente con su *black chattel* (ganado negro) hacia el Sur, a fin de colocar allí su propiedad a buen recaudo. A cada derrota de los confederados, la emigración se reanuda a escala más amplia.

Uno de mis amigos,[1] un oficial alemán que, bajo la bandera estrellada, ha luchado alternativamente del Misuri al Arkansas y de Kentucky a Tennessee, me escribe diciendo que esta emigración evoca enteramente el éxodo de Irlanda en el curso de los años 1847 y 1848. Los que se quedan, el sector activo y enérgico de los esclavistas —la juventud, de una parte; los jefes políticos y militares, de otra— se separan ellos mismos del grueso de su clase, bien sea para constituir destacamentos guerrilleros en sus propios Estados, donde son aniquilados pura y simplemente, bien para abandonar su patria y verse encuadrados en el ejército o la administración de la Confederación. De donde resulta, por un lado, una enorme disminución del elemento esclavista en los Estados fronterizos, donde aquél libraba la lucha contra los *"encroachments"*

[1] Joseph Weydemeyer, miembro de la Liga de los Comunistas, animados con Marx y Engels de la revolución de 1848-1849 en Alemania, coronel del ejército del Norte en América y propagador del marxismo en los Estados Unidos.

(usurpaciones) del trabajo libre, su rival; por otro lado, la eliminación de la fracción activa del esclavismo y de su séquito blanco. Ya no subsiste más que una reserva de esclavistas "moderados", que al punto se asieron ávidamente a la pila de oro ofrecida por Washington para el rescate de su *black chattel*, cuyo valor desciende, de todas formas, con el cierre del mercado de compradores del Sur. *Así, la propia guerra está dando la solución, al revolucionar prácticamente la forma de producción social en los Estados fronterizos.*

Para el Sur, la estación más favorable a la conducción de la guerra ha pasado. Para el Norte, comienza después de que las corrientes de agua del país se vuelven navegables y puede combinar las operaciones militares en tierra y agua, cosa que está haciendo hasta aquí con mucho éxito. El Norte, entre tanto, ha trabajado febrilmente. Están en vías de terminación los "buques acorazados" destinados en número de diez a los cursos de agua del Oeste; a ellos hay que agregar una veintena de naves semiacorazadas para aguas quietas. En el Este, numerosos buques acorazados han abandonado ya los arsenales mientras otros siguen en construcción. Todos estarán listos para el 1o. de enero de 1863. Ericsson, el diseñador y constructor del *Monitor*, dirige la construcción de otros nueve buques del mismo tipo. Cuatro de ellos se encuentran ya "a flote".

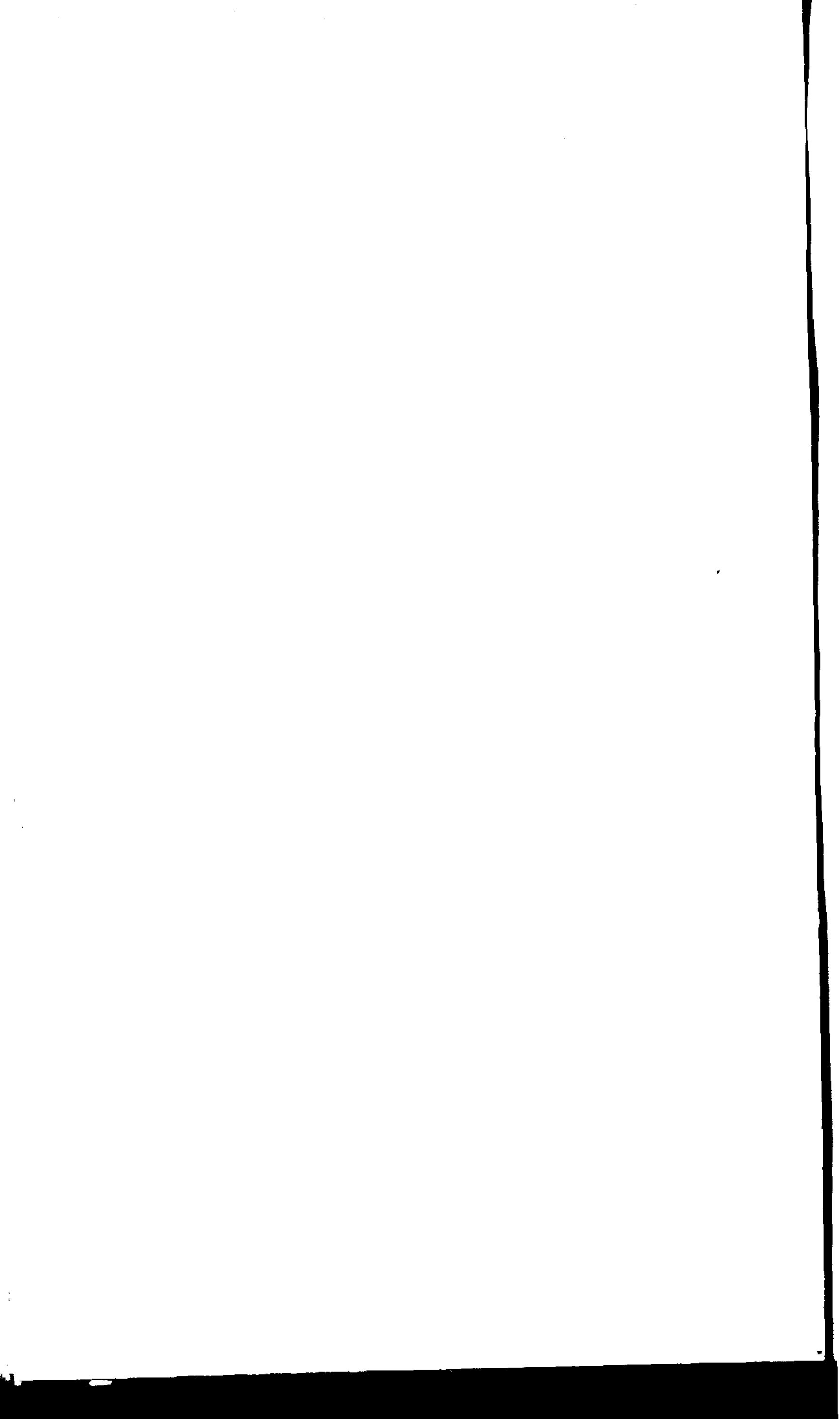
En el Potomac, en Tennessee y Virginia, lo mismo que en diversos puntos del Sur —Norfolk, New Bern, Port Royal, Pensacola y Nueva Orleáns—, el ejército recibe todos los días nuevos refuerzos. La primera quinta de trescientos mil hombres de tropa, anunciada por Lincoln en julio, está enteramente alistada y una parte de ella se encuentra ya en el teatro de guerra. La segunda leva, de trescientos mil hombres por nueve meses, se halla

en vías de encuadramiento. En ciertos Estados se ha sustituido el alistamiento obligatorio por la recluta voluntaria, pero en ninguna parte tropieza con dificultades serias. La ignorancia y el odio han denigrado el sistema de alistamiento, presentándolo como un hecho inaudito en la historia de los Estados Unidos. Pues bien, nada es más falso. Durante la guerra de Independencia y la segunda guerra contra Inglaterra (1812-1814), fueron reclutados grandes contingentes por el sistema de alistamiento; tal fue el caso también en distintas guerras menores contra los indios: este sistema jamás tropezó con una oposición digna de mención.

Un hecho notable es que en el curso de este año Europa ha proporcionado a los Estados Unidos un contingente de emigrantes de cerca de cien mil almas, la mitad de las cuales procede de Irlanda y Gran Bretaña. En el reciente Congreso de la "Association for Advancement of Science", en Cambridge, el economista Merivale hubo de recordar a sus compatriotas un hecho que el *Times*, la *Saturday Review*, el *Morning Post* y el *Morning Herald*, sin hablar ya de los *dii minorum gentium*,* han olvidado por completo —o que Inglaterra quiere que se olvide—, a saber: que la mayor parte del excedente de la población inglesa encuentra una nueva patria en los Estados Unidos.

* Dioses de pueblos menores.

Este libro se terminó de imprimir el día 1o. de diciembre de 1973 en los talleres de Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F. Se imprimieron 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición. Fecha de edición: 15 de diciembre de 1973.



# COLECCION



## VOLUMENES APARECIDOS

PRIMERA SERIE

1 MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA. CRITICA DEL PROGRAMA DE GOTHA *Carlos Marx / Federico Engels.*

2 LA GUERRA Y LA REVOLUCION.—*V. I. Lenin.*

3 EL PROCESO DE ACUMULACION DEL CAPITAL.—*Carlos Marx.*

4 REVOLUCION Y CONTRARREVOLUCION EN CHINA.—*M. N. Roy.*

5 LA IDEOLOGIA DEL PEQUEÑO BURGUES.—*Jorge Plejánov.*

6 MARXISMO Y HUMANISMO.— *T. Oizerman / V. [illegible] y otros.*

[illegible]

[illegible] y de- [illegible]).— *Federico Engels.*

9 LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA. *Rosa Luxemburgo.*

10 LA VIA ITALIANA AL SOCIALISMO.— *Palmiro Togliatti.*

11 EL ESTILO DEL TRABAJO EN EL PARTIDO. *Mao Tse-tung*

12 UNA CARICATURA DEL MARXISMO.— *V. I. Lenin.*

# 32

# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Carlos Marx/F. Engels



# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS






México, D. F., 1973



Carlos Marx/F. Engels

# LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Traducción del francés de
Paulino García Moya


Plan de Ayala, 4, México 17, D. F.

Primera edición




IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

# INDICE

# NOTA EDITORIAL

*Con "Fase política" y "Victoria y compromiso" se completa esta hermosa obra de Marx y Engels sobre la guerra civil en los Estados Unidos de Norteamérica, presentada en sus dos primeros capítulos en el número 31 de Colección "R". Bastarían las dos cartas de la Asociación Internacional de Trabajadores dirigidas, la primera al presidente Lincoln y la segunda al presidente Johnson, para que el calificativo "hermosa" estuviera plenamente justificado. Mas no se trata solamente, en este libro, de un limpio y generoso espíritu de solidaridad internacional de los trabajadores con el movimiento y la lucha contra la esclavitud, sino de un claro y penetrante estudio crítico del contenido fundamental de la revolución norteamericana.*

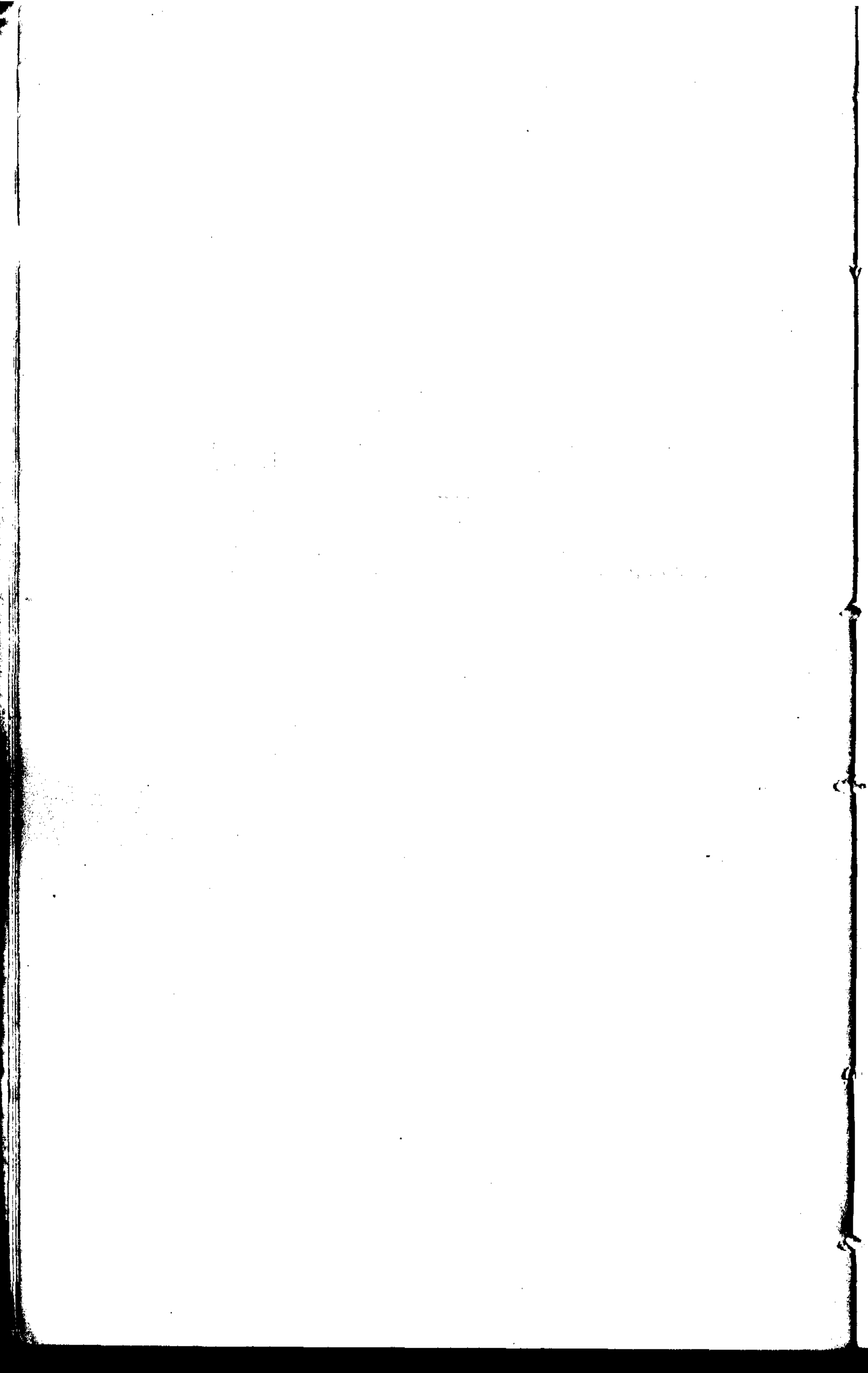
*La guerra civil norteamericana de 1861 a 1865 significó el enfrentamiento del Norte industrializado, con un modo de producción sustancialmente capitalista y, por tanto, donde el trabajo asalariado gozaba y a la vez sufría de la libre compra-venta de la fuerza de trabajo, y el Sur esclavista, en donde el negro era estimado como una simple mercancía. De aquí que la lucha contra el esclavismo significara objetivamente una inmensa empresa a favor del desarrollo de la sociedad. Si el Norte contaba con la simpatía y el apoyo de los sectores avanzados de la sociedad europea, el Sur, por su parte, se beneficiaba del apoyo de las capas privilegiadas de Inglaterra e incluso de Francia y España. La primera parte de este volumen nos presenta, de la pluma de*

*Marx, y sin duda con la colaboración de Engels a través de su frecuente correspondencia, el esclarecimiento a que se sentía obligado, como una contribución a la lucha del Norte revolucionario, respecto al contenido político de la revolución, saliendo al paso no sólo de la interpretación clasista de la gran prensa inglesa, sino de las tergiversaciones y deformaciones que interesadamente esta prensa hacía de la lucha en el país americano.*

*La segunda parte de este volumen está marcada por el penetrante espíritu crítico de sus autores, que ya avizoraron el compromiso que se avecinaba, pues en sustancia tanto el bando sudista como los elementos reaccionarios del Norte tomaron conciencia de adónde podría conducir el llevar la lucha armada hasta sus últimas consecuencias. No obstante, es justo remarcar que en el bando victorioso hubo ejemplos de la consecuencia ideológica y política de algunos de sus dirigentes, que conmueven por su sinceridad revolucionaria y el estricto apego a los más nobles ideales de la revolución. Este libro presenta ejemplos de ello, a la vez que no falta el justo reconocimiento de la figura del gran Abraham Lincoln, mártir sin duda de su propia evolución política e ideológica a lo largo de la lucha y de su enfrentamiento personal y como dirigente máximo del Norte revolucionario a los que querían bastardear la esencia de la lucha. En el compromiso en que se resolvió al fin la guerra civil norteamericana encuentran su raíz tanto la fisonomía de muchos aspectos de las relaciones sociales norteamericanas que llegan incluso a nuestros días, como el papel político que los actuales Estados Unidos de Norteamérica juegan en la dinámica política y económica que caracteriza a las grandes luchas emancipadoras de nuestros días.*

EDICIONES ROCA

# III. FASE POLITICA: IMPERIALISMO INGLES Y DERROTISMO OBRERO

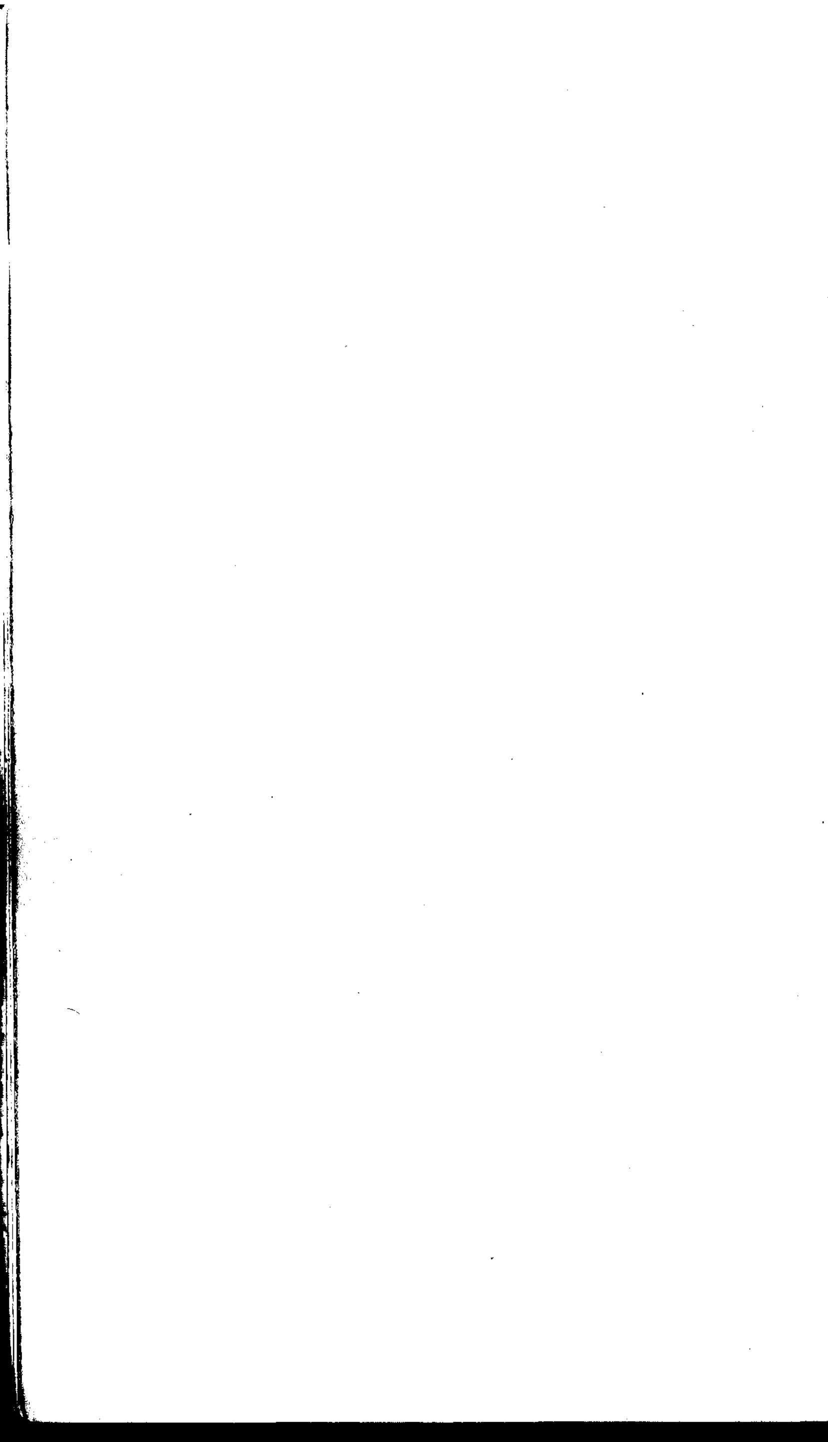


"¿No es John Bull un ser excepcional? Si hemos de creer al *Times,* lo que en otros sería infame, en él es virtud."

C. Marx, *N. Y. D. T.*, 8 de mayo de 1858.

..."desde el principio, la *expedición* de México no ha tenido el objetivo que se proclama, sino que *es un acto de guerra contra los Estados Unidos.*"

C. Marx, *N. Y. D. T.*, 25 de agosto de 1861.



## Carlos Marx

# LA INTERVENCION EN MEXICO *

*New York Daily Tribune,*
23 de noviembre de 1861
*Londres, 8 de noviembre de 1861*

La intervención en México, preparada por Inglaterra, Francia y España es, a mis ojos, una de las empresas más monstruosas que hayan conocido los anales de la historia universal.[1] Es una maquinación

* Esta parte es la menos conocida de la guerra civil americana de 1861-1865. Se trata de aquella en la que la acción de Marx y Engels es la más comprometida, y adquiere, por tanto, el mayor relieve. Como se ve, el temor de una guerra imperialista de Inglaterra contra la revolución americana no carecía de fundamento: desde 1793, es una constante de la política inglesa la de aliarse con las fuerzas más retrógradas para impedir las revoluciones modernas que pudieran suscitar rivales comerciales en otros países. Finalmente, en la medida de sus fuerzas, Inglaterra intervino efectivamente en América, instalándose en México y fortaleciéndose en Canadá, a fin de hallarse sobre el terreno para aprovechar toda ocasión para intervenir en la guerra civil.

[1] La intervención de los países europeos en México (1861-67) tenía por objeto derrocar el gobierno progresista de Juárez y de transformar la República de México en colonia europea. Por otro lado, servía también para preparar una base de invasión de los Estados Unidos para ayudar a los esclavistas del Sur. La iniciativa, el plan y los diversos preparativos para lograr la alianza de Inglaterra con Francia y España con vistas a esta aventura imperialista fue obra de Inglaterra y particularmente de la camarilla de Palmerston, como se explica en el texto. Dirigiéndose a la opinión pública y a un pueblo "soberano", el gobierno inglés debía usar de toda suerte de estratagemas para que sus turbios proyectos triunfasen. De aquí la hipocresía y las mentiras, los falsos pretextos y la legalización fraudulenta de un eventual *casus belli.* Sólo una fuerza fundamentalmente antiimperialista

de tipo puramente palmerstoriano, que asombra al no iniciado por lo absurdo del proyecto y la imbecilidad de los medios empleados, y porque parecen perfectamente en contradicción con la bien conocida astucia de este viejo intrigante.

Por otro lado, es probable que una campaña mexicana represente uno de esos innumerables expedientes que Luis Bonaparte se ve obligado a mantener en reserva en sus alforjas, para distraer al pueblo francés de sus preocupaciones. Seguramente España, a quien los recientes y fugaces éxitos conseguidos en Marruecos y Santo Domingo[2] se le han subido a la cabeza, que tan frágil tiene, sueña con una restauración en México. Pero lo cierto es que el plan francés se hallaba lejos de estar maduro y que Francia, igual que España, gruñen mucho ante una expedición común en México, bajo la dirección de Inglaterra.

El 24 de septiembre, el *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post* de Londres— es el primero en anunciar con todos sus detalles el plan de una intervención común, de acuerdo con los términos del tratado recientemente concluido entre Inglaterra, Francia y España. Apenas había atravesado la Mancha esta declaración, cuando el gobierno francés, por intermedio de la *Patrie* parisiense, afir-

como el marxismo es capaz de no dejarse desvariar por todas esas contraverdades o semiverdades. Efectivamente, una fuerza radical, por el mismo hecho de su indecisión y de sus concepciones menos claras, se dejaría desorientar por engañosas esperanzas de conciliación.

[2] En octubre de 1859, España entra en guerra con Marruecos con el pretexto de que algunas tribus habían invadido los alrededores de Melilla y Ceuta. Marruecos opone una resistencia encarnizada, pero finalmente fue derrotado. La paz se firmó el 26 de abril de 1860. En 1861, Santana, el jefe reaccionario de Santo Domingo, proclama que la República Dominicana formaba parte de las posesiones españolas. Los españoles fueron definitivamente expulsados de Santo Domingo en 1865.

ma que se trata de una mentira pura y simple.

El 27 de septiembre, el órgano nacional de Palmerston —el *Times* de Londres— rompió el silencio en un editorial, contradiciendo a la *Patrie*, sin nombrarla. El *Times* declara, incluso, que lord Russell había informado al gobierno francés de la decisión inglesa de intervenir en México y que M. Thouvenel había respondido que el emperador francés había llegado a una conclusión semejante. Un periódico madrileño semioficial, al mismo tiempo que confirmaba la intención de España de mezclarse en los asuntos mexicanos, rechazaba, sin embargo, la idea de una intervención común con Inglaterra. Pero todavía no estábamos al término de los desmentidos. El *Times* había anunciado categóricamente que "el presidente americano había declarado su pleno acuerdo con la expedición proyectada". Desde hace tiempo, todos los periódicos americanos que han citado el artículo del *Times* han refutado tal aserción.

Así, pues, lo cierto es —y el *Times* lo ha admitido expresamente— que la intervención común, en su forma actual, ha sido urdida por Inglaterra, o más exactamente, por Palmerston. La adhesión de España al plan se ha obtenido gracias a la presión francesa, y la de Francia se ha logrado por medio de concesiones en el campo de la política europea. Desde este punto de vista, existe coincidencia significativa con el hecho de que el *Times* del 6 de noviembre —precisamente en el número en el que anuncia la decisión de una intervención conjunta en México— publica un editorial donde trata con un desprecio y cinismo extraordinarios la protesta de Suiza contra la reciente incursión de fuerzas armadas francesas en su territorio, por el valle de Dappes. En trueque por su participación en una expedición en México, Luis Bonaparte ha conseguido



*carte blanche* para hacer valer supuestos derechos sobre territorio suizo y, sin duda, sobre otras regiones del continente europeo.[8] Los arreglos sobre estos puntos entre Inglaterra y Francia se han fraguado entre principios de septiembre y fines de octubre.

En Inglaterra, nadie desea una intervención en México, a no ser los acreedores del Estado mexicano, que, de todos modos, nunca han podido jactarse de la menor influencia en el sentir de la nación. De aquí la dificultad de hacer tragar a la opinión pública el plan de Palmerston. La mejor manera, después de todo, no consiste en desconcertar al elefante británico por medio de informaciones contradictorias, que, procedentes de la misma fuente, son de la misma agua, y no varían sino por la dosis administrada al animal.

El *Morning Post*, en su edición del 24 de septiembre, anuncia que no habrá "guerra territorial en México"; que el único punto litigioso eran las reivindicaciones financieras cerca del tesoro mexicano, que "es imposible tratar a México como un gobierno establecido y organizado" y que, en consecuencia, "los principales puertos mexicanos serían ocupados provisionalmente y sus entradas aduaneras confiscadas".

El *Times* del 27 de septiembre declara, por el contrario, que "una larga paciencia nos ha acostumbrado a la deshonestidad, al repudio del pago y al latrocinio legal e irremediable de nuestros compa-

[8] Después de la guerra de Italia de 1859, cuyo objeto, para el aliado francés, había consistido en obtener el condado de Niza y la Saboya, Napoleón III ambicionaba la Suiza romana, a fin de asegurarse posiciones estratégicas contra Alemania, que estaba en trance de lograr su unidad. El 28 de octubre de 1861, penetraron tropas francesas en el cantón de Vaud y ocuparon la población de Cressonières. En 1862, Suiza cedió a Francia el valle de Dappes a cambio de otra región fronteriza.

triotas a consecuencia de los fallos de un Estado en bancarrota", y que, en consecuencia, "el robo privado de los acreedores del Estado inglés" no es el motivo de la intervención, contrariamente a lo que piensa el *Morning Post*. No obstante, el *Times* señala *en passant* que "el clima de la capital de México es relativamente sano, para el caso en que fuera preciso hacer llegar una avanzadilla hasta allí". Pero desea, sin embargo, que "la simple presencia de una escuadra aliada en el golfo y la ocupación de algunos puertos basten para estimular los esfuerzos del gobierno mexicano para restablecer la paz y para convencer a los descontentos que deben sujetarse a formas más constitucionales que las del bandidaje".

En consecuencia, si —según el *Morning Post*— la expedición se ha tenido que emprender porque "no existía gobierno en México", esa intervención no se habría proyectado —según el *Times*— sino para animar y apoyar al gobierno mexicano *existente*. El medio más original para reforzar un gobierno consiste, seguramente, en conquistar su territorio y requisar sus fuentes financieras.

Después que el *Times* y el *Morning Post* hubieron dado así la nota, *John Bull* fue entregado a los oráculos ministeriales menores, quienes, durante cuatro meses, le trabajaron sistemáticamente el cuerpo en el mismo estilo contradictorio, hasta que la opinión pública, aunque expresamente mantenida en la ignorancia de los objetivos y designios de una intervención, estuvo, finalmente, suficientemente hecha a la idea de una intervención conjunta en México. Al final, las transacciones con Francia terminaron: el *Moniteur* anuncia que la convención entre las tres potencias interventoras se había firmado el 31 de octubre.

El *Journal des Débats* —uno de cuyos copropie-

tarios fue nombrado comandante de uno de los navíos de la escuadra francesa— informa al mundo que no se había pensado en conquista permanente de territorio; serían ocupados Veracruz y algunos otros puntos de la costa; que había acuerdo para un avance hacia la capital, en el caso de que las autoridades constituidas no aceptasen las reivindicaciones de los invasores, y que, en fin, se instauraría un gobierno fuerte en la República.

El *Times*, que tras su primer anuncio del 27 de septiembre, parecía haber olvidado hasta la existencia de México, debía de nuevo dar un paso adelante. Si se ignoran sus vínculos con Palmerston y el hecho de que ha sido el primero en publicar en sus columnas el plan de la expedición, se podría pensar que el editorial del *Times* de hoy es la sátira más mordaz y despiadada de toda la aventura mexicana. El artículo comienza por la afirmación de que "la expedición es muy notable" (más tarde sería "curiosa"). "Tres Estados se alían para forzar a un cuarto a comportarse bien, *no tanto por medio de una guerra como de una intervención autoritaria para restablecer el orden.*"

¡Intervención autoritaria para restablecer el orden! Tal es literalmente la jerga de la Santa Alianza.[4] ¡Ese lenguaje choca *curiosamente* por parte de Inglaterra que glorifica por principio la no intervención! ¿Y por qué "los métodos de la guerra, la declaración de guerra y todos los demás recursos

[4] La Santa Alianza se creó en 1815 en el Congreso de Viena, por inicativa del zar Aleajndro I. Bajo la tutela de Metternich, tenía por fin combatir la revolución en Europa y de mantener el *statu quo* contrarrevolucionario en todo el continente. La Santa Alianza emprendió algunas acciones represivas contra los movimientos revolucionarios en España (la invasión de los "Cien mil hijos de San Luis"), Italia, Alemania y Hungría. A medida que las fuerzas revolucionarias crecieron a lo largo de los años 1860, la Santa Alianza se fue disgregando.

de la ley internacional" se sustituyen por "una intervención autoritaria para restablecer el orden"? Porque, dice el *Times*, no "existe gobierno en México". Ahora bien, ¿cuál es el objetivo confesado de la expedición? "Plantear reivindicaciones a las autoridades constituidas de México."

Los únicos agravios de las potencias interventoras, las únicas razones que han dado a su hostilidad un barniz de justificación, son fáciles de enumerar. Se trata de las reclamaciones de dinero por parte de los acreedores y algunos ultrajes personales sufridos por ciudadanos ingleses, franceses y españoles, de lo que México se habría declarado responsable. Tales serían las razones de la intervención, mencionadas primeramente por el *Morning Post* y confirmadas oficialmente por lord John Russell hace algún tiempo en una entrevista celebrada con los representantes de los acreedores del Estado mexicano en Inglaterra. El *Times* de hoy escribe: "Inglaterra, Francia y España han preparado una expedición *para obligar a México a cumplir sus obligaciones particulares y asegurar la protección de los ciudadanos de los tres países.*"

Pero, en la continuación de su artículo, el *Times* da un viraje y exclama: "Indudablemente *obtendremos*, al menos, *un reconocimiento de nuestras reivindicaciones financieras*; de hecho, en *todo momento, hubiera bastado una sola fragata británica para que obtuviésemos satisfacción.* Por ello, esperemos que los peores excesos que se han cometido sean reparados rápida y completamente. *Está claro, en efecto, que si nosotros queremos solamente eso, es superfluo recurrir a las medidas extremas que se nos propone actualmente.*"

El *Times* confiesa seguidamente, en términos velados, que las razones confesadas al principio para justificar la expedición no eran sino vacuos pretex-

tos, que ninguna medida de las aplicadas en ese momento era necesaria para obtener reparación y que, de hecho, el "reconocimiento de las deudas financieras y la protección de los ciudadanos europeos" no tenían nada que ver con la presente intervención conjunta en México. ¿Cuáles son, pues, los verdaderos objetivos?

Antes de seguir al *Times* en sus explicaciones, queremos, de paso, destacar algunas "curiosidades" que se ha guardado bien de abordar. Primeramente, es en verdad "curioso" que sea España —precisamente España— la que emprenda una cruzada por las sacrosantas deudas extranjeras. El último *Courrier du Dimanche* invita al gobierno francés a aprovechar la ocasión para forzar a España al "cumplimiento sin cesar diferido de sus viejas obligaciones frente a los acreedores franceses".

Una segunda "curiosidad" más sorprendente aún es que Palmerston —quien, según la reciente declaración de lord John Russel, ha preparado el plan de invasión de México para forzar a su gobierno a pagar a los acreedores ingleses—, ese mismo Palmerston ha *renunciado*, voluntariamente y sin consultar al gobierno mexicano, a los derechos reconocidos a Inglaterra por el tratado de 1826, y especialmente a las garantías de crédito de México en favor de los acreedores ingleses.

En virtud del tratado celebrado en 1826 con Inglaterra, México se obligaba a no tolerar la instauración de la esclavitud sobre ninguna parte de su territorio actual. Otra cláusula de ese tratado preveía que Inglaterra obtenía una hipoteca sobre cuarenta y cinco millones de acres pertenecientes al Estado de Texas, para garantizar los préstamos acordados por los capitalistas británicos. Pero fue Palmerston quien, diez o doce años más tarde, intervino como mediador en favor de Texas contra Méxi-

co. En el tratado concluido por él con Texas, no renuncia solamente a la *cláusula antiesclavista*, sino también *a la hipoteca sobre los dominios del Estado*. Fue él, pues, quien despojó a los acreedores ingleses de su garantía.[5]

En aquel momento, el gobierno mexicano protesta; pero, entre tanto, el ministro John C. Calhoun podía permitirse esta broma: anunciar al gabinete de Saint James que su deseo "de abolir la esclavitud en Texas se lograría mejor por la anexión de Texas a los Estados Unidos". De hecho, los acreedores ingleses perdieron todo derecho sobre México, desde el momento en que Palmerston sacrificó voluntariamente la garantía hipotecaria prevista por el tratado de 1826.

Entre tanto, puesto que el *Times* reconoce que la presente intervención nada tiene que ver con las reclamaciones de dinero y las vejaciones sufridas por personas privadas, ¿cuál puede ser su objeto, tanto pretendido como real?

"¡Una intervención autoritaria para restablecer el orden!" Como Inglaterra, Francia y España proyectan una nueva Santa Alianza y forman un areópago militar para restablecer el orden en el mundo entero, es necesario —escribe el *Times*— que México sea "*salvado de la anarquía* y vuelva a tener un gobierno propio y la paz". Es necesario, pues, que los agresores "instauren un gobierno fuerte y durable"; más aún, ese gobierno debe ser constituido sobre la base de "un partido mexicano".

[5] Marx ofrece aquí un ejemplo concreto del papel que jugó el imperialismo inglés en el desarrollo de las estructuras esclavistas en el seno de la Unión Americana, con vistas a suministrar materia prima a su industria algodonera. Además, constituye un sorprendente ejemplo de la teoría marxista de la relación entre Estado político y economía, siendo la superestructura estatal determinada en su acción por la producción existente y reaccionando a su vez sobre ella.

En estas condiciones, ¿hay que admitir que Palmerston y su portavoz —el *Times*— consideran efectivamente la intervención conjunta como medio para alcanzar el objetivo anunciado, a saber: "acabar con la anarquía e instaurar un gobierno durable en México? El *Times*, lejos de acariciar sueños tan quiméricos, escribe abiertamente el 27 de septiembre en su primer editorial: "El único punto sobre el cual podrían surgir diferencias entre nuestros aliados y nosotros, es el del *gobierno de la República.* Inglaterra desea que sea confiado al *Partido Liberal, actualmente en el poder*; en cambio, Francia y España son sospechosas de parcialidad hacia el *poder eclesiástico que acaba justamente de ser derribado...*" [6] Sería, en efecto, extraño que Francia se

[6] En 1857, México adoptó una constitución liberal que restringía los privilegios del clero y preveía elecciones populares. En el cuadro de esta nueva Constitución, el general Comonfort fue elegido presidente. Un golpe de Estado, maquinado por el partido clerical, lo derrocó muy pronto e instaló en su lugar al general Zuloaga. Las fuerzas progresistas declararon entonces que Juárez era el Presidente Constitucional de México. En estas condiciones estalla en 1858 la guerra civil. Juárez salió victorioso de tres años de luchas encarnizadas y los generales reaccionarios Zuloaga y Miramón fueron vencidos. En 1861 hizo su entrada en la capital de México y fue reelegido Presidente. Durante todas estas luchas, los bienes de la Iglesia fueron confiscados y nada fue desdeñado a fin de reducir la potencia de la Iglesia reaccionaria. En estas circunstancias se produce la intervención de las potencias imperialistas europeas a la que se ha hecho referencia en la nota 1. A raíz de algunas diferencias entre las potencias interventoras, Inglaterra y España retiraron sus fuerzas en abril de 1862. Los franceses continuaron la expedición y se apoderaron de la ciudad de México en el verano de 1863. Instalaron en el poder como emperador a Maximiliano, archiduque de Austria nacido en 1832. En 1865, la victoria de los nordistas en los Estados Unidos contribuyó a debilitar las posiciones bonapartistas y la aventura terminó en 1867, después que Juárez infligiera una severa derrota a las tropas francesas en Querétaro. El arti-

hiciese la protectora de los clérigos y bandidos, en el Viejo y el Nuevo Mundo.

En su editorial de hoy, el *Times*, lanzado en su carrera continúa y resume sus escrúpulos en una frase: "Es difícil suponer que todas las potencias interventoras den su preferencia a uno de los dos partidos existentes en México, y *por eso mismo es difícil suponer* que sea posible encontrar un compromiso viable entre enemigos tan irreconciliables".

Palmerston y el *Times* saben, pues, perfectamente que "existe un gobierno en México", que el "Partido Liberal", que tiene manifiestamente las preferencias de Inglaterra, se "halla actualmente en el poder", que "el poder de la Iglesia ha sido derrocado", que la intervención española es la última esperanza de los clérigos y los bandidos, y que, en fin, toda la anarquía mexicana se encuentra en vías de desaparición. Saben, pues, que la intervención conjunta, cuyo objetivo confesado sería salvar a México de la anarquía, produce el efecto contrario, es decir, que debilita al gobierno constitucional, refuerza el partido de la Iglesia gracias a las bayonetas francesas y españolas, aviva el fuego prácticamente extinguido de la guerra civil y restaura la anarquía *en toda su amplitud.*

La conclusión que el *Times* mismo saca es a la vez "notable" y "curiosa". Dice, en efecto: "Aunque estas consideraciones pudieran hacer reflexionar en las consecuencias de la expedición, no militan contra la *oportunidad de la expedición misma.*

Por tanto, que la expedición contradiga sus objetivos confesados no milita contra su oportunidad. E, igualmente, que los medios empleados se opongan a los objetivos confesados no milita contra ellos.

Pero he guardado hasta aquí para mí la más gran-

ficial imperio se derrumbó y, como es sabido, Maximiliano acabó fusilado.

de "curiosidad" que nos reserva el *Times*. En efecto, dice: "Si el presidente Lincoln aceptara la invitación prevista por el tratado de participar en las próximas operaciones, el asunto *tomaría un carácter todavía más curioso*".

Sería, en efecto, altamente "curioso" que los Estados Unidos, que viven en buena amistad con México, se asociaran a los traficantes europeos del Orden y, participando en su acción, sancionasen la intervención del areópago militar europeo en los asuntos internos de los Estados americanos. El primer plan de una extensión parecida de la Santa Alianza más allá del Atlántico la concibió Chateaubriand en provecho de los Borbones franceses y españoles.[7] El plan fracasó gracias a la acción de un ministro inglés, Cunning, y de un presidente ame-

[7] El Vizconde de Chateaubriand (1768-1848), escritor y político francés nacido en Saint-Malo, importante puerto bretón, fue un decidido contrarrevolucionario que se refugió en Inglaterra, desde donde apoyó la guerra antijacobina de este país; fue uno de los ideólogos de la reacción y restauración francesa, después de vencido Napoleón y decidido partidario de la Santa Alianza. Entre 1822 y 1823 fue ministro de Asuntos Exteriores con el ministerio Villèle, uno de los más despóticos y reaccionarios que tuvo Luis XVIII. Durante ese ministerio, Chateaubriand trató de llevar a cabo la idea que concibiera durante sus viajes por los países americanos y según la cual apoyaría resueltamente a España en el empeño de restablecer el imperio en América, reprimir duramente los movimientos de liberación de las colonias y poner al frente de cada uno en calidad de virreyes o reyes a miembros de la familia Borbón, la mayor parte de los cuales eran franceses. Evidentemente, Francia, alcanzaría ventajas enormes en la esfera americana, incluso ampliando en esas tierras sus dominios directos. Ni qué decir tiene que esta idea de un conjunto de reinos autónomos, pero unidos bajo hegemonía franco-española se oponía a los designios imperialistas bien manifiestos de Inglaterra, como también de los Estados Unidos, por el momento menos evidentes.

ricano, Monroe.[8] La crisis actual en los Estados Unidos representa, a los ojos de Palmerston, el momento favorable para reemprender ese viejo proyecto bajo una forma modificada. Como los Estados Unidos no pueden actualmente permitir que una fuerza extranjera se mezcle en la guerra por la Unión, se ven reducidos a *protestar*. Los partidarios en Europa de la causa americana desean que los Estados Unidos protesten y rechacen, ante el mundo entero, toda participación en un proyecto tan infame.

Esta expedición militar de Palmerston, ejecutada en alianza con otras dos potencias europeas, ha comenzado durante la intersesión parlamentaria, es decir, sin la aprobación, o mejor, contra la voluntad del Parlamento británico. La primera guerra extra-

[8] James Monroe, nacido en Wesmoreland, Virginia (1758-1831), fue presidente de los Estados Unidos de 1817 a 1825 y durante su mandato, el 2 de diciembre de 1823, dirigió al Congreso un mensaje proclamando los principios de la que ha pasado a la historia con el nombre de "doctrina Monroe" o de "América para los americanos", según la cual ninguna potencia europea habría de intervenir en los asuntos de cualquiera de los países del continente americano ni conquistar o adueñarse de ningún territorio en el mismo. En contrapartida, proclamaba que los Estados Unidos no se mezclarían en los asuntos europeos. Esta doctrina salía al paso de las ambiciones imperialistas que alimentaban las potencias europeas, según hemos visto en la nota anterior; en este sentido la doctrina suponía un apoyo a las ansias de independencia de los pueblos latinoamericanos, que venían sosteniendo una lucha porfiada contra las metrópolis española y portuguesa; era, por tanto, en aquel entonces, avanzada y antiimperialista. Sin embargo, como todo principio burgués, esta doctrina se modifica progresivamente y se cambia en su contrario, llegando a ser la teoría imperialista norteamericana que ha tenido vigencia durante los últimos cien años, al asentar la hegemonía indiscutible de Estados Unidos en América Latina, rechazando al mismo tiempo cualquier intervención de otro país ajeno al continente. Así, en esta coyuntura vemos la iniciación de la decadencia del ciclo imperial inglés y del ascenso del ciclo americano.

parlamentaria de Palmerston fue la guerra afgana, cuya amplitud ha sido minimizada y su causa justificada mediante documentos falsificados. Otra de tales guerras ha sido la persa de 1857-1858. Palmerston la defendió en aquel momento bajo el pretexto de que "el principio de un acuerdo previo del Parlamento no era aplicable a las guerras *asiáticas*". Parece que ese principio tampoco se aplica a las guerras *americanas*. Perdiendo el control de las guerras extranjeras, el Parlamento renuncia a todo control sobre el Tesoro nacional, y el gobierno parlamentario no es más que una farsa.

Carlos Marx

# EL *TIMES* DE LONDRES Y LOS PRINCIPES DE ORLEANS EN AMERICA

*New York Daily Tribune,*
7 de noviembre de 1861
*Londres, 12 de octubre de 1861*

Con ocasión de la visita del rey de Prusia a Compiègne,[1] el *Times* de Londres publicó algunos artículos cáusticos, que hicieron escándalo al otro lado de la Mancha. A su vez, el *Pays, periódico del Imperio,* dice de los redactores del *Times* que son gente cuyo espíritu se halla trastornado por la ginebra, y su pluma mojada en el fango.

Este intercambio ocasional de invectivas tenía por único fin engañar a la opinión pública sobre las relaciones íntimas establecidas entre Printing House Square y las Tullerías. En efecto, no existe, fuera de las fronteras francesas, mayor sicofante del hombre del dos de diciembre que el *Times* de Londres, y los servicios de este periódico son tanto más preciosos cuanto, de tiempo en tiempo, toma el tono y aire de Catón el censor, frente a César.

Hacía meses que el *Times* cubría de insultos a Prusia. Utilizando el miserable asunto MacDonald,[2]

[1] Desde el 6 al 8 de octubre de 1861, el rey Guillermo de Prusia rindió visita a Napoleón III en Compiègne. Los dos soberanos examinaron la posibilidad de una alianza franco-prusiana para aislar a Inglaterra. Volvieron también a examinar la vieja cuestión de la rectificación de la frontera francesa, fijada en 1815.

[2] En septiembre de 1860, un capitán del ejército inglés —McDonald— fue detenido en Bonn y procesado penalmente por las autoridades locales. El gobierno inglés explota el incidente, arreglado en mayo de 1861, para reforzar su propaganda antiprusiana.

hizo comprender a Prusia que Inglaterra vería con buenos ojos que las provincias renanas fueran sustraídas a la bárbara dominación de los Hohenzollern y colocadas bajo el despotismo ilustrado de un Bonaparte. El *Times* exaspera no solamente a la dinastía prusiana, sino también al pueblo prusiano. De un solo golpe arruinaba la idea de una alianza anglo-prusiana, en caso de conflicto entre Prusia y Francia. Había hecho todos sus esfuerzos para convencer a Prusia de que nada podía esperar de Inglaterra y que más le valdría entenderse con Francia. Cuando el débil y vacilante monarca de Prusia se decide por fin a una visita a Compiègne, el *Times* podía orgullosamente exclamar: *quorum magna pars fui*;[3] pero el momento exigía ahora borrar de la memoria de los ingleses que el *Times* había mostrado esa vía al rey de Prusia. De ahí el teatral estruendo de tormenta, y el eco no menos teatral del *Pays, periódico del Imperio.*

El *Times* ha recobrado ahora su posición de aversión mortal hacia el bonapartismo y, al mismo tiempo, el poder ayudar eficazmente al hombre del dos de diciembre. Pronto se ofreció una ocasión. Luis Napoleón siente de pronto celos de la gloria de sus rivales y pretendientes al Trono de Francia. El mismo se había cubierto de ridículo en el asunto del panfleto del duque de Aumale contra Plon-Plon,[4]

[3] Donde yo tengo una gran parte.

[4] El folleto antibonapartista *Lettre sur l'Histoire de France*, en el que el duque de Aumale (Enrique de Orleans) respondía al discurso pronunciado en el Senado durante la primavera de 1861 por Napoleón (apodado Plon-Plon o Principe Rojo y considerado como promotor de los bonapartistas de izquierda) fue secuestrado por orden del Emperador; el editor y el impresor fueron condenados a penas de prisión y una multa de cinco mil francos. Plon-Plon publicó también diversos panfletos donde atacaba el régimen para ganar las simpatías de

y, por su actitud, había contribuido más a la causa orleanista que todos los orleanistas juntos.

Hace algunos días, el pueblo francés ha sido de nuevo invitado a establecer un paralelismo entre Plon-Plon y los príncipes de Orleans. Cuando Plon-Plon fue a América, circularon por el barrio de San Antonio caricaturas que representaban un hombre gordo que andaba a la busca de una corona, pero simulaba al mismo tiempo no ser más que un turista inofensivo, que tuviera al mismo tiempo una profunda aversión al olor de la pólvora. Mientras que Plon-Plon ha vuelto a Francia sin otros laureles que los que ya había cosechado en Crimea y en Italia, los príncipes de Orleans atravesaban el Atlántico para enrolarse en el ejército nacional.[5] Esto produjo gran excitación en el campo bonapartista. Ahora bien, los bonapartistas no pueden dar curso libre a su cólera en la prensa venal de París, sin divulgar sus aprehensiones, refrescar la memoria del panfleto y suscitar detestables comparaciones entre los príncipes de Orleans en exilio, que combaten bajo la bandera republicana contra quienes tienen en esclavitud a millones de hombres laboriosos, y otro príncipe exilado que, en funciones de policía de fuerzas especiales, había tomado parte gloriosa en el aplastamiento del movimiento obrero inglés.[6]

los obreros parisinos, que queria organizar en sindicatos de inspiración bonapartista.

[5] En septiembre de 1861, los dos príncipes de la Casa de Orleans, el conde de París y el duque de Chartres, a quienes se había unido el príncipe de Joinville, llegaron a Washington y consiguieron autorización para incorporarse al ejército de la Unión en tanto que ayudantes de campo. Los dos príncipes fueron promovidos capitanes y designados para el ejército de Potomac. Efectuaron su servicio en la campaña de la península en 1862. El príncipe de Joinville escribió un relato de esta campaña; de igual modo, el conde de París publicó una obra sobre la guerra de Secesión.

[6] Se hace alusión a un hecho poco glorioso de la vida

¿Quién podía ayudar al hombre del dos de diciembre a resolver este dilema? ¿Quién, si no es el *Times* de Londres? Si, después de haber suscitado durante los días 6, 7, 8 y 9 de octubre de 1861 la cólera del *Pays, periódico del Imperio,* por sus cínicas observaciones con motivo de la visita de Compiègne, ese mismo *Times* publicaba el 12 de octubre un artículo atacando ferozmente a los príncipes de Orleans, porque se habían enrolado en el ejército nacional de los Estados Unidos, ¿no probaría ello, entonces, que Luis Bonaparte tenía razón frente a los príncipes de Orleans? ¿Y por qué no traducir en seguida el artículo del *Times* al francés con los comentarios de los periódicos parisinos y que el señor prefecto de policía lo remita a toda la prensa departamental a fin de que circule en toda Francia a título de juicio imparcial ofrecido por el *Times* de Londres, este enemigo personal de Luis Bonaparte, sobre el comportamiento de los príncipes de Orleans? Así, pues, el *Times* ha publicado hoy un ataque vilmente injurioso sobre los príncipes de Orleans.

Luis Bonaparte tiene, naturalmente, demasiado del hombre de negocios para compartir la ceguera de los fabricantes de opinión pública en lo que concierne a la guerra americana. Sabe que el verdadero pueblo de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Europa considera la causa de los Estados Unidos como la suya propia, la de la libertad, y que a despecho de todos los sofismas de la prensa venal, las masas consideran el suelo de los Estados Unidos como el suelo libre de millones de sin-tierra de Eu-

de Napoleón III. En 1848, durante su estancia en Inglaterra, Luis Napoleón se enrola en un grupo especial de policía de reserva que intervino, junto al ejército y la policía activa, contra la manifestación de masas organizada por los cartistas el 10 de abril de 1848. La derrota cartista determinó que los obreros ingleses ya no participaran en la revolución europea de 1848.

ropa, como la tierra prometida que se trata en este momento de defender empuñando las armas contra la sórdida dominación de los esclavistas. Pero, además, Luis-Napoleón sabe muy bien que las masas francesas establecen un vínculo entre la lucha por mantener la Unión y la de sus antepasados por la independencia americana; de aquí que, todo francés que saca la espada por el gobierno nacional, aparece como el ejecutor testamentario de La Fayette. En consecuencia, Bonaparte sabe que si hay algo que impresione favorablemente al pueblo francés es el enrolamiento de los príncipes de Orleans en las filas del ejército nacional de los Estados Unidos. Tiembla ante ese solo pensamiento y, en consecuencia, el *Times* de Londres, su sicofante puntilloso, informa hoy a los príncipes de Orleans que, "si se rebajan a enrolarse en ese *combate innoble,* su popularidad no se encontrará reforzada entre el pueblo francés".

Luis-Napoleón sabe que todas las guerras que se han originado entre dos naciones adversarias en Europa desde su golpe de Estado no han sido verdaderas guerras, pues han estado llevadas sin base real, deliberadamente, bajo falsos pretextos. La guerra de Crimea y la italiana, sin hablar de las expediciones de bandidaje contra China, Cochinchina,[7] etc., jamás han suscitado simpatía en el pueblo francés, que instintivamente se da cuenta de que esas guerras se han emprendido solamente con el fin de reforzar

[7] En 1856, Napoleón III, obrando de acuerdo con la Gran Bretaña exige de parte de China "reparaciones y concesiones" por el asesinato de un misionero francés. Se apodera de Cantón, ocupó los fuertes de Taku y obliga a China a aceptar el tratado de Tientsin (1858). Francia e Inglaterra obtuvieron otras concesiones comerciales en las provincias lejanas del Este, así como grandes indemnizaciones. Entre tanto, Napoleón, ayudado por España, se apodera del tan ansiado puerto de Saigón en Cochinchina, así como también, en 1862, de otras tres provincias.

sus cadenas, forjadas por el golpe de Estado.[8] De hecho, la primera guerra importante de la historia contemporánea se desarrolla en América.

Los pueblos de Europa saben que los esclavistas del Sur han desencadenado esta guerra, cuando han declarado que el régimen esclavista no era compatible más tiempo con la Unión. En consecuencia, los pueblos de Europa saben que la lucha por mantener la Unión se lleva contra la dominación esclavista y que la forma más elevada de autogobierno del pueblo realizada en la actualidad libra batalla a la forma más baja y vergonzosa de esclavitud humana, conocida en los anales.

Luis Bonaparte se halla evidentemente muy embarazado por el hecho de que los príncipes de Orleans participen precisamente en esta guerra, que se distingue por su gigantesca amplitud y la grandeza de su objetivo, de todas las guerras inmotivadas, fútiles y bajas que Europa ha sufrido desde 1849. Por ello, el *Times* tenía que declarar: "No establecer la diferencia entre una guerra que se hacen naciones enemigas y esta guerra civil, la más inútil y desprovista de fundamento que la historia haya jamás conocido, es en alguna medida ofender la moral pública".

Naturalmente, el *Times* debe ir hasta el fin de su ataque contra los príncipes de Orleans, que se han rebajado a "tomar parte en un combate innoble". Inclinándose profundamente ante los vencedores de Sebastopol y Solferino, el *Times* de Londres añade: "No es discreto querer comparar acciones como las

[8] En realidad, las guerras imperialistas, aunque solamente impliquen a los Estados, se dirigen contra las clases laboriosas, debiendo ser combatidas como tales. En el caso de Napoleón III, la política de guerras de expansión distraen a los obreros de sus preocupaciones y les impide luchar por sus propios intereses.

de Springfield y de Manassas[9] a la epopeya de Sebastopol y Solferino".

El próximo correo nos informará cómo los órganos imperiales han explotado el artículo del *Times*. Como dice el proverbio, un amigo en la desgracia es mejor que mil amigos en la prosperidad, y el aliado secreto del *Times* de Londres se halla en este momento en bien molesta situación.

Una penuria de algodón paralela a la de una penuria de trigo; una crisis comercial paralela a una penuria agrícola, y todo ello agravado con una caída de ingresos aduaneros y dificultades monetarias, han forzado al Banco de Francia a elevar su tasa de descuento a seis por ciento, a hacer una transacción con los Rothschild y Baring con vistas a conseguir un empréstito de dos millones de libras inglesas sobre el mercado de Londres, a garantizar los valores del gobierno francés en el extranjero, cuando, además, la banca no dispone más que de una reserva de doce millones con relación a una deuda de cuarenta.

Tal situación económica evidentemente brinda a los diversos pretendientes la ocasión de jugarse el todo por el todo. Ya ha habido escaramuzas en el barrio de San Antonio a causa de la penuria de víveres: es, pues, el momento menos apropiado para permitir a los príncipes de Orleans que se hagan populares. De aquí el ataque rabioso del *Times* de Londres.

[9] Alusión a las grandes derrotas que sufrieron las tropas bisoñas de la Unión en sus primeros tiempos de actuación.



Carlos Marx

# LAS ULTIMAS INFORMACIONES Y SU EFECTO EN LONDRES

*New York Daily Tribune,*
19 de diciembre de 1861
*Londres, 30 de noviembre de 1861*

Desde la declaración de guerra contra Rusia en 1853, nunca había observado en todas las capas de la sociedad inglesa excitación parecida a la que han suscitado las informaciones relativas al asunto del *Trent,*[1] traídas a Southampton por la *Plata,* el 27 del

[1] Durante los primeros días de noviembre de 1861 los sudistas mandaron a Europa a dos emisarios, James Mason y John Sliddel, acompañados de sus secretarios. Estos emisarios, burlando el bloque nordista, llegaron a La Habana y embarcaron en el mercante inglés *Trent.* El capitan Wilkes, de la goleta norteamericana *San Jacinto,* que tuvo conocimiento del hecho, creyendo obrar de acuerdo con normas internacionales, abordó en el canal de las Bahamas al *Trent* e hizo prisioneros a los emisarios sudistas. Los políticos belicistas británicos y a su cabeza Palmerston, que trataban de arrastrar a Inglaterar a la intervención contra la Unión, cogieron como pretexto el asunto del *Trent,* falseando muchos de los detalles del asunto, exagerando su importancia y agitando el chovinismo del pueblo inglés, quisieron hacer de este incidente un *casus belli,* tener con ello un motivo legal para declarar la guerra a la Unión. La prudencia del gobierno federal y la campaña de los amigos de la causa antiesclavisita de la Unión, entre los que descuellan Marx y Engels, fueron esclareciendo el asunto, denunciando los turbios objetivos de Palmerston y los suyos, reduciendo el asunto a su términos reales y privándolo de la capacidad de obrar de acuerdo con esos turbios propósitos. Contra la corriente de los belicistas y sus campañas confusionistas, los pueblos fueron tomando conciencia de los términos del problema; el americano, que se debía evitar caer en la trampa de la provocación que tendían los reaccionarios ingleses, y el británico, de ver que se tr

corriente. Hacia las dos de la tarde, el telégrafo eléctrico anuncia públicamente este "acontecimiento desagradable" en la sala de información de las bolsas británicas. Todas las acciones comerciales bajaron, mientras que los precios del salitre suben. La cotización de los títulos consolidados del Estado inglés disminuye un setenta y cinco por ciento y en el Lloyd[2] se pide un suplemento de cinco guíneas para cubrir los riesgos que se derivan de la guerra para los navíos de Nueva York. Finalmente, durante la tarde circulan por Londres los rumores más pesimistas: el embajador americano habría recibido inmediatamente su pasaporte y se habrían dado órdenes de requisar inmediatamente todos los navíos americanos en los puertos del Reino Unido, etcétera.

Los comerciantes de algodón de Liverpool —ami-

taba de un incidente de menor cuantía que se no afectaba en modo alguno sus intereses. El propio Consejo de Estado inglés se vio forzado a reconocer que el capitán de la goleta nordista obró legalmente en lo esencial, errando en lo accesorio: se le reconocía el derecho de apresar en su totalidad el mercante inglés *Trent* y poner el asunto en manos de un tribunal competente de la Unión, pero lo que excedía su derecho era prejuzgar el fallo de ese tribunal haciendo prisioneros a los emisarios. De acuerdo con esta visión del incidente, dichos emisarios fueron liberados el primero de enero de 1862 y embarcados en el barco inglés *Rinaldo* y enviados a Inglaterra, con lo que el incidente quedaba cerrado. Los esfuerzos de Marx y Engels y tantos que como ellos se volcaron en esos momentos se explican por el hecho de que, dada la correlación de fuerzas en la guerra civil, la intervención inglesa en favor de los sudistas habría puesto en grave aprieto la causa antiesclavista y el resultado de la guerra.

[2] Lloyd es la conocida compañía de seguros marítimos londinense. Ese nombre viene de Eduardo Lloyd (muerto en 1726), que tenía un café donde los negociantes en seguros marítimos habían adquirido la costumbre de reunirse, haciendo del lugar una especie de bolsa de esta rama mercantil.

gos de la secesión— utilizaron la ocasión para convocar a toda prisa en los locales del comercio algodonero de la bolsa un mitin de protesta bajo la presidencia de M. Spence, autor de un oscuro panfleto en favor de la Confederación sudista. El comandante Williams, agente del almirantazgo a bordo del *Trent*, que había llegado con la *Plata*, fue inmediatamente enviado a Londres.

Al día siguiente, el 28 de noviembre, la prensa londinense dio muestras en general de un espíritu de moderación, que contrastaba extrañamente con la formidable agitación política y el ajetreo de la víspera. Los periódicos de Palmerston —el *Times*, el *Morning Post*, el *Daily Telegraph*, el *Morning Advertiser* y el *Sun* habrían recibido la consigna de calmar antes que de echar aceite al fuego. En sus observaciones sobre la actitud del *San Jacinto*, el *Daily News*, evidentemente, tenía menos la intención de atacar al gobierno de la Unión que de alejar de sí mismo la sospecha de "prejuicio yanqui", mientras que el *Morning Star* —el órgano de John Bright—, sin pronunciarse sobre la oportunidad y el interés de la "acción", defendió su carácter legal. Sólo hubo dos excepciones entre los habituales tenores de la prensa londinense. Los plumíferos conservadores del *Morning Herald* y del *Standard* —en realidad, un periódico sólo, bajo dos nombres— dieron libre cauce a su salvaje satisfacción escribiendo que los "republicanos" habían caído en la trampa y que se habían encontrado un *casus belli* bien preparado. Solamente fueron sostenidos por otro periódico —el *Morning Chronicle*— que se esfuerza desde hace años en prolongar su miserable existencia vendiéndose por turno al envenenador Palmer y a las Tullerías.

La excitación de la bolsa se calma en gran parte, debido al tono conciliante de los periódicos desta-

cados de Londres. Ese mismo 28 de noviembre, el comandante Williams declara ante el Almirantazgo y expone las circunstancias del incidente sobrevenido en el canal de Old Bahama. Su informe, al mismo tiempo que la declaración de los oficiales del *Trent*, fueron en seguida sometidos a los consejeros jurídicos de la Corona, cuya opinión fue comunicada por la noche oficialmente a lord Palmerston, lord Russell y otros miembros del gobierno.

El 29 de noviembre, se podía notar un ligero cambio de tono en la prensa gubernamental. Se supo que los consejeros jurídicos de la Corona, situándose en el plano técnico, habían declarado que la acción de la fragata *San Jacinto* era *ilegal*, y que el gabinete reunido el mismo día en sesión plenaria había decidido enviar, por el próximo vapor, instrucciones a lord Lyons, a fin de que obrase conforme a la decisión de los consejeros jurídicos de la Corona. La agitación redobla en todos los centros de negocios importantes, tales la Bolsa, los Lloyd's, la agencia de negocios Jerusalem, el Báltico, etc.; alcanzó su cima con la noticia según la cual se habían interrumpido la víspera las entregas previstas de salitre a América y que el 29 las autoridades aduaneras habían recibido la orden de prohibición general de exportar este artículo a cualquier país, salvo excepciones bien estrictas. La cotización del papel del Estado inglés continúa descendiendo el setenta y cinco por ciento, y en un momento dado se produjo el pánico en todas las bolsas, ya que se había llegado a la imposibilidad de efectuar la menor transacción con alguna seguridad, pues el valor de todos los papeles sufrían una severa depresión, como probaban todas las informaciones. Por la tarde se opera una ligera recuperación en la Bolsa, a continuación de algunos rumores y especialmente la información según la cual Adams habría manifestado

la opinión de que el gabinete de Washington desautorizaría los métodos empleados a bordo del *San Jacinto.*

El 30 de noviembre (hoy), todos los periódicos londinenses —con la única excepción del *Morning Star*— plantearon la alternativa siguiente: reparación por el gabinete de Washington, o *guerra.*

Tras esta breve relación de los hechos ocurridos después de la llegada de la *Plata,* quisiera exponer las opiniones relativas a este asunto. Hay que considerar el secuestro de los dos emisarios del Sur a bordo de un vapor postal bajo dos aspectos, uno jurídico y otro político.

Por lo que se refiere al aspecto legal del asunto, la primera dificultad esgrimida por la prensa conservadora y el *Morning Chronicle,* es que los Estados Unidos jamás han reconocido a los secesionistas del Sur como potencia beligerante, de suerte que no podrían reivindicar derechos de guerra.

Estos sofismas fueron inmediatamente refutados por la misma prensa gubernamental. El *Times* escribe: "Nosotros hemos reconocido ya a esos Estados confederados como potencia beligerante y, llegado el momento, reconoceríamos a su gobierno. Por esta razón, es por la que no hemos impuesto a nosotros mismos todos los deberes de una potencia neutral frente a dos beligerantes".

Así, los Estados Unidos —hayan o no reconocido a la Confederación la calidad de beligerante— tienen el derecho de pedir que Inglaterra se someta a todos los deberes y molestias de una potencia neutral en una guerra marítima.

En consecuencia, toda la prensa londinense —con la excepción de los periódicos citados— reconoce al *San Jacinto* el derecho de inspeccionar y registrar el *Trent* con el fin de asegurarse de si las mercancías y las personas a su bordo entran en la categoría

de "contrabando de guerra". Ahora bien, el *Times* insinúa que la legislación inglesa sobre la materia "ha sido elaborada *en circunstancias absolutamente diferentes* a las de hoy"; que "en esa época no existían barcos a vapor ni navíos postales, cargados de correo que interesaran directamente a todo el mundo"; que "nosotros (ingleses) *luchábamos por nuestra existencia* y que en esos días hemos hecho lo que *no* permitiríamos a otros hacer". Todo esto no es serio. El *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post*— ha declarado el mismo día que los navíos postales eran simples navíos de comercio y que no entraban en la categoría de buques de guerra y transporte, que no son sometidos al derecho de inspección. En efecto, el *derecho de inspección* del *San Jacinto* se ha reconocido por la prensa londinense, como asimismo por los consejeros jurídicos de la Corona. La objeción según la cual el *Trent* no circulaba de un puerto beligerante a otro también beligerante, sino al contrario, de un puerto neutro a otro también neutro, ha sido descartada por la decisión de lord Stoqell, a saber, que el derecho de inspección sirve también para conocer el lugar de destino del navío.

Se ha evocado seguidamente la cuestión de saber si el *San Jacinto,* disparando un obús por encima de la proa del *Trent,* y después una granada que hace explosión en el mar, no habría violado los usos y las reglas de cortesía en el ejercicio del derecho de inspección y visita. En general, la prensa londinense ha admitido que no siendo conocidos los detalles del asunto más que por una de las partes en causa, esta cuestión secundaria no debía influir en la decisión a tomar por el gobierno británico.

Desde el momento en que ha reconocido así el derecho de inspección ejercido por el *San Jacinto,* hay que preguntarse qué es lo que buscaba. ¿Cuál

era la naturaleza del *contrabando de guerra* que se suponía que practicaba el *Trent?* Primeramente, es necesario definir el contrabando de guerra. ¿Lo son los despachos de un gobierno beligerante? ¿Entran en esa definición las *personas* que llevan esos despachos? En el caso de que se responda afirmativamente a esas dos cuestiones, ¿esos despachos y sus portadores son contrabando de guerra, cuando se encuentran sobre un navío de comercio que circula de un puerto neutro a otro también neutro? La prensa londinense admite que las decisiones de las autoridades jurídicas más elevadas de ambos lados del Atlántico son tan contradictorias y pueden mantenerse con igual apariencia de justicia, que en todo caso el *San Jacinto* ha creado un caso de *prima facie.*[3]

De acuerdo con esta opinión corriente en la prensa inglesa, los consejeros jurídicos de la Corona han dejado de lado la materialidad de la cuestión jurídica y solamente han planteado la cuestión de forma. Afirman que el derecho internacional no ha sido violado en su *contenido*, sino solamente en su *forma.* Han llegado a la conclusión de que el comandante del *San Jacinto* ha cometido una falta deteniendo, por su propia iniciativa a los emisarios del Sur, en lugar de conducir el *Trent* a un puerto de la Unión para someter su caso al tribunal norteamericano competente, ya que ningún crucero armado puede atribuirse el derecho de erigirse en juez en el mar. Por eso, los consejeros jurídicos de la Corona inglesa acusan —en mi opinión, con razón— al *San Jacinto* de una simple *falta de procedimiento.* Sería fácil desenterrar ejemplos jurídicos que muestran que Inglaterra se ha hecho culpable de violaciones

[3] Caso establecido con pruebas suficientes para dar una presunción de hecho, o para establecer el hecho en cuestión, a menos que no se haga oposición con éxito.

análogas de formalidades del derecho marítimo, pero las violaciones de la ley no deben nunca suplantar la ley misma.

Podemos preguntarnos ahora si la reparación exigida por el Gobierno inglés —a saber, la restitución de los emisarios del Sur— puede mantenerse desde que los mismos ingleses consideran esta violación del derecho como una cuestión de *forma* y no de *sustancia.* Un jurista del Temple señala a este propósito en el *Times* de hoy: "Incluso si el asunto no fuese tan claramente a nuestro favor como en el caso de que pudiéramos atacar la decisión de un tribunal de justicia americano relativa a este navío y mostrar que se halla manifiestamente en contradicción con el derecho internacional, la actitud errónea del capitán americano dejando al *Trent* proseguir su ruta hacia Southampton se halla en favor de los propietarios y pasajeros británicos. Pero ¿podemos por lo mismo descubrir en una falta de procedimiento que juega en favor nuestro, la base para una querella internacional?"

No obstante, aunque el gobierno americano debe admitir, por lo que me parece, que el capitán Wilkes ha violado el derecho marítimo de manera formal o material, el cuidado de su prestigio o de sus intereses podría, por lo demás, aconsejarle regatear las condiciones de reparación de la parte lesionada. Como quiera que sea, el gobierno debería saber que trabajaría por los intereses sudistas si permitiera que los Estados Unidos fueran implicados en una guerra con Inglaterra, y que una tal guerra sería un regalo del cielo para Napoleón III, por razón de sus dificultades actuales, de suerte que los círculos oficiales franceses la apoyarían; en fin, que el gobierno inglés, sea con las fuerzas actualmente bajo mando británico en las guarniciones de América del Norte y de las Indias occidentales, sea con los ejér-

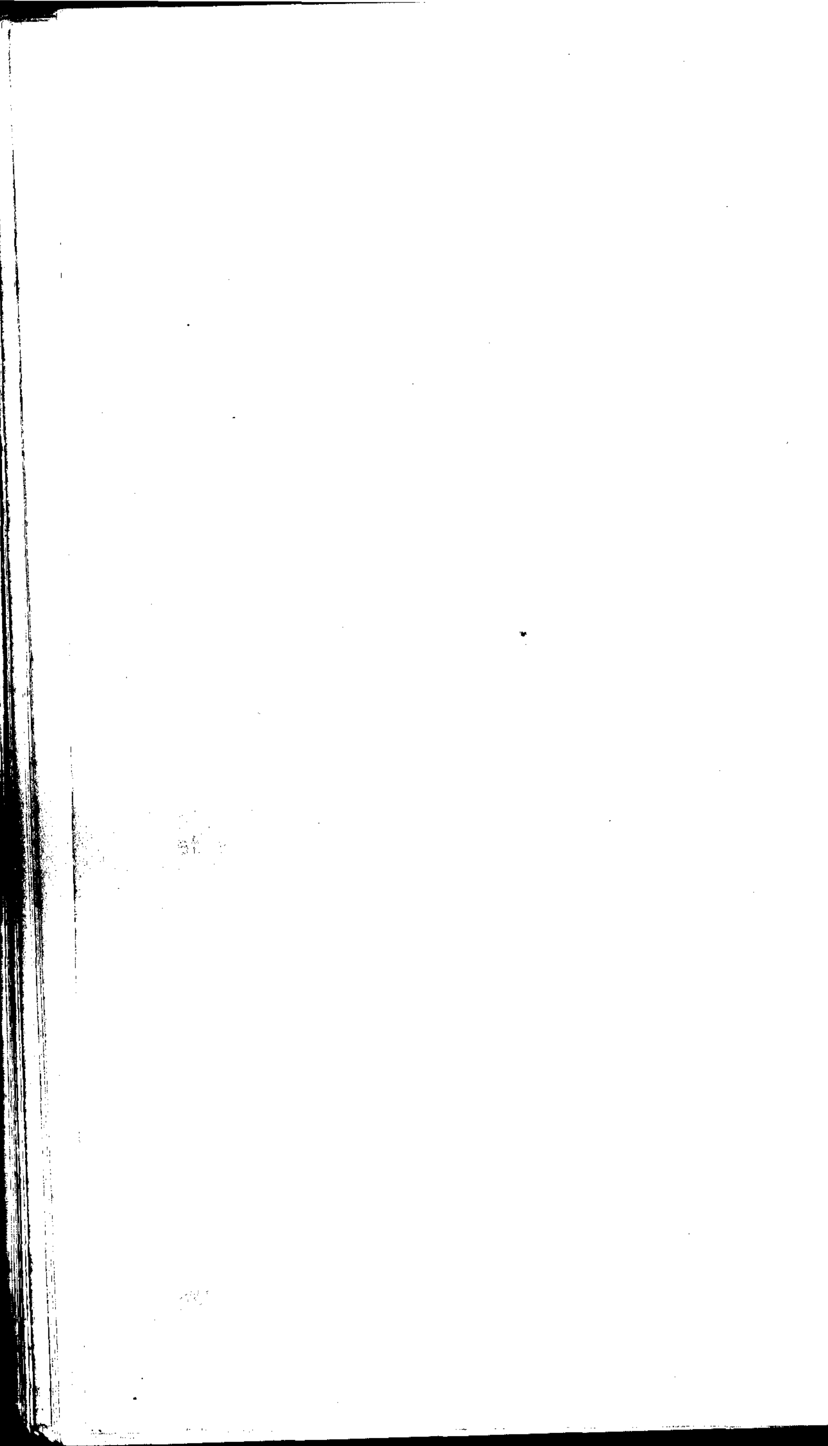
citos para la expedición mexicana, dispondría de una superioridad aplastante en el mar.

En lo que atañe al aspecto político de la captura en el canal de Bahama, la prensa no sólo de Inglaterra, sino también de todo el continente es unánime en asombrarse de la conducta extraña del gobierno americano, que provoca tan peligrosas tensiones internacionales para apoderarse de los señores Mason, Slidell y Cía., mientras que los señores Yancey y Man se pavonean en Londres.

El *Times* tiene seguramente razón cuando escribe: "Incluso el señor Seward debería reconocer que la voz de los emisarios sudistas opera desde el fondo de su cautividad con mil veces más fuerza sobre Londres y París, que si se les hubiese escuchado en Saint James y en las Tullerías."

La población de los Estados Unidos, que ha aceptado con tanta entereza limitar su propia libertad a fin de salvar a su patria no dejará de volver en su favor la corriente de la opinión pública en Inglaterra, reconociendo abiertamente y reparando prudentemente una metedura de pata internacional que amenaza confirmar las esperanzas más insensatas de los rebeldes del Sur.





Carlos Marx

# MISTIFICACIONES PERIODISTICAS EN FRANCIA. CONSECUENCIAS ECONOMICAS DE LA GUERRA

*Die Presse,*
4 de enero de 1862
*Londres, 31 de diciembre de 1861*

La creencia en los milagros no parece sino retirarse de un lugar para refugiarse en otro. Si se expulsa de la naturaleza, inmediatamente renace en la política. Este, al menos, es el criterio de los periódicos parisinos y de sus compadres las agencias telegráficas y de las oficinas de corresponsales de periódicos.

Así, los periódicos vespertinos de París anuncian que lord Lyons habría declarado al señor Seward que esperará hasta la noche del 20 de diciembre, y que volvería a Londres si el gabinete de Washington rehúsa entregar los prisioneros. Los periódicos parisinos conocían, pues ya *ayer,* las gestiones que lord Lyons efectuaría *tras* la recepción de los despachos que le debía transmitir el *Europa* (sin embargo, la noticia de la llegada del *Europa* a Nueva York no ha llegado todavía a Europa). De tal modo, antes de ser informados de la llegada del *Europa* a América, la *Patrie* y sus compadres publicaban en Europa noticias sobre acontecimientos que no se podían producir en los Estados Unidos sino después de la llegada del *Europa.* Manifestamente, la *Patrie* y sus compadres creen que los juegos de manos no dependen de la magia.

Un periódico de Londres señala, en uno de sus artículos sobre la Bolsa, que las invenciones parisi-

nas, igual que los artículos provocadores de algunos periódicos ingleses, no sirven solamente a las especulaciones políticas de personalidades gubernamentales, sino también a las especulaciones bursátiles de algunas personas privadas.

El *Economist*, que ha sido uno de los partidarios más ruidosos del partido de la guerra, publica en su último número la carta de un *comerciante de Liverpool* y un editorial, en los que se previene al público inglés que haría mal en subestimar los peligros de una guerra con los Estados Unidos. En efecto, durante el año 1861, Inglaterra ha importado por valor de 15.380.901 de libras esterlinas de cereales, de los cuales seis millones de los Estados Unidos. Inglaterra sufriría por la imposibilidad de comprar trigo americano, más que los Estados Unidos por la imposibilidad de venderlo.

Los Estados Unidos gozarían de la ventaja de una *prioridad de información*. Si decidiesen la guerra, los telegramas volarían inmediatamente de Washington a San Francisco y los navíos americanos comenzarían sus operaciones militares en el Pacífico y las aguas chinas varias semanas antes de que Inglaterra haya podido hacer llegar a las Indias la noticia de la declaración de guerra.

Desde el principio de la guerra civil, el comercio de América con China y Australia ha disminuido en proporciones enormes. Pero, en la medida que se prosigue, los cargamentos se pagan con letras de crédito inglesas; dicho de otro modo, con capital inglés. Por el contrario, el comercio de Inglaterra con la India, China y Australia sigue siendo muy importante; incluso ha aumentado desde la interrupción del comercio con los Estados Unidos. Los corsarios americanos tendrían, pues, un vasto campo para el corso en el mar, mientras que en revancha los ingleses lo tendrían insignificante.

Las inversiones de capitales ingleses en los Estados Unidos sobrepasan con mucho el capital invertido en la industria algodonera inglesa.[1] Por contra, las inversiones de capitales americanos en Inglaterra son prácticamente nulas. Ciertamente, la marina inglesa eclipsa a la americana, pero su proporción relativa ya no es —ni de lejos— la que era durante la guerra de 1812-1814.

Si ya en aquel momento los corsarios americanos se revelaron superiores a los ingleses, ¿qué sería ahora? Un bloqueo efectivo de los puertos americanos, especialmente en invierno, hay que excluirlo totalmente. En las aguas interiores entre el Canadá y los Estados Unidos —y la superioridad aquí es decisiva para el desenlace de la guerra sobre tierra—, los Estados Unidos dispondrían de una superioridad absoluta desde la apertura de las hostilidades.

En una palabra, el comerciante de Liverpool llega a la conclusión siguiente: "Nadie aconsejaría a Inglaterra hacer la guerra simplemente a causa del algodón. Nos resultaría más barato alimentar todos los distritos algodoneros durante tres años a costa del Estado que llevar una guerra durante un año con los Estados Unidos por causa del algodón".

[1] Cuando la guerra de Secesión estalló, los capitales ingleses invertidos en los Estados Unidos eran considerables, especialmente en los ferrocarriles de Nueva York y de Erie, de Baltimore y Ohio, de Filadelfia y de Reading y de Illinois Central; en sociedades de seguros, como las de New York Time y American Life; en sociedades mineras, como la Pennsylvania Bituminous Coal, Land and Timber y Legh Coal and Mining; en empresas tales como la Baring Holding en Virginia occidental. Es evidente que los capitales ingleses se hallaban en mala postura en el Norte y casi no podían contar con bases militares y tropas británicas próximas para su "defensa". Se encontraban en la relación de fuerzas, como rehenes en manos de los americanos. Es un ejemplo clásico del efecto del poder político sobre el económico.

*Ceterum censeo,*[2] que el incidente del *Trent* no elevará a la guerra.

[2] La expresión "Ceterum censeo Carthaginem esse delendam" significa: "Por lo demás, entiendo que Cartago debe ser destruida". Esta muletilla era con la que Catón cerraba todas sus intervenciones en el Senado romano, manifestando así su voluntad decidida en pro de una guerra final con Cartago.

Carlos Marx

# CRECIENTES SIMPATIAS EN INGLATERRA

*New York Daily Tribune,*
25 de diciembre de 1861
*Londres, 7 de diciembre de 1861*

Los amigos de los Estados Unidos de este lado del Atlántico esperan con ansiedad que el gobierno de la Unión tome una decisión conciliadora. No es que están de acuerdo con los aullidos salvajes de la prensa británica sobre un incidente de guerra, que no constituiría, según el propio criterio de los consejeros jurídicos de la Corona inglesa, más que una simple falta de procedimiento y que se puede resumir en una palabra: el derecho internacional ha sido violado por el capitán Wilkes por el hecho de que, en lugar de apoderarse del *Trent,* de su cargamento, sus pasajeros, su equipaje y sus emisarios, solamente ha detenido a estos últimos. La ansiedad de los amigos de la gran República no proviene de que teman que no esté en condiciones a la larga de hacer frente a Inglaterra, incluso teniendo en cuenta que la guerra civil pesa ya sobre sus espaldas. Con mayor razón, no esperan de los Estados Unidos que abandonen —aunque fuese por un instante y en esta sombría hora de prueba— su gallarda posición en el concierto de las naciones. Los motivos que los animan son otros.

En primer lugar, la tarea más inmediata de los Estados Unidos consiste en aplastar la rebelión y restaurar la Unión. El anhelo que prevalece entre los esclavistas y sus instrumentos norteamericanos es el de arrastrar a los Estados Unidos a una guerra

con Inglaterra. Si esta guerra estallase, el primer paso de Inglaterra sería el de reconocer a la Confederación del Sur, y el segundo, el poner fin al bloqueo. En segundo lugar, ningún general, a menos de verse forzado, encararía una batalla cuyo terreno, tiempo y condiciones serían escogidos por el adversario.

"Una guerra con América —dice el *Economist,* un periódico que goza de la profunda confianza de Palmerston— debe siempre ser uno de los acontecimientos más deplorables de la historia inglesa; no obstante, si hubiera que llegar a ella, *sería indudablemente en el momento en que pudiera sernos lo menos gravosa. Es el único momento, en nuestros comunes anales, en el que nos procuraría una compensación inesperada y parcial.*"

Justamente porque Inglaterra está ansiosa de aprovechar "en ese momento preciso" el más pequeño y desgraciado pretexto de guerra, los Estados Unidos deberían guardarse bien de brindar "en ese momento preciso" el menor pretexto a Inglaterra. No se empieza una guerra con la intención de que sea "lo menos gravosa" posible, ni que "nos procure una compensación inesperada y parcial". La ventaja del momento sería enteramente de un lado, del lado del adversario inglés. ¿Se necesita mucha reflexión para comprender que cuando la guerra civil hace estragos en un Estado, el momento es el menos favorable para emprender una guerra exterior?

En cualquier otra circunstancia, los medios de negocios de Gran Bretaña habrían considerado con terror una guerra contra los Estados Unidos, pero, desde hace meses, una fracción importante e influyente del mundo de los negocios empuja al gobierno a romper el bloqueo por la fuerza, a fin de aprovisionar la rama principal de la industria inglesa en materias primas indispensables. El temor a una

disminución de las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos ha disminuido, por el hecho de que ese comercio en realidad es ya limitado. Así, el *Economist* afirma que los Estados del Norte "son malos clientes, poco interesantes". El gigantesco crédito que el comercio inglés consentía habitualmente a los Estados Unidos, sobre todo aceptando los giros sobre China y la India, ha sido reducido a la quinta parte de lo que era en 1857. Por añadidura, la Francia bonapartista, en bancarrota, paralizada en el interior y hostigada por las dificultades exteriores, se precipitaría sobre una guerra anglo-americana como sobre un maná celeste. ¿No se halla dispuesta, para comprar el apoyo inglés en el continente, a movilizar todas sus fuerzas para ayudar a la la "pérfida Albión" al otro lado del Atlántico? Basta leer los periódicos franceses para convencerse. El grado de indignación en su amable preocupación por el "honor inglés", sus largas parrafadas sobre la necesidad para Inglaterra de vengar su bandera, sus mezquinas difamaciones de todo lo que es americano, todo esto podría ser pavoroso, si no fuera al mismo tiempo grotesco y repugnante.

Finalmente, los Estados Unidos no perderían un ápice de su dignidad, porque cediesen en este asunto. Inglaterra ha reducido su queja a una pura *falta de procedimiento*, un *error de técnica*. La misma Inglaterra se ha necho sistemáticamente culpable en el curso de todas sus guerras marítimas, mientras que los Estados Unidos no han cesado de protestar contra ella y que el presidente Madison, en su mensaje dando señal a la guerra de 1812, la denuncia como una de las violaciones más indignantes del derecho internacional.[1] Si se quisiera hacer no-

[1] El primero de junio de 1812, el presidente Madison declaró en un mensaje al Congreso que los cruceros británicos no cesaban de violar la bandera americana y se apoderaba de marinos americanos para incorpararlos a

tar, en defensa de los Estados Unidos, que han pagado a Inglaterra en su misma moneda, no se les haría un buen servicio. Con razón, ellos se han desentendido de lo que un capitán ha hecho por su propia iniciativa y de lo que han llamado una usurpación sistemática a expensas de la marina británica.

Obrando así, toda la ventaja está del lado americano. De una parte, Inglaterra reconocería el derecho de los Estados Unidos a inspeccionar todo navío inglés al servicio de la Confederación del Sur y de conducirlo al tribunal competente americano. De otra parte, a los ojos de todo el mundo, Inglaterra habría prácticamente abandonado una pretensión a la que no habían podido hacerle renunciar ni la paz de Gand en 1814,[2] ni las negociaciones de

la fuerza en su flota. Aseguraba que si los Estados Unidos se hubieran permitido hacer lo mismo con la Gran Bretaña, ésta habría puesto el grito en el cielo y "vengado" tan "hiriente enormidad". Finalmente, los Estados Unidos declararon la guerra a Inglaterra que dominaba aún en gran parte de lo que hoy es territorio nacional de los Estados Unidos y que no llegaba a hacerse a la idea de dejar América a los americanos. Los ingleses obtuvieron varias victorias entre 1812 y 1814 e incluso llegaron a ocupar Washington. En esta época, Inglaterra acariciaba la idea de restaurar el viejo régimen tanto en Europa, contra la Francia revolucionaria, como en América. Pero esta idea era ya utópica, se hallaba por encima de sus posibiliddes reales. Por ello, los americanos terminaron por inflingirles una gran derota en Nueva Orleans determinado el final de la guerra que se formalizó en enero de 1815.

[2] En la conferencia de paz de Cand, en 1814, Inglaterra se encontró en excelente posición para negociar. Napoleón estaba en el exilio, sus tropas no se hallaban comprometidas en Europa y podían, por tanto, intervenir más fácilmente en América. De otra parte, la posición de América era desesperada: el gobierno federal estaba haciendo frente a la posibilidad de guerra civil, por la amenaza de Nueva Inglaterra de hacer secesión. En estas circunstancias, la delegación británica rehusó toda concesión. En el

1842 entre lord Ashburton y el ministro Webster.[8] La cuestión se resume a fin de cuenta en esto: ¿preferís utilizar este "incidente desagradable" en vuestro favor o —cediendo a una cólera momentánea— en favor de vuestros enemigos interiores y exteriores?

Desde mi último artículo, de hace ocho días, los títulos consolidados del Estado inglés han bajado todavía un dos por ciento en relación con el viernes último, pues los precios actuales son de 89 y 3/4 a 89 y 7/8 para el dinero líquido y de 90 a 90 1/8 para el nuevo balance del 9 de enero. Esta cotización de los títulos consolidados ingleses corresponde a la que se ha registrado a lo largo de los dos primeros años de la guerra de Crimea. Esta caída de las cotizaciones es respuesta a los graves hechos siguientes: declaraciones belicosas de periódicos americanos llegados aquí por el último correo; irritación de la prensa londinense, cuya moderación desde hace dos días no es más que una finta montada por Palmerston; envío de tropas a Canadá; proclamación prohibiendo la exportación de armas y de material para la fabricación de pólvora, y, por último, fanfarronadas diarias a propósito de los gigantescos preparativos de guerra en los muelles y arsenales marítimos.

tratado de Cand, firmado el 24 de diciembre de 1814, no se hacía mención del enrolamiento forzado de los marinos americanos ni de los derechos de los países neutrales en alta mar. Incluso el problema de las fronteras se remitió a otras negociaciones.

[8] En 1841, lord Ashburton, propietario de varios dominios en el Maine, fue enviado a América para arreglar algunos problemas litigiosos. Después de negociaciones con Webster, secretario de Estado americano, se firmó un tratado en 1842. Los Estados Unidos conseguían las 7/10 partes del territorio en litigio entre el Maine y Canadá. Fueron adoptadas otras disposiciones por las que se regulaba la extradición recíproca de criminales y sobre la "abolición" del tráfico de esclavos.

De una cosa se puede estar seguro: Palmerston quisiera un pretexto legal para una guerra contra los Estados Unidos, pero choca en el gabinete con la oposición más resuelta de los señores Gladstone, Milner Gibson y, en menor grado, de sir Cornewall Lewis. El "noble vizconde" dispone del apoyo de Russell —un instrumento servil entre sus manos— y de toda la camarilla de liberales. Si el gabinete de Washington ofreciera ese pretexto legal deseado, el actual gabinete inglés saltaría y sería reemplazado por un gobierno de conservadores. Los primeros contactos con vistas a tal cambio de escena han tenido ya lugar entre Palmerston y Disraeli. Ello es lo que explica los violentos llamamientos a la guerra del *Morning Herald* y del *Standard* —esos lobos hambrientos que aúllan a la espera de algunas migajas que salgan de las caritativas cajas del Estado.

Los designos de Palmerston se aclaran cuando se les relaciona con algunos sucesos recientes. En la mañana del 14 de mayo, después de haber sido informado por el telégrafo de Liverpool de la llegada del señor Adams la noche del 13 de mayo a Londres, se mostró dispuesto a reconocer a los secesionistas la calidad de beligerantes. Tras una severa lucha con sus colegas, envía tres mil soldados a Canadá,[4] ejército ridículo para ocupar un frente de

[4] Los ingleses utilizaron no solamente México, sino también Canadá en sus planes belicistas contra la Unión Americana. Además, los ingleses seguían manteniendo en sus manos grandes extensiones de territorio al sur de lo que hoy es Canadá. Con motivo de un viaje que en 1888 Engels hizo a los Estados Unidos escribía a Sorge: "Se siente uno extraño cuando pasa de los Estados Unidos a Canadá. La primera impresión es la de haber vuelto a Europa; en realidad, nos encontramos en un país atrasado y retrógrado. Aquí se ve hasta qué punto es necesario al desarrollo rápido de un país nuevo el espíritu febril de especulación de los americanos (suponiendo adquirida la base de la producción capitalista). En diez años, este

mil quinientas millas, pero juego de manos hábil si se trata de aguijonear la rebelión e irritar a la Unión. Hace algunas semanas, insta a Napoleón III a proponer una intervención armada conjunta "en el combate mortal" y después defendió ese proyecto en el gabinete y, si fracasa en hacerlo triunfar, se debe únicamente a la resistencia de sus colegas. Palmerston y Bonaparte decidieron entonces la intervención en México como mal menor. Esta expedición perseguiría dos objetivos: provocar el justo resentimiento de los americanos y, al mismo tiempo, tener el pretexto para enviar una escuadra, dispuesta, como lo dice el *Morning Post,* a "cumplir todos sus deberes en las aguas del Atlántico norte si la actitud hostil del gobierno de Washington nos obliga". En el momento en que esta expedición se realizaba, el *Morning Post,* así como el *Times* y otros lacayos más insignificantes de la prensa de Palmerston escribieron que sería una cosa hermosa, incluso filantrópica, porque expondría a la Confederación esclavista a un doble fuego: el del Norte antiesclavista y el de las fuerzas antiesclavistas de Inglaterra y Francia! ¿Y qué dice el mismo *Morning Post* —una curiosa mezcla de Jenkins y de Rodomonte,[5] de bajeza y de fanfarronada— en su edición de hoy a propósito del mensaje de Jefferson Davis?[6] Es-

Canadá medio dormido estará maduro para la anexión y los mismos granjeros de Manitoba y otras regiones la reclamarán. De todas maneras, el país se halla a medias anexionado en el plano social: los hoteles, los periódicos, la publicidad, etc., todo se hace según el modelo americano". Engels acusa a Inglaterra de ser responsable en gran parte del atraso de esta "colonia", al mantener esta "ridícula línea fronteriza".

[5] Jenkins: nombre popular dado a un lacayo de librea. Rodomonte, rey de Argelia, en el poema "Rolando Furioso", de Ariosto; esta figura personifica la jactancia.

[6] Algunos días después de la captura de los dos emisarios sudistas, Davis envía al Congreso confederado un mensaje destinado a influir en los británicos más bien que

cuchemos al oráculo de Palmerston: "Debemos esperar que esta expedición sea ineficaz durante un periodo de tiempo considerable. Mientras que el gobierno del Norte está demasiado lejos para permitirse intervenir enérgicamente en esta cuestión, la Confederación del Sur se extiende, por otra parte, sobre un largo trayecto a lo largo de la frontera con México, si bien su actitud amistosa frente a los promotores de la intervención tendrá efectos sensibles. El gobierno del Norte ha bromeado siempre sobre nuestra neutralidad, cuando en cambio los gobiernos del Sur, como hombres de Estado discretos y ponderados, han reconocido todo lo que podíamos hacer en beneficio de las dos partes. Tanto en lo que concierne a nuestra empresa en México como en lo que se refiere a nuestra actitud frente al gabinete de Washington, la amistosa moderación de la Confederación del Sur constituye un punto importante a nuestro favor".

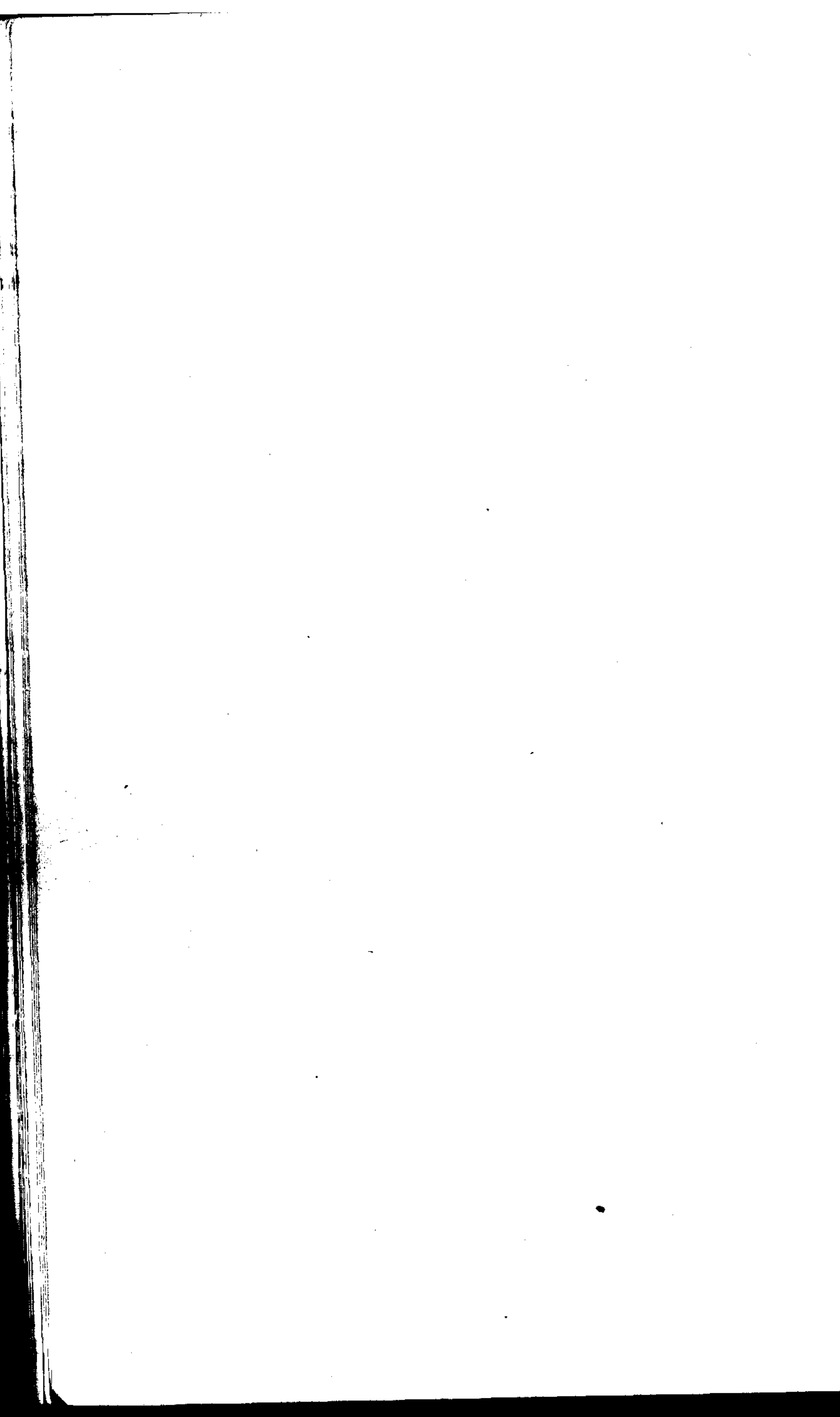
Me permito señalar que el *Nord* del 3 de diciembre —un periódico ruso que, por ese título, es un iniciado en los planes de Palmerston— deja entender que desde el principio la *expedición de México* no ha tenido el objeto que se proclama, sino *que es una forma de guerra contra los Estados Unidos.*

La carta del general Scott[7] ha tenido un efecto

en los sudistas. Apelando a los "instintos" patrióticos de los ingleses, Davis afirma que el Norte reivindicaba una jurisdicción sobre el amplio mar y que la detención de los agentes confederados "en las calles de Londres hubiera tenido el mismo fundamento que la que habían sufrido en alta mar".

[7] El general Winfield Scott, que se encontraba en París en el momento que la noticia del *Trent* llega a Europa, expresa la opinión de que la captura de los emisarios sudistas no podía haber sido autorizada por el gobierno federal. "Estoy convencido —escribía— que el Presidente y el pueblo americanos serían felices liberando a esos hombres [...] si obrando así pudieran contribuir a liberar el comercio mundial".

benéfico sobre la opinión pública e incluso sobre la bolsa de Londres: los conjurados de Downing Street y de las Tullerías han tenido que desmentir a la *Patrie*, la que, haciéndose la informada de fuente oficial, había declarado que el mismo gabinete de Washington había hecho detener a los emisarios sudistas sobre el *Trent*.



Carlos Marx

# EL GABINETE DE WASHINGTON Y LAS POTENCIAS OCCIDENTALES

*Die Presse,*
25 de diciembre de 1861
*Londres, 20 de diciembre de 1861*

Una de las sorpresas más chocantes de la guerra anglo-franco-turco-rusa, por lo demás fértil en sorpresas, fue incontestablemente la declaración de París en la primavera de 1856 sobre el derecho marítimo. Cuando estalla la guerra contra Rusia, Inglaterra suspendió la utilización del arma más poderosa que tenía: la confiscación de las mercancías pertenecientes al enemigo sobre barcos neutrales y la guerra de corso en el mar. Al final de la guerra, Inglaterra destruyó sus armas y sacrificó los restos en el altar de la paz. Aunque oficialmente vencida, Rusia goza de una concesión que, desde los tiempos de Catalina, vanamente se había esforzado por arrancar por una serie de "neutralidades armadas",[1] de guerra y de intrigas diplomáticas.

[1] Durante la guerra de la independencia americana, el almirantazgo inglés pretendía tener el derecho de visita y de captura de navíos neutrales que comerciaran con América y transportaran armas de contrabando. Catalina de Rusia aprovechó la ocasión para oponerse a las pretensiones inglesas de hegemonía sobre el mar, que eran fatales a Rusia. Hizo una declaración sobre la neutralidad armada el 11 de marzo de 180 proponiendo que los navíos neutrales tuvieran el derecho de oponerse por la fuerza a los ataques de los Estados beligerantes; que las potencias neutrales tuviesen derecho a comerciar libremente con los beligerantes, que la propiedad enemiga fuera inviolable desde que circulara bajo pabellón neutral. No admitía el bloqueo más que en el caso en que la entrada en un puerto se hallara prácticamente bloqueada por navíos de guerra. De 1780 a 1783, la diplomacia rusa supo

Aun habiendo manifiestamente ganado la guerra, Inglaterra renuncia, por el contrario, a los potentes medios de ataque y defensa que se había forjado en tanto que potencia marítima y que detentaba desde hacía siglo y medio contra un mundo en armas.

Las consideraciones humanitarias que sirven de pretexto a la Declaración de 1856,[2] se desvanecen ante el examen superficial de los hechos. La acción en mar de los corsarios no es más *bárbara* que la de los cuerpos de voluntarios o de guerrilleros en las guerras terrestres. La acción en corso en el mar es la guerrilla marina. La confiscación de los bienes privados de una nación beligerante también se produce en la guerra terrestre. ¿Es que las requisas militares se limitan a las cajas del gobierno enemigo y respetan la propiedad de las personas privadas? La naturaleza de la guerra terrestre protege los bienes enemigos que se hallan en territorio neutral, es decir, bajo la soberanía de una potencia neutral. La naturaleza de la guerra marítima borra esas barreras, por el hecho de que el mar, en tanto que gran vía de intercomunicación entre naciones,

ganarse a este proyecto a Dinamarca, Suecia, Prusia, Austria, Portugal y el reino de las dos Sicilias. En 1800, Napoleón intentó utilizar contra Inglaterra la liga de la "neutralidad armada del norte" (Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca).

[2] "Declaración sobre los principios del derecho marítimo internacional" adoptada el 16 de abril de 1865 en el Congreso de París. Prohibía las operaciones de corsarios (es decir, la guerrilla en el mar) e inauguraba, pues, la era de las guerras navales entre Estados oficiales. Garantizaba la protección de los navíos de comercio de los Estados neutrales contra las molestias y abusos de las potencias beligerantes. En realidad, la declaración fue un triunfo para Rusia, la que, en caso de guerra, habría sido asfixiada por un bloqueo marítimo, dado que su industria se hallaba aún demasiado atrasada para bastar a las necesidades normales y con mayor razón las excepcionales de un país en guerra.

no puede pertenecer a la soberanía de ninguna potencia neutral.

De hecho, sin embargo, la Declaración de 1856 encubre una gran inhumanidad bajo la fraseología filantrópica. Desde el punto de los *principios, transforma la guerra de los pueblos en guerra de los gobiernos*. Dota a la propiedad de una inviolabilidad que niega a las personas. Emancipa al comercio de los horrores de la guerra y así hace indiferentes hacia tales horrores a las clases que ejercen el comercio y la industria. De todas maneras, los pretextos humanitarios de la Declaración de 1856 no se dirigían más que a la galería europea, lo mismo que los pretextos religiosos de la Santa Alianza.

Es un hecho bien conocido que lord Clarendon —el firmante de los derechos marítimos ingleses en el Congreso de París— ha obrado sin acuerdo o instrucción previa de la Corona, como lo manifiesta en la Cámara Alta. Tenía plenos poderes por medio de una *carta privada* de Palmerston. Hasta ahora, Palmerston no se ha atrevido a pedir al Parlamento inglés la sanción de la Declaración de París y su firma por Clarendon. Haciendo abstracción de los debates sobre el contenido de la Declaración, teme a los debates sobre la cuestión constitucional, a saber: ¿puede un ministro inglés usurpar el derecho de borrar de un plumazo —independientemente de la Corona y el Parlamento— la antigua base de la potencia marítima inglesa? Si ese golpe de Estado ministerial no ha originado interprelaciones tumultuosas, sino que ha sido aceptado en silencio como un hecho, lo debe Palmerston a la escuela manchesteriana.[8] Para servir los intereses que representa —y, por tanto, la filantropía, la civilización y el

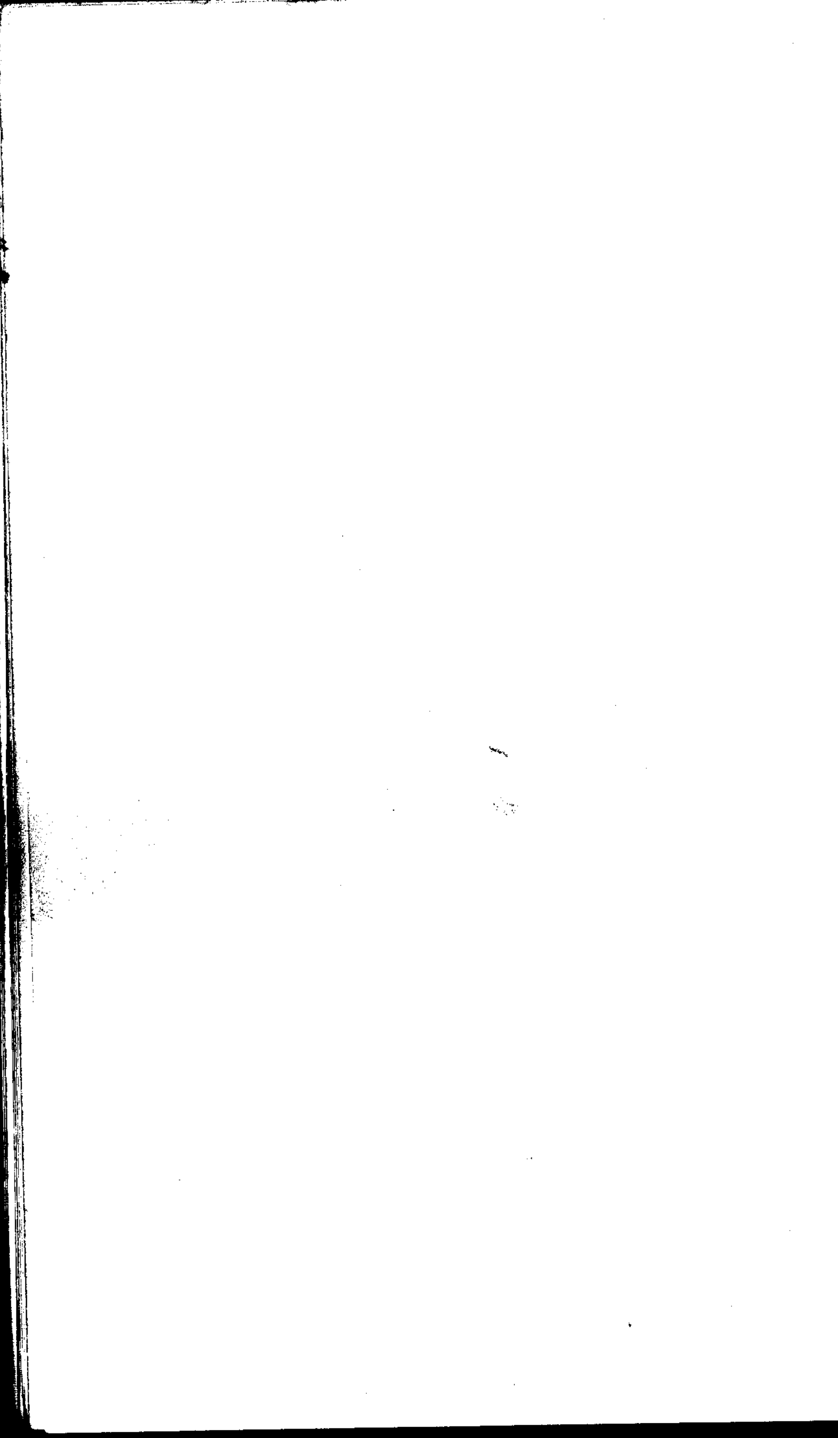
[8] Esta escuela defiende en economía política los principios de libre cambio y en filosofía el liberalismo. Marx demuestra aquí que el liberalismo cambia la noción de Estado y se adhiere al dirigismo.

progreso— aquélla ha descubierto un medio, gracias al cual el comercio inglés puede continuar tranquilamente sus negocios con el enemigo a través de navíos neutrales, mientras que marinos y soldados ingleses se baten por el honor de la nación. Los hombres de Manchester la gozaron porque el ministro había obligado a Inglaterra, por un golpe de mano inconstitucional, a concesiones internacionales, que era muy improbable conseguir por la vía parlamentaria constitucional. Por ello se explica la indignación del partido manchesteriano en Inglaterra, con motivo de la revelación del Libro Azul que entregó Seward al Congreso de los Estados Unidos. Como se sabe, los Estados Unidos, fue la única gran potencia que rehusó adherirse a la Declaración de París de 1856. Efectivamente, si renunciaban a la acción de corso en el mar, estaban obligados a crear una gigantesca marina estatal. Ahora bien, todo debilitamiento de sus medios de guerra en el mar le obligaba a cargar con el peso de un ejército de tierra permanente según los criterios europeos. Sin embargo, el presidente Buchanan se muestra dispuesto a ratificar la Declaración de París, en el caso de que —con excepción del contrabando de guerra— se asegurara la misma inviolabilidad a toda propiedad enemiga o neutral que se halle en barcos. Su proposición fue rechazada. Se desprende del Libro Azul de Seward que al momento de su entrada en funciones, Lincoln ofreció a Inglaterra y Francia la adhesión de los Estados Unidos a la Declaración de París, a condición de que la prohibición de la acción en corso en el mar se extendiese a la facción rebelde de los Estados Unidos, a saber, a la Confederación del Sur. Naturalmente, la respuesta que recibió fue el reconocimiento de beligerancia a la Confederación del Sur.[4]

[4] La reina Victoria replica al bloqueo de los puertos de

"La humanidad, el progreso y la civilización" sugirieron a los gabinetes de Saint-James y de las Tullerías que la prohibición de la acción corsaria en mar reduciría considerablemente las posibilidades de la secesión y, por tanto, de la disolución de los Estados Unidos. La Confederación fue, pues, reconocida a toda prisa como parte beligerante, a fin de que se pudiera responder en seguida al gabinete de Washington que Inglaterra y Francia no podían evidentemente reconocer la proposición de una de las partes beligerantes como ley que obliga a la otra parte beligerante. Desde el principio de la guerra civil, la misma "noble honestidad" inspira todas las negociaciones diplomáticas de Inglaterra y Francia con el gobierno de la Unión, y si el *San Jacinto* no hubiera inspeccionado el *Trent* en la ruta de las Bahamas, hubiera bastado cualquier otro incidente para servir de pretexto al conflicto que lord Palmerston está anhelando.

la Confederación por el Norte (abril de 1861) proclamando la neutralidad de Inglaterra en la guerra civil americana el 13 de mayo de 1861. Por lo demás, el bloqueo no será reconocido más que en el caso de que sea eficaz. Inglaterra admite el derecho de los sudistas a apoderarse de los navíos del Norte en alta mar. De este modo, la declaración venía a reconocer de hecho la Confederación del Sur como potencia beligerante.



Carlos Marx

# A PROPOSITO DE LA CRISIS DEL ALGODON

*Die Presse*,
8 de febrero de 1862

Se ha celebrado hace algunos días en Manchester la asamblea anual de la Cámara de Comercio. Esta representa al Lancashire, el más importante distrito industrial del Reino Unido y el centro principal de la manufactura de algodón británica. El presidente de la asamblea —M. E. Potter— y los principales oradores —señores Bazley y Turner— representan a Manchester y a una parte del Lancashire en los Comunes. Las deliberaciones de esta asamblea nos muestra *oficialmente* cuál será la actitud del gran centro de la industria algodonera en el "senado de la nación" en lo que concierne a la crisis americana.

Con motivo de la asamblea tenida el año *anterior* por la Cámara de Comercio, el señor Ashworth, uno de los más importantes barones del algodón, había celebrado en términos ditirámbicos la expansión inaudita de la industria algodonera inglesa en el curso del último decenio. Señala especialmente que las crisis comerciales de 1847 y 1857 no habían provocado caída alguna de las exportaciones inglesas de hilos y tejidos de algodón. Explica este fenómeno por las virtudes maravillosas del sistema de librecambio introducido en 1846. En esa época ya, ese lenguaje sonaba a vacío: ¿cómo un sistema incapaz de ahorrar a Inglaterra las crisis de 1847 y 1857 podía sustraer una rama de industria inglesa *particular* —la del algodón— a la influencia de la crisis general?

Pero ¿qué es lo que escuchamos hoy? Todos los oradores, comprendiendo al Sr. Ashworth, reconocen que, desde 1858, se registra un atascamiento sin precedentes de los mercados asiáticos y que a consecuencia de una *sobreproducción* masiva y continuamente mantenida, había que esperar la actual saturación, *incluso si no hubiera habido guerra civil americana, tarifa Morrill y bloqueo.* Ciertamente, queda por saber si la caída de las exportaciones del último año habría alcanzado seis millones de libras esterlinas sin esas circunstancias agravantes; aunque así sea, hay que admitir que los principales mercados de Asia y de Australia tienen una provisión de artículos algodoneros ingleses suficiente para doce meses

La actual crisis de la industria del algodón inglés no se deriva simplemente del bloqueo americano, sino de la sobreproducción inglesa, como lo confiesa *ahora* la autoridad competente en la materia, la Cámara de Comercio de Manchester. Pero ¿cuáles serían los efectos de la continuación de la guerra civil americana? A esta pregunta, obtenemos de nuevo una respuesta unánime: *infinitos sufrimientos de las clases laboriosas y ruina de los pequeños fabricantes.*

El señor Cheatham señala: "Se pretende en Londres que nosotros tenemos aún suficiente algodón para continuar dando trabajo. Pero no se trata solamente de algodón. Se trata, ante todo, de *precios.* Con los precios actuales, los fabricantes se comerían su capital".

En estas condiciones, la Cámara de Comercio se declara resueltamente opuesta a *toda intervención cualquiera que sea* en los Estados Unidos, aunque la mayor parte de sus miembros estuvieran bastante influidos por el *Times* para considerar como inevitable la disolución de la Unión.

El señor Potter afirma: "Lo último que podríamos aconsejar nosotros sería la intervención. El último lugar de donde partiría una propuesta semejante sería Manchester. Nada *nos* determinará a aconsejar alguna cosa moralmente mala".

El señor Bazley: "El motivo de la disputa americana debe estar sometido al principio de la más estricta no-intervención. El pueblo de cada país debe ordenar sus propios asuntos sin perturbación exterior".

El señor Cheatham: "En este distrito, la opinión dominante se rebela contra toda intervención en el litigio americano. Hay que expresarlo claramente, porque en caso de duda la otra parte podría ejercer una presión extraordinaria sobre el gobierno".

¿Qué aconseja, pues, la Cámara de Comercio? El gobierno inglés debe eliminar todos los obstáculos que continúan frenando, por falta de la Administración, el cultivo de algodón en la India. Debe especialmente abolir la tasa del diez por ciento sobre las importaciones que gravan en la India los hilos y tejidos ingleses. En cuanto el régimen de la Compañía de las Indias Orientales, fue eliminado,[1] en cuanto las Indias Orientales fueron incorporadas al imperio británico, Palmerston, por intermedio del señor Wilson, introdujo en la India esta tasa de importación y ello en el momento en que vendía Saboya y el condado de Niza a cambio del acuerdo comercial anglo-francés.[2] En tanto que el mercado

[1] En julio de 1858, el Parlamento inglés adopta una ley destinada a "mejorar la administración de la India" y el poder pasa de la Compañía de las Indias Orientales a las manos de la Corona. Esta ley preveía la constitución de un Consejo indio, a título de órgano deliberante afecto al Ministerio de los Asuntos Indios. El gobernador general obtenía el título de virrey y se convirtió en el ejecutante del Ministerio de Colonias de Londres.

[2] En 1858, Francia y Cerdeña concluyeron un acuerdo secreto: Victor Manuel aceptó ceder el condado de Niza

francés se abría en cierta manera a la industria inglesa, el mercado de las Indias Orientales se le cerraba en gran parte.

A este propósito, el señor Bazley señala que, después de introducirse esa tasa, se exportaron grandes cantidades de máquinas a Bombay y Calcuta, donde se han levantado fábricas de estilo inglés. Estas se disponen a sustraerle los mejores algodones indios. Si se añade a este diez por ciento de tasa de importación el quince por ciento de gastos de transporte, los rivales artificialmente suscitados por la iniciativa del gobierno inglés gozan de una tarifa proyectora del veinticinco por ciento.

En general, la asamblea de los altos dignatarios de la industria inglesa expresa su amargo resentimiento frente a las tendencias proteccionistas, que se desarrollan cada vez más en las colonias, especialmente en Australia. Esos señores olvidan que, durante más de siglo y medio, esas colonias han protestado inútilmente contra el "sistema colonial" de la metrópoli. En ese momento, las colonias reclamaban el librecambio, mientras que Inglaterra se encastillaba en la prohibición. Hoy, Inglaterra predica el librecambio, y las colonias encuentran que el proteccionismo frente a Inglaterra está más de acuerdo con sus intereses.

y Saboya a Napoleón III a cambio de la ayuda de Francia contra Austria. La guerra estalla en 1859 y aunque Napoleón arregló a toda prisa la paz con Austria abandonando prácticamente a su aliado, reivindica, sin embargo, Niza y Saboya, que Cerdeña terminó por ceder (marzo de 1860). El gobierno de Palmerston protesta contra "esta ofensa" y usa incluso de un lenguaje que traslucía una amenaza de guerra. No obstante, no tomó medida alguna, porque "temía" que Napoleón pudiera anular el reciente tratado comercial entre Francia e Inglaterra que contemplaba disminuir los derechos sobre los artículos manufacturados ingleses.

Carlos Marx

# EL HUMANITARISMO BRITANICO Y AMERICA

*Die Presse*,
20 de junio de 1862
*Londres, 14 de junio de 1862*

Como la libertad en Francia, el humanitarismo en Inglaterra se ha convertido en artículo de exportación para los *negociantes de la política*. Nos acordamos del tiempo en que el zar Nicolás hizo zurrar con látigos por sus soldados a damas polacas [1] y en que lord Palmerston encuentra "no política" la indignación expresada por algunos parlamentarios. Nos recordamos de una sublevación en las islas Jónicas [2] hace una decena de años, que brindó la ocasión al gobierno local inglés de hacer zurrar también a un buen número de mujeres griegas. *"Aprobamos esta medida"* dijeron Palmerston y sus colegas liberales, entonces en el gobierno. Hace apenas unos pocos años, el Parlamento aprobó que los recaudadores de impuestos usaran contra las mujeres de los campesinos indios, medios de presión tan infames que vedan facilitar detalles. Ciertamente, Palmerston y sus colegas no tuvieron el descaro de justificar esas atrocidades, pero qué gritos habrían dado, si un gobierno *extranjero* se hubiera

[1] Se alude a la salvaje represión de los rusos con motivo de la insurrección polaca de 1831.

[2] Inglaterra había instaurado en 1815 su protectorado sobre las islas Jónicas, archipiélago situado a lo largo de la costa oeste de Grecia, entre cuyas islas se encuentra Corfú. Entre finales de 1858 y principios de 1859, la población se levantó abiertamente contra el poder absoluto del alto comisario británico y exigió su incorporación a Grecia. Esta lucha desembocó finalmente en la incorporación de las islas Jónicas a Grecia en 1864.

permitido proclamar públicamente su indignación ante las infamias inglesas y hubiera manifestado claramente su voluntad de intervenir en caso de que Palmerston y sus colegas no desautorizaran inmediatamente a los funcionarios del fisco indio. Ahora bien, el mismo Catón el censor no habría podido velar más ansiosamente por las costumbres de los romanos que los aristócratas ingleses y sus ministros por el "humanitarismo" de los beligerantes yanquis.

La ocasión para los aristócratas británicos de airear su humanitarismo —como ya lo fueron anteriormente las damas del puerto de Charleston— la ofrecen las damas de Nueva Orleans, bellezas amarillentas, cubiertas de joyas del mayor mal gusto, comparables a las buenas mujeres de los viejos mexicanos, con la diferencia que no se comen a sus esclavos en carne y hueso. Las mujeres inglesas (no se trata de señoras, pues no tienen esclavos) que padecen hambre en Lancashire no han soltado hasta aquí la lengua al más modesto parlamentario; el grito de miseria de las mujeres irlandesas que, como consecuencia de la expulsión progresiva de los pequeños campesinos de la verde Eire son lanzadas semidesnudas a los caminos y expulsadas de sus casas como si los tártaros hubieran vuelto, no ha encontrado hasta aquí más que un solo eco por parte de los lords, en los Comunes o en el gobierno de su Majestad: la homilia sobre los derechos absolutos de la propiedad rústica.[3]

Pero, vamos, ¡las damas de Nueva Orleans! evidentemente es otra cosa. Tienen el espíritu demasiado esclarecido para participar en el tumulto de la guerra, cual las diosas del Olimpo, o para preci-

[3] Clara alusión a las leyes sobre los propietarios terratenientes y los granjeros de noviembre de 1852. Marx ha consagrado numerosos artículos a estas medidas que golpeaban duramente a Irlanda.

pitarse en las llamas, cual las mujeres de Sagunto.[4] Han inventado un nuevo modo de heroísmo que escamotea todo peligro, un modo que solamente podían inventar esclavistas, o mejor esclavistas de un país donde la parte libre de la población, cuando no posee esclavos como los ciudadanos del mundo antiguo, está hecha de comerciantes de profesión, negociantes en algodón, en azúcar o en tabaco. Sus hombres habían huido de Nueva Orleans o se habían encerrado en sus graneros, cuando estas damas se precipitaron en las calles para escupir a la cara a las tropas victoriosas de la Unión o para sacarles la lengua, o, en fin, para como Mefistófeles "hacerles gestos obscenos" y gritarles insultos. Esas furias creían poder ser "impunemente" mal educadas.

Allá ellas con su heroísmo. El general Butler lanza una proclama notificándoles que si continuaban el juego de mujeres de la calle, serían tratadas como tales.[5] Aunque abogado de oficio, el general Butler no parece haber estudiado seriamente el derecho escrito inglés, porque con este auxilio les habría podido pura y simplemente prohibir el acceso a la calle, imitando las leyes impuestas a Irlanda bajo Castlereagh. La advertencia de Butler a las "damas" de Nueva Orleans ha suscitado tal indignación moral en el conde Carnarvon, en sir J. Walsh (que jugó un papel tan grotesco y odioso en Irlanda) y el señor Gregory (que había pedido hace ya va-

[4] Ciudad de España, de la provincia de Valencia, junto al Mediterráneo, que el año 219 antes de J.C., apoyada por Roma, resistió un duro asedio de ocho meses antes de ser ocupada por el capitán cartaginés Anibal. Las mujeres lucharon al lado de los hombres y algunas de ellas prefirieron lanzarse a las llamas antes que rendirse.

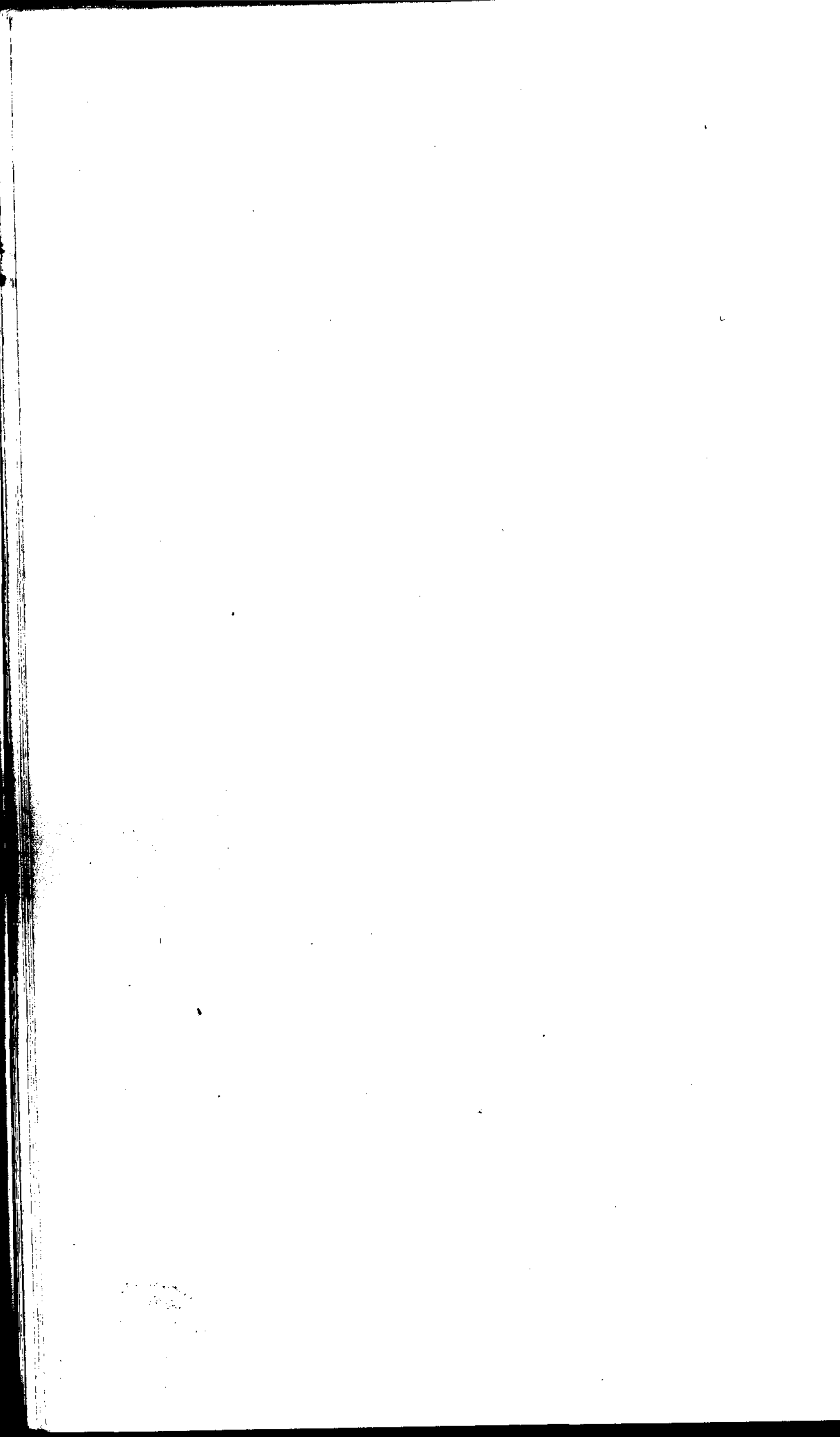
[5] El general Benjamín Butler dictó la orden de que las señoras de Nueva Orleans que, de palabra o con ademanes, mostraran su desprecio por los oficiales y soldados de la Unión "serían consideradas y tratadas como mujeres del arroyo en ejercicio de su profesión'.

rios años el reconocimiento de la Confederación), que el conde, el señor y el "hombre sin título ante su nombre" interpelaron en los Comunes al Ministerio a fin de conocer qué gestiones se proponían emprender en nombre de la "humanidad" ultrajada.

Russell y Palmerston fustigaron a la limón a Butler y pretendieron que su gobierno lo desautorizara. Palmerston, de tan tierno corazón, reconoció en otro tiempo, a pesar de la reina y sin información previa de sus colegas, el *golpe de Estado* de diciembre de 1851, sin duda, por simple admiración "humana", aunque en aquella ocasión numerosas "damas" fueron muertas y otras violadas por los suavos. Ahora bien, ese mismo vizconde de tierno corazón declara que la advertencia de Butler es una "infamia". Y bien, es que se quiere prohibir a las damas y, por añadidura, a damas que tienen el privilegio de poseer esclavos, exhalar su rabia y su odio contra los simples soldados del ejército unionista, hecho de campesinos, artesanos y otros malcriados. ¡Ciertamente, es "infame"!

Nadie se engaña aquí con esta farsa humanitaria. Se trata, sea de suscitar, sea de reforzar el espíritu de intervención, especialmente entre los franceses. Así, después de las primeras explosiones melodramáticas, los caballeros de la humanidad en la Cámara Alta y Baja —como bajo una orden— rechazaron la máscara de la emoción. Sus declamaciones servían de prólogo a la cuestión siguiente: el emperador de los franceses ha tomado contacto con el gobierno inglés para una mediación, y debemos esperar que se le responderá favorablemente. Russell y Palmerston declararon que no estaban al corriente de tal ofrecimiento. Russell declaró que el momento presente era desfavorable a toda mediación. Palmerston, más prudente y reservado, se contenta con decir que el gobierno inglés no buscaría mediación *en* este momento.

El plan consiste en que, durante la intersesión parlamentaria, Francia juegue su papel mediador y que en otoño —cuando se haya asegurado lo de México— se empezará a intervenir en los Estados Unidos. La pausa actual en el teatro de la guerra americana ha sacado de su languidez a quienes especulan con la intervención en Saint James y en las Tullerías. Esta misma pausa es debida a una falta estratégica de los nordistas en la conducción de la guerra. Si después de sus victorias en Tennesse, el ejército de Kentucky, en lugar de dejarse atraer hacia una vía secundaria al sur de Missisipi, hubiera avanzado rápidamente hacia los nudos ferroviarios de Georgia, los Reuter y Cía. carecerían de aliento para rumores de "intervención" y de "mediación". Como quiera que sea, Europa no debe desear nada con tanto fervor como un *"golpe de Estado"*, con vistas a "restaurar el orden en los Estados Unidos" y de salvar, también allí, la civilización.



Carlos Marx

# A PROPOSITO DEL ESCAMOTEO DEL DESPACHO DE SEWARD

*Die Presse*,
18 de enero de 1862
*Londres, 14 de enero de 1862*

El difunto asunto del *Trent* acaba de resucitar, pero esta vez como *casus belli* no entre Inglaterra y los Estados Unidos, sino entre el pueblo inglés y el gobierno inglés. Este nuevo *casus belli* será examinado en el Parlamento, que se reúne el mes próximo. No hay duda de que ambos han tomado nota de la polémica llevada por el *Daily News* y el *Star* contra el *Morning Post* a propósito del escamoteo y la supresión del despacho de paz del señor Seward del 30 de noviembre, que el embajador americano ha leído el 19 de diciembre a lord John Russell.

Que se me permita volver sobre este asunto. No bien el *Morning Post* hubo asegurado que el despacho de Seward no tenía la menor relación con el incidente del *Trent*, los efectos de Bolsa se pusieron a bajar, y propiedades que se elevan a muchos millones cambiaron de mano, con pérdidas de un lado y provecho de otro. Se comprende que los medios de negocios y la industria se muestren indignados por la mentira totalmente injustificada del semioficial *Morning Post* y por la publicación del despacho de Seward.

En la tarde del 9 de enero, la noticia de paz llega a Londres. La misma noche, el *Evening Standard* interpela al gobierno sobre el escamoteo del despacho de Seward del 30 de noviembre. Al día siguiente

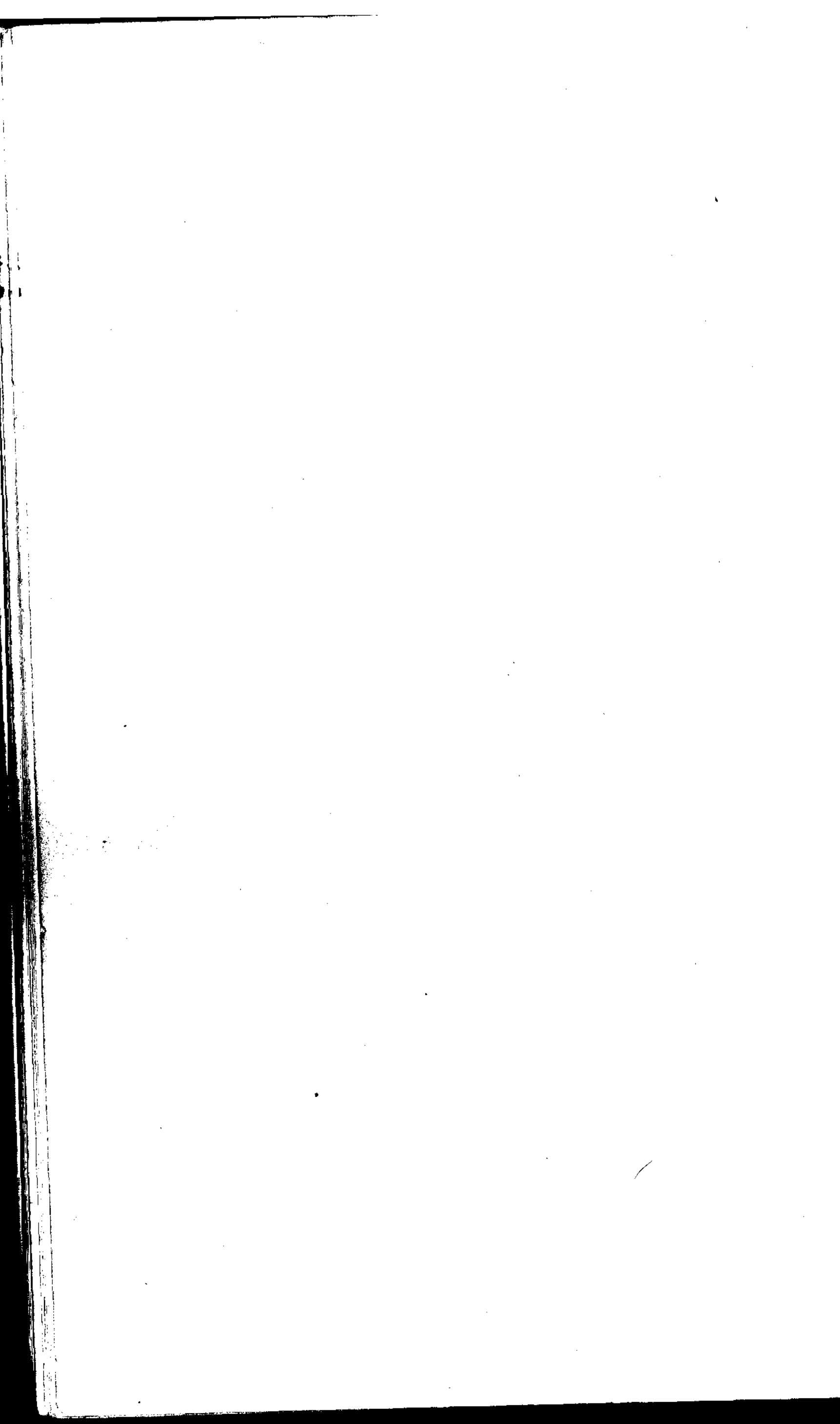
te, 10 de enero, el *Morning Post* respondió así: "¿Se pregunta por qué no se ha oído hablar antes del despacho de Seward, que el señor Adams ha recibido en diciembre? La explicación es muy sencilla: el despacho recibido por el señor Adams *no había sido comunicado a nuestro gobierno*".

La noche del mismo día, el *Star* le propina al *Post* un desmentís rotundo y afirma que su "rectificación" no era más que una miserable escapatoria. Naturalmente, el despacho no había sido "comunicado", sino *leído* a lord Palmerston y lord Russell por Adams.

Al día sigoiente, sábado 11 de enero, el *Daily News* entra en liza y prueba a partir del artículo del *Morning Post* del 21 de diciembre, que este último y el gobierno se hallaban perfectamente al corriente desde ese tiempo, del despacho de Seward, que falsificaron deliberadamente. La noche del 11 de enero, el semioficial *Globe* anuncia que Adams había ciertamente comunicado el despacho de Seward al gobierno el 19 de diciembre, pero, sin embargo, "no contenía oferta de parte del gabinete de Washington", ni "cualquier excusa por el ultraje hecho a nuestra bandera por el capitán Wilkes". Esta confesión vergonzosa de que se había abusado deliberadamente del pueblo inglés durante tres semanas no hizo sino avivar el fuego en lugar de apagarlo. Un grito de cólera resuena en todos los periódicos de los distritos industriales de Gran Bretaña y ayer encontraba eco hasta en la prensa conservadora. Anotemos que todo el asunto ha sido removido no por los políticos, sino por los hombres de negocios.

El *Morning Star* de hoy observa a este propósito: "Uno de los responsables del escamoteo de la verdad es, indudablemente, lord John Russell; él es, también, quien ha dejado sin desmentir las false-

dades del *Morning Post,* pero es incapaz de haber dictado el artículo irresponsable, nefasto y mentiroso que el periódico publica el 21 de diciembre [...]. Solamente un hombre tal cual el ministro que fabrica la guerra afgana puede haber sido capaz de escamotear el despacho de paz de Seward. La tonta indulgencia de los Comunes le ha perdonado esta ofensa: ¿no van a unirse Parlamento y pueblo para castigarlo por esta nueva falta?"



**Carlos Marx**

# UN GOLPE DE ESTADO DE LORD JOHN RUSSELL

*Die Presse*,
21 de enero de 1862
*Londres, 17 de enero de 1862*

La actitud de lord John Russell durante la última crisis era muy incómoda, incluso para un hombre que en toda su carrera parlamentaria ha demostrado que raramente vacila en sacrificar una fuerza real a una posición oficial. Nadie ha olvidado que lord John Russell ha perdido su puesto de Primer Ministro en provecho de Palmerston, pero nadie parece acordarse que tiene de Palmerston el Ministerio de Asuntos Exteriores. El mundo entero considera como axioma evidente que Palmerston dirige el gabinete en su nombre y la política extranjera en nombre de lord Russell.

A la llegada de a primera noticia de paz de Nueva York, liberales y conservadores entonaron a cual mejor las trompetas de la fama para alabar la sagacidad de estadista de Palmerston, mientras que el Ministro del Exterior, lord John Russell, no recibía ni siquiera un accesit por su papel de asistente. Fue completamente ignorado. Pero en cuanto el escándalo del escamoteo del despacho americano del 30 de noviembre estalló, el nombre de Russell resucita de entre los muertos.

El ataque y la defensa descubrieron entonces que el ministro *responsable* de los Asuntos Axteriores se llamaba lord *John Russell*. Pero he aquí que Russel perdió la paciencia. Sin esperar la apertura del Parlamento y contrariamente a todos los usos ministeriales, publica en seguida en la *Gazette*

oficial del 12 de enero su propia correspondencia con lord Lyons. Esta demuestra que el señor Adams ha leído el 19 de diciembre a lord John Russell el despacho de Seward del 30 de noviembre; que Russell ha reconocido expresamente que ese despacho contenía excusas por el gesto del capitán Wilkes y que el señor Adams —según las revelaciones de Russell— estaba seguro de la salida pacífica del incidente. Después de esta revelación *oficial*, ¿qué queda del *Morning Post* del 21 de diciembre, que había negado la llegada de un despacho de Seward sobre el incidente del *Trent*?; ¿qué queda del *Morning Post* del 10 de enero, que acusaba al señor Adams de haber suprimido el despacho?; ¿qué queda de todos los rumores de guerra expandidos por la prensa de Palmerston, del 19 de diciembre de 1861 al 8 de enero de 1862?

¡Peor aún! El despacho de lord John Russell a lord Lyons del 19 de diciembre de 1861 demuestra que el gabinete inglés *jamás ha presentado un ultimátum de guerra* a los Estados Unidos; que lord Lyons *jamás* ha recibido la instrucción de abandonar Washington siete días después del envío del "ultimátum"; que Russell había ordenado al embajador evitar toda apariencia de amenaza y, en fin, que el gabinete inglés estaba determinado a no tomar una *decisión definitiva* sino *después de recibir* la respuesta americana. Toda la política ruidosa de la prensa palmerstoniana, que encuentra eco tan servil en el continente, ha sido, pues, una pura quimera. Nunca se ha practicado en la realidad. Prueba simplemente —como lo declara hoy un periódico londinense— que Palmerston "trataba de contrarrestar la política proclamada por el *Consejo responsable* de la Corona y que tiene, pues, fuerza de ley".

El hecho siguiente demuestra que el *golpe de mano* de lord John Russell ha caído sobre la prensa

palmerstoniana como un trueno en cielo sereno. El *Times* de ayer ha esquivado la dificultad pasando pura y simplemente en silencio la correspondencia de Russell. Apenas hoy reproduce en sus columnas el artículo de la *Gazette* londinense, introducida y comentada con un editorial que evita temerosamente el punto central, a saber, el *conflicto que opone el pueblo inglés al gobierno inglés,* y no lo aflora sino con esta frase que expresa su mal humor: "Lord John Russell se ha tomado mucho trabajo para encontrar mención de una *excusa* en el despacho de Seward". La cólera de Júpiter tonante del *Printing Square House* se evapora, por el contrario, como humo en un segundo artículo donde declara que el señor Gilpin, que es Ministro de Comercio y partidario de la escuela de Manchester, es indigno de participar en el gobierno. Sin embargo, este antiguo librero, este demagogo y apóstol del justo medio que es Gilpin no pasa ante nadie por un héroe. Ahora bien, el martes último, en una reunión pública en Northampton, del que es representante en el Parlamento, ha cometido este gran delito: ha exhortado al pueblo inglés a impedir por medio de manifestaciones públicas un reconocimiento intempestivo de la Confederación del Sur que estigmatizaba inconsideradamente como fruto del esclavismo. Como si —ruge el *Times* indignado—, como si Palmerston y Russell —el *Times* se acuerda súbitamente de la existencia de lord John Russell— ¡no hubieran consagrado toda su vida a combatir la esclavitud! Era seguramente una indiscreción cuidadosamente *calculada* del señor Gilpin la de invitar al pueblo inglés a entrar en liza contra los ardores proesclavistas del Ministerio al que él mismo pertenecía. Pero, como lo hemos dicho, el señor Gilpin no es un héroe. Toda su carrera testimonia sus débiles disposiciones al papel de mártir. Su indiscre-

ción tuvo lugar el mismo día en que lord John Russell procedió a su golpe de mano. De todo esto podemos terminar que el gabinete no forma una "familia unida y feliz" y que algunos de sus miembros se han hecho a la idea de un "divorcio".

El *epílogo ruso* del drama del *Trent* no es menos notable que su rebote ministerial inglés. Durante todo este alboroto, Rusia había guardado silencio y había permanecido con los brazos cruzados en la retaguardia. Pero he aquí que se precipita al escenario, golpea la espalda del señor Seward y declara que ha llegado el momento de arreglar definitivamente la cuestión de los derechos marítimos de los Estados neutros. Como se sabe, Rusia estima que tiene por misión poner las cuestiones urgentes de la civilización en el orden del día de la historia mundial en el buen momento y el lugar adecuado. Naturalmente, Rusia se halla al abrigo de cualquier ataque de toda potencia marítima, tan pronto como ésta, renunciando a sus derechos de beligerancia frente a Estados neutrales, pierde el medio de dominar el comercio exterior ruso. La declaración de París de 1856, copia *literalmente* algunas partes del tratado de neutralidad "armada" de 1780 contra Inglaterra. ¡Qué ironía del destino, si el *conflicto anglo-americano* se acabase con la ratificación por el Parlamento y la Corona ingleses de una concesión que dos ministros ingleses han hecho, por su propia iniciativa, a Rusia al final de la guerra anglo-rusa

Carlos Marx

# EL DEBATE SOBRE LA SUTILEZA

*Die Presse,*
12 de febrero de 1862
*Londres, 7 de febrero de 1862*

...La parte "técnica" de los debates se desenvuelve alrededor de los Estados Unidos, México y Marruecos.

En lo que concierne a los Estados Unidos, *los de fuera* (que no forman parte del Ministerio) hicieron elogio de *los de dentro* (que son los *felices poseedores*). Derby, el jefe conservador de la Cámara de los Lores, y Disraeli; el jefe conservador de la Cámara los Comunes, no se levantaron contra el gobierno, sino más bien uno contra otro.

Ante todo, Derby declara su amargura por la ausencia de una "presión exterior" del pueblo. Ciertamente, "admiraba" el estoicismo y la dignidad de los obreros de fábrica, pero en lo que concierne a los dueños de fábrica, se veía obligado a excluirlos de sus alabanzas. El trastorno americano llegaba oportunamente para ellos, pues la sobreproducción y el atasco de todos los mercados les hubieran, de todas formas, impuesto restricciones comerciales.

Derby prosiguió atacando violentamente al gobierno de la Unión, que "se ha expuesto a sí mismo y ha expuesto a su pueblo a las humillaciones más indignas"; no ha obrado en *gentleman,* porque no ha tomado la iniciativa de devolver voluntariamente Masson, Slidell y Cía. y de presentar sus excusas.

Su segundo en los Comunes, Disraeli, comprendió en seguida cuán perjudicial para las esperanzas ministeriales de los conservadores era la carga de

Derby. El hizo el contrapunto declarando: "Si yo considero las graves diificultades que los hombres de Estado americano han de afrontar, llegaría a decir que lo han hecho de manera viril y valerosa".

De otra parte —con su habitual espíritu de consecuencia—, Derby protesta contra las "nuevas doctrinas" en materia de derecho marítimo. Inglaterra había defendido siempre los derechos de los beligerantes contra las pretensiones de los Estados neutrales. Ciertamente, lord Clarendon había hecho una "peligrosa" concesión en París en 1856. Por fortuna, no había sido aún ratificada por la Corona, aunque "no modificaba el estado del derecho internacional". Disraeli, manifiestamente de acuerdo con el Ministerio, evita por su parte abordar este problema.

Derby aprueba la política de no-intervención del Ministerio. *No siendo aún momento* para reconocer la Confederación del Sur, pide documentos auténticos a fin de juzgar "en qué medida el bloqueo era de buena fe y efectivo y si era tal que debía ser reconocido y respetado por la ley de las naciones".

Lord John Russell declara, en revancha, que el gobierno de la Unión había utilizado número suficiente de navíos para el bloqueo, pero no lo había hecho respetar siempre de manera consecuente. Disraeli no se permitió ningún juicio sobre la naturaleza del bloqueo, pero pide al Ministerio informaciones para aclararse a este propósito. Con énfasis, alertó contra el reconocimiento intempestivo de la Confederación, y ello con más motivo cuando Inglaterra estaba a punto de comprometerse en amenazas a un Estado americano —México—, del que había precedentemente reconocido la independencia.

Después de los Estados Unidos, le correspondió el turno a México. Ningún miembro del Parlamento

condena esta guerra emprendida sin declaración, sino por la intromisión en los asuntos interiores de un país en aplicación del principio de no-intervención, así como la coalición con Francia y España a fin de intimidar a un país casi sin defensa. Quienes *están fuera* indicaron a este propósito que se reservaban México simplemente como pretexto para sus maniobras de Partido. Derby reclama documentos tanto sobre la intervención entre las tres potencias, como sobre la manera en que se había ejecutado. Aprueba la convención, porque, a su juicio, el camino justo para cada una de las partes contratantes consistía en que las reivindicaciones de cada una de ellas fueran *independientes.* Sin embargo, rumores públicos le hacían temer que una de las potencias —España— persiguiera operaciones que sobrepasasen el cuadro del Tratado: como si Derby pensara realmente que la gran potencia que es España fuera capaz de obrar *contra* la voluntad de Francia e Inglaterra. Lord John Russell respondió: las tres potencias persiguen *el mismo* objetivo y evitan ansiosamente estorbar a los mexicanos en la organización de sus propios asuntos de Estado.

En los Comunes, Disraeli se abstiene de todo juicio hasta que tenga conocimiento de los documentos. No obstante, encuentra "*sospechoso* el anuncio del gobierno". Inglaterra había sido la primera en reconocer la independencia de México. Ahora bien, este reconocimiento evoca una política memorable: la *política anti-Santa Alianza,* así como una personalidad memorable, la de *Canning.* ¿Qué singular ocasión impulsa, pues, a Inglaterra a dar el primer golpe a esa independencia? Sin contar con que la intervención ha cambiado en seguida de pretexto. Al principio, se trataba de obtener reparación por injusticias sufridas por ciudadanos ingleses. Pero he aquí que se murmura que es necesario instaurar

nuevos principios de gobierno, así como una nueva dinastía.

Lord Palmerston remite a todo el mundo a los documentos sometidos al Parlamento, a la convención que impide a los aliados "sojuzgar" México y de imponerle una forma de gobierno que no tenga el beneplácito del pueblo. Pero, al mismo tiempo, ha revelado un secreto diplomático: había oído decir que un partido mexicano deseaba la transformación de la república en monarquía, pero no conocía la fuerza de ese partido. Todo lo que "él deseaba era que se instaurase en México un gobierno, cualquiera que fuese, pero susceptible de negociar con gobiernos extranjeros". Desea, pues, la formación de un nuevo gobierno. Declara, en efecto, que el *actual gobierno no existe.*

En consecuencia, asume la responsabiliidad de la alianza de Inglaterra con Francia y España, así como el privilegio de la Santa Alianza de decidir sobre la existencia o no existencia de gobiernos extranjeros. Y añade modestamente: "Es todo lo que el gobierno de Gran Bretaña busca lograr". ¡Nada más!...

"Por otro lado, se ha reprochado a los comunistas querer abolir la patria y la nacionalidad. Los trabajadores no tienen patria. No se les puede quitar lo que no tienen" (Carlos Marx y Federico Engels: *Manifiesto*...).

## Carlos Marx

# LA OPINION PUBLICA INGLESA

*New York Daily Tribune,*
1o. de febrero de 1862
*Londres, 11 de enero de 1862*

La noticia del desenlace pacífico del conflicto del *Trent* ha sido saludada con entusiasmo por la masa del pueblo inglés, lo que prueba indudablemente que la guerra esperada era impopular y que se temían sus efectos. Los Estados Unidos jamás deben olvidar que, desde el principio al fin del conflicto, la *clase obrera* de Inglaterra jamás los ha abandonado. Gracias a ella, a despecho de provocaciones insidiosas, renovadas diariamente por una prensa venal e irresponsable, no ha habido en todo el Reino Unido una sola reunión pública en favor de la guerra durante todo el periodo en que la paz estaba pendiente de un hilo. El único mitin en favor de la intervención fue organizado —a raíz de la llegada de la *Plata*— en los locales comerciales de la Bolsa de Liverpool por los especuladores del algodón, que quedaron solos. Incluso Manchester se dio también cuenta de los sentimientos de la clase obrera, que una tentativa aislada de convocar un mitin por la guerra fue abandonada apenas germinada la idea.

En todas cuantas reuniones públicas tuvieron lugar en Inglaterra, Escocia o Irlanda,[1] se protesta contra los violentos gritos de guerra de la prensa y los sombríos proyectos del gobierno, declarándose

[1] Por ejemplo, en la capital de Irlanda, Dublin, 5.000 personas se manifestaron para aclamar a un orador que declara abiertamente que, si Inglaterra declaraba la guerra a los Estados Unidos, Irlanda se batiría al lado de América.

por una solución amistosa de los asuntos en litigio. En relación con esto, los dos mítines más recientes, uno de los cuales se celebró en Paddington (Londres) y el otro en Newcastle-upon-Tyne, son del todo característicos. En el primero, se aplaudió la exposición de Washington Wilkes, afirmando que Inglaterra no tenía ningún derecho a criticar el arresto de los emisarios del Sur; mientras que en el segundo se adopta, casi por unanimidad, la resolución siguiente: primeramente, los americanos no se han hecho responsables más que del ejercicio *legal* del derecho de visita y captura; segundo, hay que sancionar al capitán del *Trent*, que ha violado la neutralidad inglesa, proclamada por la reina.

En circunstancias normales, se habría podido atribuir los sentimientos de los obreros ingleses a la simpatía normal que manifiestan las masas populares del mundo entero hacia el único gobierno del pueblo existente en el mundo. Más aún. En las circunstancias presentes, una gran parte de la clase obrera inglesa sufre directa [2] y severamente las con-

[2] En Inglaterra, ninguna clase sufre tanto las consecuencias de la crisis algodonera como el proletariado. Para los obreros ingleses y especialmente los que trabajan en la industria textil, la penuria del algodón significa el paro o, en el mejor de los casos, el paro parcial. En 1862, los 3/5 de la industria textil fueron parados en Inglaterra y el 75 por ciento de los obreros del textil fueron afectados por el paro que dura más de dos años. Por ejemplo, en Stockport, 6.000 asalariados estaban sin trabajo, otros 6.000 empleados parcialmente y sólo 5.000 trabajaban normalmente. En noviembre de 1862, el 35,9 por ciento de la población de Glossopp estaban ayudados o sostenidos por la caridad pública. En resumen, en algún momento llegó a haber en Inglaterra más de 500.000 obreros en paro. En realidad toda la industria textil europea se hallaba afectada y en Francia, por ejemplo, llegó a haber 300.000 obreros parados. En esta situación resulta significativo que, mientras los gobiernos simpatizaban con los sudistas, las masas populares lo hacían con los nordistas, imponiéndose a la postre estos sentimientos.

secuencias del bloqueo del Sur, mientras que otra parte es indirectamente afectada por las restricciones del comercio americano debidas —por lo que se dice— a la egoísta política proteccionista de los republicanos, y, finalmente, el único semanario democrático que seguía viviendo —el *Reynolds's Weekly Neswpaper*— se ha vendido a los señores Yancey y Mann y, semana tras semana, se desgañita en llamamientos a la clase obrera a fin de que ésta, en su propio interés, impulse al gobierno a la guerra contra la Unión. En tales condiciones, la simple justicia exige que se considere con respeto la firme actitud de la clase obrera inglesa, y ello en tanto se le puede oponer el comportamiento hipócrita, fanfarrón, cobarde y brutal del oficial y bienpensante *John Bull*.

¡Qué diferencia con la actitud del pueblo en ocasión del conflicto ruso de 1853-1856! En esa época, el *Times*, el *Post* y otros órganos serviles de Londres, lloriqueaban por la paz, pero por todas partes les respondieron gigantescos mítines en favor de la guerra. Hoy, esta prensa aúlla por la guerra, mientras que le responden los mítines por la paz, que denuncian los proyectos fratricidas oficiales, así como las simpatías proesclavistas del gobierno. La decepción de los agoreros de la opinión pública, cuando llega la noticia del arreglo pacífico del asunto del *Trent*, era agradable de ver.

Ante todo, hay que felicitarse de la dignidad, el buen sentido, la buena voluntad y la moderación de que las masas han dado prueba día tras día a lo largo de este mes. Estuvieron *moderadas* en los días que siguieron a la llegada de la *Plata*, cuando Palmerston dudaba y buscaba por si podía encontrar un pretexto legal para el conflicto. En cuanto los consejeros jurídicos de la Corona encontraron un pretexto legal se desencadenaron aullidos tales

como no se habían oído después de la guerra antijacobina.[3] Los despachos del gobierno inglés partieron de Queenstown al principio de diciembre. No se podía esperar una respuesta de Washington antes del principio de enero. Los sucesos ocurridos en el intervalo hablan todos en favor de los americanos. El tono de la prensa trasatlántica era calmado, aunque el asunto de Nashville,[4] haya despertado pasiones. Todos los hechos comprobados muestran que el capitán Wilkes ha obrado por iniciativa propia.

La situación del gobierno de Washington era delicada. Si se oponía a las exigencias inglesas, arriesgaba complicar la guerra civil con una guerra exterior. Si cedía, perjudicaba a su autoridad en el interior y parecía recular ante la presión extranjera. Y entre tanto, el gobierno llevaba al mismo tiempo, una guerra que gozaba de las más cálidas simpatías de todo hombre que no es un rufián.

La prudencia y la decencia más elementales hubieran debido dictar a la prensa londinense —al menos durante el tiempo en que se esperaba la res-

[3] La guerra imperialista llevada por Inglaterra tanto contra Francia en 1793 como contra los Estados Unidos en 1812-1814, no eran solamente dirigidas contra los países comprometidos en un proceso de transformación revolucionaria, sino también contra el mismo proletariado inglés. Así lo explica Marx en *Salario, precio y ganancia*: "Vino la guerra contra los jacobinos, que en realidad era una guerra de los grandes terratenientes ingleses contra las masas trabajadoras de su país. Entonces el capital celebra sus bacanales: prolonga la jornada de trabajo hasta 12, 14 o 18 horas".

[4] En el otoño de 1861, el navío corsario sudista *Nashville,* que se había apoderado de un botín de tres millones de dólares y que trataba de escapar a la flota federal, llega a las costas británicas. Aunque perfectamente al corriente de lo que pasaba, las autoridades británicas autorizaron al *Nashville* a entrar en Southampton y a su tripulación a desembarcar, violando flagrantemente la neutralidad.

puesta americana a la exigencia inglesa— que se abstuviera de toda palabra susceptible de contribuir al apasionamiento de los espíritus, a suscitar la animosidad y a complicar las dificultades ya existentes. Pero ¡no! Esta prensa "que no puede reprimir su bajeza y servilismo", según la definición de William Cobbett —una autoridad en la materia— se había arrastrado humildemente durante medio siglo ante la arrogancia creciente y los insultos de los gobiernos proesclavistas, porque temía que los Estados Unidos se uniesen, en fin, en una sola fuerza. Y he aquí que se regocijan ruidosamente, al modo de los cobardes, de sacar ventaja del gobierno republicano, que estaba absorbido por la pesada tarea de la guerra civil en el interior. La historia de la humanidad no conoce ejemplo más infame de confesión de su propia bajeza.

Uno de los lacayos, el *Moniteur* privado de Palmerston —el *Morning Post*— revela que es acusado por periódicos americanos de un acto ignominioso: *John Bull* jamás ha estado informado —porque sus amos y oligarcas le han ocultado cuidadosamente la noticia— que el señor Seward, sin esperar el despacho de Russell, ha desmentido toda participación del gabinete de Washington en el gesto del capitán Wilkes. El despacho de Seward llega a Londres el 19 de diciembre. El 20 de diciembre, se extiende el rumor de este "secreto" por la Bolsa. El 21, los lacayos del *Morning Post* intervinieron para anunciar seriamente que "el despacho en cuestión no tenía ninguna relación con los incidentes sobrevenidos con el navío postal".

El lector pensará que tratamos quizás demasiado duramente a esta prensa servil. Pero la experiencia nos ha enseñado desde hace tiempo que el lector no sabrá nunca lo que pasa en el extranjero a través del *Daily News*, el *Morning Post* y otros periódicos

londinenses. En efecto, el *Morning Post,* el *Times,* igual que la *Patrie* y el *Pays* se ingenian en engañar al público, no solamente para desorientarlo en materia política, sino también para desplumarlo financieramente en provecho de sus amos, el dominio bursátil.

El cínico *Times* se da perfectamente cuenta de que en el curso de toda la crisis, no ha comprometido a nadie más que a sí mismo; que, naturalmente, él mismo ha dado la prueba de la inanidad de la afirmación según la cual ejerce cualquier influencia sobre el verdadero pueblo de Inglaterra. Utiliza hoy una astucia que, en Londres, no obra más que sobre los músculos de la risa, pero que, sin embargo, puede ser mal entendida al otro lado del Atlántico. Las "clases populares" de Londres, el populacho —como los lacayos de la prensa las llaman— han manifestado claramente —de ello se han preocupado, incluso, en los periódicos— que considerarían como una farsa extraordinariamente conveniente recibir a los esclavistas Mason (que, sea dicho de paso, es un pariente lejano de Palmerston, puesto que su bisabuelo estaba casado con una hija de sir W. Temples), Slidell y Cía. de la misma manera que han recibido a Haynau, con motivo de su visita a la cervecería de Barclay.[5] El *Times* muestra ya su espanto ante la idea de un incidente tan chocante. ¿Pero cómo trata de parar el golpe? Exhorta al pueblo inglés a no ovacionar a Mason, Slidell y Cía. El *Times* sabe muy bien que su artículo de hoy ha hecho reir en todas las tabernas de Londres. Pero ¡poco importa! Del otro lado del Atlántico, algunos pensarán tal vez que el magnánimo *Times* ha salvado a América del insulto de ovaciones entusiastas a Mason, Slidell y Cía., cuando en realidad

[5] En 1850, Haynau —un general austriaco reaccionario— ha sido rociado por los obreros ingleses indignados, cuando visitaba la cervecería Barclay.

no ha buscado más que proteger a éstos de graves disgustos.

Mientras que el asunto del *Trent* no fue arreglado, el *Times*, el *Morning Herald*, el *Economist* y la *Saturday Review* —en el fondo, toda la prensa decente y venal de Londres— han hecho todo por convencer a *John Bull* de que el gobierno de Washington, incluso aunque lo quisiera, era incapaz de salvaguardar la paz, porque el populacho yanqui no lo permitiría y que el mismo gobierno federal era el gobierno del populacho. Los acontecimientos han demostrado que esto era una mentira. ¿Trata esta prensa de reparar esos malignos insultos al pueblo americano? ¿Saca al menos la lección, a saber: que los lacayos no deben pretender juzgar las acciones de un pueblo libre? Nada de eso. Hoy es *unánime* en descubrir que el Gobierno americano, al no tener en cuenta la demanda de Inglaterra y no dar la extradición de los traidores sudistas en cuanto fueron capturados, ha perdido una buena ocasión y quitado todo mérito a su presente concesión. ¡De legítimos lacayos!

Seward ha condenado el gesto de Wilkes incluso antes de recibir la exigencia de explicación inglesa y ha declarado en seguida que quería ir por la vía de la conciliación. ¿Qué se hace en parecidas circunstancias? ¿Qué hizo el gobierno inglés cuando, con el pretexto de enrolar por la fuerza marinos capturados a bordo de navíos americanos —un pretexto que no tiene nada que ver con las reglas de la marina de guerra, sino que es manifiestamente un enorme atropello sobre toda noción de derecho internacional— el *Leopard* lanzó una andanada sobre el *Chesapeake*, matando seis marinos e hiriendo a otros veinte, antes de hacer prisioneros a bordo del *Chesapeake* a pretendidos ciudadanos ingleses? Esta acción brutal se produjo el 10 de junio de

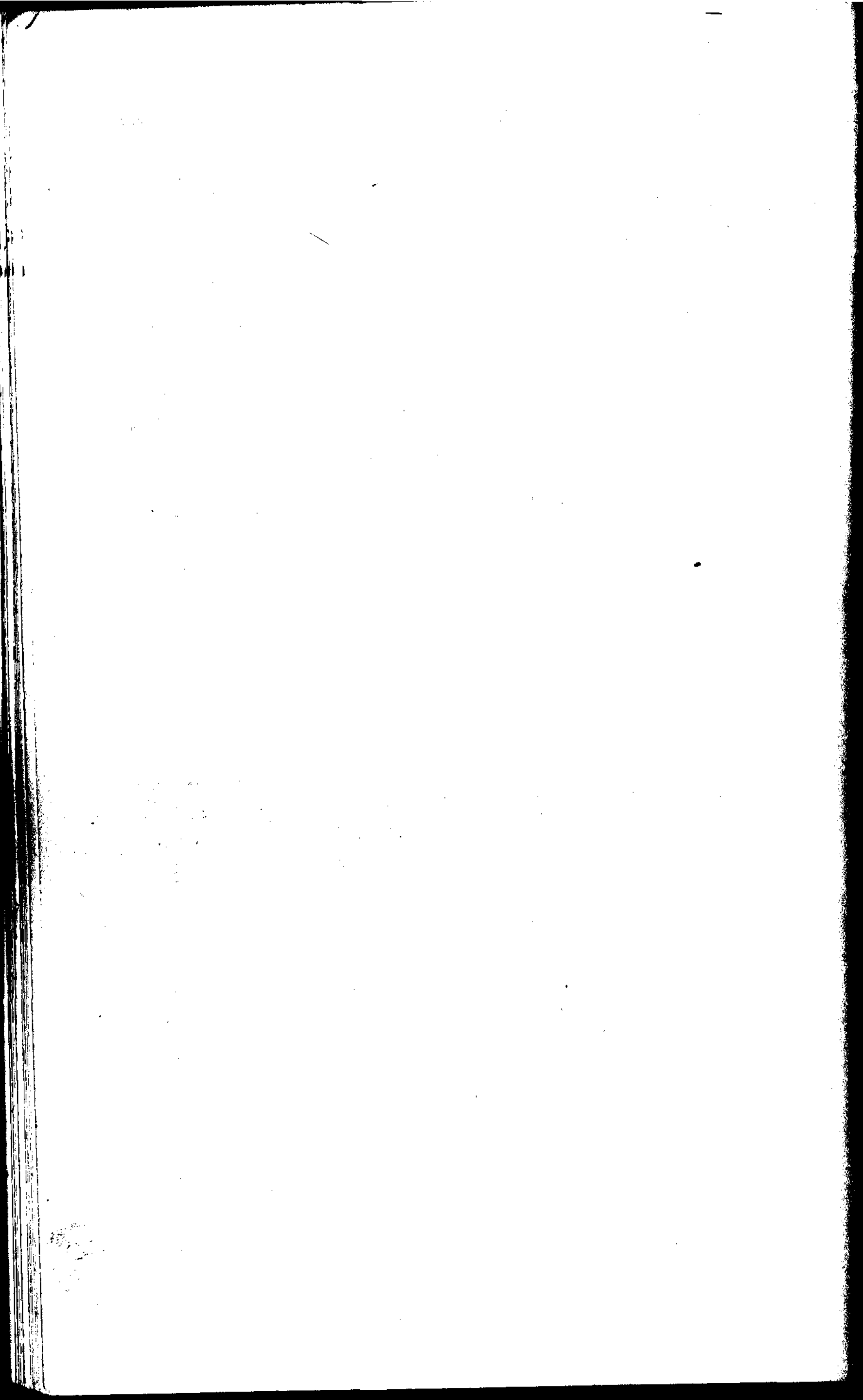
1807. Verdadera satisfacción —devolución de los marinos, etc.— no se ofreció hasta el 9 de noviembre de 1812, cinco años después. Es cierto que el gobierno inglés desaprobó en seguida el gesto del almirante Berkeley, como Seward lo hizo por el capitán Wilkes; sin embargo, a guisa de castigo, el almirante fue promovido a un grado superior. Proclamando las ordenanzas del Consejo,[6] Inglaterra reconoció abiertamente que había violado los derechos de los Estados neutrales en general y de los Estados Unidos en particular; que se veía forzada a ello como medida de represalia contra Napoleón, y que sería feliz dejando de obrar así a condición de que Napoleón tampoco violase más los derechos de los Estados neutros. En lo que concierne a los Estados Unidos, Napoleón cesa tales atropellos en la primavera de 1810, pero Inglaterra persiste en la violación de los derechos marítimos de América. Su resistencia dura sólo de 1806 al 23 de junio de 1812. En ese caso, Inglaterra rehúsa durante seis años dejar sus atropellos —abiertamente reconocidos— aunque reparase cada vez los daños. ¡He aquí las gentes que se permiten decir que el gobierno americano ha dejado pasar una brillante ocasión! Que su queja sea justa o falsa, es una villanía por parte del gobierno inglés la de apoyar esta queja relativa a un simple error técnico o falta de procedimiento, con un ultimátum exigiendo la

[6] Las ordenanzas del Consejo inglés, redactadas en 1807, preveían que todos los navíos que comerciaban con Francia o sus aliados eran susceptibles de captura y prescribían a los navíos naturales hacer escala en puertos británicos. Como tales medidas eran particularmente perjudiciales al comercio americano, los Estados Unidos se opusieron declarando que constituían una violación de los derechos de neutralidad. Estas ordenanzas fueron finalmente suspendidas el 23 de junio de 1812, cinco días después de la declaración de guerra a Inglaterra por los Estados Unidos.

entrega de los prisioneros. El gobierno americano podía tener razones para ceder a este ultimátum, pero no podía tener la de tomar la iniciativa del arreglo de este conflicto por una concesión unilateral.

Mientras se apaciguaba el actual conflicto del *Trent,* de ningún modo se ha arreglado la cuestión que ha provocado toda la disputa y que surgirá probablemente, a saber: los derechos de guerra de una potencia marítima frente a los Estados neutrales.

Con vuestro permiso, trataré de exponer toda esta cuestión en un artículo próximo. Por el momento, permitidme decir que, en mi opinión, los señores Mason y Slidell han prestado un gran servicio al gobierno federal. Existía en Inglaterra un influyente partido de guerra que, sea por razones comerciales, sea por razones políticas, aspiraba a un conflicto con los Estados Unidos. El asunto del *Trent* ha puesto a prueba a ese partido y ha fracasado. La furia guerrera ha sido calmada con un asunto de menor cuantía, que ha servido de válvula: el entusiasmo delirante de la oligarquía ha hecho sombra sobre la democracia inglesa, ha herido los diversos intereses británicos ligados a los Estados Unidos y ha dado conciencia a los obreros de la verdadera naturaleza de la guerra civil. En fin, todo esto va a acabar con el peligroso periodo en que Palmerston reinaba como autócrata, sin ser molestado por el Parlamento. Ha sido el único momento en el que le ha sido posible urdir una guerra de Inglaterra al lado de los esclavistas. Pero ese tiempo ha pasado ya.



## Carlos Marx

# UN MITIN PRO-AMERICANO

*Die Presse*,
5 de enero de 1862
*Londres, 1o. de enero de 1862*

De día en día, el movimiento de oposición a la guerra, gana más energía y amplitud en el seno del pueblo inglés. En el curso de las reuniones públicas organizadas por todo el país, se reclama un *arbitraje* del conflicto entre Inglaterra y América. Llueven literalmente sobre el jefe del gabinete los memorándums redactados en tal sentido y la *prensa* independiente *de provincias* se muestra por así decirlo unánime en su oposición a los llamamientos belicistas de la prensa londinense.

Seguidamente damos un resumen detallado del mitin del lunes último en *Brighton*, porque procede de la clase obrera y los dos oradores principales —Connihngham y White— son miembros influyentes del Parlamento y se colocan ambos del lado *ministerial* de la Cámara.

El señor Wood (un obrero) propone la primera moción afirmando "que el conflicto entre Inglaterra y América surgió de una mala interpretación del derecho internacional, y no de un insulto deliberado a la bandera inglesa; que la presente asamblea opina, pues, que todo el litigio debería ser llevado ante una potencia neutral para decisión arbitral; que, en estas condiciones, una guerra con América no se justificaría, sino que merecería, al contrario, ser condenada por el pueblo inglés".

Para apoyar su moción, Wood añade, entre otras, las siguientes observaciones: "Se pretende que este nuevo insulto no es más que el último anillo de

una cadena de insultos que América habría infligido a Inglaterra. Aun suponiendo que eso sea verdad, ¿qué es lo que tal cosa probaría en lo que concierne a los que aúllan por la guerra actualmente? No querría decir más que esto: mientras que América estaba unida y potente, nosotros hemos encajado sin rechistar sus ultrajes, pero ahora que se encuentra en peligro, nosotros explotamos una posición favorable para vengar el insulto. Tal manera de proceder, ¿no nos estigmatizaría como cobardes a los ojos del mundo civilizado?"

Conningham: "En este momento, la Unión practica una franca *política de emancipación* (*aplausos*) y yo formulo la confiada esperanza de que ninguna *intervención* de parte del gobierno inglés será permitida. (*Aplausos*). ¿Queréis vosotros, ingleses libres, admitir que os impliquen en una guerra antirrepublicana? Ahora bien, tal es la intención del *Times* y del partido que está detrás de él... Yo llamo a los obreros de Inglaterra, que tienen el mayor interés en mantener la paz, para que eleven la voz y, en caso necesario, el puño para impedir la perpetración de tal crimen (*resonantes aplausos*). El *Times* ha empleado todos los medios para excitar las tendencias belicistas del país y para suscitar la hostilidad entre los americanos agravando los rencores y las discordias... Yo no pertenezco a lo que se llama el partido pacifista. En 1853, el *Times* favoreció la política rusa, concentró todas sus fuerzas e invitó a nuestro país a que asistiere sin rechistar a todos los atropellos militares de la barbarie rusa en el Este. Yo estaba entonces entre los que elevaron su voz contra esta falsa política con motivo del debate sobre la *ley de conspiración*, que tenía por objeto facilitar la extradición de los refugiados políticos; el *Times* no ahorraba esfuerzo para hacer pasar esta ley en los Comunes. Yo era uno de los

noventa y nueve miembros de la Cámara, que resistieron este atropello a las libertades del pueblo inglés y tumbaron el ministro (*aplausos*). Ahora bien, ese mismo ministro se encuentra hoy al frente del gabinete. Yo profetizo que si trata de arrastrar a nuestro país sin motivos valederos a una guerra contra América, su plan fracasará completamente. Yo le prometo una nueva derrota humillante, una derrota aún peor que la que le hemos infligido con motivo de la ley de conspiración (*resonantes aplausos*). No conozco la petición oficial, transmitida a Washington; pero la opinión prevé que los consejeros jurídicos de la Corona han recomendado al gobierno mantenerse estrictamente en el terreno jurídico, según el cual los delegados sudistas no podían ser capturados sin el navío que los transportaba. En consecuencia, se pedirá como condición *sine qua non* la entrega de Slidell y Mason.

"Admitamos que el pueblo americano no permite que *su* gobierno nos devuelva a esos dos personajes. ¿Queréis ir a la guerra para recuperar los cuerpos de esos dos embajadores de los esclavistas?... Existe en este país un partido belicista antirrepublicano. Acordaos de la última guerra rusa. A consecuencia de la publicación por Petersburgo de los despachos secretos, no hubo ninguna duda de que los artículos publicados por el *Times* en 1855 habían sido redactados por una persona qne tenía acceso a los archivos y documentos secretos del Estado ruso. El señor Layard leyó, en esa época, los pasajes más llamativos en los Comunes, y el *Times*, confundido, cambia en seguida de tono; desde el día siguiente empieza a tocar la trompeta de la guerra... El *Times* la ha tomado varias veces con el emperador Napoleón y ha apoyado a nuestro gobierno cuando ha pedido créditos para fortificar las costas e instalar baterías flotantes. Después de obrar así y lanzar

la alarma contra Francia, el *Times* quiere ahora dejar nuestras costas desguarnecidas frente al emperador francés, en el momento en que implica a nuestro país en una guerra trnasatlántica... Es de temer que los actuales preparativos armados, en gran escala, no contemplen solamente el caso del *Trent*, sino también la eventualidad de un reconocimiento de los Estados esclavistas por nuestro gobierno. Si Inglaterra se presta a esta maniobra, se cubrirá de eterna vergüenza".

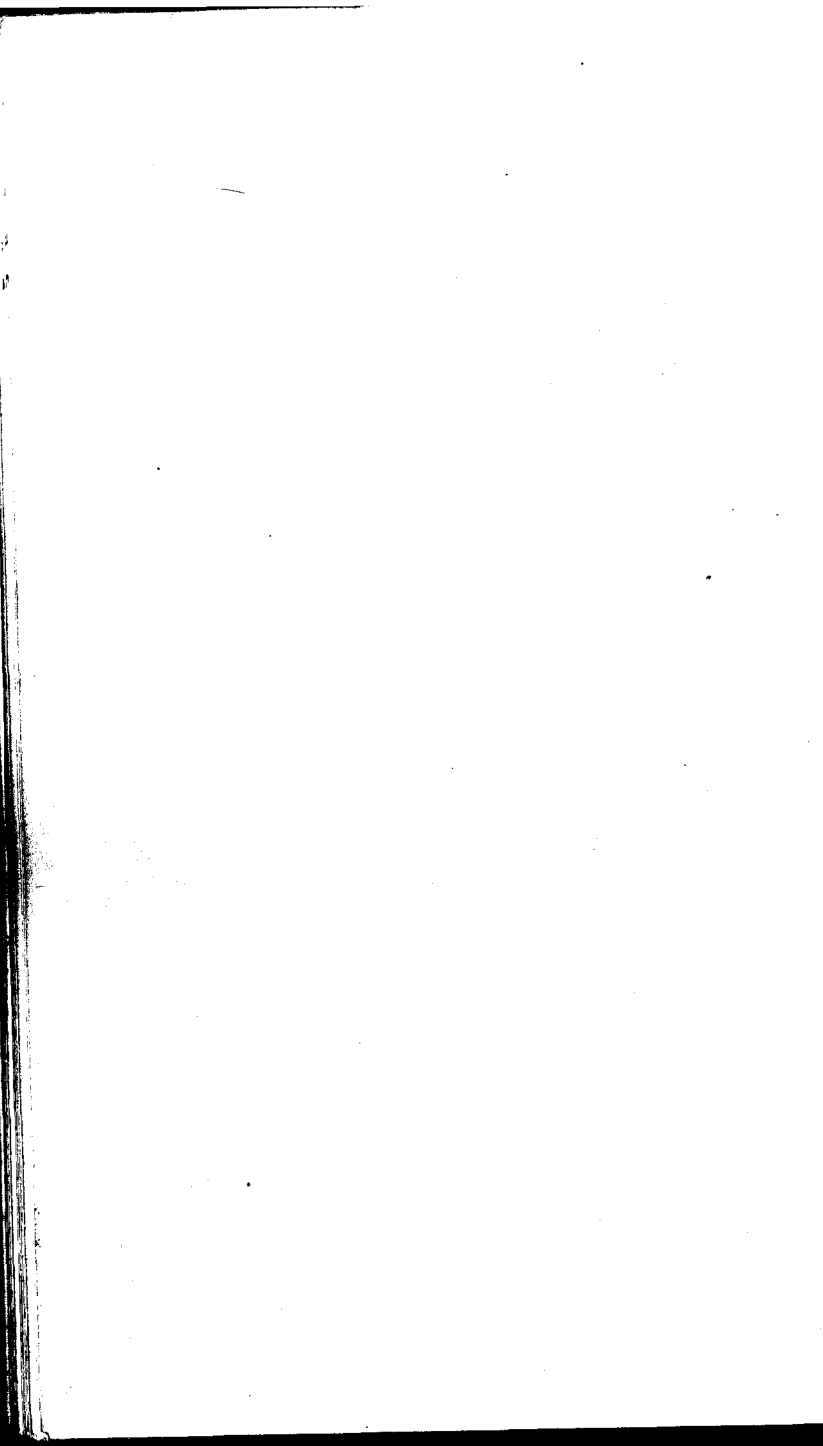
White: "Hay que reconocer que en el origen de esta reunión se halla la clase obrera y que todos los gastos de organización los ha soportado su comité... El actual gobierno jamás ha tenido el tacto de obrar honesta y francamente con el pueblo... Jamás, ni un sólo instante he creído en cualquier posibilidad de guerra a causa del asunto del *Trent*. Yo he dicho en la cara a varios miembros del gobierno que ningún ministro pensaba en la posibilidad de una guerra a causa del incidente del *Trent*. Entonces, ¿por qué todos esos gigantescos preparativos? Creo que Inglaterra y Francia se han entendido para reconocer la independencia de los Estados sudistas la primavera próxima. Hasta entonces, la Gran Bretaña mantendría en las aguas americanas su flota, que dispone de una superioridad aplastante. Se terminaría además el sistema de defensa del Canadá. Si los Estados del Norte están entonces decididos a hacer del reconocimiento de los Estados sudistas un *casus belli*, la Gran Bretaña se hallaría dispuesta"...

El orador continúa exponiendo los peligros de una guerra con los Estados Unidos, hizo recordar las manifestaciones de simpatía de América con ocasión de la muerte del general Havelock, la ayuda que los marinos americanos dieron a los navíos ingleses con ocasión del desgraciado encuentro de Peiho, etc. Concluyó que la guerra civil se acabaría

con la abolición de la esclavitud y que en consecuencia Inglaterra debía estar absolutamente al lado del Norte.

Habiendo sido adoptada por unanimidad la moción propuesta al principio del mitin, se presenta a la asamblea un memorándum destinado a Palmerston; tras su discusión, fue también aprobado.





Carlos Marx

# UN MITIN OBRERO EN LONDRES

*Londres, 28 de enero de 1862*
*Die Presse,*
2 de febrero de 1862

Como se sabe, la clase obrera no está representada en el Parlamento, aunque represente una parte constituyente de la sociedad tan preponderante que ningún *campesinado* conserva memoria de haber ocupado tal situación. Aunque ausente del Parlamento, no carece de influencia política. No existe innovación importante, ni medida decisiva que haya podido ser introducida en Inglaterra sin esta *presión del exterior,* sea porque la oposición haya tenido necesidad contra el gobierno, sea porque el gobierno haya tenido necesidad contra la oposición. Por presión del exterior, los ingleses entienden las grandes manifestaciones populares extraparlamentarias, que, naturalmente, no pueden organizarse sin la participación activa de la clase obrera.

En la guerra antijacobina, *Pitt* supo utilizar las masas contra los liberales. La emancipación católica, la ley de reforma, la abolición de las leyes cerealistas, la guerra contra Rusia, el rechazo de la ley sobre la conspiración de Palmerston,[1] cada una de estas medidas ha sido el fruto de violentas manifestaciones extraparlamentarias donde la clase obrera a veces ha sido artificialmente aguijoneada, otras espontáneamente; a veces ha sido el actor consciente del drama, otras no ha sido más que el

[1] El 8 de marzo, a petición del gobierno francés, que reprochaba a Inglaterra conceder derecho de asilo a "criminales políticos", Palmerston presenta en la Cámara un proyecto de ley sobre los conspiradores extranjeros, este proyecto fue rechazado por los Comunes el 12 de febrero.

coro; aquí ha jugado el papel principal, allá el secundario según las circunstancias. Siendo así, la actitud de la clase obrera inglesa, en lo que concierne a la guerra civil americana, es tanto más chocante.

La miseria, producida por la detención de las fábricas o la disminución de las horas de trabajo *motivadas* por el bloqueo de los Estados esclavistas es espantosa y aumenta de día en día entre los obreros de las regiones manufactureras del norte de Inglaterra. Las otras fracciones de la clase obrera no sufren hasta ese punto, pero también padecen mucho por la reacción de la crisis de la industria algodonera sobre las otras ramas de la industria, sea porque la exportación de sus productos en dirección del Norte de América han disminuido a consecuencia de la tarifa Morill, sea porque las exportaciones hacia el Sur están arruinadas por el bloqueo. La cuestión de la intervención inglesa en América ha llegado a ser, pues, en este momento, una cuestión del pan de cada día para los obreros. Esta presión se halla aún reforzada por el hecho de que sus "superiores naturales" no desprecian ningún medio para excitar su cólera contra los Estados Unidos. El único periódico obrero todavía existente y ampliamente difundido —el *Reynolds's Weekly Newspaper*— ha sido comprado, hace seis meses, por los burgueses, a fin de renovar cada semana, en violentas diatribas, el *ceterum censeo* de la intervención inglesa en los Estados Unidos.

La clase obrera se da, pues, perfectamente cuenta de que el gobierno no acecha más que un grito de abajo, la menor *presión del exterior* en favor de la intervención para poner fin al bloqueo americano y a la miseria inglesa. En esas condiciones, hay que admirar la obstinación con la cual la clase obrera se calla o rompe el silencio para elevar su voz *contra* la intervención y *en favor* de los Estados

Unidos. Esta es una nueva y brillante prueba del indestructible valor de las masas obreras inglesas, valor que representa el secreto de la grandeza de Inglaterra y que —para hablar el lenguaje hiperbólico de Mazzini— ha hecho aparecer al simple soldado inglés como un semidios durante la guerra de Crimea y en otras ocasiones.

Para ilustrar la "política" de la clase obrera, he aquí una referencia de un gran *mitin obrero,* que se ha celebrado ayer en Marylebone, uno de los distritos más populares de Londres:

Staedman, el presidente, abre la reunión haciendo notar que conviene tomar *una decisión sobre la acogida que el pueblo inglés debe reservar a los señores Masón y Slidel:* "Se trata de considerar si estos señores han hecho el viaje a Inglaterra para liberar los esclavos de sus cadenas o para forjar un anillo más".

Yates: "En esta ocasión, la clase obrera no debe guardar silencio. Los dos personajes que atraviesan el Atlántico para venir aquí, son los agentes de los Estados esclavistas y tiránicos. Se encuentran en rebelión abierta contra la Constitución legal de su país y llegan aquí para decidir a nuestro gobierno a reconocer la independencia de los Estados esclavistas. Es deber de la clase obrera elevar hoy su voz, ya que el gobierno no debe creer que seguimos su política exterior con indiferencia. Debemos probar que el dinero gastado por el pueblo inglés para la emancipación de los esclavos no ha de malgastarse inútilmente. Si nuestro gobierno obrara honestamente, apoyaría a los Estados del Norte en su lucha por aplastar esta terrible rebelión".

Después de defender ampliamente a los Estados del Norte y hecho observar que la "violenta retahíla del señor Lovejoy ha sido provocada por las calumnias de la prensa inglesa", el orador propone la moción siguiente:

"Esta asamblea decide que los agentes de los rebeldes —que acaban de salir de América para venir a Inglaterra— son absolutamente indignos de las simpatías morales de la clase obrera inglesa, dado que son propietarios de esclavos, así como los agentes declarados de una facción despótica que, en este mismo momento, está en rebelión contra la República americana y es el enemigo jurado de los derechos sociales y políticos de la clase obrera de todos los países".

Whynne sostuvo esta moción, pero, dijo, se debe entender que en el transcurso de su visita a Londres, conviene evitar todo tipo de insulto personal hacia los señores Mason y Slidell.

Nichols —un habitante "del extremo norte de los Estados Unidos", como se presenta a sí mismo, ha hecho en este mitin como abogado del diablo para los señores Yancey y Mann— se opone también a la moción: "Estoy aquí porque reina la libertad de palabra. En nuestro país, el gobierno, desde hace tres meses, no permite a cualquiera abrir la boca. La libertad no es ahogada solamente en el Sur, sino también en el Norte. La guerra cuenta con muchos adversarios en el Norte, pero no se atreven a abrir la boca. Nada menos que doscientos periódicos están prohibidos o han sido destruidos por el populacho. Los Estados del Sur tienen el mismo derecho a separarse del Norte, como los Estados Unidos de separarse de Inglaterra".

Pese a la locuacidad del señor Nichols, la primera moción fue aprobada por unanimidad. Pero volvió a hacer uso de la palabra: "Si reprocháis a Mason y Slidell ser esclavistas, la misma cosa vale para Washington, Jefferson, etcétera".

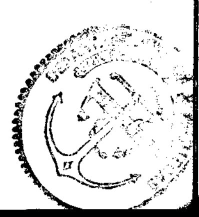
Beales refuta a Nichols en detalle y seguidamente presenta una segunda moción: "Considerando los esfuerzos mal disimulados del *Times* y otros periódicos que inducen a error a la opinión pública in-

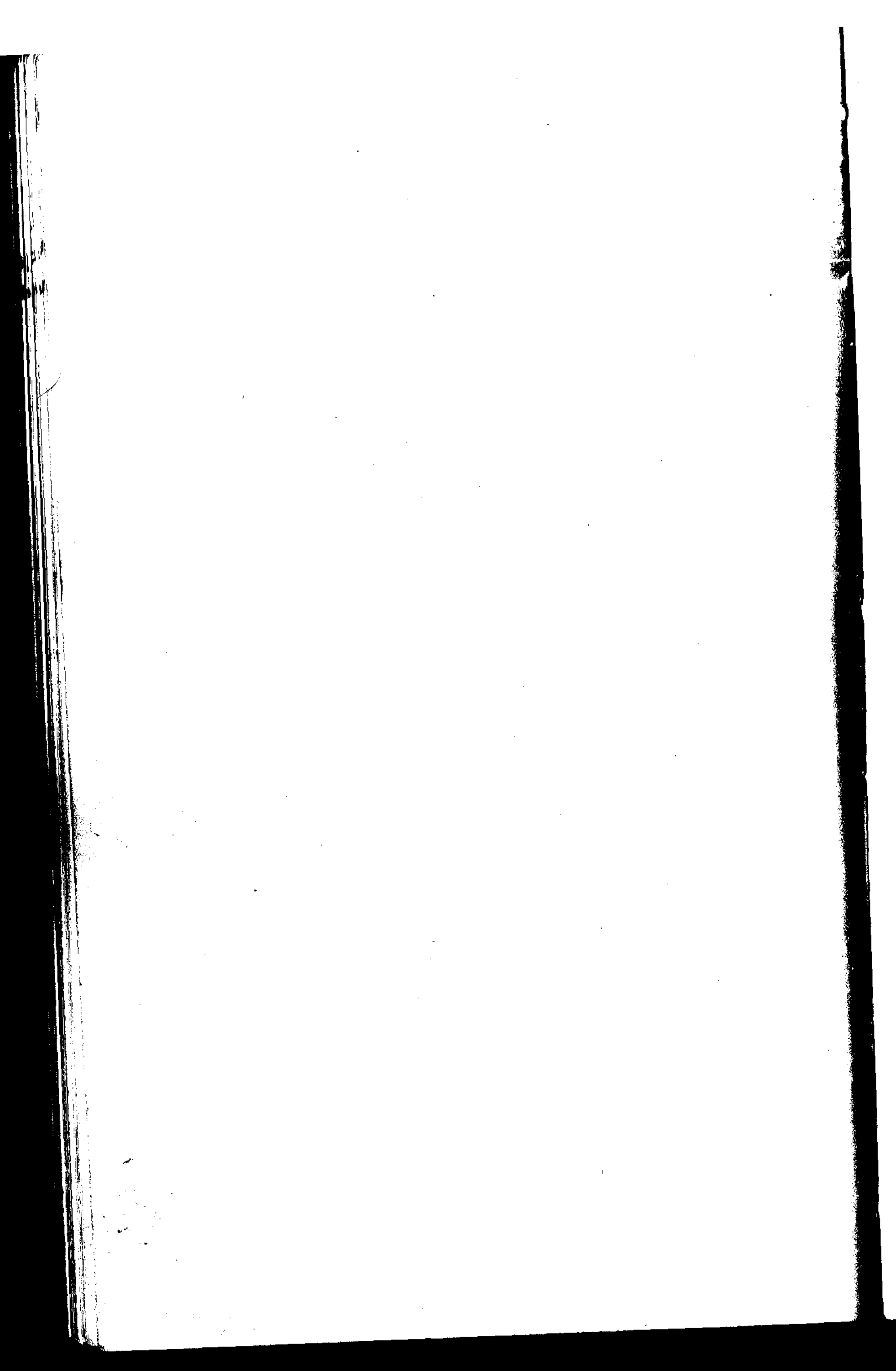
glesa sobre los asuntos americanos, que quieren impulsarnos con diversos pretextos a una guerra con millones de hermanos nuestros por la sangre y explotan las actuales dificultades de la República para calumniar las instituciones democráticas, la presente asamblea considera que es deber particular de los obreros que no se hallan representados en el Senado de la nación, expresar sus simpatías por los Estados Unidos en su lucha gigantesca por el sostenimiento de la Unión; denunciar la escandalosa deshonestidad de los abogados del esclavismo como son el *Times* y otros periódicos aristocráticos emparentados; formular de la forma más clara su oposición a la política de intervención en los asuntos de los Estados Unidos, y su apoyo a un arreglo de los eventuales litigios por medio de comisarios o tribunales de arbitraje escogidos por las dos partes; de condenar la política de guerra de la prensa de los especuladores de Bolsa y de manifestar nuestra más cordial simpatía por los esfuerzos de los abolicionistas con vistas a arreglar definitivamente la cuestión de los esclavos".

Esta moción fue adoptada por unanimidad, así como la proposición final, a saber: "Hacer llegar, a través del señor Adamás, al gobierno americano una copia de las resoluciones adoptadas, que expresan los sentimientos y la opinión de la clase obrera inglesa".



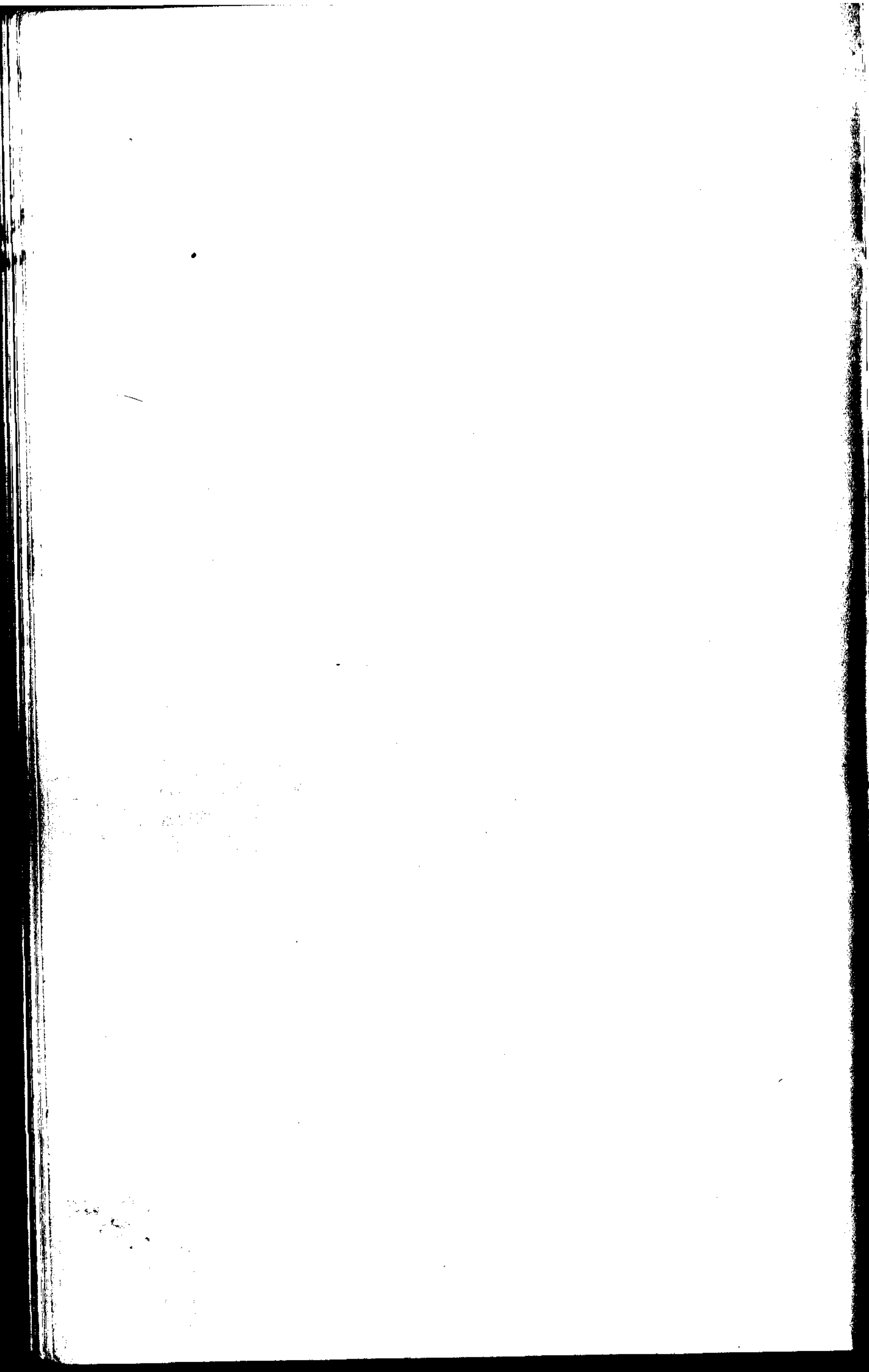
# IV. VICTORIA<br>Y<br>COMPROMISO





En el curso de la revolución burguesa, "las reivindicaciones más radicales se imponen en ciertos momentos, pero después el partido más moderado * coge la delantera: las conquistas del partido radical se pierden de nuevo, en su totalidad o en parte; los vencidos gritan traición o tribuyen la derrota al azar. En realidad, las cosas ocurren lo más frecuentemente así: las conquistas de la primera victoria no se aseguran sino por la segunda victoria del partido más radical; una vez ésta conseguida, es decir, lo que es momentáneamente necesario, los elementos radicales desaparecen de nuevo del teatro de operaciones, y sus éxitos también". (F. Engels, "Introducción" de 1895 a *Las luchas de clases en Francia*).

* Esta ley de las revoluciones burguesas, formulada por Marx y Engels, se aplica en América al Partido Republicano de Lincoln por lo que se refiere a la fracción revolucionaria moderada, y al partido abolicionista en sentido estricto por lo que concierne a la fracción más radical. Si la Revolución Francesa ha sido tan radical, se debe a la intervención de un vasto proleatriado. "Con sus timoratas concepciones, no habría tenido bastante con varios decenios para llevar a cabo su tarea. La intervención sangrienta del proletariado acelera el proceso" (Carlos Marx, *La critique moralizante y la moral criticante.*).



## Carlos Marx

# CRISIS EN LA CUESTION ESCLAVISTA

*Die Presse,*
14 de diciembre de 1861
*Londres, 10 de diciembre de 1861*

Con toda evidencia, los Estados Unidos han llegado a un punto de crisis en la cuestión que se halla en el fondo de toda la guerra civil: *la de los esclavos*. El general Frémont ha sido destituido de sus funciones porque había declarado que los esclavos *de los rebeldes* debían ser emancipados. Poco después, el gobierno de Washington publica un mensaje al general Sherman, comandante de la expedición a Carolina del Sur, que iba más lejos que la proclama de Frémont, puesto que prescribía que los esclavos en fuga, incluso si pertenecían a esclavistas "leales", debían recibir el estatuto de asalariados y, en ciertas condiciones, ser armados, consolando a los esclavistas "leales" con la idea de percibir ulteriormente una compensación.

El coronel Cochrane va más lejos que Frémont y reclama el armamento general de los esclavos, como medida de guerra. El secretario de Guerra aprueba oficialmente el "espíritu" de las propuestas de Cochrane.

Entre tanto, el secretario del Interior desautoriza al secretario de Guerra, en nombre del gobierno. El secretario de Guerra reitera su "opinión" con más energía aún con ocasión de una conferencia oficial, y revela que ha elevado esta cuestión al Congreso. El sucesor de Frémont en Missuri, el general Halleck, igual que el general Dix en Virginia oriental, persiguen a los esclavos fugitivos en el territorio

del ejército y les prohíben en lo sucesivo reaparecer en la proximidad de las posiciones ocupadas por su ejército. Con todo, en el mismo instante, el general Wool acoge con brazos abiertos el "contrabanlo" negro [1] en el fuerte de Monroe; los viejos líderes del Partido *Demócrata,* los senadores Dickinson y Croswell (exmiembro de la sedicente regencia demócrata) [2] aprueban a Cochrane y Cameron, y el coronel Jennison sobrepasa a todos sus superiores jerárquicos en una orden del día a a sus tropas, donde declara entre otras cosas:

"Nada de contemporización en lo que concierne a los rebeldes y a los que simpatizan con ellos [...]. He declarado al general Frémont que yo no he tomado las armas, que yo sepa, para que el esclavismo sobreviva a este combate. Los esclavos que pertenezcan a los rebeldes encontrarán siempre ayuda y protección en este campo, y los defenderemos hasta el último hombre y hasta el último cartucho. *No quiero, entre mis tropas, hombres que no sean abolicionistas.* Aquí no hay sitio para ellos, y espero que no lo haya en nosotros, ya que cada cual sabe que el esclavismo es el fondo, el medio y el extremo de esta guerra infernal [...]. Si el

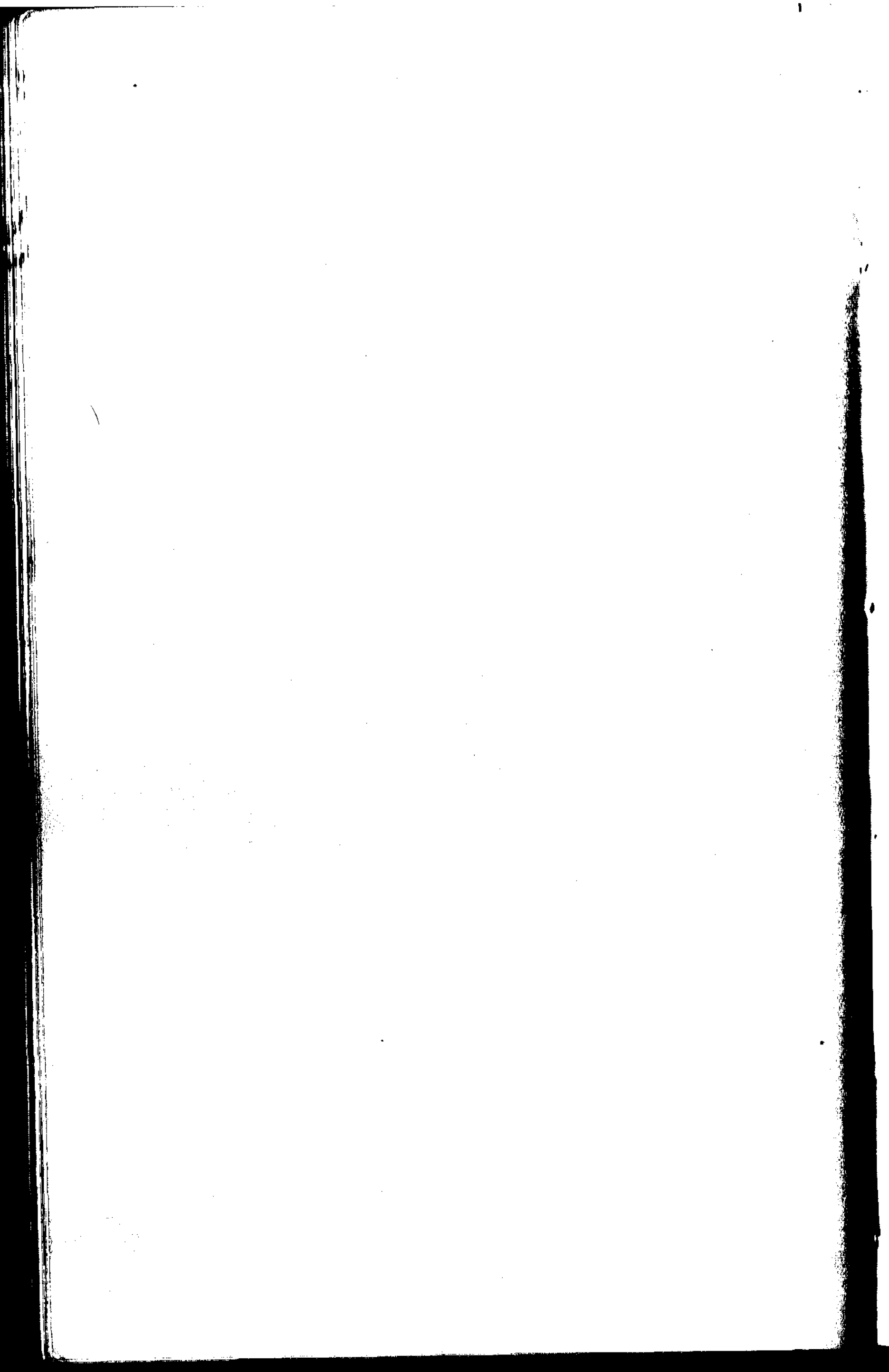
[1] En el curso de la guerra civil americana se llamaba "contrabando negro" a los esclavos que, habiéndose escapado de sus dueños, se refugiaban en los campos militares de la Unión. A pesar de las ordenanzas del gobierno de Washington, algunos generales de la Unión rehusaron durante los primeros meses de la guerra de Secesión entregar los negros a sus antiguos propietarios. Para justificarse, afirmaban que estos esclavos eran propiedad de rebeldes que utilizaban a sus esclavos en trabajos militares (cavar trincheras, por ejemplo), de suerte que se podía considerar a estos esclavos como "contrabando de guerra" y retenerlos.

[2] La regencia demócrata era el grupo dirigente del Partido Demócrata en el Estado de Nueva York. Existió hasta 1854 y residía en Albany, que era el centro administrativo del Estado de Nueva York.

gobierno desaprueba mi manera de obrar, puede recoger mi diploma de oficial, pero, en tal caso, yo actuaré *por mi libre iniciativa*, incluso, si al principio, no puedo contar más que con media docena de hombres".

En los Estados esclavistas fronterizos —especialmente en Missuri y, en grado menor, en Kentucky— la cuestión de los esclavos se halla en vías de resolverse en la práctica En efecto, los elementos esclavistas son expulsados en masa. Por ejemplo, en Missuri, han desaparecido cincuenta mil esclavos, una parte huidos y otra parte deportados por los esclavistas hacia los Estados que se hallan más al Sur.

Un acontecimiento, muy importante y característico, no ha encontrado curiosamente ningún eco en cualquiera de los periódicos. El 18 de noviembre ha tenido lugar una reunión de delegados de los cuarenta y cinco condados de Carolina del Norte, en la isla Hatteras; han nombrado un gobierno provisional, desautorizado el Acta de Secesión y proclamado la vuelta de Carolina del Norte al seno de la Unión. Los condados de Carolina del Norte representados en esta asamblea están invitados a elegir sus representantes al Congreso de Washington.



Carlos Marx

# UN TRATADO CONTRA EL COMERCIO DE ESCLAVOS

*Die Presse,*
22 de mayo de 1862
*Londres, 18 de mayo de 1862*

El tratado para la supresión del comercio de esclavos, concluido entre los Estados Unidos e Inglaterra, el 7 de abril de este año, en Washington, acaba de ser comunicado a la prensa y publicado *in extenso* por los periódicos americanos.[1]

[1] Este tratado por el que se concertaban los Estados Unidos e Inglaterra en la persecución del comercio negrero, aunque no era el primero, pues hay dos anteriores que no tuvieron prácticamente vigencia, surgía en un momento significativo. A partir de este momento, la esclavitud y la trata de negros va a su desaparición. Creemos, por ello, que aquí vale la pena hacer una sucinta recopilación de la trayectoria de estos hechos históricos.

La esclavitud y trata de negros se "legaliza" por el derecho de asiento concedido por Carlos V en 1518, que autorizaba al transporte de 4.000 negros por año a los dominios españoles de América. Los primeros años ejerció tal derecho un consorcio genovés, adquiriendo los negros en Lisboa o Sevilla, adonde llegaban transportados por portugueses.

Portugal ejercía una especie de monopolio sobre las fuentes de esclavos en costas africanas. Estas se extendían por más de 3.000 kilómetros en el Golfo de Guinea, desde más arriba del río Niger a más abajo del Congo. Los jefes de tribu y reyezuelos de esta zona fueron los abastecedores de negros, hechos prisioneros en guerras, capturados por deudas o simplemente raptados.

Tras disputar el monopolio, tanto del asiento como del dominio y conocimiento de la costa africana, varias potencias europeas intervienen en este comercio: Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Suecia, Prusia, Francia, España, más Portugal y posteriormente los Estados Unidos.

Los puntos esenciales de este importante documento son los siguientes: el derecho de investigación es recíproco, pero no puede ejercerse sino por

A mediados del siglo XVI ya se embarcaba en Africa, con destino a América unos 10.000 negros por año. Esta cifra fue creciendo casi ininterrumpidamente, pasando de los 30/40.000 anuales del siglo XVII, a los 60/80.000 anuales del siglo XVIII y alrededor (muy fluctuante en más o menos) de los 100 mil anuales en el siglo XIX, esta última cifra ya en pleno contrabando o comercio oficialmente "ilegal".

El fenómeno de la esclavitud negra afectó directamente a toda la población de la mayor parte del continente africano, de los cuales 60 millones estuvieron vinculados a la caza del negro, muriendo en guerras, enfermedades y hambre la mayor parte de esa cantidad. Se calcula que pudieron llegar a ser transportados a través del Atlántico alrededor de 10 millones.

La llamada "cultura o civilización occidental" se desarrolla con esta enorme llaga en el costado. Esta permitió una acumulación extraordinaria de capital y la revolución industrial. Pero desarticuló y frenó el desarrollo del continente africano, introdujo graves gérmenes de tensión y enormes problemas en el hemisferio occidental, que aún sacuden sus sociedades.

Los cultivos que dieron la prosperidad a los países americanos: tabaco, caña de azúcar, café, algodón, fueron los estímulos para este comercio de hombres. No es muy consolador comprobar que, mientras los intereses económicos coincidían con el esclavismo, éste se extendió saltando todas las barreras morales. Solamente cuando declinan la importancia relativa de esas producciones y sus intereses ya no se hallan plenamente identificados con el esclavismo, empiezan a operar los resortes morales. Mientras tanto, durante casi cuatro siglos los negros fundamentalmente, pero también millones de blancos —nos referimos a la esclavitud y servidumbre de irlandeses y alemanes, entre otros, y no a la explotación de obreros "libres"— dieron con su sangre y sus huesos la argamasa para el cimiento sobre el que se ha edificado la presente sociedad.

El primer cargamento de negros llegó a Jamestown, Virginia, el año 1619, a bordo de un barco holandés. En cuanto al último, con respecto a Estados Unidos, varios barcos se disputan el título, pero se considera al *Erie*

navíos de guerra que hayan obtenido a este efecto plenos poderes especiales de una de las dos potencias contratantes. Periódicamente, las potencias contratantes se comunicarán la lista completa de los barcos de su marina que son afectados a la vigilancia de la trata de negros. El derecho de investigación no puede ejercerse contra los navíos mercantes más que a una distancia de doscientas millas de la costa africana, al sur del grado treinta y dos de

como acreedor al mismo, por circunstancia adicional. Este barco fue apresado cuando regresaba de costas africanas hacia gosto de 1860, llevándolo a Liberia donde tuvo que desembarcar los esclavos. El Erie fue conducido a Nueva York, donde su capitán, Gordon, fue hecho preso y juzgado. En un primer juicio antes de la guerra civil, fue declarado culpable y, de acuerdo con la ley que asimilaba el delito a piratería, condenado a morir en la horca. Durante algún tiempo se creyó que, como solía ocurrir en estos casos, sería éste traspapelado y olvidado. Pero corrían otros vientos. Después de empezada la guerra, fue de nuevo juzgado, hallado culpable, condenado y ejecutado. Fue el único caso de aplicación de esa ley.

A mediados del siglo XVIII empieza a tomar cuerpo la lucha antiesclavista y contra la trata de negros. Especialmente en Inglaterra y los Estados Unidos, en la segunda mitad de ese siglo aparecen organizaciones y personalidades comprometidas en la misma. En Inglaterra queda abolida la esclavitud, en la metrópoli en 1772 y en las indias occidentales (Jamaica y Barbados) en 1833. En 1808 se promulga la primera ley contra la trata y a partir de ese año Inglaterra hace esfuerzos por internacionalizar mediante tratados la prohibición del comercio negrero: con España en 1819, Francia en 1831, Brasil, 1849 y otros varios países. Inglaterra dedicó una flota de guerra a la vigilancia y captura de barcos negreros desde 1808 a 1867, año en que la retira y disuelve los tribunales que juzgan. Los Estados Unidos habían tenido algunas legislaciones estatales que prohibían la importación de negros; en 1808 legislan en general contra el tráfico y en 1831 y 1842 celebran un acuerdo con Inglaterra para la persecución del comercio. Lo cierto, sin embargo, es que prácticamente hacen poco. Solamente con la guerra civil se integran decididamente en la prohibición de la esclavitud y la trata.

latitud Norte y a treinta millas marinas de la costa de Cuba. Los cruceros americanos no tienen derecho de investigación sobre los navíos ingleses, como tampoco los cruceros ingleses lo tienen sobre los navíos americanos en las aguas territoriales inglesas o americanas (por tanto, a tres millas de la costa) y ante los puertos o localidades habitadas de potencias extranjeras.

Son competentes para juzgar los barcos capturados los tribunales mixtos formados a partes iguales por ingleses y americanos y establecidos en Sierra Leona, El Cabo y Nueva York. En caso de condena de un navío y en la medida en que ello no ocasione gastos exorbitantes, el equipaje será entregado a la jurisdicción de la nación bajo cuyo pabellón navegaba el barco. No solamente el equipaje (comprendiendo capitán, piloto, etc.), sino también los propietarios del barco, incurrirán en su caso en las penalidades previstas en las leyes de esa nación. Se pagarán indemnizaciones a los navíos mercantes absueltos por los tribunales mixtos, que serán satisfechas en el espacio de un año por la potencia bajo cuyo pabellón navegaba el barco de guerra corsario. El derecho legal del corso en mar no afecta

Tras esas fechas seguramente ha habido aún algunos pocos pocos transportes y la esclavitud se ha mantenido algunos años más, sobre todo en Cuba y Brasil. Pero a finales del siglo XIX se puede decir que había desaparecido prácticamente.

No obstante, en los Estados Unidos, los problemas ideológicos vinculados al esclavismo y la discriminación racial han continuado con relativa lozanía hasta nuestros días. Desde el punto de vista oficial, se ha tratado de acabar con la segregación, que hasta hace pocos años afectaba, por ejemplo, a la enseñanza o a los transportes públicos, pero en la práctica siguen vivos muchos fenómenos vinculados a aquélla: problemas de vivienda, diferencias salariales, condiciones profesionales, sindicación obrera, etc. Existe, pues, aún un grave problema "negro" en el país, secuela de esos siglos de esclavismo.

solamente a los navíos que tengan a su bordo negros cautivos, sino también a los dispositivos de armamento que caracterizan a los navíos que sirven en la trata de negros: esposas, cadenas y otros instrumentos para tener sujetos a los negros, y, finalmente, los alimentos de boca, si la cantidad no corresponde a las necesidades del equipaje. Un navío sobre el que se hallen tales artículos sospechosos se obliga a hacer prueba de inocencia: incluso en caso de absolución, no puede pretender indemnización.

Los comandantes que sobrepasen los poderes que les son conferidos, son condenables por su propio gobierno. Si el comandante de un crucero de una de las potencias contratantes sospechase de un navío mercantes, escoltado por uno o varios barcos de guerra de la otra potencia contratante, de tener a su bordo negros o de estar dedicado a la trata de esclavos africanos o estar equipado a tal fin, deberá comunicar sus dudas al comandante de la escolta y visitar de acuerdo con él el navío sospechoso, que sería conducido a lugar de residencia de uno de los tribunales, si entraba en la categoría de barcos prevista por el tratado.

Los negros que se hallen a bordo de los navíos condenados serán puestos a disposición del gobierno bajo cuyo pabellón se ha efectuado la captura. Deberán ser liberados inmediatamente, y quedarán en libertad bajo la garantía del gobierno sobre cuyo territorio se encuentran. No puede derogarse el tratado antes de diez años. Y se mantiene en vigor durante un año después de la revocación por una de las partes contratantes.

Este tratado anglo-americano —fruto de la guerra civil americana— ha dado un golpe mortal a la trata de negros. El efecto se completará con una ley recientemente propuesta al Congreso por el senador Summer, que anula la ley de 1808 sobre el

comercio de negros en las costas de los Estados Unidos y condena como crimen el transporte de esclavos de un puerto a otro de los Estados Unidos.[2] Esta ley dificultará considerablemente el comercio de los Estados fronterizos esclavistas propiamente dichos.

[2] La ley de 1801 mantenía la trata de esclavos en el seno de los Estados Unidos, entre los Estados esclavistas del Sur y el Suroeste, especialmente en las costas meridionales del país. La prohibición de importar esclavos de Africa tuvo por consecuencia un aumento de la trata de negros en el interior de los Estados Unidos. Estados tales como Maryland, Virginia y Carolina del Norte se dedicaron a criar negros para venderlos a los Estados que explotaban el trabajo de los esclavos. Estos puntos de la ley de 1808 fueron anulados por el proyecto de ley sometido al Senado por Summer el dos de mayo de 1862. Quedaba también prohibido el transporte de eclavos de un Estado a otro.

Carlos Marx

# MANIFESTACIONES ABOLICIONISTAS EN AMERICA

*Die Presse*,
30 de agosto de 1862
*Londres, 22 de agosto de 1862*

Hace ya algún tiempo hemos señalado en estas columnas que el Presidente Lincoln, por sus escrúpulos jurídicos, su espíritu mediador y constitucionalista, sus orígenes y sus vínculos con Kentucky, el Estado esclavista fronterizo, encontraba dificultades para desprenderse de la influencia de los esclavistas "leales". Sin embargo, aunque tratando de evitar toda ruptura abierta con ellos, suscita un conflicto con los partidos del Norte que son los más consecuentes en el campo de los principios y son empujados cada vez más hacia el proscenio por los mismos acontecimientos. Puede considerarse como un prólogo a ese conflicto el discurso pronunciado por *Wendell Philips* en Abbington, en *Massachusetts*, con ocasión del aniversario de la emancipación de los esclavos en las Indias Occidentales Británicas.

Con *Garrison* y *G. Smith, Wendell Phillips* es el jefe de los abolicionistas de Nueva Inglaterra. Durante treinta años, sin desfallecimiento y con riesgo de su vida, ha lanzado el grito de batalla de la emancipación de los esclavos, sin cuidarse de las burlas de la prensa, los gritos de rabia de los granujas pagados, ni de los amigos inclinados a la conciliación. Sus mismos adversarios reconocen en él a uno de los más grandes oradores del Norte; une una naturaleza de hierro a una energía indomable y una entera probidad. Hoy, el *Times* de Londres

—¿qué es lo que mejor podría caracterizar a este enternecedor periódico?— denuncia al gobierno de Washington el discurso de *Wendell Phillips* en Abbington, ya que habría "abusado" de la libertad de expresión: "Es difícil imaginar nada más violentamente desmesurado. Jamás en tiempos de guerra civil, en cualquier país que sea, un hombre sano de espíritu y apreciando el valor de su vida y su libertad, ha pronunciado palabras de una audacia tan loca. Leyendo este discurso, hay que concluir que el objetivo del orador estriba en forzar al gobierno a perseguirlo".

Y el *Times* —a despecho o, tal vez, a causa de su odio por el gobierno de la Unión— parece dispuesto a jugar el papel de acusador público.

En la situación presente, *el discurso de Wendell Phillips en Abbington es más importante que un boletín de guerra.* Por ello, queremos hacer aquí referencia de los pasajes más salientes.

"El gobierno lucha por mantener la esclavitud; he aquí por qué su combate es estéril. Lincoln lleva la guerra como hombre político. Aún hoy teme más a Kentucky que a todo el Norte. Confía en el Sur. Si se pregunta a los negros de los campos de batalla del Sur si están asustados por el diluvio de fuego y hierro que se abate sobre la tierra y destroza los árboles, responden: «No, *massa* (señor), sabemos bien que esto no nos concierne». Los rebeldes podrían decir lo mismo de las bombas de McClellan. Saben que no tienen por objetivo hacerles daño. Yo no digo que McClellan sea un traidor, pero digo que si fuera un traidor no obraría de otro modo. No tembléis por Richmond: McClellan no la ocupará.

"Si continuamos conduciendo así la guerra sin principio director, no haremos sino malgastar en vano la sangre y el oro. Más valdría acordar inmediatamente la independencia del Sur que poner en

peligro una sola vida humana, por una guerra fundada sobre la execrable política actual. Se necesitan ciento veinticinco mil hombres por año y un millón de dólares por día para llevar la guerra en las condiciones actuales. No obstante, no podéis llegar a derrotar el Sur.

"Como decía Jefferson: «Los Estados del Sur tienen el lobo por las orejas, pero no pueden ni mantenerlo ni soltarlo». Del mismo modo, nosotros temos al Sur de las orejas, sin poder apoderarnos ni desembarazarnos de él. Si mañana lo reconociéseis, tampoco tendríais la paz. Durante ochenta años ha vivido con nosotros, temiéndonos constantemente, odiándonos la mitad del tiempo, pero siempre a disgusto y desconfiado. Vuelto presuntuoso por la declaración de sus actuales reivindicaciones, no se mantendría ni un año en el interior de una línea frontera trazada artificialmente. ¡No!, en el mismo instante en que habláramos de condiciones de paz, gritarían ¡victoria! Mientras que la esclavitud no sea eliminada, ¡no habrá paz! Mientras mantengáis las actuales tortugas a la cabeza de nuestro gobierno, estaréis haciendo un agujero con una mano y rellenándolo con la otra. Dejad, pues, a toda la nación asociarse a las decisiones de la Cámara de Comercio neoyorkina: [1] el ejército tendría entonces las razones por qué batirse. Incluso si Jefferson Davis tuviese el Poder, no se apoderaría de Washington. Sabe bien que la bomba que caería sobre esta Sodoma, despertaría a toda la nación, y que el Norte entero lanzaría una voz de trueno: «¡Abajo la esclavitud! Abajo todo obstáculo a la salud de la República!»

"Pero Jefferson Davis está satisfecho de los re-

[1] Se alude a la resolución siguiente de la Cámara de Comercio de Nueva York: "Vale más que mueran todos los rebeldes que uno sólo de nuestros soldados".

sultados que ha obtenido. Sobrepasan lo que podía esperar. Si puede continuar así hasta el 4 de marzo de 1863, Inglaterra reconocerá —y esto se halla dentro de lo posible— a la Confederación del Sur...

"El Presidente no ha aplicado la ley sobre la confiscación. Tal vez sea honesto, pero su honestidad nada tiene que ver en esto. ¡Su espíritu no es ni penetrante ni previsor! Durante mi estancia en Washington, he podido darme cuenta de que hace ya tres meses Lincoln había redactado una proclama general de emancipación de los esclavos. McClellan ha hecho aplazar esta decisión intimidándolo, mientras que los representantes de Kentucky se imponían a McClellan, en quien, por lo demás, no tiene ninguna confianza. *Se necesitarán años para que Lincoln aprenda a combinar sus escrúpulos legalistas de abogado con las necesidades inherentes a la guerra civil.* Tal es la terrible condición de un gobierno democrático, su mayor mal.

"En Francia, cien hombres convencidos de su buen derecho, han arrastrado con ellos a la nación entera.[3] Pero, para que nuestro gobierno dé un paso,

[3] Wendell Phillips juega el mismo papel en la guerra civil americana que un Buonaroti, por ejemplo, en la Revolución Francesa, defendiendo las mismas ideas: "La experiencia de la Revolución Francesa y más particularmente los trastornos y virajes de la Convención Nacional han demostrado suficientemente, a mi modo de ver, que un pueblo, cuyas opiniones se han formado bajo un régimen de desigualdad y despotismo, es poco adecuado, al comienzo de una revolución regeneratriz, para designar por sus sufragios los hombres encargados de dirigirla y llevarla a buen fin. Esta difícil tarea no puede corresponder más que a ciudadanos prudentes y animosos... Quizás sea necesario, en el nacimiento de una revolución política, incluso por respeto a la soberanía real del pueblo, ocuparse menos de recoger los sufragios de la nación que de hacer caer, lo menos arbitrariamente que sea posible, la autoridad suprema en manos prudentes y fuertemente revolucionarias" (Buonaroti, *Conspiration pour l'Egalité dite de Babeuf*.

antes tienen que ponerse en movimiento diez y nueve millones de hombres. Ahora bien, durante años, se ha predicado a esos millones de hombres seres humanos que la esclavitud ¡era de instauración divina! Con esos prejuicios, que os atan las manos y el corazón, pedís a vuestro Presidente que os salve de los negros. Si esta teoría fuese justa, solamente el despotismo esclavista podría asegurar la paz por un tiempo...

"Conozco a Lincoln. He medido su capacidad en Washington: es una mediocridad de primer orden (*a first-rate second-rate man*). Como una escoba, espera honestamente que la nación la coja en su mano, a fin de barrer la esclavitud... El año último, no lejos de la tribuna donde yo hablo hoy, disparos de morteros hechos por conservadores han intentado ahogar mi voz. ¿Cuál fue el resultado?

"Los hijos de esos conservadores cavan hoy sus propias tumbas en los pantanos de Chickahominy.[8] Disolved esta Unión en nombre del Señor y reemplazadla por una nueva sobre cuyo frontispicio escribáis: «Libertad política para todos los hombres de la tierra». Durante mi estancia en Chicago, he pedido a juristas de Illinois que han conocido a Lincoln que me dijeran qué clase de hombre era. ¿Sabe decir no? La respuesta fue: «Carece de columna vertebral. Los americanos que hubiesen querido un hombre absolutamente incapaz de gobernar y de tomar iniciativas, hubiesen elegido a Abraham Lincoln. Nunca nadie le ha oído decir no». Yo pregunté: «¿Es McClellan hombre propicio a decir no?». El director del ferrocarril de Chicago que empleaba a McClellan me respondió: «Es incapaz de tomar

[8] La batalla de Richmond junto a las riberas pantanosas del Chickahominy duró siete días (del 25 de junio al primero de julio de 1862). Terminó con la retirada del ejército nordista, bajo el mando de McClellan.

una decisión. Planteadle una cuestión y necesita una hora para pensar la respuesta. En tanto que ha tenido que decidir una cuestión litigiosa».

"¡He aquí los hombres que, más que cualesquiera otros, tienen en sus manos la suerte de la República del Norte! Hombres que se hallan bien al corriente de la situación del ejército, aseguran que Richmond podría haberse tomado cinco veces si el inútil que se halla al frente del ejército lo hubiera permitido; pero prefiere abrir trincheras en los pantanos de Chickahominy, para en seguida abandonar el sitio con todas sus escarpaduras boscosas. Porque teme cobardemente a los Estados esclavistas fronterizos, Lincoln mantiene a este hombre en su puesto actual, pero vendrá el día en que Lincoln tendrá que reconocer que jamás tuvo confianza en McClellan...

"Esperamos que la guerra dure lo bastante como para transformarnos en hombres, y entonces venceremos rápidamente. Dios ha puesto en nuestras manos la pólvera y el disparo de la emancipación para reducir esta rebelión a polvo".

Carlos Marx

# SINTOMAS DE DISOLUCION DE LA CONFEDERACION DEL SUR

*Die Presse*,
14 de noviembre de 1862
*Londres, 7 de noviembre de 1862*

La prensa inglesa es más sudista que el mismo Sur, ya que ve todo negro en el Norte y pinta todo de color blanco en el país de los "negros". Pero encontramos que los Estados esclavistas no participan nada en la "euforia de la victoria" que arrebata al *Times*.

La prensa sudista se lamenta unánimemente por la derrota de Corinth, y acusa a los generales Price y Van Dorn "de incapacidad y presunción".[1] El *Mobile Advertiser* cita al 42 regimiento de Alabama, que, el viernes antes de la batalla, contaba con quinientos treinta hombres y el sábado por la noche no tenía más que diez. Entre tanto, el resto había sido muerto, hecho prisionero, herido o había desaparecido. Los periódicos de Virginia emplean el mismo lenguaje.

El *Richmond Whig* escribe: "Está claro que el objetivo inmediato de nuestra campaña del Mississipi ha fallado". El *Richmond Enquirer* prosigue. "Es de temer que el efecto de esta batalla no deje de tener consecuencias nefastas sobre nuestra campaña del Oeste".

[1] El 3 de octubre de 1862, las tropas sudistas bajo el mando de los generales Price y Van Dorn atacaron las posiciones nordistas cerca de Corinth. La batalla duró dos días y terminó con la derrota y retirada de los confederados.

Este pronóstico se ha realizado, como lo muestra la evacuación de Kentucky por Bragg y la derrota de los confederados, cerca de Nashville (Tennesse).

La misma fuente sudista —los periódicos de Virginia, de Georgia y de Alabama— nos da interesantes aclaraciones sobre el conflicto entre el gobierno central de Richmond y los gobiernos de los Estados esclavistas particulares. La ocasión fue la última ley sobre el reclutamiento, gracias a la cual el Congreso prolonga el tiempo de servicio mucho más allá de la edad normal. En Georgia, cierto Levingood fue enrolado en virtud de esta ley; pero, al rehusar unirse a su cuerpo, fue detenido por un agente de la Confederación, J. P. Bruce. Levingood apela al tribunal supremo del Elbert County (Georgia), que ordena su liberación inmediata. En su larga exposición de motivos, los jueces declaran ante otras cosas:

"En el párrafo del preámbulo de la Constitución de la Confederación, se señala cuidadosa y expresamente que los diferentes Estados son independientes y soberanos. ¿En qué sentido es todavía posible decirlo en lo que concierne a Georgia, si cada miliciano puede ser sustraído por la fuerza al control del comandante supremo de ese Estado? Si el Congreso de Richmond hace una ley admitiendo excepciones al reclutamiento, ¿qué es lo que le impide hacer leyes que no las admitan de suerte que compromete la responsabilidad del gobernador, de la asamblea legislativa y del personal de justicia, poniendo fin a la autonomía de todos los órganos gubernamentales del Estado particular? Por estas razones, entre otras, juzgamos y ordenamos por la presente sentencia que la ley de reclutamiento del Congreso es nula y no tiene ningún valor legal"...

Así, el Estado de Georgia ha prohibido el reclutamiento en el interior de sus fronteras y el gobier-

no de la Confederación no ha osado oponerse.

Encontramos en Virginia las mismas fricciones entre el "Estado particular" y la "confederación particular de Estados". La razón del conflicto está en que el gobierno del Estado niega a los agentes de Jefferson Davis el derecho a reclutar los milicianos de Virginia e incorporarlos al ejército confederado. En esta ocasión, se ha abierto una viva polémica entre el ministro de la Guerra, J. B. Floyd, quien, bajo la Presidencia de Buchanan y a título de ministro de la Guerra de la Unión, preparó la secesión y, para colmo, hizo hacer "secesión" en su caja privada a una parte apreciable del Tesoro público. Este famoso jefe secesionista llamado en el Norte *Floyd the Thief* (Floyd el ladrón) pasa ahora como campeón de los derechos de Virginia contra la Confederación. A propósito de la correspondencia entre Floyd y el ministro de la Guerra, el *Richmond Examiner* señala lo siguiente:

"Toda esta correspondencia ilustra la resistencia y la animosidad que nuestro Estado (Virginia) y su ejército sufren por parte de quienes abusan del poder de la Confederación en Richmond. Virginia está agobiada por cargas intolerables. Pero todo tiene sus límites; por paciente que sea, el Estado no soportará por más tiempo la repetición de abusos legislativos [...]. Virginia ha suministrado prácticamente todas las armas, municiones y suministros militares que permitieron ganar las batallas de Bethel y de Manassas. Para ponerlo al servicio de la Confederación, sacó de sus propios arsenales y depósitos setenta y tres mil fusiles y mosquetones, doscientas treinta y tres piezas de artillería y un magnífico armamento. Ha puesto al servicio de la Confederación hasta el último hombre en estado de combatir; no obstante, se ha visto obligada a rechazar al enemigo de su frontera occidental por sus

propios medios; ¿no resulta indignante que los agentes del gobierno de la Confederación se atrevan hoy a jugar con él?

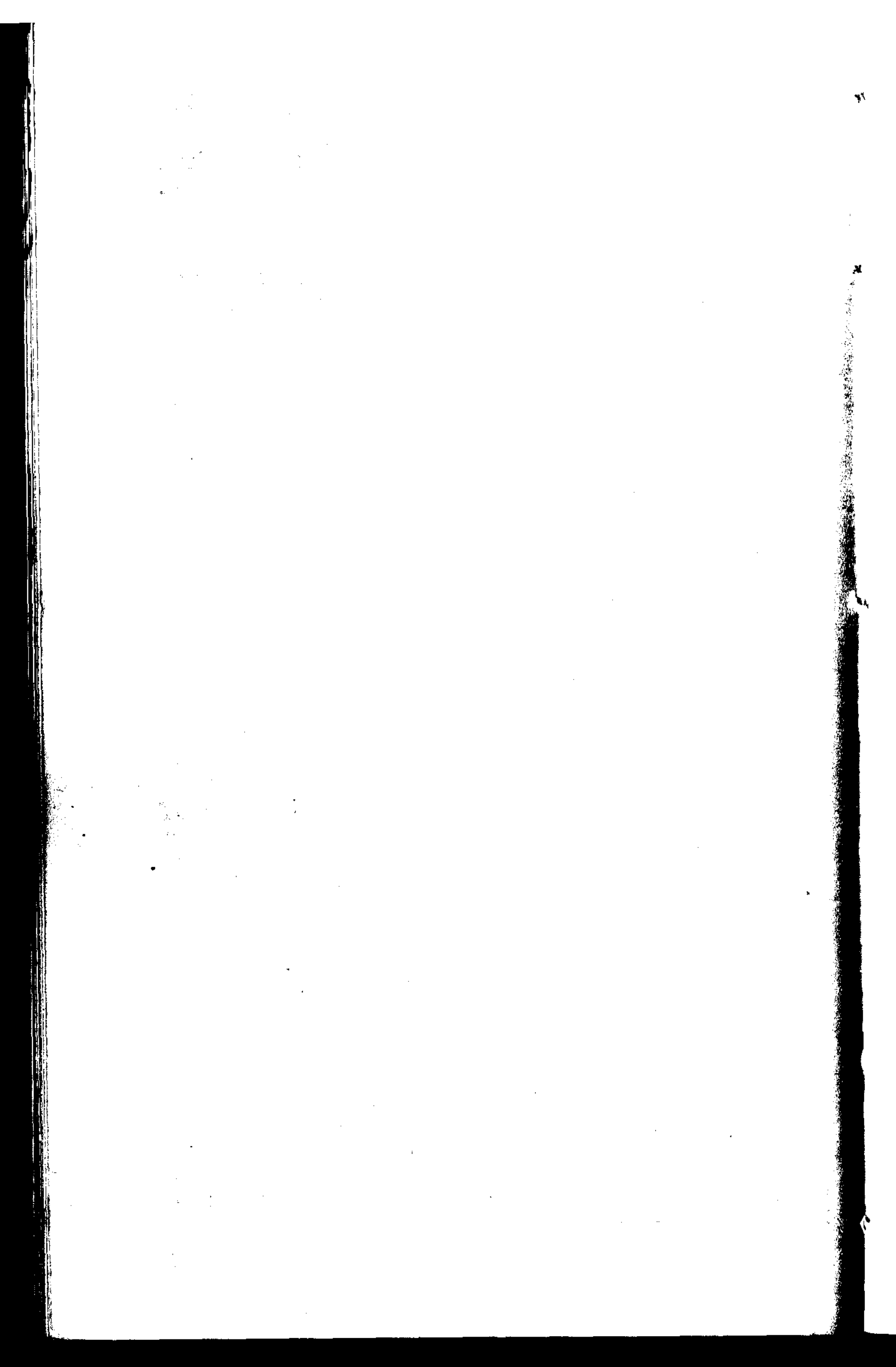
En Texas también, el envío repetido hacia el Este de su población masculina ha despertado la oposición a la Confederación. El 30 de septiembre, Oldham, el representante de Texas, ha protestado en el Congreso de Richmond:

"Cuando la expedición Wildgans de Subley, tres mil quinientos soldados escogidos de Texas han sido enviados a la muerte en las áridas planicies de Nuevo México. El resultado fue atraer a nuestras fronteras al enemigo, que las pasará este invierno. Habéis expedido las mejores tropas de Texas al este del Mississipi, las habéis enviado a Virginia, las habéis utilizado en los puntos más peligrosos, donde han sido diezmadas. Las tres cuartas partes de cada regimiento tejano duermen en la tumba o han tenido que ser devueltos a sus hogares a causa de enfermedades. Si este gobierno continúa sangrando las disponibilidades combatientes de Texas para mantener cada regimiento en su efectivo normal, Texas será arruinado, irremediablemente arruinado. Es injusto y poco político. Estos hombres quieren defender sus familias, sus propiedades y su patria. En su nombre, yo protesto contra el hecho de que se expidan esos hombres del oeste del Mississipi hacia el este, y que se desguarnezca su propio país cuando el norte, el este, el oeste y el sur de nuestro Estado se hallan amenazados por el enemigo".

De los datos proporcionados por los mismos periodistas sudistas, se desprenden dos conclusiones. Los esfuerzos exigidos por el gobierno confederal para colmar los vacíos del ejército sobrepasan el límite de lo tolerable. Los recursos militares se agotan. Pero, además, y este punto es decisivo, la doctrina de los *state rights* (de la soberanía de los Estados

particulares) gracias a la cual los usurpadores han dado a la secesión un barniz constitucional, amenaza actualmente volverse contra ellos. Jefferson Davis no ha logrado "hacer del Sur una nación", contrariamente a lo que proclama su admirador inglés Gladstone.[2]

[2] Se alude a un discurso de Gladstone, el 7 de octubre de 1862 en Newcastle. El primer ministro inglés declaró que la Confederación del Sur no solamente había creado un ejército y una flota, sino también —lo que era mucho más importante— una nación.



Carlos Marx

# LOS RESULTADOS ELECTORALES EN LOS ESTADOS DEL NORTE

*Die Presse,*
23 de noviembre de 1862
*Londres, 18 de noviembre de 1862*

Las elecciones constituyen, en efecto, una derrota para el gobierno de Washington.[1] Los viejos jefes del Partido Demócrata han explotado hábilmente el mal humor debido a las torpezas financieras y a las impericias militares, y no hay duda de que el Estado de Nueva York entre las garras de los Semour, Wood y Bennett, puede convertirse en el centro de peligrosas intrigas. Sin embargo, no hay que exagerar la importancia práctica de esta *reacción.* La actual Cámara de Representantes republicana continúa y los representantes que acaban de ser elegidos no entran en función hasta diciembre de 1863.

En cuanto conciernen al Congreso de Washington, las elecciones no son por ahora más que una demostración. En ningún Estado, salvo el de Nueva York, ha habido elecciones de gobernadores. El Partido Republicano sigue, pues, antes como después, a la cabeza de los diferentes Estados. Las victorias electorales de los republicanos en Massachusetts, en Iowa, en Michigan e Illinois contrarrestan en cierta

[1] Con ocasión de las elecciones a la Cámara de Representantes del Congreso del 4 de noviembre de 1862 en los Estados del Norte, los republicanos consiguieron, desde luego, la mayoría en la mayor parte de los Estados nordistas, pero perdieron con respecto a las elecciones precedentes, un número considerable de votos en Nueva York y en los Estados del Noroeste, que votaron por los demócratas.

medida sus pérdidas en Nueva York, en Pennsylvania, en Ohio y en Indiana.

Un análisis algo detallado de las ganancias "demócratas" conduce a un resultado totalmente distinto al que proclaman los periódicos ingleses. La *ciudad* de Nueva York, muy desquiciada por el populacho irlandés, *ha tomado estos últimos tiempos una parte activa en la trata de esclavos y constituye la sede del mercado financiero americano, al mismo tiempo que representa al acreedor hipotecario de todas las plantaciones del Sur.* En todo tiempo, fue claramente "demócrata", al modo como Liverpool es hoy aún conservadora. Como desde 1856, los *distritos rurales* del Estado de Nueva York han votado todavía por los republicanos, aunque con menor celo que en 1860. Por lo demás, una gran parte de los hombres en edad de votar se encuentra en campaña.

Si se suman los distritos urbanos y los rurales, la mayoría demócrata no es más que de ocho a diez mil votos en el Estado de Nueva York.

En Pennsylvania, que se balancea primeramente entre los liberales y los demócratas, después entre los demócratas y los republicanos, la mayoría demócrata no se eleva más que a tres mil quinientos votos; en Indiana es más débil aún, y en Ohio, donde es de ocho mil votos, los líderes demócratas señalados por sus simpatías por el Sur —tal el odioso Vallandigham— han perdido, sin embargo, su puesto en el Congreso.

*El irlandés ve en el negro un peligroso concurrente.* Los laboriosos campesinos de Indiana y de Ohio odian al negro en segundo lugar después de la esclavitud. Para ellos, es el símbolo de la esclavitud y del envilecimiento de las clases laboriosas, y la prensa demócrata agita todos los días la amenaza de que sus territorios sean anegados por los

"negros". Por añadidura, son los Estados que han suministrado los más fuertes contingentes de voluntarios, los que están más descontentos de la miserable manera de conducir la guerra en Virginia.

Pero esto no es, sin embargo, lo esencial. En el momento en que Lincoln fue elegido (1860), la guerra civil no había estallado aún, y la cuestión de la emancipación de los negros no se hallaba aún a la orden del día. Estando aún separado enteramente del partido abolicionista, el Partido Republicano en 1860 quería simplemente protestar contra la extensión de la esclavitud a otros territorios y proclamaba al mismo tiempo que no trataba de ocuparse de esta institución en los Estados donde ya existía legalmente. Si hubiera lanzado el grito de guerra de *la emancipación de los esclavos,* Lincoln hubiera sido seguramente derrotado entonces, ya que la mayoría no la quería.

Ocurre muy distintamente en las elecciones que acaban de celebrarse. Los republicanos hicieron causa común con los abolicionistas. Con énfasis se declararon por la emancipación inmediata, bien como fin en sí o bien como medio de poner término a la rebelión.

Si se tiene bien en cuenta este dato, la mayoría gubernamental en Michigan, en Illinois, en Massachusetts, en Iowa y en Delaware y la minoría muy fuerte en los Estados de Nueva York, de Ohio y de Pennsylvania, aparecen también sorprendentes, tanto una como otra. Tal resultado era inconcebible antes de la guerra, incluso en Massachusetts. Ha bastado que el gobierno y el Congreso (convocado para el mes próximo) hiciesen prueba de alguna energía para que los abolicionistas, que se identifican en adelante con los republicanos, tomarán por todas partes la ventaja moral y numérica. Las veleidades de intervención de Luis Bonaparte les pro-

curan un sostén "exterior". El único peligro consiste en el sostén de generales tales como McClellan, que, abstracción hecha de su incapacidad, son partidarios declarados de la esclavitud.

**Carlos Marx**

# LA DESTITUCION DE McCLELLAN

*Die Presse,*
29 de noviembre de 1862
*Londres, 24 de noviembre de 1862*

*"McClellan ha sido destituido"*, tal es la respuesta de Lincoln a la victoria electoral de los demócratas.

Los periódicos demócratas habían proclamado con la mayor seguridad que la elección de *Symour* al puesto de gobernador del Estado de Nueva York supondría la revocación inmediata de la *proclama* de Lincoln sobre la abolición de la esclavitud en Secesia a partir de primero de enero de 1863. Apenas los periódicos que publicaron esta profecía habían salido de la imprenta, cuando su general favorito —porque temía tanto una gran derrota, como una victoria decisiva— fue retirado de su mando y enviado a su casa.

Recuérdese que en respuesta a la proclama de Lincoln, McClellan había lanzado una contraproclama, una orden del día a su ejército. Ciertamente, prohibía toda manifestación contra la medida presidencial, pero deslizaba también las funestas palabras siguientes: "Es deber de los ciudadanos rectificar los errores políticos, si los hay, por la vía de las urnas". McClellan, a la cabeza del principal ejército de los Estados Unidos, apelaba, pues, al Presidente ante las próximas elecciones. Echa en la balanza el peso de su autoridad. Salvo un *pronunciamiento* a la manera española, no podía expresar más claramente su hostilidad a la política del Presidente. Tras la victoria electoral de los demócratas, no quedaba, pues, a Lincoln otra sali-

da: bien debía rebajarse hasta convertirse en el instrumento del partido del compromiso proesclavista, o bien privar a este partido del apoyo de que beneficiaba en el ejército en la persona de McClellan.

He aquí por qué la destitución de McClellan en *este* momento preciso es una demostración política. Pero, de todas maneras, había llegado a ser inevitable. En un informe al ministro de la Guerra, el comandante en jefe, Halleck, había acusado a McClellan de insubordinación pura y simple. Poco después de la derrota de los confederados en Maryland el 6 de octubre, Halleck había dado la orden de atravesar el Potomac, aprovechando que el débil nivel de agua del río y sus afluentes favorecía entonces las operaciones militares. Desafiando esta orden, McClellan no mueve un dedo, con el pretexto de que su ejército era incapaz de andar, pues faltaban los aprovisionamientos. En su informe, Halleck demuestra que esto era un mero subterfugio, que el ejército del Este gozaba de grandes privilegios, con respecto al del Oeste, en lo que concierne a la intendencia. Como quiera que fuese, el aprovisionamiento necesario podía ser recibido tan bien al sur como al norte del Potomac. Un segundo informe completo el de Halleck. El comité encargado de investigar la rendición de Harper's Ferry [1] a los confederados acusa a McClellan de haber concentrado las tropas de la Unión, estacionadas cerca de ese arsenal, con una lentitud incomprensible —las hizo avanzar solamente seis millas inglesas (alrededor de milla y media alemana) por día— para

[1] Harper's Ferry, importante centro militar en el Potomac. Los sudistas se apoderaron de él, el 15 de septiembre de 1862, bajo el mando de Jackson, cuando invadieron Maryland. Los mil hombres de la guarnición, así como todo el arsenal, cayeron en manos de los confederados.

relevarlas. Estos informes de Halleck y del Comité estaban en manos del Presidente desde *antes* de la victoria electoral de los demócratas.

Frecuentemente hemos esbozado en estas columnas el arte con que McClellan ha ejercido su alto mando para que baste recordar aquí que buscaba sustituir el envolvimiento estratégico por la decisión táctica, que estaba siempre a la busca de argumentos adecuados a esta prudencia de Estado Mayor que impedía explotar las victorias o prevenir las derrotas. La breve campaña de Maryland le había dado una falsa aureola. En efecto, conviene señalar que recibió todas sus principales órdenes de marcha del general Halleck, quien había además concebido el plan de la primera campaña de Kentucky, y que la victoria sobre el campo de batalla se debía exclusivamente a la bravura de sus subordinados, en particular del general *Reno,* caído en el campo de batalla y de *Hooker,* quien, en este momento, aún no se ha restablecido enteramente de sus heridas.

Napoleón escribía en otro tiempo a su hermano José que el peligro era el mismo en todos los puntos de un campo de batalla y que buscando huir de él no se hacía más que precipitarlo más seguramente. McClellan parece haber comprendido este axioma, pero sin la receta que Napoleón sugería a su hermano. Durante toda su carrera militar, McClellan *jamás* ha puesto los pies en un campo de batalla, ni recibido el bautismo de fuego. El general *Kearney* señala fuertemente esta originalidad en una carta publicada por su hermano, después de muerto Kearney, en una de las batallas libradas por Pope ante Washington.

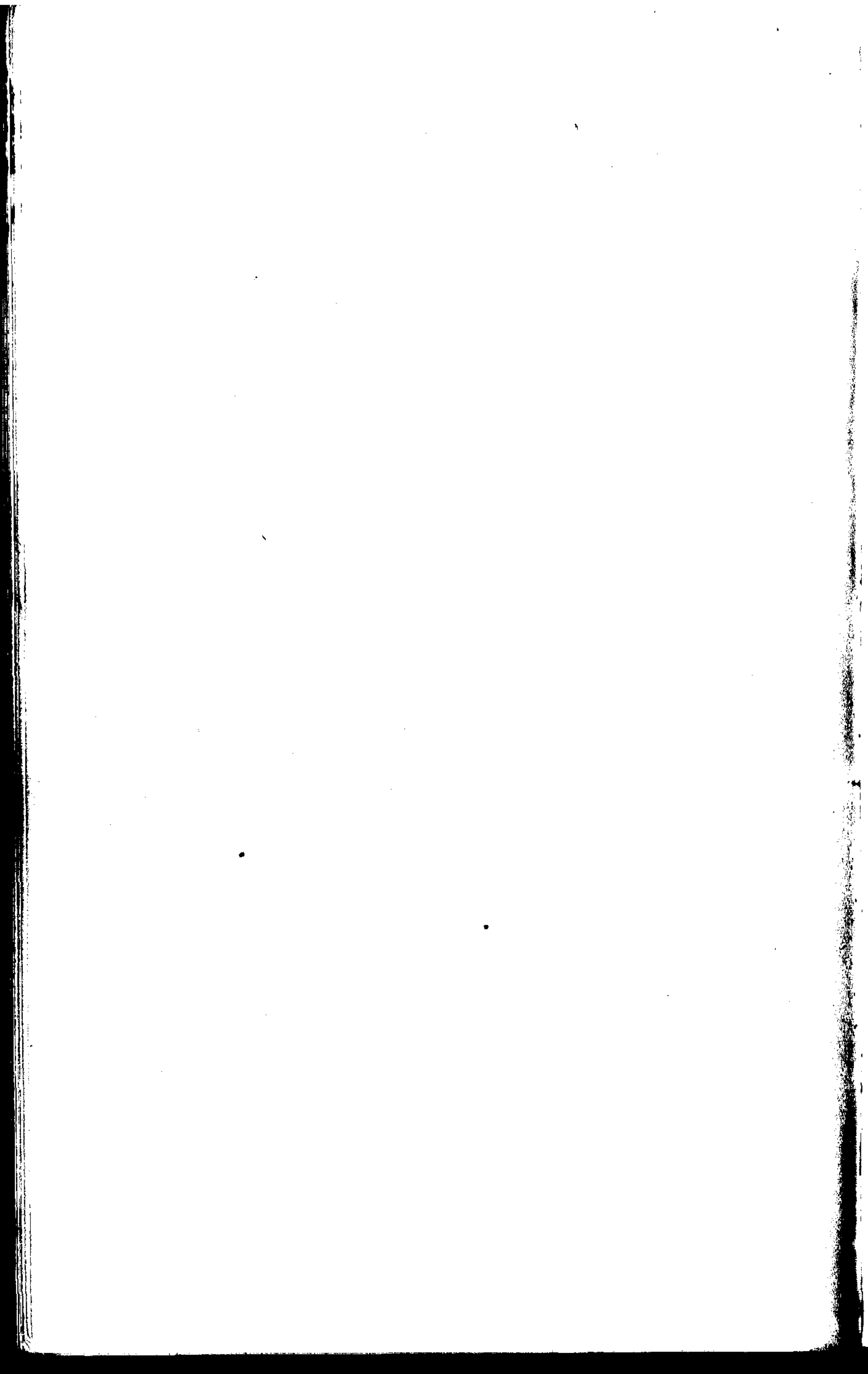
McClellan se las arreglaba para ocultar esta mediocridad tras la máscara de una condescendencia altanera, de un laconismo discreto y de una reserva

llena de dignidad. Sus defectos le aseguraban la confianza inquebrantable del Partido Demócrata del Norte y el "leal reconocimiento" de los secesionistas. Entre los oficiales superiores de su ejército, supo reclutar partidarios, creando un Estado Mayor de una amplitud desconocida hasta entonces en los anales de la historia militar. Cierto número de viejos oficiales, que habían pertenecido al antiguo ejército de la Unión y habían sido formados en la Academia de West Point, encontraron en él un punto de apoyo en sus rivalidades con los "generales de civil" de formación reciente y en sus simpatías secretas con los "colegas" del campo adversario. El soldado, en fin, no conocía sus cualidades militares más que de oídas; le atribuía, por lo demás, todos los méritos de una intendencia notable y deducía toda suerte de anécdotas gloriosas de su laconismo condescendiente. El único don propio de un comandante supremo que tuvo McClellan fue el de asegurar su popularidad entre su ejército.

El sucesor de McClellan, *Burniside*, es demasiado poco conocido para que lo podamos juzgar. Pertenece al Partido Repúblicano. Hooker, en cambio, que asume el mando del cuerpo de ejército que sirve directamente bajo las órdenes de McClellan, es sin duda alguna el más bullicioso de los oficiales de la Unión: es "Fighting Joe" (luchador Joe) como sus tropas le llaman, quien más ha contribuido a los triunfos de Maryland. Es *abolicionista.*

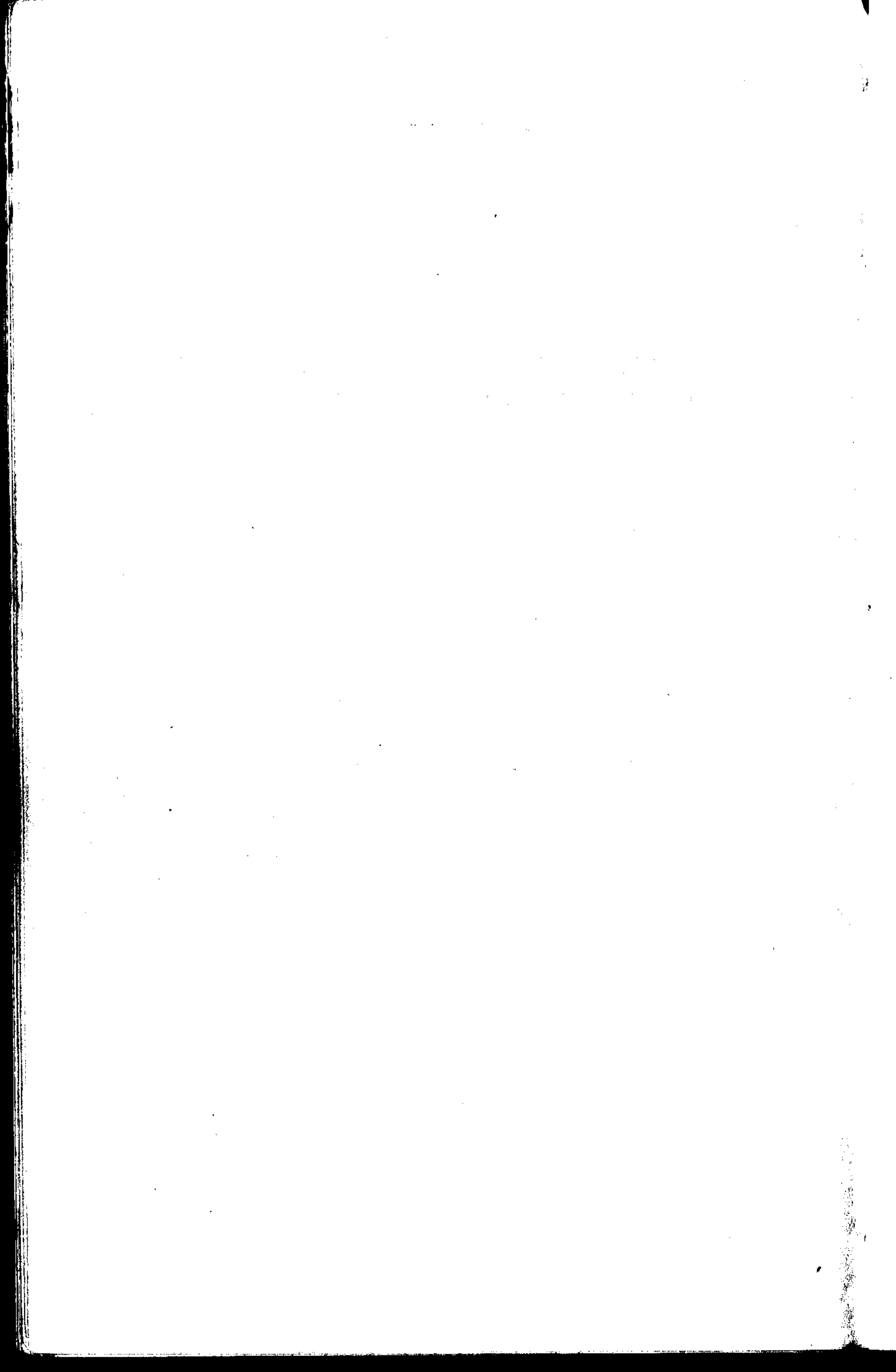
Los periódicos americanos que nos traen la noticia de la destitución de McClellan nos informan que "Lincoln —observa el *Morning Star* con razón— ha demostrado al mundo, por sus sucesivas manifestaciones de firmeza, que era un hombre que puede ser lento, pero sólido; que avanza con infinitas precauciones, pero no retrocede jamás. Cada paso de su carrera administrativa sigue con energía la bue-

na dirección que se ha fijado. Habiendo partido de la decisión de desterrar la esclavitud de los territorios, lo vemos al fin llegando al objetivo final de todo el «movimiento antiesclavista»: extirpar esta plaga del suelo de toda la Unión. Ha alcanzado ya la gloriosa posición que consiste en declinar toda responsabilidad de la Unión en el sostenimiento de la esclavitud."



**Carlos Marx**

# A ABRAHAM LINCOLN, PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA



*Der Social-Demokrat,*
30 de diciembre de 1864

Señor:

Cumplimentamos al pueblo americano con ocasión de vuestra reelección, por una fuerte mayoría.[1]

Si la moderada consigna de vuestra primera elección ha sido la resistencia al poder de los esclavistas, el grito de guerra triunfal de vuestra reelección es: ¡muerte a la esclavitud!

Desde el principio de la lucha titánica que lleva América, los obreros de Europa sienten instintivamente que la suerte de su clase depende de la bandera estrellada. La lucha por los territorios que inaugura la terrible epopeya, ¿no debía decidir si la tierra virgen de zonas inmensas debía ser fecundada por el trabajo del emigrante, o manchada por el látigo del guardián de esclavos?

Cuando la oligarquía de los trescientos mil esclavistas osa, por primera vez en los anales del mundo, inscribir la palabra esclavitud en la bandera de la rebelión armada; cuando en el lugar mismo en que, un siglo antes, la idea de una gran república democrática nació al mismo tiempo que la primera

[1] Sería evidentemente abusivo extender este elogio de Marx a todos los presidentes de los Estados Unidos. Marx trata, en efecto, de felicitar a Lincoln por su acción antiesclavista, que permite pasar de la primera parte de la guerra civil (plan constitucional de la salvaguarda de la Unión) al plan revolucionario para la *abolición de la esclavitud de los negros.*

declaración de los derechos humanos,[2] que juntos dieron el primer impulso a la revolución europea del siglo XVIII —cuando en este lugar la contrarrevolución se gloria, con una violencia sistemática, de invertir las "ideas dominantes de la época de la formación de la vieja Constitución" y presenta "la esclavitud como una institución benéfica, hasta como la única solución al gran problema de las relaciones entre trabajo y capital", proclamando cínicamente que el derecho de propiedad sobre el hombre representa la piedra angular del nuevo edificio— entonces las clases obreras de Europa comprendieron en seguida, antes incluso de que la adhesión fanática de las clases superiores a la causa de los confederados no las haya prevenido, que la rebelión de los esclavistas sonaba la alarma para una cruzada general de la propiedad contra el trabajo y que, para los hombres de trabajo, el combate de gigante librado al otro lado del Atlántico no ponía solamente en juego sus esperanzas en el futuro, sino

[2] El 4 de julio de 1776, los delegados de las 13 colonias inglesas de Norte América, que estaban en guerra contra Inglaterra, proclamaron su independencia en el Congreso de Filadelfia. Crearon una república independiente con el nombre de Estados Unidos de América. La declaración de independencia, fundamentalmente obra de Jefferson —propietario, abogado y hombre político de sentimientos democráticos— constituye la primera declaración formal de los derechos del hombre y condensa las aspiraciones que la burguesía ascendente fue ideológicamente elaborando desde el Renacimiento hasta la Ilustración. Pero si la proclamación de estos derechos del hombre y del ciudadano representa un gran paso adelante en la historia liberadora de la humanidad —con respecto al régimen anterior a la revolución burguesa— no es, con todo, una conquista definitiva y general, ni incluso una verdadera liberación. Se ve esto con el simple hecho de que esta proclamación dejaba subsistir la esclavitud de una parte considerable de la población de los Estados Unidos. Marx ha hecho la crítica de este hecho en *La Cuestión Judía*, en 1844, desde el punto de vista de la total emancipación de la revolución socialista.

también sus conquistas anteriores. Por ello, soportaron siempre con paciencia los sufrimientos que les impuso la crisis del algodón y se opusieron con vigor a la intervención en favor del esclavismo que preparaban las clases superiores y "cultivadas", y un poco por toda Europa contribuyeron con su sangre a la buena causa.

Tanto como los trabajadores, el verdadero poder político del Norte permitió a la esclavitud manchar su propia República; en tanto que aquéllos se glorificaban de gozar —con relación a los negros que tenían un amo y eran vendidos sin consultarlos— del privilegio de ser libres de venderse a sí mismos y de escoger su patrón, fueron incapaces de combatir por la verdadera emancipación del trabajo o de apoyar la lucha emancipadora de sus hermanos europeos.

Los obreros de Europa están convencidos de que si la guerra de Independencia americana ha inaugurado la nueva época de expansión de las clases burguesas, la guerra intiesclavista americana ha inaugurado la nueva época del ascenso de las clases obreras. Consideran como el anuncio de la nueva era que la suerte haya designado a Abraham Lincoln, el enérgico y valeroso hijo de la clase trabajadora, para conducir a su país en la lucha sin igual para la emancipación de una raza encadenada y para la reconstrucción de un mundo social.

Firmado en nombre de la Asociación Internacional de los Trabajadores, por el Consejo Central.[3]

[3] Sigue la lista de los firmantes, responsables de la A. I. T.

# RESPUESTA DEL EMBAJADOR AMERICANO AL MENSAJE DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES



## *Times*, 6 de febrero de 1865 [1]

Al director del *Times*
Señor:

Hace algunas semanas, el Consejo Central de la Asociación nombrada arriba ha enviado al señor Lincoln un mensaje de felicitación. Este mensaje fue transmitido por la legación de los Estados Unidos, y encontrará adjunta la respuesta que le llegó. Le quedaré reconocido por su publicación.

Con mis respetos, W. R. Cremer

Legación de los Estados Unidos
Londres, 31 de enero
Señor:

[1] A propósito de la reacción de Marx a la respuesta de Lincoln, ver *Marx a Engels* de 6 a 10 de febrero de 1865. Marx se muestra visiblemente satisfecho porque Lincoln haya sido sensible al apoyo dado a las fuerzas revolucionarias americanas por las clases obreras inglesas y Marx y Engels. Se sabe que Lassalle, gran agitador político, no se interesó nada por la guerra civil americana (y Marx lo señala en su carta del 10 de febrero de 1865). Es característico del método marxista que el interés lo dirige, no al éxito popular inmediato, sino a los acontecimientos fundamentales y revolucionarios que influyen la evolución social general, tratando de intervenir prácticamente con las fuerzas disponibles cada vez.

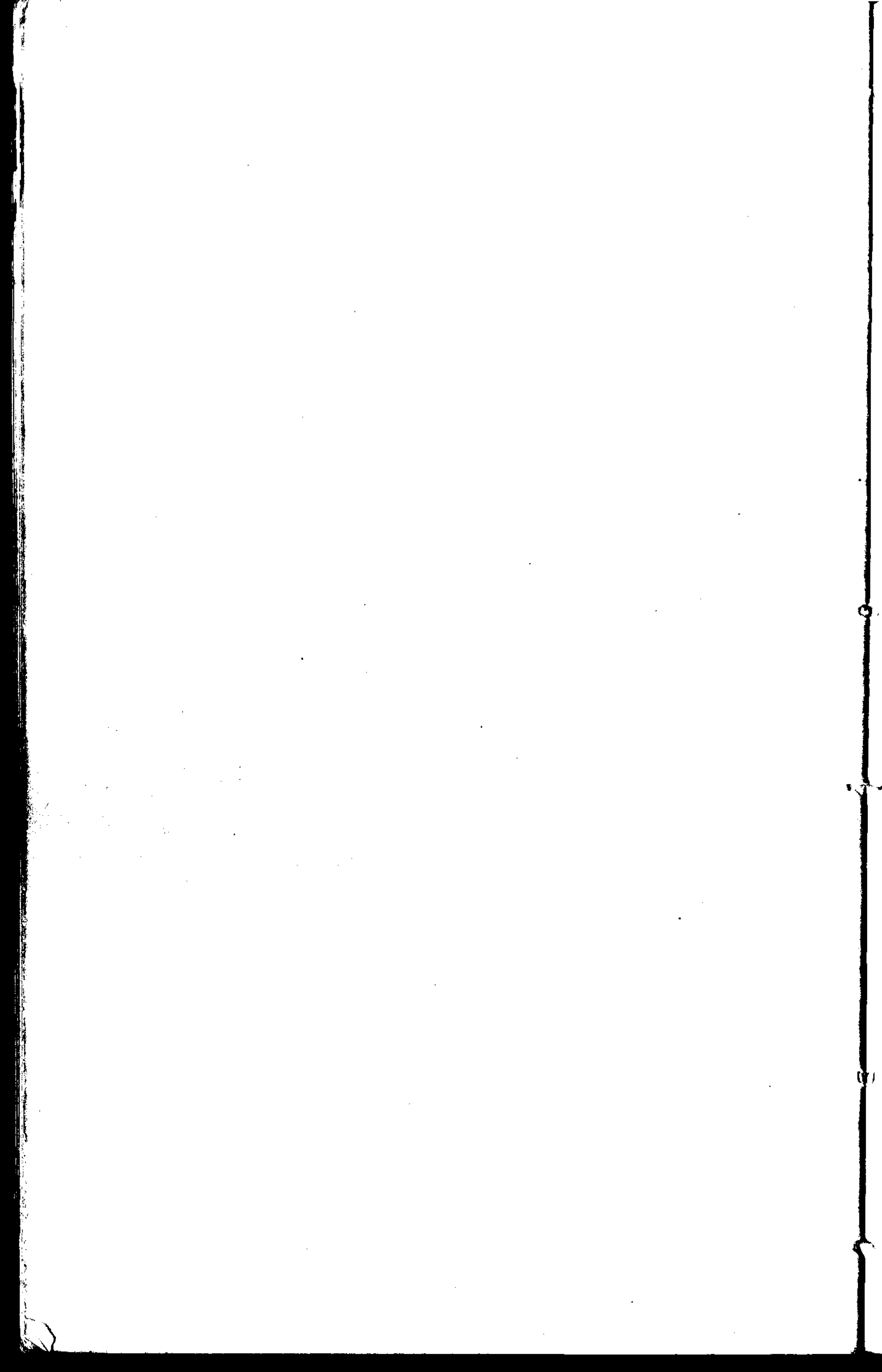
Se me pide informaron que el Presidente de los Estados Unidos ha recibido el mensaje del Consejo Central de vuestra Asociación, transmitido por nuestra Legación. En la medida en que los sentimientos que le son expresados tienen un carácter personal, los acepta, anhelando sinceramente y de todo corazón poder mostrarse digno de la confianza que sus conciudadanos y tantos amigos de la humanidad y del progreso de todo el mundo le han concedido recientemente. El gobierno de los Estados Unidos se da perfectamente cuenta de que su política no es ni podría ser reaccionaria, pero, al mismo tiempo, se mantiene en la línea al principio adoptada, es decir, que se abstiene en general de una política expansionista y de intervenciones ilegales. Se esfuerza por rendir igual y exacta justicia a todos los Estados y a todos los hombres, y cuenta con los resultados benéficos de este esfuerzo para ser sostenido en el interior y gozar del respeto y la buena voluntad del mundo. Las naciones no existen para sí mismas, sino para promover el bienestar y la felicidad de la humanidad, cultivando relaciones ejemplares de buena voluntad. En esta perspectiva es en la que los Estados Unidos consideran que en el conflicto actual contra los rebeldes esclavistas, su causa se identifica con la de la naturaleza humana, y consiguen nuevo aliento para perseverar, del testimonio que le ofrecen los obreros de Europa, mostrando que esta actitud nacional goza de su aprobación esclarecida y de sus verdaderas simpatías.

Tengo el honor de considerarme, señor, su humilde servidor.—Charles Francis Adams.

M. W. R. Cremer, secretario general honorario de la Asociación Internacional de Trabajadores, 18, Greek Street, W.

# MENSAJE DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES AL PRESIDENTE JOHNSON





*The Bee-Hive Newspaper,*
20 de mayo de 1865

A Andrew Johnson [1]
Presidente de los Estados Unidos
Señor:

El demonio de la "institución particularista" por el reino de la cual el Sur ha tomado las armas, no podía permitir a sus adeptos ser derrotados honorablemente en campo abierto. Lo que ha comenzado en la traición no podía terminar más que en la ignominia. Del mismo modo que la guerra por la Inquisición ha suscitado un Gerard, la rebelión proesclavista de Jefferson Davis ha producido un Booth.

No es nuestro propósito buscar palabras de duelo y horror, cuando el corazón de dos mundos está lleno de emoción. Incluso los sicofantes que, año tras año, día tras día, han realizado un trabajo de Sísifo para asesinar moralmente a Abraham Lin-

[1] A propósito de este mensaje, ver las cartas cambiadas entre Marx y Engels, el 3, 9, 5, 4, 6 y 15 de julio de 1865. En esta última carta, Engels responde a Marx, quien le había escrito que lo política de Johnson le desagradaba: "A mí también la política de Johnson me agrada cada día menos. El odio de los negros se anuncia cada vez más violento y frente a los viejos señores del Sur se desentiende de toda autoridad. *Si ello continúa de esta suerte, antes de seis meses todos los viejos bribones de la secesión estarán en el Congreso de Washington. No hay nada que hacer sin el sufragio de las gentes de color, pero Johnson deja a los vencidos, los antiguos amos de los esclavos, el cuidado de arreglar esa cuestión".*

coln y la gran República que gobernaba, están hoy asustados por el arrebato universal del sentimiento popular y rivalizan entre ellos por sembrar su tumba abierta de flores de retórica. Al fin se han dado cuenta de que era un hombre que la adversidad no podía abatir, que los éxitos no podían embriagar, sin comprometer jamás por un ciego apresuramiento su progresión lenta e ininterrumpida, sin jamás dejarse arrastrar por la marea del favor público ni desanimarse por una disminución del pulso popular, atemperando sus actos de rigor por un corazón ardiente, iluminando las negras escenas de la pasión con la sonrisa de su humor y cumpliendo su obra de gigante con la misma simplicidad y modestia con que los soberanos de derecho divino gustaban hacer las pequeñas cosas con una pompa y un esplendor glandilocuentes; en una palabra, era uno de los pocos humanos que haya logrado ser grande sin cesar de ser bueno. Realmente, este hombre grande y valeroso era tan modesto que el mundo no descubrió su heroísmo sino cuando fue abatido como mártir.

Seward fue digno del honor, al lado de tal jefe, de ser la segunda víctima de los demonios infernales del esclavismo. ¿No fue él quien, en el momento de vacilación general, fue lo bastante discreto y valeroso como para predecir que el conflicto era inevitable?[2] ¿No demostró que en las horas más sombrías de este conflicto tenía un sentido romano del deber; no desesperando jamás de la República y de su estrella? Deseamos de todo corazón que él y su hijo recobren su salud, su actividad pública

[2] Seward había predicho que un "conflicto irreprimible" se preparaba entre el Norte y el Sur, con motivo de su discurso de Rochester el 25 de octubre de 1858. El día del asesinato de Lincoln, Seward y su hijo fueron igualmente víctimas de una agresión y gravemente heridos.

y sus bien merecidos honores, antes del plazo de "noventa días".[3]

Después de esta terrible guerra civil, que, por sus vastas dimensiones y su gigantesco teatro de operaciones, no parece haber durado más de noventa días con relación a las guerras de Cien Años, de Treinta Años y de Veintitrés Años del viejo mundo, os aguarda, Señor, la tarea de eliminar por la ley lo que fue decidido por la espada y la de emprender la dura obra de reconstrucción política y de regeneración social.

Un sentido agudo de vuestra tremenda misión os salvará de todo compromiso en los duros deberes que tenéis por cumplir. No olvidéis jamás que al iniciar una nueva era de emancipación del trabajo, el pueblo americano ha dado la responsabilidad de la dirección a dos hombres del trabajo: uno es Abraham Lincoln, otro Andrew Johnson.

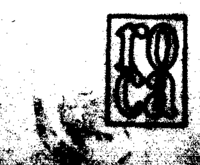
Firmado en Londres el 13 de mayo de 1865 por el Consejo Central, en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores.[4]

[3] En respuesta a los actos de guerra de la Confederación del Sur, el gobierno de Lincoln había llamado, el 15 de abril de 1861, a 75.000 voluntarios al servicio militar, creyendo poder arreglar el conflicto en tres meses. Pero la guerra llegó a enfrentar alrededor de un millón de hombres de cada lado, duró cuatro años y produjo más de 600.000 bajas.

[4] Sigue la lista de los firmantes, responsables de la A.I.T.

Se terminó de imprimir en la Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F., el día 21 diciembre de 1973. Se imprimieron 2,000 ejemplares. Fecha de edición, 29 de diciembre de 1973.









En los números 31 y 32 de esta colección se incluyen una serie de artículos periodísticos y trabajos de Marx y Engels sobre la guerra civil en los Estados Unidos de 1861-1865. Estos trabajos constituyen un capítulo ilustrativo acerca de la evolución general de la sociedad y completan el estudio de las revoluciones burguesas europeas. Marx y Engels analizaron sistemáticamente la guerra civil norteamericana en función de su evidente contenido revolucionario. Estos trabajos se han dividido en cuatro partes: en el número 31 se incluyen "Economía de las fuerzas" y "Fase militar"; en el número 32, la "Fase política" y "Victoria y compromiso".